

A dark, atmospheric scene. In the foreground, a person in a dark hooded jacket holds a white cross high in their right hand. The background shows a misty lake at dusk or dawn, with two children standing in the water. In the lower left, a young girl in a dark dress stands on a wet surface, her reflection visible. The overall mood is somber and mysterious.

# EL REY DE LAS SOMBRAS

*Fernando Moreno Espinosa*

HAY PERSONAS QUE NACEN CON LUZ Y  
OTRAS, SIN EMBARGO, NAVEGAN POR  
LA VIDA RODEADAS POR SOMBRAS.

# **EL REY DE LAS SOMBRAS**

FERNANDO MORENO ESPINOSA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El rey de las sombras*

© *Fernando Moreno Espinosa*

Edición publicada en noviembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

# EL REY DE LAS SOMBRAS

*Fernando Moreno Espinosa*

HAY PERSONAS QUE NACEN CON LUZ Y OTRAS, SIN EMBARGO,  
NAVEGAN POR LA VIDA RODEADAS POR SOMBRAS.

*Porque es de noche, los emboscados cruzan de puntillas.  
Se oyen crujir las camas de los sueños inquietos.  
El insomne cuenta en silencio las grietas de la monotonía.  
Es de noche...*

*(Sigismondo: Alberto Cousté)*

*Miro la luna y me siento atraído por su misterio.*

*(Autor)*

*En la escala de lo cósmico, sólo lo fantástico  
tiene probabilidad de ser verdadero.*

*(De Teilhard de Chardin)*

*Cuando se lastima a un niño, una herida putrefacta se abre en el recuerdo imborrable del paso de los tiempos.*

*(Autor)*

*Lo peor de cualquier guerra no son los muertos que deja,  
sino el reflejo oscuro y tenebroso que se introduce en  
el alma de los niños que la sufren.*

*(Autor)*

*La guerra no mata al hombre, destruye al niño.*

*(Comisario Ernesto Buendía)*

*Sobrevivir a la guerra no fue ningún triunfo,  
más bien fue un ir hacia la nada.*

*(Comisario Ernesto Buendía)*

*A la memoria* de mi abuelo materno, Francisco Espinosa Arcas, *Pencho*, a quien no pude conocer, dado que murió en una cárcel durante nuestra pasada Guerra Civil.

Para no herir susceptibilidades he dado nombres genéricos a las imágenes de las iglesias.

Así mismo, los diálogos entre los niños no se ajustan del todo a la edad que tienen.

Parecen más niños de lo que realmente son.

Puede que los niños de hace ochenta y un años tuvieran esa ingenuidad que yo les presupongo ahora. Yo mismo, hace cincuenta y tres años y teniendo esa misma edad, era más o menos igual de ingenuo que ellos.

# 1

*Cinco de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.*

*Diez y cuarto de la noche.*

*MADRID*

Juan Márquez caminaba abstraído, con la mirada retenida en la superficie del río *Manzanares*. Hacía un tiempo que deambulaba sin rumbo, paseando en soledad por los alrededores del *Puente de Segovia*. Dos horas antes había entrado en la *Ermita de San Antonio de la Florida*, sin una idea preconcebida. Se había arrodillado ante un *Cristo* crucificado: él, un ateo. No le pidió nada a la imagen. Dio por hecho que su confusión le había acercado a aquel mundo tan místico, así que salió de la iglesia con las mismas dudas, con idéntico vacío.

La luminosidad de las farolas proyectaba sobre el acerado la sombra de su metro noventa de estatura. Protegía su cuerpo bajo un desgastado gabán de color crema.

Su pensamiento efectuaba un viaje de ida y vuelta, acercándole o alejándole de sus vivencias.

Juan Márquez Luelmo, redactor de sucesos en un diario, solía dividir a las personas en dos grupos: unos eran los de luz, otros los de sombras. Los englobados en el primero eran los nacidos con suerte, por el contrario, los comprendidos en el segundo, vagaban por la vida sin estrella, ubicados dentro del reino de las tinieblas. Su líder: la noche, cómo principio de la nada, cómo un mundo espectral y fantasmal. Así se sentía él: un fantasma sin rostro. Un ente errante que transitaba por las calles solitarias de una ciudad demasiado impersonal.

Juan buscaba esa primicia que siempre se le negaba. Llegar tarde a ella era su constante.

Apretó los puños, rumiando para adentro su pequeña o gran tragedia. Sus ojos centellearon, mientras volcaba a la oscuridad el humo de un cigarrillo.

La noche, cómo protagonista absoluta, parecía absorber todo lo que tuviera vida.

Juan se sentía todavía inmaduro a sus treinta años. Recordó, si bien con

algo de amargura, el comentario de una buena amiga: “*Una persona que triunfa joven puede acabar convirtiéndose en un imbécil*”, y él, ciertamente, no había tenido excesivos problemas durante su adolescencia. Por ese motivo, se preguntaba una y otra vez: *¿qué tanto por cierto de exactitud llevaría semejante vaticinio?*

A lo mejor, meditaba mientras iba a ninguna parte, la angustia que sentía se la provocaba la manifiesta animadversión de su jefe. Aquellas pupilas grises, frías como el acero, traspasaban su racionalidad, diciéndole sin decir, lo poco que él creía en su persona. Juan sabía que Alfredo estaba hasta las narices de él. De su máximo interés y su nula aportación. Sabía, igualmente, que si Alfredo no hubiera sido su cuñado, hacía ya tiempo que le habrían despedido. Cómo consecuencia tenía muy asumido, que él era el primero en la larga lista de los seres de sombras. Y, aquella noche, idéntica a muchas, le traía tanto de lo mismo: parejas difuminadas en la penumbra de los portales; la incandescencia luminosa de un cigarrillo dentro de un automóvil; pandillas juveniles escuchando la radio a todo volumen en callejones sombríos; ululares de sirenas, si bien algo lejanos; el aire susurrante filtrándose entre las ramas despobladas de los árboles.

Juan llevaba siempre consigo una mochila, y dentro de ella una cámara *Yashica GSN-35* con su teleobjetivo incorporado, pero, aquella noche no le ofrecía nada de especial: su sombra como única compañera, atrapándole, creando un ente negro sin relieve ni forma.

Juan era consciente de que él era sólo deseos y buena voluntad. Nada más que eso.

Llegó al *Paseo de la Ermita del Santo* en aquel recorrido bajo las estrellas, tras haber ido dejando atrás un laberinto de calles, deteniéndose finalmente frente a un *Renault Ondine* metalizado de color gris platino.

Suspiró.

Sacó una llave del gabán y abrió la portezuela del coche. Ya en su interior, dejó la mochila en el asiento contiguo y encendió otro cigarrillo. Bajó la ventanilla dos dedos.

Se miró en el espejo retrovisor: sus ojos azules reflejaban cansancio. El cabello rubio lo llevaba muy rasurado. Los pómulos los tenía anchos y, por el contrario, los labios demasiado finos. Un hoyuelo acogía protagonismo en su mentón. Estaba demasiado pálido. Creyó visualizar el rostro vulgar de un hombre igualmente vulgar o, por lo menos, tuvo aquella sensación.

Exhaló el humo del pitillo que impactó en el espejo retrovisor. A

continuación, puso la radio: la romántica voz de *Albano* cobró protagonismo en sus sentidos: *Roma* le llegó como un recuerdo entonces, lejano en el tiempo, cercano en la memoria. Un viaje como fin de estudios y un deseo irreprimible tras echar algunas monedas en la *Fontana Di Trevi*:

“*Libertad de Expresión*”

El locutor se dirigió a sus oyentes:

“*Quiero confesaros algo —dijo—. Estoy enamorado y ¿sabéis de quién? Sí. Habéis acertado. Os amo. Amo con pasión a los lobos solitarios que a su vez amáis la noche.*”...

La voz fue perdiendo fuerza en su subconsciente, a medida que creyó visualizar a alguien que, emboscándose tras unos setos, fue avanzando con lentitud, parapetándose finalmente tras el tronco de un plátano de sombra. Apenas les separaban treinta metros.

Juan aplastó la colilla en el cenicero y acercó el rostro todo lo que pudo al parabrisas, para observar así mejor al individuo, que ahora se agazapaba tras un murito de ladrillos.

Entretanto: una legión de puntos luminosos destellaba en el cielo.

Juan creyó escuchar el sonido de una sirena cercana.

El sujeto se pertrechó todavía más en su escondite improvisado y, Juan, intuyendo una noticia importante en aquello, sacó la cámara de la mochila con acusado nerviosismo. Enfocaba al desconocido, cuando el flash se le disparó sin quererlo. El hombre se volvió ante el destello producido y observó a Juan con mirada indefinida.

Entonces...todo sucedió demasiado deprisa.

El individuo abandonó su escondrijo y fue hacia el automóvil de Juan, que no pudo verle el rostro, al quedar desdibujado por las sombras de la noche.

Un golpe, efectuado con violencia, hizo trizas el parabrisas delantero y, acto seguido, un bate de béisbol fue directo hacia la cabeza de Juan que, al agacharse, evitó el golpe, que se perdió en el vacío.

El desconocido saltó sobre la carrocería y blandió nuevamente el bate.

Juan abrió la portezuela del acompañante y se tiró a la acera, mientras otro golpe rompía el salpicadero.

Juan se incorporó y echó a correr, dejando la cámara a su suerte.

La calle se le asemejó una pista de atletismo muy especial, donde

competían sólo dos atletas. Pista sin meta alguna. Sin ganador ni perdedor. Lo único que contaba era sobrevivir.

Jamás se le hicieron más largos unos minutos. Ni más intensos. Ni más dramáticos...

Jadeaba. Él solo en medio de la gran ciudad. Su corazón, igual que sus pulmones, estaba a punto de estallar. Corría, teniendo al miedo como único aliado. Era un cobarde y se daba cuenta de ello, pero, aquel sujeto le provocaba un terror indefinido. Su estatura no le servía de mucho en aquel momento, tampoco sus ochenta kilos de peso, menos aún su juventud. Lo que privaba era el horror más absoluto y éste no entendía de héroes.

A lo largo de la calle y como testigos indirectos de aquella carrera se hallaban los árboles y farolas.

Se encontraba exhausto y sus piernas no le obedecían. Se detuvo y miró hacia atrás: nadie le perseguía.

Se tiró al suelo con el corazón brincándole. Había perdido un zapato durante la carrera. Se sintió la *Cenicienta* trágica de una noche a su vez trágica.

De pronto, cómo a unos doscientos metros, se alzó una llamarada que ascendió con rapidez al firmamento, dejando en él su impronta anaranjada, llamarada que fue seguida por una fuerte explosión.

Juan supo qué había sucedido: su *Renault Ondine* acababa de volar por los aires.

Se levantó, mientras una nube gris se extendía por el cielo oscurecido. Contemplando el espectáculo se reafirmó en su teoría: él, y sin ningún género de dudas, era el *Rey del mundo de las sombras*.

Se rio con amargura, pues, hoy y a su pesar, él mismo había sido la noticia.

El sonido de las sirenas se escuchaba cada vez más próximo.

Se quitó el polvo del gabán con la mano y desanduvo lo recorrido, para recuperar el zapato y la cámara, así como para comprobar qué había quedado del vehículo.

Se alejaba del lugar, cuando dos automóviles policiales se detuvieron a su lado, mirándole los agentes con cierta extrañeza, mientras él les enviaba una sonrisa ácida.

La noche se había vuelto más fría. Juan tuvo la sensación de que hasta el firmamento constreñía su ánimo.

—¿Qué le ha sucedido? —le preguntó uno de los agentes, de fuerte

complexión y cabello canoso.

Juan asintió y bajó la mirada al acerado. Le dolía todo el cuerpo.

—Es una historia demasiado larga —apuntó, clavándose sus ojos azules en las pupilas negras del policía.

—Pues, si lo estima oportuno: comience por el principio.

## 2

El sonido repetitivo del teléfono martilleó el subconsciente de Juan que, incapaz de abrir los ojos, se removió inquieto en la cama, enredado como estaba entre un amasijo de sábanas y mantas. Los músculos los tenía demasiado tensos, cómo si hubiera estado corriendo toda la noche. ¿*Corriendo*? Su cerebro atrapó aquel pensamiento. Sólo así pudo abrir los párpados, mientras el teléfono seguía sonando con insistencia. Lo descolgó finalmente.

—¿Sí? —su voz apenas fue un susurro.

—¿Sabes qué hora es? —el tono enfadado y enérgico de Alfredo disipó su último sopor. Juan se incorporó de la cama, atusándose el corto cabello en un gesto puramente mecánico.

—No —acertó a decir al fin.

—¡Las nueve! —gritó Alfredo— ¡Hora en la que deberías estar ya trabajando!

Se creó un silencio involuntario.

—¡Cómo me duele —siguió Alfredo gritándole— que el periodista que tengo para sucesos, se entere de ellos cuando los ve publicados en otros medios! ¡Anoche han asesinado brutalmente a una mujer!

Las palabras de su cuñado le arañaron en lo más profundo de su autoestima. Sus ojos acogieron algo de brillo y su cuerpo se tensó ligeramente.

—¿Dónde? —preguntó Juan temiendo la contestación.

—¡Vente al periódico y según empiezas a trabajar te lo cuento!

Alfredo colgó muy disgustado y Juan se quedó con el auricular en la mano. A su cerebro llegaron las imágenes de la noche anterior: el desconocido que quiso matarlo. La posterior explosión de su automóvil y el breve interrogatorio que mantuvo con la policía en la calle. Él no les contó nada sobre su encuentro con aquella bestia desatada y, menos aún, que él fuera el propietario del vehículo incendiado. No quiso pasarse la noche entera en una comisaría dando pelos y señales de lo sucedido. Alegó que era periodista y, tras mostrarles sus credenciales, le preguntaron por su aspecto, y él les respondió que había corrido tras un taxi sin éxito. Recordó cómo le miraron los agentes, que le indicaron no se extrañara si era llamado a

declarar. Los policías no entraron en mayores disquisiciones y él tampoco se las pidió. Ahora tenía que solucionar tres problemas. El primero: en cuanto la policía averiguara la identidad del dueño del automóvil quemado, se preguntaría por qué no quiso decirles nada al respecto, cuando le abordaron en la calle, muy cerca del lugar donde se produjo la explosión. El segundo: ¿cómo explicaría a su cuñado lo sucedido en aquella noche tan infernal?, y el tercero y quizás más preocupante: ¿quién le pagaría un coche nuevo ahora?

Él, Juan Márquez Luelmo: *el Dios absoluto del reino de las sombras*.

### 3

Un taxi le dejó, una hora después, en la confluencia de las calles *Altamirano con Tutor*, frente a la sobria fachada del diario “*El Sueño*”. Su lugar de trabajo.

El cielo mostraba un aspecto plomizo.

Las nubes, que se agrupaban, amenazaban con tormenta, anticipada ésta por un vendaval que hacía ondear las banderas nacionales que estaban situadas en la parte más alta de aquel edificio de cinco plantas.

Juan se subió la solapa del gabán.

Los remolinos llevaban el polvo de las aceras de un lugar a otro.

Juan empujó con decisión la puerta giratoria del inmueble. El periódico, en aquella hora matutina, se hallaba en plena catarsis.

Juan suspiró y, tras sortear a algunas personas, se montó en uno de los ascensores que lo llevó a la tercera planta. Ya allí, pasó entre mesas, sillas y máquinas de escribir, hasta que llegó ante la puerta del despacho del *Redactor Jefe*, golpeando en ella con moderación.

—¡Adelante! —dijo Alfredo desde dentro.

Juan entró en el despacho. Su cuñado se hallaba sentado en un sillón de color negro tras el escritorio, con la mirada retenida en algún punto indefinido de la mesa. A su espalda se visualizaba un ventanal: la luz huía. Un retrato del *Generalísimo Franco* colgaba en una de las paredes. A la derecha del escritorio se asentaba una estantería con un número indeterminado de periódicos y libros.

Juan se dirigió hacia su cuñado, sin que éste le prestara la mínima atención y se ubicó frente a él en una silla.

Pasaron unos segundos interminables, sin que ninguno de los dos se decidiera a hablar. Les llegaba el sonido amortiguado del tráfico.

De improviso, un tic se instaló en uno de los párpados de Juan, cómo si el periodista presintiera una tormenta y no precisamente atmosférica. Y así fue: un puñetazo dado con energía sobre la mesa, hizo tambalear el cenicero que se hallaba sobre su superficie cargado de colillas. Alfredo fulminó a Juan con la mirada y a continuación le lanzó un periódico al pecho. Era un ejemplar del *ABC* de aquella misma mañana, en cuya portada podía verse el cadáver de una mujer, si bien tapado con una sábana. A su lado se observaba

una fotografía del rostro de la víctima.

—¡Dame una explicación! —bramó Alfredo descompuesto— ¡Una sola! Juan fue incapaz de sostener la mirada plena de rabia de su cuñado.

—No te entiendo —logró balbucir apenas.

Alfredo se llevó las manos al rostro.

—¿Por qué? —demandó Alfredo cariacontecido— ¿Por qué me entero de estos sucesos cuando los leo en otros periódicos? ¡Dame tú la respuesta, que eres quien se encarga de ellos en este diario!

Juan no alzó la mirada. Sabía que su cuñado tenía razón.

—Hablo con tu hermana una y otra vez —el tono de Alfredo era ahora lastimoso—. Ella me pide calma. Me dice que no tienes suerte, Juan, pero, la triste realidad es que no se trabaja con suerte. Se rinde con eficacia y tú, para tú desgracia y la mía, no la tienes. ¡Naciste sin estrella! ¡Qué vamos a hacerle! A lo mejor vales para otros trabajos, pero, en éste, Juan, nunca estás donde debes. Un periódico se nutre de primicias. ¡De primicias!

Juan miró por el ventanal: comenzaba a nevar. Los copos de nieve se le asemejaron lágrimas blancas que el mismo cielo enviaba. Los edificios de enfrente, por su parte, gigantes de ojos velados que, tuvo la sensación, le observaran con indiferencia a través de sus ventanas.

Alfredo encendió un cigarrillo y a continuación dijo acalorado:

—¡Tienes dos semanas! ¡Consigue un titular! ¡Uno tan sólo! Si no, y mira que lo voy a sentir, tendré que despedirte. Estoy haciendo por ti más que por nadie, y bien lo sabes. ¡La dirección me exige, y yo no le ofrezco nada a cambio! Créeme Juan, que me juego mi puesto en este envite, incluso hasta mi matrimonio, pero, si en dos semanas no me traes algo que merezca la pena, te despido.

El silencio se adueñó del despacho.

—¿Lo entiendes? —cuestionó finalmente Alfredo con gravedad.

Juan asintió. Qué iba a decirle a su cuñado si él estaba en lo cierto. Se sentía incapaz de luchar contra el mundo de las tinieblas, cuando éstas le envolvían siempre, casi sin solución alguna.

Juan se incorporó de la silla.

—¿Dónde la asesinaron? —demandó, sin mirar a su cuñado.

Alfredo visualizó el ejemplar del *ABC*, que Juan sostenía entre sus manos.

—En una calle adyacente al *Puente de Segovia* —contestó Alfredo con parquedad.

Juan frunció el ceño y preguntó con evidente nerviosismo:

—¿Sobre qué hora?

—Alrededor de las diez.

Juan entrecerró los ojos y observó fijamente a su cuñado.

—¿Cómo la asesinaron? —demandó, mientras agrandaba los ojos.

Alfredo suspiró.

—Sabes que la policía es parca en palabras —dijo Alfredo— pero así funciona este *régimen*.

Juan se apoyó en el escritorio, mientras Alfredo le contemplaba con curiosidad.

—Anoche me sucedió algo —rememoró Juan, quien bajó el tono en la voz casi sin darse cuenta— que, quizás, puede aclararte mi comportamiento de hoy.

Alfredo lo miró con ambigüedad y dio una profunda calada al cigarrillo. Después escrutó a su cuñado, mientras éste le iba narrando lo acontecido en la noche anterior. El gesto de Alfredo varió y su rostro fue acogiendo tintes de sorpresa e indignación.

—¡Dios! —sentenció Alfredo, quien se levantó del sillón y, tras girarse, observó la calle por el ventanal. Las palabras de su cuñado le habían alterado. La ciudad se iba cubriendo con un manto blanco, mientras el cigarrillo moría con lentitud en la soledad del cenicero.

Alfredo se volvió y miró a su cuñado, pero, ya de otra manera.

—¿Recordarías el rostro de ese tipejo? —preguntó Alfredo con ansiedad. Juan, apesadumbrado, negó con la cabeza.

—Apenas había luz —precisó Juan—. Aquel hombre fue hacia mí con tanta rapidez que tuve miedo. Me cagué: ésa es la palabra. Aparte, creo que llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas. Utilizaba guantes y su pelliza era de color oscuro.

—¡Puf! ¡Esto sí que es grande! —enfaticó Alfredo— ¡El colmo de los colmos! ¡No es que no hayas estado cerca de la noticia, es que tú la has sido esta vez! ¡Lo peor de todo...me cago en diez, es que ni te has enterado!

Alfredo regresó al sillón con gesto dubitativo, mientras Juan asentía varias veces.

—¿Y cómo podía saberlo? —se excusó Juan— ¿Cómo podía imaginar que ese hombre era un asesino? De todas formas, conjeturamos sobre algo de lo que todavía no estamos muy seguros. ¿Y si ese individuo no tiene nada que ver con el asesinato? ¿Y si todo es casualidad?

Alfredo afirmó con la cabeza. El filtro quemado apestaba.

—¿Sabes una cosa? —terció Alfredo alterado.

Juan enarcó las cejas y movió la cabeza como negación.

—Que vas a ocuparte de este caso.

Juan arrugó el entrecejo.

—Dirígete a la comisaría del distrito que corresponda y, una vez allí, indaga todo lo que puedas sobre este asesinato —apuntó Alfredo con mirada abstraída.

Juan se levantó y observó a su cuñado con gesto grave.

—¿Le comento a la policía lo de anoche?

—Sí —puntualizó Alfredo—. Aparte, tengo la certeza de que se te anticiparán.

Juan dudó.

—Ando sin coche —dijo al fin con aire circunspecto.

Alfredo distendió el gesto y logró sonreír. Se llevó una mano hacia el bolsillo derecho de la chaqueta, que estaba habilitada sobre el respaldo del sillón, haciéndose con un juego de llaves que lanzó a su cuñado, que las recogió al vuelo. Después, endureció el rostro.

—Te dejo el automóvil sólo por hoy —le aclaró Alfredo con seriedad—. Y recuerda: es tu última oportunidad. Aprovéchala bien.

Juan asintió y fue hacia la puerta con gesto contrariado. Finalmente salió del despacho. En su cerebro llevaba definida una silueta: la figura descomunal de un hombre brutal.

La calle le recibió con un tapiz blanco. Los copos de nieve caían con parsimonia desde las alturas.

Juan caminó un tiempo, hasta que llegó a la calle de *Martín de los Héroes*, frente por frente a un aparcamiento subterráneo, lugar donde su cuñado dejaba el automóvil. En efecto: un *Mercedes 280 SL* de color blanco le aguardaba en la segunda planta del edificio. Juan lo visualizó un tiempo, pareciéndole que desaparecían las sombras que siempre le acompañaban, aunque fuera sólo por el espacio de unas cuantas horas.

Accedió a la calle poco después. Tenía una cita pendiente con la policía, pospuesta precisamente por él desde la noche anterior.

El vehículo se fue abriendo paso entre el asfalto y la nieve.

*Cinco días después.*

Juan llevaba tres días sin dormir. Resonaban con insistencia en su cerebro las palabras de su cuñado: “*Dos semanas*”. Ése era todo su tiempo, que debería invertir en averiguar algo más sobre el macabro asesinato.

Apoltronado en el sillón del salón de su vivienda apuraba una *Mahou Cinco Estrellas*, mientras su mirada profundizaba en la ventana, llegando casi hasta la monumental y cercana *Plaza de Toros de Las Ventas*.

Su piso, un séptimo ubicado en la calle de *Sancho Dávila*, daba a una zona cargada de bares y comercios.

Juan no dejaba de pensar en aquel rostro sin rostro que apenas vislumbró en aquella noche tan trágica como violenta. A su subconsciente llegó la entrevista que mantuvo con el sargento Pilas —en la visita que efectuó a la comisaría que su cuñado le apuntara—. Un extremeño afincado en la capital de *España* desde hacía quince años. Un sujeto de unos cuarenta años, algo grueso y de mediana estatura.

El sargento Pilas no le sacó nada de especial y él tampoco al policía. Lo que sí le quedó muy claro al periodista, es que ningún seguro cubriría el siniestro de su vehículo.

Alfredo le había dejado temporalmente un *Seat Seiscientos D* de color azul celeste, propiedad de uno de sus primos, que lo utilizaba como segundo coche.

Juan había realizado alguna ronda nocturna sin resultado positivo. Incluso se había acercado a la calle donde se perpetrara el asesinato, sin encontrar nada destacado en ella. Frío y nieve únicamente como compañeros de la madrugada y, cómo no, un miedo inherente a una situación pasada pero a la vez demasiado cercana. La radio fue su compañera en las largas horas de soledad, pero, el paso inexorable de los días había ido minando su ánimo.

Juan dejó el sillón y se fue hacia la cama. La tarde expiraba y pronto llegaría el anochecer...

Tuvo un sueño demasiado intranquilo durante aquel periodo de relax. La pesadilla de un rostro desconocido.

De una sombra surgiendo de entre las sombras...

—¿Quieres que Pedro te acompañe? —dijo una voz femenina a través del resquicio de una puerta entreabierta, mientras un destello de pálido color iluminaba el suelo del pasillo.

—No, querida, gracias, no hace falta —respondió a esa voz una mujer de unos treinta y cinco años, mientras terminaba de cerrar la puerta de la vivienda, pulsaba el interruptor de la luz del vestíbulo y finalmente llamaba al ascensor, donde se montó pocos segundos después. Situada frente al espejo del elevador, se entretuvo en retocarse el cabello pelirrojo, largo y rizado. Con un dedo se rozó las pestañas que embellecían unos ojos azules de mirada dulce. Se extendió el colorete en las mejillas y, tras subirse ligeramente la falda, se recompuso las medias bajo el ligero. Por último, se apretó los labios para disminuir el exceso de carmín. Era una mujer muy atractiva que hacía todo lo posible para resaltarlo.

El ascensor la dejó cerca del portal. Antes de salir al exterior, envolvió su cuerpo en un abrigo de astracán. La recibió en la calle el aire gélido de la noche. Vivía a sólo diez minutos de allí. Había visitado a su compañera de trabajo y amiga que sólo dos días antes había dado a luz. Las dos mujeres, maestras nacionales, impartían sus clases en un colegio de religiosas ubicado en la calle de *Sagasta*. Ella las daba de Religión.

Tenía que atravesar dos calles y estaría ya en su domicilio.

Alzó la mirada y vio a su amiga en la ventana, quien levantó la mano devolviéndola ella el saludo. Echó a caminar, dejando atrás la *Barriada de San Pol de Mar*, llegando al poco a la *Ribera del Manzanares*, sin haber visto a nadie por los alrededores.

Le llegó el ladrido lejano de un perro.

El viento movía a su antojo las ramas desnudas de los árboles que franqueaban el paseo.

La mujer se fue aproximando a un puente de acero que unía aquella orilla con la que daba a la calle de *Aniceto Marinas*.

El cielo seguía igual de grisáceo.

Accedió finalmente al puente, llegándole con claridad el rumor del agua, que creaba en aquel punto remolinos de espuma con el detergente. Los tacones de sus zapatos incidieron sobre la superficie metálica, proyectándose

el sonido hacia la noche oscura. Según avanzaba, visualizó un habitáculo más bien reducido, también de acero, que sobresalía en la mitad de la estructura, espacio utilizado por el *Ayuntamiento* para guardar los utensilios de limpieza. Llegaba a su cercanía, cuando la puerta del cuartito se abrió de improviso, saliendo un hombre de su interior que, tras abalanzarse sobre ella, le tapó la boca con una de sus manos. Después y, con violencia, la llevó hacia adentro, propinándole sendos golpes en el rostro con un bate de béisbol. El sujeto cerró la puerta, y acto seguido encendió una linterna que dejó sobre el suelo. La mujer, sin sentido, se hallaba tumbada a lo largo del mismo. El individuo la violó con saña.

El silencio como único protagonista de la agresión.

El desconocido, consumado el acto, comenzó a apretarle el cuello. Se incorporó después para mirarla con desprecio.

A posteriori, sacó un objeto de un bolsillo de la pelliza y, tras elevarlo, lo dirigió hacia la mujer. Rio cómo una hiena. Su rostro se ocultaba con un pasamontañas y sus manos se protegían bajo unos guantes de lana negros.

El hombre cogió la linterna y enfocó a la desdichada.

Sonrió con satisfacción.

Salió del cuartito con precaución, y se alejó del puente con el bate en la mano.

La niebla descendía sobre la estructura de hierro y sus aledaños.

La corriente del río seguía formando remolinos de espuma.

Lejos de allí, una figura se fue haciendo un todo con la neblina.

## 6

Un mundo de tinieblas envolvía la silueta poliédrica del edificio del diario “*El Sueño*”, inmueble que en plena madrugada presentaba una actividad casi frenética.

Un pequeño haz de luz impactaba en la noche oscura, proyectado desde una de las ventanas de la tercera planta del inmueble. Alfredo, ubicado en el sillón de su despacho, miraba absorto una fotografía que estaba sobre el escritorio. En ella aparecían su esposa Sara, Juan y él mismo, algo más jóvenes. Aquellos rostros se le asemejaron extraños, como si no tuvieran que ver con él. Sus expresiones, sin embargo, se habían quedado allí congeladas, le pareció que lo mismo que sus sueños. Visualizó la fachada de la *Facultad de Ciencias de la Información* que se distinguía, si bien de forma confusa, a la espalda de ellos tres. Lugar donde Juan y él se hicieron amigos inseparables, compartiendo un sinfín de aficiones.

Alfredo recordó cómo conoció a Sara, en una mañana otoñal muy luminosa. Precisamente fue Juan quien se la presentó. Lo suyo fue un flechazo mutuo.

Juan y Alfredo fueron unos estudiantes comprometidos que aceptaron el protagonismo de abanderar a parte de una masa estudiantil que comenzaba a despertar a finales de la década de los sesenta. Promovieron manifestaciones. Se encerraron en iglesias. Convocaron huelgas en las propias aulas, sufriendo persecuciones y corriendo por delante de los *grises* y sus caballos.

Así mismo, iniciaron asambleas y, pudieron comprobar, cómo correr no era un deporte, sino un claro ejercicio de supervivencia. Sara, Juan y él mismo, en su último año de carrera, cantaron en francés, pensaron en francés, vivieron incluso en francés, uniéndose de ese modo y desde la distancia, a sus compañeros universitarios galos. Y aquella primavera de mil novecientos sesenta y ocho en *París* fue la catapulta, no ya sólo para una juventud universitaria, sino también para toda una clase obrera, oprimida por un sistema político demasiado elitista. La *París* universitaria envió señales de humo y merced a ello, el resto de las universidades europeas comenzó a despertar de su letargo, creyéndose lo no creíble. La unión, por lo menos entre los universitarios, sí hizo la fuerza. Alfredo recordó cómo los estudiantes franceses exigieron una Universidad absolutamente

independiente, alejada de cualquier poder político y, cómo, a su vez, pidieron una enseñanza gratuita, para ser ellos mismos sus propios gestores.

Alfredo esbozó una amplia sonrisa cuando rememoró la imagen del *General de Gaulle*, personaje que quiso reprimir tal movimiento con severas cargas policiales que provocaron infinidad de batallas campales, que no fueron, sino la lanzadera para diez millones de trabajadores que entraron así de lleno en el conflicto. Cómo sería la magnitud de tal repulsa, que el propio *De Gaulle* se vio en la necesidad, de tener que convocar una Asamblea Nacional, celebrando con posterioridad unas elecciones parlamentarias anticipadas. Los eslóganes franceses regresaban al pensamiento de Alfredo ahora: “*Sed realistas: exigid lo impensable*”. “*Están comprando tu felicidad. Róbala.*” “*Los que efectúan las revoluciones a medias, no hacen más que cavar sus propias tumbas*”...

Alfredo, ahora, a sus treinta y un años, añoraba aquellos tiempos, no demasiado lejanos aún, quizás, el periodo más importante de su vida.

Era consciente de que ya no volverían aquellas carreras en las que se gritaba a viva voz las palabras: *¡Paz y Amor!* Palabras que lograron germinar un sueño como repulsa a lo establecido, al poder, a la fuerza brutal y avasalladora del poder y, sobre todo, una forma de decir: *¡Basta!*, y al mismo tiempo, una deliciosa manera juvenil de decir, *¡Pienso!*

Alfredo supo que la década de los sesenta trajo novedades muy importantes, la principal: que la juventud quiso decir al mundo que podía pensar por sí misma e igualmente, que se veía capaz de cambiar las estructuras de lo arcaico, utilizando para ello el grito de guerra de, *¡LIBERTAD!*

Los ojos de Alfredo se enrojecieron ante tantos recuerdos, así que movió varias veces la cabeza, intentando salir de aquella ensoñación tan particular.

La luz de un flexo modelaba su rostro confiriéndole una palidez extrema.

La foto que había observado era un recuerdo vivo de su primera juventud, cuando él era un soplo de pureza. Cuando los tres, amigos y camaradas. Seres unidos por el mismo deseo: *¡Vivir la existencia plenamente!*

Alfredo miró por el ventanal: la luna no estaba todavía en el firmamento, y aquella oscuridad, le subyugó el espíritu.

Los edificios anexos le parecieron moles impersonales de piedra, cemento y ladrillo. Entes sin vida, sin embargo con vida dentro.

Había pasado un lustro desde que concluyera la carrera de *Periodismo*.

Lo mismo que Juan. Los dos la empezaron tarde. Él prosperó, Juan no.

Alfredo giró la cabeza y miró una nueva fotografía sobre el escritorio, viendo en ella el rostro expresivo de Sara, tomada precisamente en el día de su boda, con su vestido blanco entallado. Un rostro perfecto iluminado con el brillo especial de un día igualmente especial, que acogía unos ojos pardos de mirada serena, así como unas pestañas largas que agrandaban todavía más sus ojos, y unas cejas perfectamente delineadas y un cabello largo y rubio que le llegaba casi al talle. La blancura de su piel se equiparaba a la de su vestido nupcial. Y al lado de ella estaba él, algo más sobrio que ella, pero igual de elegante que ella, con un frac oscuro y aspecto cansado y, por detrás de ellos dos, Juan, siempre Juan, con una sonrisa encogida, claro reflejo de su eterna soledad. Alfredo recordó cómo les cubrió una lluvia de arroz y, cómo, poco después, se alejaban de la celebración montados en un *Seat Mil quinientos*, llevándose grabado en la retina, la mirada infinitamente triste de Juan.

Las fotografías, cómo recuerdos vivos de lo que una vez fue y ya nunca sería. Reflejos del yo más profundo. Recuerdos que regresaban de vez en cuando para vulnerar el ánimo. La amistad, que se perdió en el camino tortuoso de la vida y el poso imborrable de la primera juventud, cómo el recuerdo siempre inalterable de todos los sueños, en esa época de la existencia, donde se entrega el corazón sin pedir nada a cambio. Ahora, por el contrario, la madurez cómo un símbolo de equilibrio inalterable que destruye la inconsciencia y, con ello, la maravillosa sensación de vivir sin razonar. Esto, precisamente ahora, el gran problema de Alfredo. Él era el redactor jefe de un periódico de tirada nacional.

Grandes multinacionales habían creado gigantes de hierro en la prensa: *Ya, ABC, Informaciones, Pueblo...* pero, él, junto a un grupo de entusiastas luchadores, había dado una alternativa a lo establecido y, aunque controlados de manera permanente por el *régimen*, no habían dejado de buscar la neutralidad por ello.

Con la inestimable ayuda de su buen amigo y director José Calzado — hombre arriesgado que de niño sufriera las penurias de una guerra civil, comprobando el significado de la palabra derrotado— había creado el diario “*El Sueño*”, *un rayo de luz entre las tinieblas*.

Alfredo percibió que la superficie pulida del escritorio devolvía su imagen: vio así su cabello castaño, que comenzaba a clarear por la coronilla. Incipientes destellos blancos se instalaban ya en sus sienes. Era unos veinte

centímetros más bajo que Juan y, desde luego, menos fuerte. Estaba demasiado delgado. Dormía poco y comía aún menos. Sus ojos grises aparecían casi siempre cansados. No le gustó la imagen que vio. De buena gana habría dejado aquel disfraz de hombre hacia la madurez, para haberse vestido con el traje de su primera juventud. Habría recuperado así su sonrisa e igualmente habría regresado el brillo a sus ojos. ¡Cuánto no habría dado por volver a correr al lado de Juan esquivando los golpes de las porras de los *grises*, inmersos los dos en plena Universidad! Dos jóvenes queriendo cambiar lo establecido, creando para ello nuevas normas que habrían de hacer una sociedad más justa. Abanderando los derechos humanos. Exigiendo vivir en libertad. Libertad de expresión para el *Periodismo*. En definitiva: sueños juveniles inoculados en cerebros de hombre.

Alfredo escupió sobre la mesa, y el lapo se deslizó hasta que llegó al suelo.

El teléfono sonó, sacándole de su particular ostracismo. Descolgó el aparato.

—¡Alfredo, sube a mi despacho, por favor! —la voz de José Calzado le llegó fría e impersonal. Supo que algo malo sucedía.

Colgó y salió con nerviosismo de la estancia.

Atravesó un departamento casi en penumbras y llegó cómo mejor pudo a las escaleras.

Escuchó el sonido de la *Rotativa*, donde se ultimaba el periódico de la mañana siguiente, intuyendo montañas de papel allí, así como ríos de tinta en la *Sala de Impresión*.

Vio sin visualizar a los maquetistas, fotógrafos, dibujantes y documentalistas...

Aquél era su mundo: un lugar pleno de ritmo y trabajo.

Subió dos plantas por las escaleras. En la quinta, una luz evanescente se filtraba por debajo de la puerta del despacho de José Calzado. Llegó a su cercanía, y le pidió permiso al director para entrar...

Eran las cinco de la madrugada.

En la máquina pinchadiscos de un bar lóbrego y sucio se escuchaba la canción *Somos Novios*, de *Armando Manzanero*.

Sentados a la barra y aparentemente ajenos a su entorno se hallaban dos hombres.

Uno de ellos era de raza gitana. De unos cincuenta años, aspecto descuidado y patillas largas e irregulares. Vestía con un conjunto vaquero y sus botas de cuero tenían tanta o quizás más mugre que él mismo. El otro individuo, con algunas copas ya de más, localizado al final de la barra, miraba con abstracción un espejo que, colocado frente a él, le mostraba un dibujado sol crepuscular que se hundía en pleno océano. Juan, perdido en tan confusa idea, deseaba olvidar y, además cuanto antes, el significado de la palabra tiempo, pero, por más que lo intentaba, habiéndose embriagado incluso para ello, no lo conseguía. El tiempo, que avanzaba tan inexorable como cruelmente para él, jugaba con sus sentimientos.

*Nada es igual a un segundo antes.*

Aquel bar, ubicado en pleno barrio de *Malasaña*, era un tugurio infecto cargado de cucarachas. El serrín intentaba ocultar, sin conseguirlo, una moqueta sumamente desgastada.

Sus azulejos llenos de grasa conformaban un área vomitiva, pero, a Juan no le importaba demasiado aquello, ya que había hecho de aquel antro su particular refugio. Refugio triste para un triste refugiado. Refugiado de sí mismo. Sombra huidiza. Él, *el auténtico Rey de las sombras*.

El gitano se incorporó y dando tumbos se acercó a Juan, colocándole una mano en el hombro.

—Oye, *payo* —dijo el gitano con voz ronca—. No me gusta tu cara y, para mi desgracia, hace ya tiempo que la veo, así que porque no desapareces de mi vista.

Juan le miró de soslayo. Sus ojos, más apagados ahora que nunca, enviaron indiferencia al gitano que, a pesar de ello, porfió en su propósito, presionando con mayor intensidad en el hombro de Juan que entonces sí tensó el rostro.

—¡Ya está bien! —vociferó el dueño del establecimiento. Un hombre de

mediana edad con rostro de presidiario.

El gitano entrecerró los ojos, soltó a Juan y se encaró con él.

—¡Oye tú, *mierda!* —le espetó— ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

Por contestación, el dueño dobló el espinazo y de debajo del mostrador sacó una escopeta recortada, con la que apuntó al gitano.

—¡Tranquilo! —enfaticó éste, sorprendido por la acción— ¡Tranquilo! —repitió.

El dueño, sin dejar de encañonarle, le observó con sus ojos de bucanero.

—¡Paga, y ya te estás largando de aquí! —exclamó.

El gitano sacó un billete de quinientas pesetas de uno de los bolsillos del vaquero que puso sobre el mostrador

—¡Márchate de una vez! —bramó el dueño.

El gitano le fulminó con la mirada. Lo mismo hizo con Juan y, finalmente, salió del establecimiento haciendo eses.

El dueño guardó el arma y se puso a limpiar con un paño los vasos y las botellas como si tal cosa.

La música, entretanto, había cesado.

La claridad del alba violentaba la cristalera del bar, reflejándose después y tenuemente por el local, tras haberse observado de manera fugaz sobre el espejo.

Juan fue hacia la máquina pinchadiscos y, tras seleccionar la canción *Father and Son* de *Cat Stevens*, retornó a la barra.

Pensó que una noche más moría sin haber dado con la primicia codiciada y, peor aún, sin haberlo intentado. Se sintió hundido y frustrado por ello.

—Cierro en quince minutos —le avisó el dueño con acusada indiferencia.

Juan apuró hasta la última gota del vaso y salió del local completamente aturdido.

—Pasa —la voz de José Calzado irrumpió con fuerza desde el despacho.

Alfredo así lo hizo, encontrándose frente por frente con el rostro serio del director de “*El Sueño*”.

José Calzado, anclado en un sillón tras el escritorio, le observó fijamente con sus ojos de color verde esmeralda. Llevaba muy bien sus cuarenta y cuatro años de edad. Todavía conservaba cierto atractivo, quizás para ello influyera lo engominado de su cabello.

Alfredo sabía que José Calzado huía de imposiciones, de sugerencias veladas, y le molestaba sobremanera no llevar hacia delante el tipo de *Periodismo* que deseaba ejercer.

Alfredo recordó, en apenas un instante, cómo se conocieron: fue en una de esas típicas cenas de negocios donde suele reunirse la flor y nata del *Periodismo*. José Calzado, hombre muy perspicaz, estuvo casi toda la velada pendiente de Alfredo, pareciéndole, por su conversación, todo un “*Quijote*” moderno. Le convencieron sus argumentos y, él, tanto o más soñador que el propio Alfredo, ya no le dejó marchar. Hablaron distendidamente de sus sueños particulares, naciendo a partir de ahí y, con la ayuda de otros socios fundadores, tan entusiastas como ellos mismos, las bases para crear un periódico independiente. Así fue cómo se forjó el diario “*El Sueño*”.

José Calzado se removió en el sillón. Por delante de él y colocada sobre la superficie del escritorio, destacaba una fotografía familiar. A su espalda y ubicada en una pared, aparecía otra fotografía, ésta de mayor tamaño, donde podían verse a los socios fundadores del periódico con aire especialmente solemne.

La ciudad dormía en aquel momento anterior al alba.

José Calzado suspiró, justo cuando Alfredo se acomodaba en una silla frente a él.

El director lo miró cariacontecido.

—Han asesinado a otra mujer —dijo de improviso y con evidente desánimo—. Hace un rato me ha llamado Ramiro, ya le conoces, colega y buen amigo mío que trabaja para la agencia *EFE*. Él ya ha dado allí la exclusiva, así que no le ha importado comentármela. Según me ha informado, a esta mujer la han matado con idéntico *modus operandi* a la otra. Él mismo

se personó en la escena del crimen. El cadáver, por lo visto, lo descubrió un empleado del ayuntamiento que llegó a su puesto de trabajo antes de su hora, encontrándose entonces con el *marrón*.

El director ojeó su reloj: faltaban cinco minutos para las siete de la mañana.

Se creó un silencio demasiado cortante.

Alfredo deseó que la tierra se lo tragara.

—¿Sabes por qué aguanto al inepto que tengo en el departamento de sucesos? —explotó finalmente José Calzado muy indignado— ¿Lo sabes?: ¡Porqué es tu cuñado, Alfredo! Pero no tiene categoría para trabajar aquí. ¿De qué tipo de fibra está hecho un redactor de sucesos que no da ninguno? ¿Dímelo tú que me lo recomendaste?

Alfredo no halló una respuesta válida para tal pregunta.

Le he dado un plazo de dos semanas —argumentó Alfredo como disculpándose— para que aporte algo interesante. Ya está en ello, y espero y deseo que nos dé una satisfacción a los dos.

José Calzado se arrellanó en el sillón y estiró las piernas. A continuación alzó la mirada clavándola en la palidez sutil del tubo fluorescente del techo. Después la centró en las pupilas grises de Alfredo.

—Si en una semana no me trae algo que merezca la pena está despedido, tal y como ya lo hablamos en su día —sentenció el director con gravedad—. Tú y yo estamos siempre al pie del cañón. Mira si no la hora que es. Ésta es nuestra vida y lo damos todo por ella, incluso hasta nuestra propia seguridad. Somos el único diario que todavía resiste el envite de este *régimen*, y sabes perfectamente que no es fácil nadar contra corriente. Creo que tenemos más mérito por ello. Nuestro diario crece de forma progresiva, igual que nuestra masa social. Nuestras acciones se cotizan a la alza en *Bolsa*. Hemos modernizado nuestra maquinaria. Trabajamos con los mejores profesionales del medio. Por eso, mi querido Alfredo, no podemos caer en la trampa del enchufismo, aquí trabaja quien lo merece. ¿No ha sido siempre ése nuestro lema?

Alfredo asintió con amargura.

—Entonces: hagamos bien las cosas —matizó José Calzado—. Mi hijo mayor acaba de terminar *Periodismo*. ¿Crees qué no me gustaría meterlo aquí? Pues, no. Hay que ser políticamente correctos. Primero debe ganarse nuestra confianza. Ha de coger experiencia en otros medios y luego, si vale, terminará aquí, porque Alfredo, no damos caridad, exigimos profesionalidad.

Alfredo asintió de nuevo y bajó la cabeza. Después se incorporó y fue hacia la puerta.

—Te aprecio... Bien lo sabes —dijo José Calzado con sinceridad.

Alfredo aprobó con un movimiento de la cabeza y finalmente salió del despacho.

No dejó de plantearse, mientras bajaba por las escaleras, que los días venideros iban a ser sumamente complicados.

El alba despuntaba ya en el firmamento.

El diario se llenaría en breve con otros trabajadores. Aquél, el suyo, un mundo en constante movimiento.

*Sólo una hora antes.*

Juan estaba tan bebido que prefirió dejar el *Seiscientos* aparcado frente al bar y echó a caminar, mientras se iban apagando las farolas de las calles, justo cuando *Madrid* comenzaba a despertarse.

No supo cómo lo hizo, pero lo hizo: una hora y media después llegó ante el portal de su vivienda.

La larga caminata le sirvió para disipar buena parte de los efectos del alcohol. Así que, tras entrar en su domicilio, fue hacia la cama e instantes después dormía en profundidad.

Le despertó, sobresaltándole, el sonido del teléfono.

Juan intentó, sin conseguirlo, abrir los ojos. Tenía una fuerte jaqueca y las sienes le retumbaban con fuerza.

Se incorporó de la cama mediante un gran esfuerzo y finalmente descolgó el aparato.

—¡Juan! —exclamó Alfredo al otro lado, molesto ante la tardanza.

—Humm...

—¡No tienes arreglo! —enfaticó su cuñado visiblemente enfadado.

—¿Dime? —susurró Juan, fuera de onda todavía.

—¡Son más de las diez! ¿Dónde coño te has metido? ¡Anoche te llamé repetidas veces!

Juan intentó reordenar sus pensamientos

—Pasé la madrugada en la calle —contestó aún amodorrado y con la cabeza a punto de estallarle— intentando dar con algo que mereciera la pena.

El silencio que se creó, tenso y distante, acabó por despertarle.

—¡Anoche han matado a otra mujer! —manifestó Alfredo de forma acalorada y, aquel tono de voz tan agresivo, dejó a Juan tan helado cómo recibir la propia noticia en sí.

—¿Dónde? —balbució Juan débilmente.

—En la *Ribera del Manzanares*, muy cerca de la barriada de *San Pol de Mar*. Por lo visto, a la víctima le han destrozado la cara a golpes.

Juan no supo qué decir: se sentía incapaz de coordinar idea alguna.

—Juan... Voy a rogarte y, ahora lo hago más cómo amigo que cómo cuñado, que si me tienes aprecio, muestres un poquito más de interés profesional y, sobre todo, procura mantenerte sobrio. Voy a pedirte, igualmente, que te dirijas a la comisaría que se ha hecho cargo tanto de este caso como del anterior —me han informado que se encuentra en la *Avenida de Valladolid*— y allí indagues todo lo que puedas sobre este nuevo asesinato. El tiempo está en tu contra. La mirada de Juan vagó por el mobiliario del salón, hasta que se centró en una lámina enmarcada que pendía sobre una de las paredes. En ella, un zorro era despedazado por una jauría de perros. Él no tuvo problemas en identificarse con el cánido.

—Ahora mismo voy para allá —farfulló Juan apenas sin fuerza.

—¡Ah!, otra cosa —dijo Alfredo—. Cómo te pilla prácticamente de camino, acércate a la *Ermita de San Antonio de la Florida*. Por lo visto han sustraído una imagen de allí. Me ha llamado Felipe Torralba, amigo mío desde la infancia. Lo que acabo de decirte, se lo ha contado a él su quiosquero y, a éste, a su vez, el ama de llaves de la citada ermita. En fin, un galimatías, pero, ya sabes, la noticia es siempre noticia, y tú estás más necesitado de ellas que nadie.

—Está bien y te lo agradezco —apuntó Juan con voz queda—. Y gracias, igualmente, por llamarme.

Juan cortó la comunicación. El estómago lo tenía en la garganta. Fue al servicio y vomitó. Después se duchó y, cómo colofón, se tomó un café bien cargado.

Media hora más tarde se montó en un taxi que le llevó hasta donde estaba aparcado el *Seiscientos*. Ya allí, miró el bar de soslayo, que estaba cerrado.

Pasó al automóvil y enfiló hacia la comisaría que su cuñado le había comentado.

Su jaqueca había desaparecido, no así su preocupación.

*Casi a la misma hora.*

Un sujeto caminaba por la calle de *Aniceto Marinas*, viéndose rodeado por la triste elegancia de los sauces llorones, por infinidad de columpios, toboganes y zonas ajardinadas y, por la escolta, casi silenciosa, del río *Manzanares*.

La mañana era algo fría cuando pasaban veinte minutos de las diez.

Protegía su cuerpo ascético con una gabardina de color beige, pasada ya de años. Contemplaba cómo se reflejaban las nubes sobre la superficie del río. Iba realmente cansado, pues la madrugada había sido demasiado movida. Fulgencio Ramírez, el sargento de policía Fulgencio Ramírez, mordisqueaba un cigarrillo con nerviosismo. Sus ojos castaños lo observaban todo con detenimiento, cómo hombre analítico que era, un fuera de serie para las deducciones o, por lo menos, eso decían de él sus compañeros.

El frío vespertino acentuaba los rasgos de su rostro, afilando aún más si cabe su nariz aguileña, hundiendo todavía más sus pómulos, desdibujando sus labios finos, hasta casi convertirlos en una línea indefinida plana, haciéndole parecer semejante metamorfosis: más un monje que un policía.

El pitido de un tren le llegó a Ramírez con nitidez, desde la cercana *Estación del Norte*. Aquél era, desde hacía algo más de tres años, su trayecto obligatorio.

El sargento tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato.

Finalmente arribó a la *Avenida de Valladolid*. Rumiaba para sus adentros lo vivido, diciéndose que creía haberlo visto todo durante su largo periplo policial —más de treinta y cinco años de servicio— pero, ahora se daba cuenta de que estaba equivocado. A sus cincuenta y siete años comenzaba a sentir un asco visceral, y ese asco le llevaba a una apatía general, y esa apatía le conducía finalmente a sentir un odio irracional hacia todo lo que generara violencia. Llevaba prendido en el subconsciente el rostro destrozado del cadáver de una mujer. La expresión de horror contenida en sus pupilas. El ensañamiento, demasiado evidente, que el asesino había tenido con ella y, sobre todo, cosa que no apartaba del pensamiento, aquella cruz clavada en su

sexo.

El sargento Ramírez accedió a la comisaría, tras saludar al agente que estaba de servicio en la entrada. Atravesó un corto pasillo y se plantó frente a la puerta de un despacho. Tocó con los nudillos en ella.

—¡Adelante! —una voz autoritaria se oyó desde el interior.

El sargento pasó al habitáculo, encontrándose dentro de un espacio que apestaba a tabaco. En una de las paredes destacaba un calendario de la marca de neumáticos Pirelli, con dos de sus días enmarcados en rojo: el cinco y el once de ese mes de diciembre. En otra, se veía un retrato del *Generalísimo Franco*, así como un mapa urbano enmarcado de *Madrid* capital.

El hombre, sentado en un sillón y amparado tras una mesa escritorio, ojeaba unas fotografías con atención.

A su derecha, apilados sobre una estantería, se observaba un gran número de documentos.

Una ventana, situada a su espalda, daba algo de claridad a aquel espacio desordenado.

El suelo se hallaba protegido bajo una moqueta de color terroso.

El sargento se acercó al individuo y se dejó caer a plomo sobre una silla. Alargó las piernas y se quitó los zapatos con la punta de los dedos de los pies.

Miró a la persona que tenía frente a él, quien todavía permanecía ausente, no ya de él, sino de todo lo que le rodeaba.

El comisario Ernesto Buendía alzó finalmente los ojos y la profundidad de sus pupilas negras se clavó en la mirada cansada de su subordinado. El hombre se levantó y, tras dejar la cercanía del escritorio, unió las manos a su espalda y durante un tiempo caminó por el despacho.

Ramírez le observó, dándose cuenta de que había engordado. Buendía poseía un cuello similar al de una res, así como una espalda ancha y unos brazos poderosos. A sus cincuenta años se mantenía todavía en forma, si bien la adiposidad crecía de manera progresiva en su abdomen.

Buendía fue boxeador en su juventud, haciendo sus primeros pinitos en *Francia*. Debutó como profesional con tan sólo dieciocho años y lo hizo en *España*, augurándole los entendidos una carrera meteórica, llegándole incluso a comparar, merced a su estilo, con los míticos púgiles norteamericanos de color de principios del siglo XX. Buendía fue una promesa que se quedó sólo en eso. Un accidente de tráfico abortó su futuro. Salía una tarde del gimnasio, cuando fue arrollado por un automóvil, dejándole el golpe secuelas de por

vida: una cicatriz en su ceja izquierda y una cojera perceptible en su pierna derecha. Una rodilla destrozada, recompuesta una y otra vez sin éxito. Al final, una prótesis hizo factible lo que el esfuerzo diario no consiguió.

El comisario retornó al sillón con gesto indefinido y miró al sargento con fijeza.

—¿Y bien? —demandó Buendía mientras enarcaba una ceja.

Ramírez tosió y se cruzó de piernas, pudiendo el comisario observar lo desgastado de las suelas de sus zapatos.

—¡Nunca vi nada igual! —testimonió Ramírez con expresividad y agrandó los ojos.

El comisario le enseñó las fotografías, visualizándolas Ramírez, que asintió al final. En ellas se veía el cuerpo ultrajado de la primera víctima.

—A esta infortunada le hicieron lo mismo que a la de anoche: primero violarla y después estrangularla —aseveró Ramírez con gesto grave—. El asesino le ha clavado una cruz de unos veinte centímetros en su pubis. Por cierto, la cruz la tiene ya en su poder el *Departamento Científico* para su posterior análisis. No se han encontrado restos de semen ni cabello alguno ajeno a la víctima. Esta alimaña es muy inteligente. De todas formas, el equipo técnico sigue todavía en el lugar de los hechos.

El sargento hizo un paréntesis y después prosiguió hablando:

—Ya son dos las mujeres que han sido asesinadas de idéntica manera —dijo con aire circunspecto y su vista volvió a las fotografías que estaban sobre el escritorio.

—Así es —corroboró Buendía—. Creo que podemos encontrarnos ante un asesino en serie, tan despiadado como silencioso.

Ramírez aprobó el comentario con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—¡Tenemos que batir a fondo los lugares que han sido escenario de los crímenes! —expuso el comisario con vehemencia—. Igualmente, hay que apostar agentes camuflados por sus cercanías. La prensa no tiene porqué enterarse de esto, pues se crearía un miedo irracional, y no hay nada peor que una ciudad aterrorizada.

Buendía se calló, mientras encendía un cigarrillo.

—Ramírez —dijo el comisario a continuación, con un brillo especial reflejado en los ojos—. Elija a los mejores agentes de su unidad. No repare en medios. Estamos ante un depredador. Un violento asesino que querrá matar de nuevo. Estos psicópatas hacen de sus asesinatos un juego. Las

cruces son fundamentales. Es lo que el asesino nos ha querido dejar, pero, me pregunto: ¿para qué?

Buendía dio una profunda calada al pitillo y su mirada viajó al techo, a las partículas de polvo que bailaban junto al tubo fluorescente.

Ramírez aprovechó la coyuntura, para encender igualmente un cigarrillo y, así y durante unos segundos, los dos policías fumaron en completo silencio.

—A lo mejor el asesino es un religioso —apuntó el sargento en voz alta, rompiendo de ese modo con la pausa—. Puede que un sacerdote o quizás un catequista. Alguien, desde luego, vinculado con lo eclesiástico.

El comisario negó varias veces con la cabeza.

—Demasiado evidente, ¿no le parece? —cuestionó Buendía y se mordió el labio inferior— No lo creo —apostilló finalmente—. Quizás ése sea su señuelo. Un reclamo que nos haga pensar en lo que no es.

—¿Adónde quiere llegar? —los ojos inexpresivos de Ramírez, de repente adquirieron un fulgor espontáneo.

Buendía frunció el ceño.

—Hasta alguien que odie tanto lo religioso que tenga que matar por ello —contestó el comisario con convicción—. Esas dos desgraciadas han podido ser, quizás, chivos expiatorios que han pagado con su vida por los pecados de otro. Cómo si ellas, en sí mismas, fueran el propio pecado.

Ramírez entrecerró los ojos y arrugó la frente.

—No logro entenderle —manifestó el sargento dubitativo.

El comisario lanzó una sonrisa escéptica, mientras exhalaba el humo del cigarrillo.

—A la fe, Ramírez, se la puede matar de diferentes formas —analizó Buendía con aire ausente—. Una de ellas, utilizando un elemento religioso para la consumación de algo diabólico.

Ramírez asintió y dejó el pitillo en el cenicero del escritorio.

—Entiendo —dijo el sargento al fin, mientras miraba a Buendía con admiración, quien suspiró y aplastó la colilla en el mismo cenicero.

—¡Hemos de cercar a ese demonio! —exclamó el comisario de improviso— Y estar al mismo tiempo muy atentos, porque cualquier mínimo detalle, por insignificante que nos parezca, puede ser determinante para la investigación. Utilice a sus agentes con inteligencia. A partir de ahora: las noches tendrán que ser nuestras mejores aliadas.

El sargento Ramírez se incorporó, mientras su cigarrillo se extinguía en

el cenicero. Miró a Buendía y éste a su vez a él.

—Vaya a descansar —le aconsejó el comisario—. Tiene que estar preparado para esta noche y para las sucesivas. Hace un rato me han llamado de la *Dirección General de Seguridad* exigiéndome celeridad para con este asunto. No podemos dejar que un lobo sediento de sangre aceche nuestras calles en las madrugadas.

El sargento asintió y se desplazó hasta la puerta.

—Insisto —puntualizó el comisario, mientras Ramírez se volvía—. Esto no puede trascender a la prensa.

Ramírez movió la cabeza en sentido afirmativo y finalmente salió del despacho.

La mañana proseguía: una mañana especialmente gris.

Buendía, ya solo, cogió las fotografías y las ojeó durante un tiempo. Su rostro reflejó repugnancia y, a la vez, una sensación de hastío y desencanto. Así, sus recuerdos regresaron de forma atropellada a su subconsciente, alterándole profundamente.

El tiempo pareció detenerse dentro del despacho del comisario Buendía, cómo si la sangre de unas víctimas atrajera a la sangre de otras. En definitiva: la violencia en su máximo exponente. Debido a ello: la infancia de Ernesto Buendía retornó a su memoria.

Entonces: el *Tiempo* dio la sensación de que viajara en el propio *Tiempo*.

*Mediados de Junio de mil novecientos treinta y seis.  
Nueve de la mañana.  
LORA DEL RÍO (Sevilla)*

La fachada encalada del colegio *El Buen Pastor* destacaba entre un conjunto de árboles frondosos y una vegetación exuberante.

La luminosidad de la mañana parecía adherirse a ladrillos, muros, tejado y ventanas de aquel edificio público.

*La Vega*, rodeándolo todo, estallaba con su grandiosidad, después de haber sufrido un invierno demasiado riguroso y una primavera cargada de lluvia.

Infinidad de flores de vivos colores enviaban su tapiz multicolor.

Dos niños progresaban por un sendero que discurría paralelo a una de las orillas del río *Guadalquivir*.

Un elevado número de parcelaciones y olivares se extendía muy cerca de ella.

Los colegiales contemplaban la belleza que les envolvía. A lo lejos, divisaban la *Serranía*, con nieve todavía en sus entrañas que, como contrapunto tenía, el tono acastañado de la *Dehesa* y el verde impulsivo de la *Campiña*.

*Lora del Río* se hallaba flanqueada por un grupo de montañas, cómo si hubiera resbalado por ellas, asentándose finalmente en el llano, para formar allí un lugar único.

Sus casas, de un blanco impoluto, parecían haber sido besadas por su *Patrona*, que regía sus vidas y al mismo tiempo los amparaba: la *Virgen de Setefilla*, de rostro tan perfecto cómo bello, colocada arriba en su *Santuario*, parecía mirarles con amor.

Los dos niños traspasaron el umbral, en forma de semiarco, de la puerta principal de la escuela, uniéndose así al resto de colegiales que también llegaban al colegio en aquel preciso instante, concentrándose ya todos en el patio de albero de la misma.

Una campanita sonó y los niños al escucharla, pasaron con orden y en

completo silencio al interior del edificio.

Ernesto e Hipólito, ya en la clase, se dirigieron hacia sus pupitres respectivos.

La estancia, amplia y muy luminosa, acogía a treinta niños de edades comprendidas entre los doce y trece años. En una de sus esquinas, emplazada en un mástil de madera, se observaba una bandera republicana, si bien replegada. Una fotografía enmarcada del político don *Manuel Azaña*, jefe de la *Segunda República*, se situaba de manera estratégica junto a la pizarra.

La algarabía formada cesó, cuando en la clase irrumpió una mujer de unos veinticinco años. Los niños la siguieron con la mirada, hasta que la joven se sentó por detrás de una mesita, localizada sobre una tarima de madera. Su complexión era delgada y sus ojos azules reflejaban cierta tristeza. Su cabello rubio contrastaba con su amplio vestido, largo y de un sobrio color gris.

Ana Castillo forzó una sonrisa. Tosió un par de veces y depositó dos libros sobre la mesa. Recorrió la clase con la mirada: los rostros que observó reflejaban la inocencia más tierna.

Asintió varias veces antes de hablar.

—Os dije ayer que hoy os preguntaría sobre cosas de nuestra región. Que estudiarais por ello nuestra fauna, así como nuestra flora, orografía y ríos —su mirada se agravó— ¿Lo habéis hecho así?

La mayoría de los niños bajaron la cabeza, contestando de forma tan gráfica a la maestra. Los ojos de Ana Castillo brillaron de manera especial — ¡Hipólito Prieto! —dijo, y su voz, que se escuchó con nitidez en la clase, llegó hasta los oídos de un niño de mejillas sonrosadas, cejas muy pobladas, y ojos tan negros e intensos cómo la boca de un túnel, quien entonces tragó saliva y, tras levantarse del pupitre, fue hacia el estrado con paso vacilante.

El resto de los niños acompañó con la mirada y en completo silencio a aquel *reo de muerte*, que muy pronto sería ajusticiado, precisamente delante de ellos, sintiendo pena por aquel cuerpo grueso de piernas fuertes. Por lo menos eso pensaba Hipólito, quien agachó la cabeza, presintiendo la caída de un hacha que iba directa hacia su garganta.

—¿A cuántos kilómetros está *Lora del Río de Sevilla*?

La pregunta de la maestra *sesgó su cabeza de cuajo*.

Hipólito tragó saliva, dándose cuenta de que tenía garganta, de que podía respirar, incluso, ver y oír. Rio con estrépito por ello.

La clase se contagió al instante de aquella risa, haciéndose general ya la

algarabía, si bien ésta duró bien poco, justo lo que Ana Castillo necesitó, para dar un reglazo sobre la mesa.

El silencio nuevamente se hizo notorio en la clase.

Los ojos de la maestra, severos ahora, fulminaron a Hipólito Prieto.

—Puedes decirme: ¿qué te ha hecho tanta gracia? —demandó ella.

Hipólito tragó saliva una vez más y pudo, si bien con dificultad, sostener la mirada adusta de su *verdugo*.

—¡Qué el hacha no me ha cortado la garganta! —aclaró el niño con voz afectada.

Nueva algarabía general.

Ana Castillo frunció el ceño y durante un tiempo caviló lo que el niño había querido decirle, pero, su entendimiento, por más que lo intentó, no lo logró. Capituló finalmente, y el ritmo de la clase recuperó la normalidad.

—Bien... Hipólito, te preguntaba que: ¿a cuántos kilómetros está *Lora del Río de Sevilla*?

El niño regresó a su particular mundo de ensoñación: ya no era un hacha la que se cernía sobre su persona, sino un dragón de cabeza voluminosa y dientes de dinosaurio que le perseguía bien anclado en el cielo. Quiso huir de semejante monstruo y cayó en un profundo agujero negro, mientras su garganta emitía un alarido espeluznante.

Hipólito miró a la maestra, que a su vez le observaba perpleja, ante el nuevo grito emitido.

Ana Castillo enarcó las cejas y abrió después las manos, conminando así al niño a decir qué le había sucedido.

—¡Pude huir del dragón, seño! —apuntó Hipólito, mientras abría los ojos con desmesura.

La clase volvió a reír ante el nuevo comentario.

—¡No puedo contigo, Hipólito! —la voz de Ana Castillo subió y bajó varias veces de tono— ¡Y mira qué lo intento! ¡Tienes que bajar de las nubes y darte cuenta de que hay que estudiar! La vida nos la construimos nosotros mismos pasito a pasito, y si no ponemos buenos cimientos en ella, la casa, o sea nosotros, se derrumbará.

El niño no podía con la mirada crítica de la maestra.

—¡Seño, es que el dragón quería achicharrarme! —alegó Hipólito de forma teatral.

Ante el comentario, la clase se llenó de nuevas risas de sus compañeros.

—¡Anda, vete a tu sitio!

Hipólito Prieto llegó a su pupitre y se sentó en él.

La señorita Ana Castillo pronunció un nuevo nombre.

—¡Ernesto Buendía! —dijo— Acércate.

El compañero de pupitre de Hipólito se levantó, dirigiéndose hacia donde estaba la maestra. La silueta alargada de Ernesto se paseó ante sus compañeros de clase, quienes así pudieron contemplar la profundidad de la mirada de sus ojos negros, así como su rizado cabello castaño. Ya junto a la maestra, el niño esperó su pregunta.

—¿Sabes la respuesta? —demandó ella, seria todavía.

Ernesto Buendía asintió.

—Pues, contesta...

—Cincuenta y siete kilómetros —dijo el niño con seguridad.

—¡Muy bien! —exclamó la maestra.

La clase, a partir de ahí, sólo tuvo ojos para ese niño que contestaba a la señorita con tanto aplomo.

—Ahora, dime: ¿qué río baña nuestra localidad?

—El *Guadalquivir*.

—¡Muy bien otra vez!

—¿Y sabrías decirme alguno de sus afluentes?

—El *Churre*.

—¡Bravo! ¡A eso le llamo yo estudiar!

Ernesto Buendía regresó a su pupitre.

La maestra ojeó uno de los libros que se había llevado a la clase. Momentos después, se dirigía a los niños con gesto reflexivo:

—Los romanos, en la época del emperador *Vespasiano*, denominaron a *Lora*, “*Axati*”, concediéndole el derecho latino de ser un “*Municipium Flavium*”. Así mismo, los árabes la llamaron “*Lawro*”, tierra musulmana que fue conquistada por *Fernando III de Castilla* a mediados del siglo *XII*, siendo donada con posterioridad por este monarca a la *Orden Militar de San Juan de Jerusalén o de Malta*.

La maestra guardó silencio y recorrió la clase con la mirada.

—¡A ver! —demandó y agravó la voz— ¿Quién sabría decirme qué productos se cultivan en nuestra tierra?

Dos manos se alzaron.

—Sí, Blanquita Álvarez, contesta tú.

Una niña de mirada ingenua y carita menuda se incorporó de su pupitre. Su cuerpo, frágil cómo una pluma, quedó visible para el resto de la clase. La

niña miró a la señorita con sus ojos verdes, mientras se llevaba una mano a sus cabellos rubios con algo de coquetería.

—Algodón y maíz —contestó la niña finalmente con seguridad— ¡Ah... también olivos!

—¡Perfecto! —enfaticó la maestra.

La claridad se adueñaba de la clase. A través de la ventana, les llegaba el arrullo de las hojas de los árboles al ser mecidas por el viento leve. Entraban olores a encina y a enebro. Aquellos postreros días de junio, estaban siendo especialmente calurosos, pero, sin embargo, les ofrecían un mundo cargado de contrastes.

Aquel colegio agrupaba en sus clases a hombres y mujeres del mañana.

La señorita Ana Castillo continuó dando lo mejor de sí misma a esos niños. El gran amor que sentía por su profesión y su completa dedicación, lograban estimular el alma creativa de unos niños de doce y trece años.

Atardecía...

Ernesto e Hipólito caminaban muy cerca de la ribera del río. En sus manos llevaban un trozo de pan y un pedazo de tocino fresco que de vez en cuando mordisqueaban. Les envolvía el trinar de los pájaros, el rumor de la corriente del río, el casi imperceptible movimiento de las flores.

—¡No sé cómo te he hecho caso! —enfaticó Ernesto evidentemente contrariado, y acto seguido entornó los ojos.

Hipólito no le contestó. Situado por delante de él, sólo se preocupaba de apartar las ramas que les salían al paso. De vez en cuando se arañaba, pero no se quejaba.

—¡Júrame que las niñas están desnudas! —demandó Ernesto.

Hipólito siguió a lo suyo, separando los arbustos que se emplazaban paralelos a la corriente del río.

—¡Sé qué me engañas! —gritó Ernesto— ¡Y no me creo que hayas visto a una niña desnuda!

Hipólito se detuvo, se giró y miró a su amigo con cara de crispación.

—¡Qué tonto eres! —exclamó— ¡Calla y sigue andando!

Hipólito reanudó la marcha y Ernesto no tuvo más remedio que hacerle caso. Caminaron quince minutos más. De la merienda no quedó migaja alguna.

—De que te sirve ser un empollón —le cuestionó Hipólito a su amigo sin dejar de progresar— si después te comportas cómo una gallina. Yo no sabré tantas cosas cómo tú, pero, no le tengo miedo a nada. Llevo mi espada bien ajustada al cinto y sabré defenderme si algún animal nos quiere atacar.

Ernesto meditó aquello. Sabía que Hipólito poseía una imaginación desbordante, pero a él le caía muy bien aquel niño que le defendía siempre en clase. Hipólito era huérfano de padre y el menor de cuatro hermanos. Estaba casi siempre solo en su casa. Su madre, costurera, se pasaba buena parte de la jornada fuera de ella. Por ese motivo, Hipólito y sus hermanos crecían en libertad, pero, también lo hacían en soledad. Quizás fuera ese el motivo de que Hipólito poseyera tanta imaginación. A Ernesto solía decirle su padre, que la soledad forjaba sueños y era la madre de todo pensamiento. Ernesto, por el contrario, era más reposado, más cerebral. Polos opuestos buscándose

siempre. Fuerza y cerebro. Los dos... amigos inseparables.

—Mi hermano Tomás me ha dicho —terció Hipólito, mientras se agachaba para esquivar una rama demasiado baja— que las mujeres son tan dulces cómo la miel.

Ernesto, que imitó a su amigo, arrugó el entrecejo.

—¿Y él qué sabe?

—¡Tiene diecisiete años!

—¿Y?

—¡Pues, eso!

Los niños siguieron avanzando un tiempo más, mientras la tarde daba sus últimos coletazos. A lo lejos divisaron una ladera con sus campos de cultivo y, algo más allá y lindando casi con el horizonte, un sinfín de olivos enterrados en tierra de rojo color, que a Ernesto le dio la sensación sangrara con el nacimiento de cada árbol.

—No te entiendo —replicó Ernesto, mientras se hurgaba en la nariz con un dedo.

Hipólito resopló.

—¡Decididamente eres un tonto de culo! —sentenció al fin— ¿Quién crees que me enseñó este camino?

Ernesto lo meditó y preguntó con ingenuidad:

—¿Y cómo son?

—¿Quiénes?

—Pues... las niñas.

—¡Y yo qué sé! —contestó Hipólito con desgana.

—Pero, si acabas de decirme que son cómo la miel.

Hipólito chascó la lengua y bufó después, mientras terminaba de apartar la rama de un rosal que acabó pinchándole.

—¡Mierda! —exclamó y se llevó la mano a la boca ensalivando el rasguño producido— ¡Es lo que mi hermano me ha dicho!

Hipólito se detuvo. Acto seguido se agachó, quedando medio oculto por unos helechos de tamaño considerable. Ladeó después la cabeza y finalmente miró a Ernesto con satisfacción.

—Ahí están —le susurró Hipólito a su amigo, indicándole al mismo tiempo y con la mano, un punto determinado.

—¿Quiénes? —susurró Ernesto a su vez.

—Las niñas.

—¿Están desnudas?

—Compruébalo tú mismo.

—Vale.

—Entonces: ¿ya no tienes dudas? —demandó Hipólito.

—No. ¡Pero deja qué las vea! —la ansiedad prendió en el rostro de Ernesto.

Hipólito miró a su amigo, reflejándose un destello extraño en sus pupilas.

—Para poder verlas —dijo Hipólito— me tienes que prometer antes algo.

Ernesto lo miró con sorpresa. Agazapados y rodilla en tierra, parecían dos furtivos que acecharan a una presa.

Los rayos del sol, ya en su declive, entraban débilmente entre la maraña verde.

—¿Qué promesa?

Hipólito se puso muy serio.

—Tienes que tocarte el *pito*.

—¡¿Qué?!

—Lo que acabas de escuchar.

—No te entiendo.

—¡Pareces tonto, caramba! ¿Es qué no te has tocado nunca?

Ernesto negó con la cabeza.

—Decididamente: ¡Eres un bicho raro! Escucha: cuando mires a las chicas, te tocas el *pito* hasta que sientas un calambre en él.

Ernesto enmudeció y miró a su amigo con incredulidad. Finalmente salió de su mutismo y movió varias veces la cabeza, llevándose al mismo tiempo las manos al rostro.

—¡Estás loco! —terció Ernesto con enfado— ¿Qué calambre?

—Tú te tocas y ya lo sentirás.

—¿Tú ya lo has hecho?

—¡Pues, claro! —contestó Hipólito con orgullo— ¡Además, muchas veces!

—¿Quién te enseñó?

—Mi hermano.

—¿El Tomás?

—El mismo.

Ernesto se calló y durante un tiempo meditó lo que su amigo acababa de pedirle. Se escuchaba un chapoteo cercano, así como risas juveniles.

—Trato hecho —asintió finalmente Ernesto.

Hipólito se giró y lo miró a los ojos.

—Hasta que sientas el calambre. Si no, no vale. ¿De acuerdo?

Ernesto asintió de nuevo.

Hipólito dejó que Ernesto se colocara a su lado. Después le hizo un gesto significativo para que guardara silencio y, a continuación, apartó unos helechos con la mano.

Ernesto pudo así observar lo que ya veía su amigo: una laguna se extendía frente a ellos, rodeada por un gran número de árboles frutales. Cerca de la orilla se levantaba una casa de madera. Un pozo escoltaba un jardincillo que reunía una gran variedad de hortalizas. En la laguna jugaban dos adolescentes que se echaban agua una a la otra. Sus senos juveniles fueron visualizados por los dos niños. Tendrían unos trece o catorce años y se movían con agilidad dentro del agua.

Las muchachas, ajenas a la mirada furtiva de aquellos dos polizones de campo, reían mientras jugaban.

Serpenteaba hacia el cielo un humo de color gris, procedente de la chimenea de la casa. Por la única ventana, si bien de manera algo confusa, se observaba la silueta de una mujer que parecía estar cocinando. Próximo al jardín, un hombre de unos cuarenta y cinco años cortaba leña con un hacha. Era un individuo de fuerte complexión que apilaba los leños que iba cortando.

La oscuridad era inminente.

Los niños, ocultos entre la vegetación, no se perdían ni un solo movimiento de las dos adolescentes. Hipólito se volvió y miró a Ernesto con malicia. Éste tragó saliva.

—¡Ahora! —le indicó Hipólito a su amigo, mientras se bajaba la cremallera y sacaba su miembro al exterior.

Ernesto lo miró asombrado, pero no se movió.

—¡Cógete el *pito* tú también! —le ordenó Hipólito, sin elevar la voz.

Ernesto, tan tembloroso cómo cariacontecido, sacó su miembro también afuera.

Hipólito sonrió.

—¡Ahora! —repitió Hipólito.

Los dos niños, al unísono, comenzaron a tocarse su miembro. Ernesto no supo definir qué sintió. Efectivamente y, tal y cómo Hipólito le anticipara, le pareció recibir cómo una descarga en el pene, por lo que lo soltó ante semejante sensación. Hipólito, por el contrario, siguió moviendo su mano con

violencia, mientras sudaba copiosamente. Finalmente se detuvo jadeante, dejándose caer a continuación sobre la hierba. Con posterioridad, alzó la mirada y observó a su amigo complacido.

—¿Qué? —le preguntó, mientras sonreía abiertamente.

Ernesto se encogió de hombros.

—¿No has sentido nada? —volvió Hipólito a preguntarle.

Ernesto asintió al fin, si bien con algo de vergüenza.

—¿Y qué has sentido?

—Pues... cómo hormigas dentro del *pito*.

—¿Sólo eso?

—Sí —dijo Ernesto con parquedad— ¿Y tú?

—¡Placer! ¡Mucho placer!

—¿Y eso qué es?

—Algo que no puedo explicarte.

—Ya...

Los niños seguían escuchando las risas de las muchachas, mientras chapoteaban en el agua.

—¡Tenemos que irnos! —fue Hipólito quien apremió a Ernesto— Anochece...

Concluía la frase, cuando una sombra se cernió sobre ellos. Una sombra, similar a la de un oso pardo, que al instante quiso atraparlos. La luz, apenas ya perceptible, se borró ante semejante aparición. El padre de las dos adolescentes sujetó a Hipólito por un brazo, mientras sostenía el hacha con la otra mano.

—¡Seréis hijos de puta! —blasfemó el hombre encolerizado.

Ernesto no se lo pensó y echó a correr, dejando a su amigo en poder de aquel ser monstruoso que, a él y en la breve visión que tuvo de él, cuando surgió cómo de la nada de entre la maleza, le pareció un ente descomunal.

Ernesto, en su alocada carrera y mientras iba dejando atrás aquel lugar, empezó a escuchar los alaridos de su amigo y, poco después, su llanto prolongado.

En aquel instante: aquella vegetación, aquel bosque, aquel mundo, le pareció a Ernesto un hábitat demasiado hostil, un lugar en exceso cruel. Un sitio habitado únicamente por seres extraños y diabólicos. Ernesto no dejó de correr, amparándose en sus piernas veloces y en su poco peso, hasta que dejó de oír los quejidos lastimosos de Hipólito.

El cielo, ya oscurecido, le mostró una faz perversa ahora, la que llega

cuando surgen las tinieblas.

Ernesto finalmente se detuvo e intentó recuperar el resuello. El miedo lo llevaba todavía muy adentro de su espíritu. Pensó en Hipólito y en el gigante perverso. Echó a correr de nuevo y, ya no paró, hasta que llegó a las primeras edificaciones del pueblo, mientras las estrellas despuntaban en el firmamento.

Giró la cabeza con el deseo de que su amigo Hipólito apareciera por detrás de él, pero, aquello no se cumplió. Su sombra, proyectándose sobre el sendero, fue lo único que visualizó.

El postrero trayecto se le hizo especialmente largo. Estaba muy cansado y su corazón andaba demasiado encogido. Suspiró con alivio, cuando divisó la fachada conocida de la casa paterna: una vivienda encalada de planta baja con un tejado de láminas de pizarra.

Al atravesar su puerta, dejó escapar un profundo suspiro. Le llegaron sonidos de cacharros desde la cocina. Su madre ultimaba la cena. Accedió al salón, tras haber dejado atrás el recibidor: su padre estaba allí, sentado en una mecedora junto a la chimenea apagada. Leía un periódico, aparentemente abstraído. Su rostro absorbía la amarillenta palidez de la lámpara del techo. Sus ojos castaños profundizaban en el diario. Su cabello lacio le resbalaba sobre la frente. Una barba, poblada y enmarañada, le confería cierto grado de solemnidad.

Ernesto atravesó el pasillo colindante casi de puntillas, pero, aquella argucia no le sirvió.

—¡Éstas no son horas de llegar a casa! —le reprendió su padre en tono inquisitorio.

Ernesto, amparándose en la oscuridad del corredor, le contestó:

—He estado haciendo los deberes en casa de Hipólito —mintió, mientras la voz le temblaba.

—Eso no te excusa. Deberías haber vuelto antes.

El padre y el hijo no se veían mientras se hablaban, dado que uno estaba en el salón y el otro en el pasillo.

—Es que hoy teníamos muchos —mintió Ernesto otra vez.

Su padre se calló y el niño creyó que regresaba a la lectura. Penetró en el corredor.

—¡Lávate las manos! —la voz de su padre le envolvió de nuevo—  
Vamos a cenar enseguida.

El niño, sin contestarle, fue hacia su cuarto. Ya en él cerró la puerta y se tumbó en la cama agotado. Su pensamiento volvió al lago. A la desnudez de

unos cuerpos. Al recuerdo de un calambre y, finalmente, cosa que le hizo estremecer, al ataque colérico de un hombre que le pareció todo un animal.

Algo golpeó en su ventana, pocos minutos después. Aguzó el oído: el contacto se repitió. Se incorporó y la abrió. Hipólito le enviaba piedrecitas desde el jardín. Vio a su amigo demasiado serio, con expresión desangelada. Hipólito se le acercó, se levantó la camisa y giró su cuerpo. Ernesto observó su espalda: se hallaba en carne viva, cruzada por la marca de sendos latigazos. Igualmente contempló restos de sangre coagulada.

Hipólito se volvió y miró a su amigo con tristeza. Se alejó después de la casa, notando Ernesto su leve cojera, quien cerró la ventana y se tumbó nuevamente en el lecho. Había cosas que jamás olvidaría. Una de ellas: la tristeza infinita con la que su amigo Hipólito le miró. Ernesto supo qué se había escapado de una buena, y se prometió así mismo: no regresar a aquella laguna maldita.

—¡Ernesto! —la voz de su madre le llegó con claridad desde el salón—  
¡A cenar!

El niño se levantó y se desplazó al aseo. Se miró en el espejo mientras se lavaba las manos. Era la primera vez que había visto el cuerpo desnudo de una mujer. Era la primera vez, también, que se había tocado el pene. Había comprobado, a su vez, hasta dónde llega el salvajismo. Aquella tarde había sido demasiado especial para él. Con lo bueno y con lo malo que le había sucedido. Era un niño haciéndose ya mayor. Ahondó en sus pupilas, para ver si encontraba en su interior, al hombre del futuro que, de seguro, viviría ya dentro de aquel cuerpo de niño, pero, no lo consiguió.

—¡Ernesto! —su nombre, pronunciado una vez más por su madre, le sacó de aquel pensamiento— ¿Es qué no vienes a cenar?

*Doce de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.  
Once horas y veinte minutos de la mañana.  
MADRID*

El comisario Ernesto Buendía volvió a la realidad: estaba en su despacho con una fotografía entre las manos. Dedujo, al contemplarla, que la violencia era la compañera pestilente del *Tiempo*, que se extendía por igual entre el *Pasado* y el *Presente*.

Negó con la cabeza, y aquella negación le causó tanto dolor cómo impotencia.

*El mal está siempre presente, pensó y abstraigo la mirada.*

Juan aparcó el *Seiscientos* frente a la réplica de la *Ermita de San Antonio de la Florida*, edificio colindante con el otro que conservaba los restos del insigne pintor *Francisco de Goya y Lucientes*, recordando entonces su época de estudiante.

Época en la que se empapó de la historia de *Madrid* y de sus monumentos. Le vino a la memoria que aquel edificio, de construcción neoclásica, se levantó en mil setecientos treinta y dos por orden del monarca *Carlos IV*, siendo ejecutado en primera instancia por *Churriguera* y con posterioridad por el maestro *Sabatini*, erigido con ladrillo y granito y coronado con una cúpula sobre pechinas en linterna, que fue declarado monumento nacional en mil novecientos cinco.

Y ahora y, según iba hacia la puerta principal de la ermita, no dejaba de pensar que ésta era la segunda vez que la visitaba, en un espacio relativamente corto de tiempo.

*Cosas del inefable destino*, ironizó. Se encontró con su puerta cerrada, así que derivó hacia una lateral, orientada a su derecha. Un grupo de turistas aguardaba a que otro grupo saliera del edificio contiguo, lugar donde se exponían todo el año los frescos que fueran pintados por *Goya*.

El *Paseo de la Florida* recibía un tráfico intenso en aquella hora matutina.

Juan visualizó una estructura de hierro a su espalda, cómo a unos cincuenta metros de donde se encontraba: se trataba del Puente de la *Reina Victoria*, que unía la *Glorieta de San Antonio de la Florida* con la *Ribera del Manzanares* y, a su vez, con la *Barriada de San Pol de Mar*.

Tocó en la puerta y aguardó un tiempo indefinido, hasta que alguien finalmente la abrió, encontrándose entonces frente a una mujer de unos sesenta años, cuyo cabello cano iba recogido en un moño. En su rostro ajado destacaba una frente plena de arrugas. Era de nariz chata y sus ojos negros se veían algo cansados. Su vestido, igualmente negro, le llegaba hasta los tobillos.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer.

—Soy periodista —alegó Juan—. Me han informado que han robado una imagen en esta parroquia.

La mujer frunció el ceño.

—Espere aquí, por favor —dijo excusándose, introduciéndose a continuación por un pasillo largo y sombrío.

Juan aguardó en la puerta, pendiente de todo lo que le rodeaba.

La mujer llegó al poco, llevando prendido en el rostro el mismo gesto adusto de antes.

—Puede pasar —le rogó con algo de sequedad.

Juan así lo hizo, y la mujer cerró la puerta tras de sí. Profundizaron por el corredor silencioso, pisando de vez en cuando sobre unas losetas en mal estado.

Juan escudriñó en la oscuridad, percibiendo en las paredes diferentes cuadros con imágenes de santos.

Una luz destellaba al final del pasillo. Un haz luminiscente que apenas si conseguía vulnerar el resquicio de una puerta entreabierta. La mujer se detuvo ante ella e invitó a Juan a pasar mediante un gesto. Éste carraspeó, mientras la señora se perdía por el angosto pasillo.

—Sí —una voz quebrada salió desde la habitación— Adelante, por favor...

Juan entró así en el despacho parroquial. El cura párroco, un hombre de mirada afable y de unos setenta años, le recibió con una amplia sonrisa. Su rostro era anguloso, de pómulos muy marcados. Sus ojos castaños acogían una mirada miope. Su nariz era larga y recta, y su complexión muy delgada. El sacerdote, con la sotana puesta, estrechó la mano que Juan le ofrecía.

—Bien: —dijo el párroco, abriendo de ese modo la conversación— Doña Prudencia me ha puesto ya al corriente del motivo de su visita y, la verdad, qué todavía no me explico, cómo la Prensa ha podido enterarse tan rápidamente de esto.

Juan, que escuchaba al sacerdote, observaba al mismo tiempo la sobriedad de los muebles del despacho parroquial.

—Padre: no existe nada o casi nada que a un buen periodista se le pueda escapar —puntualizó Juan con algo de ironía y sonrió después.

El párroco alzó las cejas.

—¿Y no le parece un poco pretencioso su comentario, hijo? —sugirió el sacerdote, mientras sus ojillos brillaban.

—Es la pura realidad, padre —sentenció Juan y volvió a sonreír.

El cura párroco se hallaba sentado tras un escritorio de madera noble.

La luz entraba en la estancia a través de una ventana, habitáculo que,

además contaba con dos sillones de madera de cedro, un crucifijo de idéntico material y de gran tamaño, que presidía la pared frontal, y dos retratos, uno del *Papa Pablo VI* y otro del *Jefe del Estado Español*, éstos bien visibles y localizados en los paños laterales. Destacaba en el despacho, igualmente, un armario abierto que, pertrechado a la derecha del escritorio, almacenaba un indeterminado número de hojas parroquiales.

—De verdad qué no me lo explico —expresó el sacerdote con un gesto de duda— ¿Cómo han podido sustraer la imagen sin que nos diéramos cuenta de ello?

—¿De qué imagen se trata, padre? —al efectuar la pregunta, Juan sacó una libreta y un bolígrafo Bic del bolsillo interior de su gabán.

El sacerdote no le contestó, reflexivo, observaba la superficie de la mesa, perdido en quién sabe qué pensamientos. De improviso se incorporó, y miró a Juan a los ojos.

—¡Acompáñeme! —dijo, apremiándole el cura párroco, que se desplazó hacia la puerta y con posterioridad accedió al pasillo. Juan le siguió. Atravesaron la sacristía y llegaron al altar mayor, lugar donde escaseaba la luz, percibiéndose únicamente el leve fulgor de los cirios y las palmatorias. El párroco se hizo a un lado y apretó un interruptor. Todo se iluminó entonces: Juan pudo así observar la imagen de un *San Antonio de Padua*, y a la izquierda de ésta, otra de la *Madre de Jesús*. A lo largo del altar se alineaban varios jarrones llenos de flores. Una alfombra gris protegía el suelo del recinto religioso. Existía otro altar anexo al mayor, con dos imágenes también, una de un *Niño Dios* y otra de un *San Juan Bautista*. Juan alzó la mirada y observó la bóveda acristalada de vivos colores. El párroco le llevó hacia el otro lado del altar, donde se levantaba una gran cruz de madera, afianzada a un pedestal de mármol negro.

—¡Aquí estaba —el sacerdote le señaló la cruz con la mano— la imagen que nos han robado, o lo que usted quiera pensar! Clavada en esta cruz. *Pobre. Pobrecito*. ¡Qué desamparado tiene que estar ahora!

Cómo Juan lo miró con extrañeza, el párroco le aclaró:

—Lo que han robado es una imagen de *Nuestro Señor JesuCristo*. De *Nuestro Jesús* clavado en la cruz. Una imagen que *Salzillo* talló en el siglo *XVIII*. Una imagen de un gran realismo y, a la vez, de un valor incalculable y, no me refiero, claro, a lo crematístico.

Juan visualizó la cruz solitaria y sus alrededores, intentando dar con algo que pudiera facilitarle la investigación. Aquél había sido un robo en demasía

original—pensó el periodista.

La claridad, que irrumpía a través de las vidrieras, se unía, al vulnerar la bóveda acristalada, al haz amarillento de las lámparas, así como al destello azafranado producido por las velas, que parpadeaban al ser movidas por una débil corriente de aire.

—¿Cuánto mediría la imagen, más o menos? —preguntó Juan y se llevó una mano a los labios.

El párroco se lo pensó un tiempo, mientras movía la cabeza afirmativamente.

—Puede que sobre un metro ochenta —dijo finalmente el sacerdote—. La imagen, cómo ya le digo, es de un gran realismo. Bueno, todas las de *Salzillo* lo son, ¿No cree?

—Pesaría bastante entonces...

—¡Uf! Ya lo creo —ratificó el sacerdote.

—Este robo lo han tenido que cometer dos personas cómo mínimo —apuntó Juan.

—Así es —constató el párroco.

Juan se acercó al pedestal y se arrodilló para inspeccionarlo. Se incorporó después y lo rodeó. Acto seguido se alejó y miró con detenimiento el suelo de mármol blanco. A posteriori fue hacia el altar y lo bordeó igualmente. Se agachó y se levantó al pronto con gesto dubitativo para, finalmente, aproximarse al sacerdote, que había estado todo aquel tiempo de pie, junto al altar.

—Quien ha robado esta imagen —puntualizó Juan— ha hecho un buen trabajo. No he encontrado nada destacable por ningún lado. Será mejor que llame a la policía y que ellos sean los que comiencen con esta investigación.

El sacerdote aprobó el comentario.

—De hecho —corroboró el párroco— me disponía a hacerlo, cuando usted ha llegado.

—¿Sobre qué hora se cometería el robo? —interpeló Juan.

—A ver, Anastasio, a ver, pues... sobre las ocho y media de la tarde. Sí, eso es. Recuerdo que llegué al altar cerca de las siete y media y encendí unas velas. El *Cristo* estaba todavía en la cruz. Lo recuerdo muy bien, ya le comento, por cuanto me arrodillé junto a *Él* y le oré un tiempo.

—Le importa si tomo algunas fotografías.

—Por favor, las que precise.

Juan sacó la cámara de la mochila y ajustó el teleobjetivo en ella.

—Si me lo permite —se excusó el sacerdote—. Voy a seguir con mis quehaceres, pero, no dude en llamarme, si necesitara de algo.

Juan agradeció la deferencia, alejándose el párroco ya del altar, hasta que el periodista dejó de escuchar sus pasos. Entonces, disparó la cámara repetidas veces. Terminado el carrete, se sentó en uno de los bancos junto al altar. Dejó la mochila a un lado y levantó la mirada, observando la imagen de un *San Antonio de Padua*. Aquel mundo místico le abrumaba. Él no era especialmente religioso. Nunca lo fue. Creía en algo, pero no sabía cómo definirlo. Su raciocinio, cuando pensaba en ese algo, le llevaba hacia una luz, hacia un fuego, hacia un misterio, pero, ese viaje, en sí mismo, le alejaba a su vez de la religiosidad y, por ende, de los sacerdotes. No creía en la Iglesia, menos aún en sus predicadores. Tampoco en la Religión ni en sus dogmas, pero, ahora, en medio de aquel silencio y en medio de sus dudas y temores, se sintió demasiado pequeño. Sabía que no tenía tiempo. Suplicó, en aquel instante de debilidad, si bien no con ruegos y sí con pensamientos nobles, a ese *Dios* omnipotente y desconocido, que él dudaba habitara en lo más profundo de cada alma.

Y así y, durante unos minutos, él fue el corazón latente de la parroquia y sus sentimientos una luz uniéndose a otras.

Fuera, un *Madrid* conmocionado, imbuido de lleno en su mundo de prisas y ruidos.

Y dentro, Juan compartiendo aquel mundo de recogimiento, auténtico contrapunto de la ciudad.

No demasiado lejos de allí. Dentro del despacho de una comisaría, se libraba una batalla parecida. Batalla puramente emocional.

Ernesto Buendía hacía ímprobos esfuerzos para dominarse, intentando no regresar a la tortura de las vivencias que marcaron a fuego su infancia, pero, finalmente, tuvo que claudicar.

Las fotografías que acababa de observar, que le habían indicado hasta dónde puede llegar la violencia, siguieron uniéndole con aquel especial *Túnel del Tiempo*. Túnel que le devolvió al pueblo donde nació.

*Finales de Junio de mil novecientos treinta y seis.  
Sobre las ocho de la tarde.  
LORA DEL RÍO (Sevilla)*

Dos niños balanceaban sus piernas, encaramados en la parte más alta de un promontorio natural. Se hallaban sobre una roca granítica rectangular, arrojando piedrecitas a la superficie serena del río, durante el crepúsculo de una tarde que había sido especialmente calurosa.

—¿Te duele mucho? —preguntó Ernesto a Hipólito, mirándole de soslayo, mientras enviaba un *chino* al río.

Hipólito apretó los dientes y lanzó a su vez un canto a las aguas.

—Sí. Todavía me duele, ¿qué crees? —respondió, mientras su rostro se endurecía— ¡Pero ese desgraciado me las va a pagar!

—¿Y qué vas hacerle?

—¡Aún no lo sé! —exclamó afectado— Se lo diré a mi hermano, y estoy seguro que él le dará una buena paliza.

Ernesto guardó un prudente silencio y añadió después con preocupación:

—Tu hermano tiene sólo diecisiete años y ese hombre es muy fuerte.

—¡Lo atacaremos por sorpresa! —enfaticó Hipólito y envió un nuevo proyectil al río.

—¿Y si va al colegio y allí se enteran de lo que hicimos? —demandó Ernesto atemorizado.

Hipólito meditó la respuesta.

—No lo creo —reflexionó finalmente— pues yo les enseñaría entonces mi espalda.

Los dos niños enmudecieron, observando cómo se recortaban los montes en la lejanía, mezclando su color terroso con el tapiz aceitunado y frondoso de los árboles, con el azul, algo más oscuro ahora, de las aguas del río, y con el añil del cielo.

Hipólito miró a Ernesto, instalándose en sus pupilas un brillo anómalo, mientras seguía lanzando cantos al río.

—Mi hermano me ha dicho que los curas son hombres también —apuntó

Hipólito con un raro misterio, alterando así la tranquilidad de Ernesto.

—¿Y qué quieres que sean? —replicó éste con ingenuidad.

Hipólito dibujó una sonrisa enigmática en su rostro.

—¡Lo que quiero decir, imbécil, es que los sacerdotes utilizan el *pito*!

Ernesto sacudió la cabeza, pues no llegaba a comprender a su amigo.

—Claro, cómo orinarían si no —matizó Ernesto oportunamente.

Hipólito soltó una gran carcajada.

—No. ¡No me refiero a eso gran tonto!

Ernesto alzó los hombros, mientras subía las cejas.

—Entonces: no te entiendo —manifestó el niño.

Hipólito volvió a mirarlo con misterio.

—Que su *pito* lo utilizan con las mujeres —rubricó Hipólito tal afirmación, teniendo en aquel instante su momento de gloria, ante la cara de sorpresa que compuso Ernesto.

—Sigo sin aclararme.

Hipólito entrecerró los párpados.

—¡Qué se acuestan con las mujeres! —gritó Hipólito finalmente.

Ernesto lo miró con inexpresividad.

—¡Es qué no te enteras de nada! —espetó Hipólito bastante molesto, mientras seguía balanceando sus piernas en el saliente. Ernesto no le contestó. Se limitó a observarle, con cara de no entender nada.

—¿Es qué no sabes que los hombres meten el *pito* a las mujeres? —argumentó Hipólito al fin.

Ernesto se quedó boquiabierto.

—¿Dónde se lo meten?

—¡Pues, dónde va a ser, en el coño, qué parece bobo!

—¡No digas tonterías!

—Decididamente eres un lelo.

Una suave brisa movía la superficie del río, desplazando al mismo tiempo las ramas de los árboles cercanos. El cielo era un derroche de colorido, uniéndose el naranja con el malva.

—¡Voy a demostrártelo! —exclamó Hipólito ufano, incorporándose en el promontorio. Ernesto le secundó y lo miró con cierta aprensión.

—¿No querrás ir otra vez al lago? —cuestionó Ernesto, mientras su corazón empezaba a agitarse.

—¡No! —terció Hipólito con enfado y empezó a bajar por la empalizada, dirigiéndose hacia uno de los senderos, a su espalda.

—¿Adónde vas? —le gritó Ernesto, siguiéndole.

Hipólito profundizó en una zona de pinares sin decir nada. El rumor de la corriente se fue quedando atrás, hasta que desapareció por completo. Ernesto, que intentaba seguir a su amigo, intentaba a su vez comprender su actitud.

—¡No quiero que me lleves a un sitio cómo el de ayer! —vociferó Ernesto, sin que su amigo le hiciera el menor caso.

Tras veinte minutos de marcha, los niños llegaron muy cerca de la parte trasera de la iglesia, ocultándose entonces entre unos arbustos. No se veía a nadie por los alrededores.

La iglesia, circunvalada por un grupo de altas coníferas, tenía su fachada encalada, contrastando aquella claridad con la negrura de la pizarra de su tejado.

Una campana de bronce destacaba en el campanario y, por encima de ella, se visualizaba el nido, si bien ahora vacío, de una cigüeña.

La iglesia se hallaba ubicada en la parte más alta de un cerro y, se erigía cómo vigilante permanente del resto de las viviendas que, ladera más abajo, poblaban el llano.

El cauce del río *Guadalquivir* bañaba todo aledaño, extendiéndose hacia los campos de cultivo. Y en la lejanía, cómo surgida de un sueño primitivo, emergía la estructura milenaria de un puente romano.

Hipólito chascó los dedos, para que su amigo guardara silencio y, ya y sin esperar a más, reptó hacia la fachada de la iglesia. Ernesto le imitó.

El camino ascendente del pueblo seguía igual de solitario.

Pudieron escuchar el relincho de un caballo, procedente de alguno de los establos cercanos, llegado allí a través del aire.

La iglesia contaba con un huerto anexo dividido en dos partes iguales. Hipólito y Ernesto visualizaron lechugas y tomates en una de ellas y, en la otra, un número indeterminado de gallinas que picoteaban el suelo en busca de grano.

Hipólito se proyectó hacia una de las ventanas siguiéndole Ernesto. Aquél, el último instante de la tarde, y el cielo acogiendo un baño de luces. Un mundo dual aquél de claros y sombras, donde destacaba el decreciente color anaranjado que, tras proyectarse hacia la fachada de la iglesia, rozaba a los niños en su lenta caída, dando la sensación de que fueran meras sombras. Sombras fantasmales uniéndose así a un mundo de santos. El canto de un búho tomó protagonismo en medio del silencio, mientras los abetos cercanos, al cimbrear sus ramas, emitían un murmullo tenue, similar al de la corriente

del agua. La *Vega*, una tarde más, se preparaba a conciencia para recibir al mundo de lo opaco, pero, en su último segundo de claridad, mostraba todavía su hermosura, acicalándose con sus mejores abalorios, recibiendo de forma tan elegante, a la verdadera y única dueña de la noche: la luna con su palidez argenta.

Hipólito se detuvo cuando llegó al nivel del alfeizar y pegó su cuerpo todo lo que pudo contra la fachada, parapetándose Ernesto tras él. Y así, de semejante guisa, muy cerca del huerto, situados en la parte de atrás de la iglesia, se sintieron algo más seguros.

Detrás de ellos estaba la *Campiña* con sus huertos, que les protegía de poder ser visualizados, dado que allí sólo había campo y cultivos, árboles y matorrales.

Hipólito se decidió al fin y miró hacia el interior de la habitación, constatando que estaba vacía. Instó a Ernesto a que le imitara y éste le hizo caso. La estancia, más bien pequeña, habilitaba una mesita y dos sillas de madera en su centro. Custodiándolas, colocadas una frente a la otra, se hallaban una estantería y una alacena.

Hipólito pidió a Ernesto paciencia mediante un movimiento de sus manos. Sabía lo que a continuación pasaría, pues, su hermano Tomás así se lo había indicado. De hecho, sucedía todas las tardes y casi siempre a la misma hora.

Entretanto, la oscuridad lo iba devorando todo, incluso a los dos niños que parecían espectros en busca de ánimas.

Se sobresaltaron al escuchar un mugido lejano y, casi al momento, una joven pasó a la habitación. Rondaría los veinte años, sus ojos eran claros y su tez sonrosada. Su cabello castaño le rozaba la cintura. Era menuda y algo entrada en carnes. La muchacha se puso a limpiar los muebles con esmero, con un paño que llevaba en las manos.

Hipólito la reconoció.

—Es Hortensia —dijo—. La hermana del Dioni.

Ernesto se quedó pensativo: finalmente llegó a su cerebro la imagen frágil y enfermiza de un niño de su clase con su cara llena de pecas. Siguió observando a la joven, hasta que otra persona entró en la estancia y la abrazó. Se trataba de Teodoro, el coadjutor de la iglesia. Un joven de diecinueve años, de elevada estatura, complexión fuerte y ojos oscuros de expresión dulce, que había llegado de *Sevilla* meses atrás. El coadjutor tocó los pechos de la muchacha y le levantó después el vestido, tendiéndola a continuación

sobre la mesa, donde le hizo el amor. Los niños dejaron de mirar avergonzados, sobre todo Ernesto que, además, estaba realmente asustado. Se apartaron de la ventana, guareciéndose en el anonimato de los arbustos, pero, ya sin hablar.

Había anochecido.

Caminaron un tiempo, hasta que llegaron a un cruce de caminos, donde se detuvieron.

—¿Me crees, ahora? —interpeló Hipólito, mientras miraba con gravedad a su amigo— Ves cómo los sacerdotes le meten el *pito* a las mujeres — sentenció el niño, mientras sus mofletes se movían.

Ernesto, abochornado todavía, no conseguía apartar los ojos del suelo.

La luna, entretanto, ascendía con lentitud en el firmamento, haciéndose la noche cada vez más clara. Haces plateados rozaban las aguas del río, acogiendo la *Campiña* destellos de color mercurio, creándose en el lugar un cuadro de pálida belleza.

—Oye... esto no se lo puedes decir a nadie —puntualizó Hipólito evidentemente acalorado.

Ernesto asintió e Hipólito, acto seguido, salió corriendo del lugar, profundizando en uno de los senderos. Ernesto le imitó, si bien cogiendo otro alternativo, paralelo a la orilla del río. Los niños se llevaron, bien metido en sus cerebros, la imagen del coadjutor haciendo el amor con aquella joven.

Un grupo de nubes fue cogiendo protagonismo en el cielo. Nubes, que casi con toda seguridad descargarían una fuerte tormenta por la mañana. Tormenta que, de seguro, despertaría a buena parte de los habitantes de *Lora del Río*, mediante un juego de luces y sonidos, pero, ahora, el silencio y la calma más absoluta acompañaban a Ernesto e Hipólito en el regreso hacia sus domicilios paternos.

*Doce de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.  
Alrededor de las cinco y media de la tarde.  
MADRID.*

El comisario Ernesto Buendía liberó su pensamiento y, gracias a ello, regresó al hoy, dándose cuenta de que viajaba en el metro, sujeto a la barra de hierro horizontal de uno de sus vagones, introducido de lleno en aquel mundo subterráneo. Un submundo dentro de la gran capital.

Aquel atardecer, especialmente desagradable, le había quitado las ganas de caminar. Cosa que efectuaba con relativa frecuencia. Aparte y, cómo si de finos estiletes se tratara, sus pensamientos le herían en lo más profundo de su ser, acercándole a la visión de dos cuerpos femeninos salvajemente ultrajados, justo, cuando acababa de dejar atrás parte de los recuerdos de su infancia, perdidos, quizás, en el propio movimiento del convoy. Y él, que de niño viviera los horrores de una guerra fratricida, comprobando hasta dónde llega el odio, cuando el cerebro se pelea con el razonamiento y el corazón siente en negro, no llegaba a comprender semejante sadismo, semejante bestialidad, sintiéndose tremendamente afectado por los dos asesinatos.

Él, igual que el sargento Ramírez, creía haberlo visto ya todo durante su dilatada trayectoria profesional, pero, acababa de constatar que la maldad siempre se oculta un as en la manga.

El comisario siguió dejándose acunar por el vaivén del vagón, sujeto cómo iba a aquella barra fría e impersonal, rodeado por infinidad de personas que, como él, parecían estar ausentes de su entorno para, recordar de nuevo, cómo si esos pensamientos los llevara introducidos en lo más profundo de su alma: cada minuto, cada hora, cada día vivido en aquella *España* que se mató a sí misma. Él, un niño de doce años, en medio del odio y la irracionalidad más absoluta.

Ernesto Buendía no pudo contener la emoción y sacó una funda de uno de los bolsillos de su abrigo y, tras abrirla, se puso unas gafas de sol en la nariz.

Entretanto, se desvanecía en su cerebro una huida entre montes y

soledad. Así cómo un sinfín de días plenos de cansancio, hambre y sueño. Jornadas de miedo escondiéndose a todas horas, y la llegada posterior al país vecino para, desde allí, volver a empezar de nuevo, y ser sombra entre luces y recordar, siempre recordar: a los seres queridos muertos, a la patria y, cómo no, a la libertad.

Todo ello, quizás, algo lejano ya, perdido entre la bruma y la propia maraña del *Tiempo*. Aquellos, largos años de soledad, donde creció, transformándose su cuerpecito en otro más recio, a base de trabajar de sol a sol en el campo. A base de odiar y macerar una rabia poderosa. Una rabia que le hizo crecer cómo semilla fuerte y duradera. En la población de *Toulouse* descubrió la ciencia del boxeo, quedándose prendado ya de ella.

Frecuentó un gimnasio a diario, donde bebió de las fuentes del pugilismo, compartiendo sus ideales con otros muchachos. Regresó a *España* seis años después, encontrándose en medio de una tierra enferma en plena recuperación, percibiendo el odio todavía, que se masticaba a cada paso dado. Ernesto agrandó su sueño en *Madrid*, que finalmente se quebró por culpa de un desgraciado accidente. Estaba al tanto de que la vida te lleva y te trae en un giro casi permanente y, ahora, sujeto a la barra del transporte, recuperaba sus miedos, mientras el metro le llevaba de una punta a otra de *Madrid*.

El convoy aminoró su velocidad al entrar en la estación hasta que finalmente se detuvo abriéndose sus puertas. Ernesto salió de su interior, así como innumerables personas. El comisario, que iba cabizbajo, accedió a los pasillos que deberían llevarle hacia el exterior. Ya en la calle, se encontró con un cielo uniformemente gris. Sintió frío y aceleró el paso. *Madrid* le resultaba una ciudad demasiado impersonal, a pesar de que llevara viviendo en ella más de treinta años. Su vida, durante tan largo periplo, había sufrido importantes cambios. Él, que en su juventud intentara proyectarse cómo deportista, había sucumbido ante la atrocidad de un conductor ebrio, en un atardecer en que salía del gimnasio, ebrio igualmente de fama. No oyó la cercanía del automóvil, aunque sí sintió en sus carnes el envite casi mortal de su carrocería.

Estuvo en coma varios días, salvándole su gran fortaleza. Necesitó de más de un año para rehabilitar tanto su cuerpo cómo su mente. Un boxeador no alcanza la gloria lisiado y él, en aquel accidente, perdió una rodilla que ya nunca sería la misma. Tras implantarle una prótesis, traída especialmente desde los *Estados Unidos*, tuvo que empezar de nuevo, igual que lo hizo años atrás, cuando huyó de la guerra.

Quiso la casualidad o puede que el destino, que uno de los promotores de sus combates fuera a su vez un gran amigo de un inspector de policía de la comisaría del distrito de *Arganzuela*, Silverio Torquemada, que terminó consiguiéndole un trabajo, si bien de administrativo en las propias dependencias policiales. Ernesto tuvo que aprender a manejar la máquina de escribir, pero, él, hombre perseverante, fue ascendiendo en su profesión con el paso de los años. Él, un policía sin serlo. Le nombraron comisario tras tres lustros de duro esfuerzo, ganándose el respeto de jefes y compañeros. El comisario jefe Ernesto Buendía. El *comisario cojo pero largo*, cómo le apodaban sus subordinados con especial cariño.

Ernesto Buendía llegó finalmente frente al portal de su vivienda, situada en la calle de *Divino Pastor*, en pleno *Barrio de San Bernardo* Pasó a ella y subió por unos viejos escalones de madera que a cada paso dado crujían, afianzando sus manos en una vetusta barandilla. La cojera le dificultaba la subida y, a pesar de que el inmueble contara con un ascensor, él lo obviaba. Llegaba al segundo piso, cuando una anciana de cabellos blancos y rostro bondadoso accedía al rellano al salir de su domicilio. Llevaba sobre su cuerpo enjuto un vestido de color negro. Sus ojos castaños se alegraron al verle y algo de color prendió en su rostro de cera. Las manos de la anciana temblaban, mientras sujetaba a un gato de color pardo y pupilas amarillas.

—Doña Marina —dijo Buendía con afecto— ¿Cómo está usted hoy?

La mujer entrecerró los ojos y esbozó una tímida sonrisa.

—¡Ay, Ernesto... cómo siempre! ¿Cómo va estar una a los noventa? Pues, hecha una pasa. De mí decían que era toda una belleza, claro, en mi juventud. Incluso me seguían para piropearme. Decían, igualmente, que guardaba cierto parecido con la esposa de nuestro rey *Alfonso XIII*. ¡Ay, tiempo maravilloso en el que somos jóvenes! Parece que ese periodo de nuestra vida no tuviera un final ¿verdad? y, sin embargo, dura tan poco. Desde que murió mi pobre Venancio, la vida no es tal para mí. Me salva mi pequeño —dijo afectuosamente y observó al gatito acariciándolo—. Este sinvergüenza glotón que se lo come casi todo. Esta bola de pelo que tanto adoro.

La mujer se calló y cerró los ojos.

—¿Se sabe algo más sobre los asesinatos? —cuestionó doña Marina y bajó el tono de su voz.

Ernesto Buendía negó con la cabeza y su rostro acogió un rictus de preocupación.

—¡Es la reencarnación del mal! —enfaticó la anciana, ahora a viva voz — Estoy segura de ello. ¡El *AntiCristo* que vuelve a la vida! ¡Toda una señal! El comisario frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? —preguntó Buendía con extrañeza.

—En el informativo han dicho que han robado la imagen de un *Cristo* en una iglesia —la mujer movió varias veces la cabeza de un lado a otro—. ¡Malos tiempos llegan! ¡El *AntiCristo* regresa para vencer al *Cristo*!

Ernesto Buendía enarcó las cejas.

—¿Quiere qué le saque al gato? —preguntó el comisario y suspiró.

—¡Ay, hijo, gracias! Si no fuera por usted, la verdad, no sé qué haría. Aún no me explico cómo sigue soltero. ¡Con lo que usted vale!

El comisario sonrió.

—Mejor así, doña Marina, mejor así. ¿Usted se imagina a alguien aguantando mis manías? Tengo ya esa edad en la que uno se vuelve egoísta. A mí se me pasó ya la cocción.

Doña Marina arrugó el entrecejo y, merced a ello, su poblado cabello blanco invadió su frente. Sus cejas se unieron, y la pelusilla del bigote rozó levemente la comisura de los labios. La anciana efectuó un gesto simpático.

—Amar, mi querido vecino Ernesto, no tiene tiempo ni edad —dijo reflexivamente la mujer—. Fíjese que todavía me siguen echando los tejos. El comisario brillantó la mirada.

—¡Es qué su belleza, doña Marina, no se marchita nunca!

La mirada de la mujer se hizo más intensa.

—Es un jubilado de un banco —comentó ella ufana—. Un hombre muy apuesto. Todo un caballero. De lo que ya no queda. Tiene ochenta y cuatro años. Diariamente va al café donde me cito con mis amigas y, créame, allí mismo me corteja, haciéndome sentir más joven.

—Pues, yo que me alegro por usted, pero, a mí y créaselo: me pilla ya de vuelta.

—¡Quite! ¡Quite! No eche tierra sobre su propio tejado. Estoy convencida de que más de una soñará con conquistarlo.

Ernesto Buendía esbozó una sonrisa tímida y, con el gato ya en sus manos, dio media vuelta y comenzó a bajar por las escaleras. La rodilla le molestaba. Aquella prótesis le producía una irritación constante.

—¡Cuide de mi *Pitágoras*! —la voz ya lejana de doña Marina le llegó a Ernesto casi en el portal.

El comisario salió a la calle y dejó al buen *matemático* en el suelo, junto

a un árbol. El gato, tras hacer sus necesidades, trepó por las ramas hasta que llegó a la más alta.

El comisario aprovechó la pausa, para sacar un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta y encender un cigarrillo. Le llegó entonces, desde la ventana del piso de doña Marina, los acordes de un piano. La anciana tocaba el *Para Elisa de Beethoven*. Un escalofrío se metió de polizón en el alma del comisario, trasladándole esos acordes a otra época. Una época imborrable para él, que le trajo el rostro bello y perfecto de Ana Castillo, su señorita de *Geografía e Historia*. En más de una ocasión ella le invitó a su casa y, no sólo a él, sino también a su gran amigo Hipólito Prieto. Y allí, viviendo los atardeceres únicos *Sevillanos*, rodeados por la *Vega* y su embrujo, aparte de merendar chocolate con galletas, pudieron disfrutar de la delicadeza de unas manos acariciando las teclas de un piano. Aquella Diosa que para ellos fue su señorita, les deleitaba con partituras que no habían escuchado antes. Su preferida era: *La Para Elisa*. Ana Castillo se la tocaba siempre, y él y sin que nadie lo supiera, acabó enamorándose de aquella joven maestra. Él, un niño de doce años jugando ya al amor...

El sonido de un claxon cercano le apartó de sus pensamientos.

La noche volcaba su manto de penumbra sobre la ciudad.

El comisario tiró la colilla al suelo y, el gato, cómo interpretando aquel gesto, dio un salto y, tras bajarse del árbol, se acurrucó entre las piernas del policía, que lo cogió y pasó al portal, subiendo los dos pisos de nuevo. Doña Marina salió de entre las sombras, amparada cómo estaba tras el resquicio de su puerta. La anciana sonrió con amabilidad y Buendía le entregó a *Pitágoras*. Después cerró la puerta y el comisario subió otros dos pisos hasta llegar a su domicilio.

Ya en él, se quitó el abrigo que dejó a buen recaudo en un perchero. Accedió al salón y se sentó con gesto cansado en un sofá, conectando el televisor a continuación. En aquel instante ofrecían un nuevo avance informativo. Subió el volumen del aparato:

*Parece mentira* —manifestaba el locutor: un hombre de unos treinta años y de ojos claros— *que existan ladrones que puedan llevarse una imagen sagrada de una iglesia, aunque la citada imagen sea de un gran valor monetario, pero, así ha sido. Por lo menos eso puede leerse hoy en uno de los titulares del diario El Sueño. La obra fue tallada por el maestro Salzillo. ¿Cuál habrá sido el móvil del robo, su gran valor, cómo comentamos, o quizás podemos encontrarnos ante otro condicionante? Tendremos que*

*esperar a que la labor policial dé sus frutos...*

Buendía chascó la lengua y dijo en voz alta: *La policía. Siempre la policía. Somos pocos y estamos mal pagados. Tenemos que estar alerta las veinticuatro horas del día: un ladrón que roba una imagen de una iglesia, un loco que aterroriza a mujeres, robos, vandalismo, asesinatos... No somos Dioses. No lo somos...*

Ernesto Buendía desconectó el televisor y fue hacia la cocina. De la alacena cogió una lata de sardinas y del frigorífico una *Mahou*. Hoy no quería tomar otra cosa. Retornó al salón y puso la televisión nuevamente. Seguían con el avance informativo, si bien ahora ofreciendo imágenes de una protesta estudiantil. No supo muy bien por qué, pero asoció aquella convulsión juvenil con los avatares que él mismo sufriera durante la *Guerra Civil*, llevándole esta sensación a su niñez y ésta, a su vez, a su tierra. A la hermosa tierra sureña que le vio nacer...

*Finales de Junio de mil novecientos treinta y seis.  
LORA DEL RÍO (Sevilla)*

El firmamento vomitaba granizo que destrozaba las cosechas sin misericordia.

Aquél no era un tiempo para tempestades, aunque el campo reclamara siempre agua, pero, no de semejante manera. El granizo cayó durante más de una hora cómo una plaga insensible, destrozando los tallos, quebrando las raíces...

El cielo tronó, siendo aquel fuerte sonido la antesala del agua, que entonces cayó en tromba sobre los montes, formando torrenceras que anegaron lo que el granizo empezara destruyendo.

A los habitantes de *Lora del Río*, a los creyentes, aquello les pareció toda una señal. Un castigo que el *Altísimo* enviaba.

A los habitantes de *Lora del Río*, a los no creyentes: una burla cruel del destino.

A unos y a otros, algo claramente inusual.

La gente andaba últimamente revuelta. El clima político había subido de temperatura en las últimas semanas. A la *Segunda República* se la había embestido desde frentes contrapuestos. Era perceptible un sentimiento totalmente ajeno hacia ella. Desde *Madrid* llegaban noticias poco tranquilizadoras. Decían que algunos militares andaban demasiado nerviosos. Y así y, sin que nadie lo supiera a ciencia cierta y, sabiéndolo todos un poco, la nación se desmembraba en dos partes bien diferenciadas: una católica, tradicional y de derechas, con un alto sentido castrense y con terratenientes influyentes, y otra atea, de izquierdas, que agrupaba tendencias cómo la marxista, comunista, anarquista o republicana.

Desde que el rey *Alfonso XIII* abandonara la *Patria*, cinco años atrás, al ganar la *República* las elecciones, la tranquilidad había ido disminuyendo en *España*.

La derecha, en la sombra siempre, había intentado desestabilizar a la izquierda. Incluso llegó a producirse algún fallido intento de golpe de estado.

Se convocaron nuevas elecciones, que provocaron que lo revuelto se revoliera aún más. El anarquismo triunfó en *Cataluña*, dándose el caso y, por primera vez en la historia española, que una región era gobernada únicamente por los trabajadores. En *Asturias* hubo un movimiento sindical de una gran importancia, apoyado por los propios mineros, que se levantaron contra el poder establecido, siendo brutalmente repelidos. Los terratenientes en *Andalucía* tenían sus horas contadas; el hambre era protagonista entre los obreros: mucha tierra para unos pocos y poca comida para muchos.

La tensión crecía a diario en el país.

Y fue precisamente por aquellos últimos días del mes de junio, cuando el odio se hizo más patente, haciéndose a su vez inminente un estallido que, tendría que acabar con aquella calma aparente, con aquel estado de laxitud escondida.

Y claro, *Lora del Río*, que no podía ser una excepción, tampoco se libró de aquel pulso fratricida.

Ana Castillo, arrodillada en el porche de su casa, añadía abono a la tierra de una maceta.

La luz del atardecer se reflejaba en su camisa blanca aldonada, así como en su falda marrón plisada.

Bajaba la temperatura y, el agua, que había caído inmisericorde durante más de dos horas, se precipitaba con mansedumbre ahora por las laderas y los llanos, desembocando finalmente en la laguna y en los lagos.

El aire, pleno de ozono, acarició el rostro de la maestra, quien se incorporó y colocó los brazos en jarra. Ana Castillo observó el firmamento, extasiándose ante la contemplación de un arco iris. Aquello embargó su espíritu. Desvió la mirada, creyendo distinguir a dos siluetas en la línea plana del horizonte, que iban hacia donde ella estaba. Escudriñó la lejanía: no se equivocaba, pues, poco después, Ernesto Buendía e Hipólito Prieto llegaban a su encuentro, con una expresión de felicidad reflejada en sus rostros. Ella los miró sorprendida.

—Pero: ¿cómo habéis venido hasta aquí con la que está cayendo? —su voz dulce, cálida y armoniosa, arropó a los dos niños.

—Teníamos muchas ganas de verla, *seño* —adujo Hipólito, quien con su cara mofletuda asemejaba una luna sonrosada.

Ella suspiró y pareció recobrar la serenidad.

—Acabo de contemplar un maravilloso arco iris —dijo ella y cerró los ojos.

—Nosotros también lo hemos visto —terció Hipólito de nuevo, mirándola con sus ojos negros que parecían dos aceitunas igualmente negras, bien ancladas en la mitad de su cara ancha. Sus cejas estaban tan unidas que parecían una sola. La maestra le acarició el cabello.

—¿Queréis merendar? —preguntó la señorita.

Los niños asintieron y Ana Castillo les abrió la puerta de la casa, entrando los tres ya en ella.

La claridad menguaba en el cielo, cómo el anuncio inminente de una nueva tormenta.

Los niños dieron buena cuenta de la merienda, ajenos por completo a la climatología externa.

La maestra, por su parte, fue decidida hacia el piano que, se ubicaba en uno de los ángulos del salón, sentándose sobre un taburete para, a continuación, interpretar la sinfonía de *El Lago de los Cisnes*, de *Tchaikovsky*.

Los niños asistieron emocionados a aquel concierto improvisado. Así, mientras Ana Castillo movía las manos de un lado a otro del teclado, el alma de los dos amigos llegaba a latitudes bien lejanas, allá donde se encuentra el ensimismamiento.

La ventana filtraba los últimos estertores de luz a la estancia.

Los ojos de Ernesto Buendía, entretanto, observaban el talle delicado de la maestra. Sus ojos azules. Su cabello rubio, ondulante y sedoso, sintiéndose tocado a sus doce años por *Cupido*, el ángel del amor que lanza flechas a los corazones con sus ojos vendados. Él creyó intuir que por debajo de la ropa de Ana Castillo existía un cuerpo maravilloso, igual al de las adolescentes que él contempló días atrás, en aquella laguna de tan desagradable recuerdo. Quiso ahuyentar tales pensamientos de su cabeza, pero éstos regresaron atormentándole el espíritu. Se movió con nerviosismo en la silla y desvió la mirada, viendo cómo su amigo Hipólito visualizaba también a la maestra, con la boca bien abierta y una expresión bobalicona reflejada en su rostro.

La señorita dejó de tocar y miró a los dos niños, quienes entonces sonrieron.

—Se os hace tarde —les previno ella—. Y no quiero que la noche os coja por el camino.

Ernesto e Hipólito se desplazaron hacia la puerta en completo silencio.

—¿Tendréis los deberes hechos? —les preguntó la maestra— No desearía que mañana vinierais sin ellos.

Cómo respuesta, los niños bajaron la mirada y salieron después al porche. Ella les siguió.

—Creo que volverá a llover —vaticinó Ana Castillo, mientras miraba el cielo—. Así que daros prisa.

Y cómo si sus palabras fueran premonitorias, un relámpago zigzagueó en el cielo y a continuación, un trueno retumbó en las cercanías.

El viento creado zarandeó las hojas de los árboles. Y lo que Ernesto vio a continuación, no se le olvidó ya nunca, pues, arañó lo más profundo de su ser: el viento levantó la falda de Ana Castillo, pudiendo verle así el niño su ropa interior y, aun cuando aquello duró sólo unos segundos, él supo que lo recordaría de por vida. Ana Castillo se bajó la falda y después forzó una sonrisa. Acto seguido, instó a los niños para que se fueran.

Un nuevo relámpago y un nuevo trueno anunciaron la tormenta inminente.

Los dos amigos echaron a correr.

El aguacero descargó un tiempo después, pero, ya no sorprendió a los niños, puesto que se encontraban en sus respectivas casas paternas.

Aquel cielo oscurecido parecía augurar situaciones tensas y dramáticas.

*España*, sin saberlo, se preparaba para morir.

*Dieciocho de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.  
Ocho y media de la tarde.  
MADRID.*

Alfredo entró en su domicilio y se quitó la chaqueta que dejó en el perchero de la entrada. Escuchó el sonido de una aspiradora. Avanzó por el pasillo con aire cansado. Cuando llegó al salón, sus dos hijos estudiaban sentados a la mesa camilla y, su mujer, muy cerca de ellos, aspiraba una alfombra. Los niños se levantaron al verlo y le dieron un beso que él les devolvió. Después fue junto a su esposa, que seguía ajena a su llegada, centrada en la tarea doméstica. Alfredo le rozó un hombro y ella se giró sorprendida. Lo abrazó después, tras desconectar el aparato, y le dio un beso en los labios.

—¿Cómo te fue en el trabajo? —preguntó ella de forma rutinaria, mientras iba hacia el dormitorio y se hacía con unas zapatillas.

Alfredo se sentó en un sillón junto a la ventana.

Sara se arrodilló y, tras quitarle los zapatos, le acomodó las zapatillas en los pies. Alfredo extendió las piernas, mientras Sara regresaba al dormitorio y dejaba allí los zapatos.

Los niños reanudaron sus tareas.

El salón, espacioso, contaba con dos sillones de estilo *Victoriano* y varios óleos del pintor *Rafael Ocampo*. Su piso, un quinto, ubicado en pleno corazón del *Paseo del Pintor Rosales*, dejaba ver, desde su terraza, el cercano *Parque del Oeste*, así como la lejana *Casa de Campo*, con sus miles de hectáreas de pinares.

Aquella altura, así mismo, les aislaba del tráfico algo bullicioso de la zona.

Sara se sentó sobre las rodillas de su marido, que estaba demasiado serio, en exceso concentrado, con la mirada desdibujada.

—¿Qué te sucede? —le preguntó ella, mientras le traspasaba con sus ojos pardos.

Él negó con un movimiento de la cabeza.

—A mí no me engañas —volvió Sara a la carga, acomodándose con la mano el cabello rubio sobre los hombros—. Llevamos tantos años juntos que sólo con mirarte sé cuando algo no va demasiado bien.

Alfredo suspiró y elevó sus ojos grises. Su rostro demacrado aparecía surcado por ojeras moradas.

—José Calzado me ha dado un ultimátum.

Sara frunció el ceño.

—¿A ti? —preguntó con incredulidad.

Alfredo negó otra vez con la cabeza.

—Si tu hermano no saca una primicia —añadió con voz nerviosa— será despedido.

Sara torció el gesto y apretó los labios. Se quedó callada, sin que Alfredo se atreviera a mirarla. Después se levantó y, tras detenerse junto a los niños, fue hacia la cocina con gesto grave. Alfredo extravió la mirada, esta vez por la ventana, quedando atrapado por una simbiosis de colores marrones y verdes. Su pensamiento se centró en la belleza de las encinas y castaños, así como en la de los alcornoques, chopos e higueras.

Sara salió de la cocina media hora después y, sobre una mesa rectangular, habilitada en el centro del salón, dispuso un mantel, poniendo sobre él: platos, vasos y cubiertos. A continuación les sirvió la cena: una sopera, varias tortillas a la francesa, algo de fruta y dos vasos de leche. Acto seguido y, sin mirar a Alfredo, se acercó a sus dos hijos y les dio un beso en la frente, para, finalmente ir hacia su habitación y cerrar la puerta tras ella.

Alfredo se llevó la mano a la nariz en un gesto puramente nervioso, se descruzó de piernas y, tras incorporarse, fue pensativo hacia donde estaban sus hijos. Éstos, de siete y cinco años respectivamente, no comprendían nada.

—¿Habéis acabado los deberes? —les preguntó Alfredo cariacontecido.

Ellos asintieron.

—Pues, recogedlo todo, qué vamos a cenar.

Tomás y Daniel así lo hicieron. En pocos minutos dejaron sus maletas preparadas para la mañana siguiente y fueron hacia el aseo para lavarse las manos. Tomás se miró en el espejo: vio su cara pecosa, sus ojos azules, su nariz recta. Su cabello rubio que resbalaba sobre su frente y ocultaba buena parte de sus cejas. Era tan delgado como su padre.

Daniel, que se observaba igualmente en el espejo, contempló a su vez su rostro: tenía los ojos negros y su nariz era apenas un apéndice. Su cabello rizado era de color negro y era más menudo que su hermano.

Los niños volvieron al salón y se sentaron a la mesa. Su padre estaba ya en ella con gesto concentrado.

—Papá, ¿por qué se ha enfadado mamá? —quien preguntó fue Tomás.

—No, hijo, mamá no se ha enfadado —quiso Alfredo suavizar el tema.

—¿Ah, no? —cuestionó Tomás otra vez.

—No.

—Entonces: ¿por qué está tan seria? —ahora fue Daniel quien lanzó la pregunta.

Alfredo suspiró. La sopa y las tortillas empezaban a enfriarse en los platos.

—Seria no está —les matizó—. Sólo algo preocupada.

Tomás frunció el ceño, mientras Daniel cogía la cuchara y empezaba a sorber la sopa.

—¿Se preocupa por nosotros? —las dudas acosaban a Tomás.

—Mamá os quiere mucho, pero, no, no es por vosotros.

Daniel, cucharada tras cucharada, efectuaba un sonido cavernoso.

—Dani —la voz de Alfredo llevó cierta inflexión de reproche—. ¿Cuántas veces he de decirte que no se debe hacer ruido al comer?

Daniel arrugó el entrecejo y medio esbozó un puchero.

—Papi, no lo hago aposta —dijo el niño apesadumbrado.

—Ya lo sé hijo, pero debes controlar ese sonido tan molesto.

Daniel se llevó una nueva cucharada a la boca, esta vez sin hacer ruido.

—Es por el tío Juan, ¿verdad? —al efectuar la pregunta, los ojos de Tomás se abrieron y su inteligencia salió por ellos.

Alfredo miró a su hijo con sorpresa, y ahora fue él quien encogió el ceño.

—¿Y qué te hace suponer que el tío Juan sea el motivo?

Tomás dejó la cuchara en suspensión con algo de sopa en ella, y miró a su padre con detenimiento.

—Os escuché cuando hablabais.

Alfredo retiró su plato, sin haber probado la sopa.

—Sí, Tomás —le confirmó—. Ésa es precisamente la preocupación de tu madre.

—Pues... deberías pedirle un deseo al *ratoncito Pérez* —quien ahora terció fue Daniel, mientras miraba a su padre con sus profundos ojos negros.

Alfredo inició una sonrisa, que en algo le tranquilizó.

—Yo lo hago cuando quiero una cosa —la vocecita de Daniel, todo un bálsamo para su padre.

—Sí, Dani. Creo que eso haré. Cuando me acueste, cerraré los ojos y le pediré mi deseo a ese ratoncito tan amable.

—Pues, papi... tienes un problema —terció Daniel nuevamente.

Alfredo agrandó los ojos y contempló a su hijo con premeditada perplejidad.

—¿Cuál? —preguntó finalmente.

Daniel asintió varias veces antes de contestar.

—Pues... que no se te ha caído ningún diente —dijo y negó con la cabeza.

Mientras Alfredo reía, ahora con ganas, Tomás observaba a su padre, intentando discernir el motivo de aquella risa. Daniel, por su parte, succionó la sopa de nuevo con ruido.

Había pasado más de una hora desde que la cena concluyera. Los niños dormían ya en su cuarto, pero, Alfredo, antes de que conciliaran el sueño les había narrado un cuento.

Cuento inventado por él mismo. En él, un hombre no quería envejecer y, para conseguir la fórmula de la eterna juventud, realizaba un pacto con un ser invisible. Pacto mediante el cual y, tras la toma de un extraño brebaje, él regeneraría su cuerpo una y otra vez para así no morir nunca.

Alfredo encendió un cigarrillo y se sentó en el sillón. Su pensamiento quedó prendido del magnetismo de la luna, que él observaba desde la ventana. Sabía que su mujer no se lo perdonaría nunca, pero: ¿qué otra cosa podía hacer?

Apagó el cigarrillo desalentado, dejando la colilla en un cenicero habilitado sobre uno de los brazos del sillón y, tras acomodarse, cerró los ojos. Se quedó dormido poco después y soñó. En su sueño, un ratón blanco conducía un coche. Junto a él iba su cuñado Juan, con una cámara fotográfica al hombro. El automóvil, guiado con pericia por el roedor, tomaba las curvas a gran velocidad, haciendo rechinar los neumáticos. Hacía ya un tiempo que perseguían a otro vehículo de color negro y conseguían, kilómetro a kilómetro, reducir la distancia. Llegó un momento en que su automóvil se emparejó con el otro. Juan sacó la cabeza por la ventanilla, ajustó el objetivo de la cámara y ¡zas! La fotografía que realizó, quedó inmortalizada al día siguiente en la portada del diario *El Sueño*.

Así, el rostro siniestro de un asesino sádico fue conocido ya por todos, gracias al ratoncito y a su cuñado. Por fin, la policía podía detenerlo... Alfredo sonrió en su sueño. La petición de su hijo Daniel, gracias a su subconsciente, se llevó finalmente a cabo. El *ratoncito Pérez* era ya todo un héroe.

*Madrid*, entretanto, estrenaba una madrugada más.

Una noche igual de fría que las anteriores. Una noche que parecía estuviera gestando la consumación de un acto macabro.

Ernesto Buendía, entretanto, se esforzaba por olvidar y, aunque hacía todo lo posible para ello, no lo conseguía.

Bañado en un sudor frío, se despertó en plena madrugada.

La pesadilla de siempre le perseguía. La pesadilla que le atormentaba a todas horas: un fuego de fusiles y un sinfín de cuerpos acribillados a balazos.

Se sintió abrumado ante la oscuridad reinante.

Se apoyó en el cabecero de la cama y, sin desearlo, regresó a su infancia, una vez más...

Primeros días de Julio de mil novecientos treinta y seis.  
*LORA DEL RÍO. (Sevilla)*

Acababa de amanecer.

El clima parecía haberse escindido en dos, dando la sensación de que aquel verano incipiente se abría con una luz ambigua, cómo si el tiempo atmosférico quisiera también participar en la división que comenzaba a fraguarse dentro del seno de una tierra milenaria.

La tensión acumulada en los últimos años estaba a punto de romper con la tranquilidad aparente de un pueblo sometido al poder de una minoría. Los latifundios, los terratenientes, las familias adineradas, subyugaban a una clase trabajadora, quienes vivían en condiciones demasiado precarias.

*Lora del Río*, población que subsistía casi exclusivamente por la agricultura, era una de tantas.

El fallido golpe de estado, promovido por el general *Sangurjo* cuatro años atrás, había sido una mecha no apagada del todo. Un creciente malestar general, unido a una gran pobreza, siguió alimentando aquella mecha, hasta hacer de ella un fuego generalizado.

Los sindicatos promovieron huelgas y asambleas, mientras crecía la insumisión y el desencanto.

*Lora del Río*, igual que una gran diversidad de pueblos de la *Piel del Toro*, era un polvorín a punto de estallar.

Llegaban noticias nada halagüeñas, augurando un cambio demasiado profundo.

Se cometían asesinatos por aquí y por allá, repartiéndose éstos entre personas de derechas e izquierdas.

No existía tranquilidad, aunque se pretendiera vivir con normalidad, en aquellos primeros días del mes de julio.

Ana Castillo llegó a la *Placita del Reloj*. Pasó junto a la fachada del Ayuntamiento, un edificio con trazas del dieciochesco andaluz. Con posterioridad arribó a la *Casa Palacio de los Leones*, sobria construcción al más puro estilo barroco. Más tarde penetró en la calle de la *Cilla*, caminando

por su adoquinado con cierta dificultad y, finalmente, irrumpió en la *Plaza de Nuestra Señora de Setefilla* o *Placita de la Iglesia*, como vulgarmente se la conocía, para desde allí contemplar la *Torre* que fue construida en mil ochocientos ochenta y nueve y, desde ahí y, tras una breve caminata, llegar a la parroquia de *Nuestra Señora de la Asunción*, iglesia de estilo mudéjar, construida entre los siglos *XV* y *XVI* y reformada a posteriori en el *XIX*, para empujar su puerta de madera avejentada y pasar al interior del edificio religioso.

Ana Castillo observó las imágenes escultóricas que estaban situadas a ambos lados del altar mayor. Suspiró y se arrodilló en uno de los bancos para orar.

El olor a cera quemada se metió en sus sentidos. La penumbra lo dominaba todo. Aquel mundo, tan alejado de lo cotidiano, le agrandó el espíritu porque, en verdad, su vocación como maestra derivaba del gran amor que sentía hacia *Dios*. Incluso hubo un tiempo, durante su adolescencia, que se sintió llamada por la fe. Se planteó hacerse monja de clausura. Aquellas dudas le atormentaron durante aquella etapa, hasta que finalmente optó por dedicarse a la enseñanza, pero, siempre que franqueaba la puerta de una iglesia recuperaba sus recuerdos, los buenos, los que le hacían olvidar otras situaciones, éstas demasiado desagradables, donde su padrastro cobraba protagonismo.

De pronto, una puerta se abrió a su espalda, dejando en el aire su sonido chirriante.

Ella giró la cabeza y dejó de rezar.

Un haz de luz violentó aquel reino de sombras. Un haz procedente de la puerta, ahora entreabierta, de la sacristía. Un haz que envolvió a una figura alta y delgada: el cura párroco surgió de entre las sombras cómo un espectro. El rostro circunspecto de don Malaquías se fue definiendo, según se fue acercando el sacerdote al altar. Sus ojos, negros y hundidos, miraron de soslayo a un lado y a otro del templo, centrándose finalmente en la silueta de Ana Castillo. El párroco sexagenario dibujó una sonrisa en su rostro y, el color serpentino de su faz recobró, gracias a ello, algo de tono.

La maestra se incorporó, cogió una de sus manos y la besó. El sacerdote la miró con benevolencia.

—Mi buena feligresa Ana —dijo el párroco—. ¿Qué le trae hoy por aquí?

La maestra bajó la mirada y se quedó un instante pensativa. Después la

alzó, y miró al sacerdote con zozobra.

—Ando intranquila, padre —dijo con pesar.

El sacerdote frunció el ceño.

—¿Y a qué se debe ese nerviosismo? —su voz grave se extendió por el recinto religioso.

Ana Castillo no le contestó. Levemente abstraída, miraba la luminosidad de las velas así como la oscilación de sus llamas.

—Hay demasiado nerviosismo en el pueblo —adujo la maestra. Sus ojos reflejaban sus pensamientos y, éstos, a su vez, revelaban la incertidumbre que la dominaba—. La tensión es palpable y revierte en el comportamiento de los niños. La escuela se va quedando solitaria día a día. El odio no engendra más que odio y estoy asustada, más por los niños que por mí misma.

Don Malaquías intentó mostrarse sereno. Unió los labios y efectuó una sonrisa, que más bien fue una mueca circunspecta.

—Ana, hemos de pensar que nada malo va a suceder —dijo el sacerdote intentando tranquilizarla—. Tenemos que confiar en *Dios* y esperar a que las aguas regresen a su cauce. Ya verás cómo finalmente todo se normaliza.

Ana Castillo suspiró y desvió la mirada al altar, viendo allí el rostro del *Cristo* en la cruz.

—Padre: me comentó ayer un parroquiano —la suavidad era una constante en el tono de la voz de Ana Castillo— que un primo suyo que vive en *Sevilla*, le ha dicho que han asesinado a varios sacerdotes allí. También, que han quemado algunas iglesias, destrozando con ello imágenes religiosas y libros sagrados. Igualmente, que han aparecido campesinos tiroteados en las cunetas.

El rostro de Ana Castillo se ensombreció, mientras don Malaquías, por su parte, entristecía la mirada.

—Sí —corroboró el sacerdote apenado—. Yo he tenido también noticias luctuosas, pero, vuelvo a repetirte, que hemos de tener fe y no dejarnos vencer por el desasosiego.

El párroco lo meditó unos segundos.

—Aprovecharé la homilía de este domingo —dijo y sus ojos acogieron algo de brillo al pronunciar aquellas palabras— para exhortar a la tranquilidad y a la armonía. A su vez, intentaré convencer a los padres para que sigan llevando a sus hijos a la escuela. Nada debe pasar si se lo pedimos al *Señor*.

Ana besó la mano del sacerdote.

En aquel instante se oyó el sonido de las bisagras en mal estado de la puerta de la sacristía y, mientras ellos se volvían para ver quién llegaba, la puerta se cerraba con lentitud, huérfana de persona alguna. El párroco miró a Ana con extrañeza, pero no le dio mayor importancia al hecho. Ana se incorporó y, tras persignarse ante el *Cristo*, dio media vuelta y fue hacia la salida. Sus pasos resonaban en el recinto religioso, cuando se sintió observada desde el pináculo piramidal creado por las sombras. Se sobresaltó y salió de la iglesia poseída por un miedo irracional.

*Aproximadamente a la misma hora.*

Don Heriberto Buendía, padre de Ernesto, había dejado atrás el núcleo urbano y, ahora, con gesto tan preocupado como ausente, accedía a las lindes de un parque público. Antes de llegar a su taller de zapatería, puede que el más afamado del pueblo, solía darse una larga caminata, recomendada por don Filomeno, el médico del villorrio, cómo terapia ideal para reducir las grasas y, al mismo tiempo, mejorar la circulación sanguínea. Don Heriberto había heredado de su padre hipertensión. Tampoco le ayudaban sus más de cien kilos de peso, menos aún, llevar una vida en demasía sedentaria.

Podía divisar ahora, si bien algo retirado, el *Santuario de la Virgen de Setefilla*, edificio mudéjar del siglo *XV* reconstruido en el *XVIII*, que se situaba en uno de los enclaves arqueológicos más importantes de la provincia, que contaba con una necrópolis tartésica y un castillo medieval. Disfrutaba, así mismo, de la visión de la *Vega del Guadalquivir* así como de la *Campiña* y los innumerables cortijos que se extendían a lo largo de la Serranía.

Don Heriberto había participado de forma activa en la creación de un comité que amparase a los trabajadores de los sectores textil y del calzado. Llevaba varios meses hablando con los representantes del sindicato de la *CNT*, habiéndole propuesto incluso como secretario sus compañeros de oficio.

El padre de Ernesto, a causa de ello, andaba poco por casa y apenas si le quedaba tiempo para ocuparse de su hijo. Su esposa, por ese motivo, era algo más que su mano derecha.

El parque al que ahora llegaba estaba solitario en aquella hora matutina.

Un sol muy pálido le enviaba sus primeros destellos.

Don Heriberto accedió a un sendero flanqueado por castaños. Avanzó por él, hasta que llegó a una glorieta con una fuente en su centro. Había flores por todos lados. Don Heriberto inspiró, para llevarse bien adentro la suavidad y el perfume de aquellas fragancias.

De improviso, se oyeron tres sonidos secos.

Los pájaros, situados en las ramas de los árboles, levantaron el vuelo.

A don Heriberto se le desorbitaron los ojos y se le abrieron los labios, saliendo un hilillo de sangre a través de ellos. Dio algunos pasos y cayó fulminado al suelo, quedándose tendido boca arriba. En su frente se apreciaba un orificio, otro en su tórax y otro más en su costado derecho. La sangre fluía por las heridas.

La mirada de don Heriberto se hizo cristalina.

El silencio regresó al parque, mientras tres individuos, fúsil *Mauser* en la mano, se ocultaban entre los árboles y la espesa vegetación, camino de la otra salida con la que el recinto público contaba.

Los eucaliptos y los chopos pareció que se quedaran custodiando el cuerpo ya sin vida del zapatero.

El cuerpo ya sin vida del padre de Ernesto.

*Anocheciendo.*

El salón de la casa de don Heriberto Buendía reunía a numerosas personas que se iban consolando mutuamente.

La lámpara del techo enviaba su luz mortecina a toda la habitación.

Sentada en un tresillo, con el rostro purpuro, estaba Susana Martos, viuda ya de Heriberto Buendía. Junto a ella, su hermana Sacramento, que intentaba consolarla. Su rostro aniñado contrastaba con la faz crispada de Susana y, aunque se llevaban sólo nueve años, la diferencia entre una y otra se había magnificado en aquellos momentos tan dramáticos.

Los ojos de Susana estaban enrojecidos. Tenía las mejillas hundidas y los labios agrietados. Sacramento, que le acariciaba una de sus manos, la observaba con la mirada entristecida. Muy cerca de ellas se ubicaba el féretro con el cadáver de Heriberto Buendía. Su rostro maquillado mostraba una expresión serena, cómo si la muerte le hubiera pillado sin darse cuenta. Cómo si en vez de la nada, lo suyo fuera sólo un sueño, eso sí, infinito.

Algunos de los familiares de Heriberto y Susana rodeaban el cadáver del zapatero.

De vez en cuando hablaban, pero, siempre en voz baja.

Cerca de la ventana, sobre una mesa circular, se había preparado un pequeño refrigerio a base de fiambres y vino.

Por la mañana se llevarían el cuerpo de Heriberto al cementerio, para darle cristiana sepultura. A su familia se le harían especialmente largas aquellas horas de vigilia.

Ernesto, apartado de todos, llevaba más de una hora apoyado sobre una de las paredes laterales del salón. Serio. Apagado. Tan sólo una vez había mirado a su padre. Aquel rostro sin vida le subyugó de tal manera, que prefirió no volver a verlo. Su cerebro recordaba una mirada expresiva. Una sonrisa llena de amor. Jamás le pegó. Lo educó bajo el prisma del diálogo, pero, ahora, viéndole tan quieto y tan pálido, hubiera deseado que lo vivido hubiera sido sólo una pesadilla. Hubiera deseado, igualmente, despertarse de ella, pero, por más que lo intentaba, no lograba llegar a su cama y, menos

aún, conciliar aquel sueño especial, que debería despertarle de aquella pesadilla tan infame. Debido a ello permanecía en silencio, ausente de todo, cómo un vigía permanente en su puesto de batalla, sin levantar la mirada del suelo, sin moverse siquiera, con idéntica quietud a la de su padre, con la misma palidez, haciéndose innumerables preguntas: *¿Por qué se mata? ¿Por qué existe el odio? ¿Por qué el niño termina haciéndose un hombre?*

De buena gana habría salido corriendo de allí y, una vez fuera, habría deseado transformarse en un suspiro o quizás en un soplo de aire que, elevándose por el cielo mortecino, hubiera viajado muy lejos, allá donde se encontrara lo que fue su padre, bien cómo luz, bien cómo misterio.

Ernesto maduró demasiado deprisa a sus doce años, sabiendo que la vida ya no era un juego.

Se apartó de la pared, y observó a las personas congregadas en el salón. Nadie reparaba en él, ni siquiera su madre que, con gesto abatido, apoyaba la cabeza en el hombro de su hermana. Ernesto dejó el salón. Atravesó el pasillo y llegó a su dormitorio. Cerró su puerta y se tumbó en la cama.

Pensó que la vida ya no sería igual sin su padre.

Sollozó largo rato por ello.

Algo golpeó en el cristal de su ventana. Dejó de llorar, se restregó los ojos con el antebrazo y la abrió: Hipólito estaba en el jardín, con otra piedrecita en la mano, que ya no lanzó.

La luna, entretanto, extendía sus haces de color plata a todo lugar.

Ernesto miró a su amigo con desolación. Hipólito le hizo un gesto con la mano, conminándole a reunirse con él. El niño saltó al jardín y fue a su lado.

—Siento lo de tu padre —dijo Hipólito cariacontecido.

Ernesto asintió sin contestarle.

Las farolas iluminaban el porche y unas polillas se entretenían jugando con su haz de luz.

No hacía viento, cómo si el tiempo hubiera querido respetar a aquel niño que había perdido a su padre.

Aquel silencio laceró el ánimo de Ernesto, más, quizás, que el vivido por él mismo dentro de la vivienda.

A partir de aquel instante, su mundo siempre sería un lugar de claros y sombras.

*Lora del Río*, en aquella hora crepuscular, se asemejaba a una ciudad fantasma. Ernesto incluso presintió a los espíritus de los muertos que vagaban errantes en aquella noche tan cálida, dudando si no sería alguno de ellos el

fantasma de su propio padre que, quizás iría hacia el huerto o puede que hacia el pozo o a lo mejor hacia el granero...

Ernesto movió repetidas veces la cabeza, intentando salir de aquellos pensamientos.

—Acompáñame —le susurró Hipólito.

—¿Adónde? —cuestionó Ernesto y frunció el ceño.

—No hagas preguntas y sígueme.

Hipólito dejó de hablar y echó a caminar, siguiéndole Ernesto no muy convencido. Se alejaban de la casa, cuando Ernesto giró la cabeza y miró hacia sus muros intentando vulnerarlos, para poder ver así y por última vez el rostro macilento de su padre.

Sus ojos se humedecieron, pero, finalmente, endureció la mirada.

La luna, siempre cómo un faro, en aquel paseo bajo las estrellas.

El sendero, que se fue alejando cada vez más de la casa paterna, llevó a los dos niños hacia una cuesta muy empinada, donde había una gran profusión de hayas y nogales.

—¿A dónde me llevas? —cuestionó Ernesto con algo de nerviosismo.

—Calla y camina.

Anduvieron un tiempo más, sobresaltándose ante el canto de una lechuza o ante el movimiento casi imperceptible de un matorral cercano. Entonces, aceleraban el paso. Finalmente, llegaron a un claro en el bosque, desde donde podían divisar, si bien algo retirada, la silueta casi espectral de una casona. Silueta fantasmagórica que se recortaba en medio de la noche cómo un auténtico gigante. Apenas si percibían la blancura de su fachada o el rojo intenso de su tejado, pues las sombras de los árboles lo envolvían casi todo.

Hipólito se detuvo y se agachó, imitándole Ernesto. A partir de ahí gatearon, acercándose de manera progresiva hacia el inmueble.

Un magnolio centenario custodiaba la parte trasera de la casona. Los niños se emboscaron por detrás de su tronco grueso. Hipólito, el más decidido siempre, trepó por el árbol, mientras Ernesto, sorprendido por la acción de su compañero, se limitaba a observarle, si bien sólo por un instante, pues al momento acompañó a Hipólito en aquella subida improvisada, hasta que los dos llegaron a las ramas más altas, ocultándose entonces entre ellas. A partir de ahí, se dedicaron a observar una de las habitaciones a través de su ventana.

Hipólito miró a Ernesto con picardía.

La noche, entretanto, se iba haciendo cada vez más sombría, a pesar de la

lucha que mantenía la luna contra las tinieblas.

En la estancia que visualizaban se encontraba el coadjutor Teodoro, quien gateaba desnudo por el suelo, a excepción de un arnés que llevaba alrededor del cuello. A su lado e igualmente desnuda aparecía una mujer de unos cincuenta años, de pechos exuberantes y nalgas desproporcionadas. Una mujer que hacía restallar, una y otra vez, un látigo al aire, mientras sujetaba a Teodoro por el arnés.

El coadjutor estaba situado sobre una alfombra de color granate.

Los niños, ocultos entre las ramas del magnolio, asistían asombrados a aquel acto tan extraño. Les llegaban voces y gritos de mujeres desde otras habitaciones, así como risas esperpénticas de hombres.

Hipólito instó a Ernesto a bajar. Lo hicieron en silencio, alejándose ya de la casa y, sólo cuando su silueta se desdibujaba en el horizonte difuso, respiraron algo más tranquilos.

—¿Qué casa es esa? —demandó Ernesto, rompiendo de ese modo con el silencio.

—Mi hermano me ha dicho que es una casa de putas.

—¿De putas?

—¡Sí!

Ernesto, que seguía a su amigo, adoptó un gesto dubitativo.

—Mujeres que venden su cuerpo por dinero —le aclaró Hipólito, sin dejar de caminar—. Mi hermano lo sabe todo.

Ernesto amplió su gesto de duda.

—¿Y quién quiere comprar sus cuerpos?

—¡Desde luego qué eres tonto!

Ernesto no quiso preguntarle nada más, prefirió callarse, antes que volver a recibir otra contestación desaprobatoria.

De improviso, los niños escucharon el sonido relativamente cercano de varias detonaciones, que rompieron con la tranquilidad reinante. Fueron más de diez.

Se dejaron caer al suelo. Pasaron unos intensos e interminables minutos, donde apenas si respiraron, manteniendo en silencio y, cómo mejor pudieron, aquella postura tan incómoda. Hipólito fue quien finalmente se movió y escrutó en la oscuridad, no distinguiendo nada extraño en ella. Se incorporó con precaución y miró hacia todos lados. Ernesto se levantó también, si bien con algo de miedo. Caminaron un tiempo, sin dejar la protección del bosque, hasta que llegaron a las cercanías de un pinar. Desde ahí tomaron un sendero

adyacente que debería llevarles hacia las primeras casas del pueblo. Caminaban con prisa, cuando Hipólito creyó observar, relativamente cerca de ellos, varios cuerpos tirados en el suelo. Se les acercaron con sigilo, mientras el corazón les latía con fuerza. Cinco hombres yacían sobre el terreno. Habían recibido los impactos de varios proyectiles y estaban rodeados por charcos de sangre. Sus pupilas acogían expresiones de un terror indefinido. Los niños salieron corriendo de allí, y ya no pararon hasta que llegaron a sus casas. Ernesto entró en su habitación a través de la ventana, que había dejado abierta con anterioridad, y se quedó sentado en el suelo, completamente a oscuras. Oyó lamentos desde el salón. Ernesto pensó que la muerte se había erigido en *Lora del Río* cómo una siniestra protagonista.

Nadie estaba ya a salvo en el pueblo.

Ni siquiera él.

Se quedó dónde estaba, comprobando cómo la noche expiraba con una lentitud desesperante, con los ojos demasiado abiertos y el alma sobrecogida ante tanto dolor y tanta muerte.

La mañana siguiente amaneció especialmente sombría, cómo si la climatología hubiera deseado acompañar aquel momento de duelo.

El cementerio era para Ernesto un mundo de pesadilla, donde las lápidas refulgían por el baño, esta vez ceniciento, de la luz solar, que atravesaba con torpeza la capa demasiado densa de las nubes.

Familiares y algunos vecinos, pocos, seguían al carromato, que llevaba el ataúd con el cadáver de Heriberto Buendía. Pocas personas para un día tan triste. El miedo se percibía, casi podía olerse, y se proyectaba hacia cualquier rincón del pueblo. Miedo que atenazaba el pensamiento y constreñía el espíritu.

Ernesto, desolado, iba con la mirada perdida, situado entre su madre y su tía. Observaba las copas de los cipreses cercanos, intuyendo, quizás en ellos, a los aliados permanentes de la muerte. Pensaba en aquello cómo en algo demasiado irreal, pues, su mente infantil no discernía cómo puede asesinarse por odio. Menos aún, cómo personas de un mismo pueblo llegan a matarse. Vecinos de siempre eran ahora enemigos irreconciliables. La noche anterior fue toda una experiencia traumática. Haber visto a la muerte tan de cerca le provocaba un nerviosismo creciente. No dejaba de recordar los rostros de aquellos cadáveres, igual que sus expresiones de horror.

Las ruedas del carromato horadaban el suelo, rompiendo con el silencio que tanto le molestaba.

Su madre, pálida y enlutada, se apoyaba siempre en su hermana.

Los vecinos miraban el suelo, queriendo evitar el dolor que se reflejaba en las caras de Susana y Sacramento.

El cielo, cada vez más encapotado, amenazaba con tormenta.

El carromato se detuvo junto a una sepultura abierta: un agujero creado de forma rectangular, custodiado por un montón de tierra revuelta. El sepulturero saltó del vehículo y fue hacia su parte trasera, haciéndose con una pala y con algunas cuerdas que puso alrededor del ataúd. Su hijo, ubicado sobre el carromato y de una edad pareja a la de Ernesto, observó el féretro durante un tiempo completamente abstraído. Después y, con la ayuda de varios vecinos, pasaron el ataúd a la sepultura, cubriéndolo finalmente con la tierra.

Susana no pudo más, y se echó en el suelo para sollozar allí desconsoladamente, y el cielo, cómo si se contagiara de aquel llanto, descargó un fuerte aguacero sobre el cementerio.

Ernesto salió corriendo, alejándose cada vez más de la sepultura paterna. Estaba empapado, pero no le importó, más bien lo deseó, cómo si el agua se llevara muy lejos toda su amargura.

Ernesto franqueó la verja de hierro del cementerio, y la dejó con rapidez atrás. Corrió sin saber muy bien adónde iba, mientras su rostro se iba cubriendo, de forma alternativa, de lágrimas y gotas de lluvia.

Los relámpagos y los truenos se hicieron protagonistas en un cielo completamente ya difuminado.

Ernesto no sintió miedo ante aquellas manifestaciones de la naturaleza.

Siguió corriendo, cómo si la propia vida le fuera en ello. Sus piernas le condujeron hacia el bosque, como si quisiera unirse a la pléyade de árboles que lo conformaban. Cómo si él pudiera esconderse entre tanta vegetación. Desaparecer así de todo y de todos. Convertirse en un ente sin voz, sin ojos, sin ni siquiera sentimientos. Ser cómo hoja inanimada que, mecida por el viento, viajara de aquí para allá sin rumbo, llegando tan lejos, que ni él mismo supiera su triste destino.

La lluvia, tan pertinaz cómo intensa, seguía empapándole y, él, a su vez, seguía corriendo, huyendo de sí mismo y de sus recuerdos, que le decían que él ya no sería él, que su pueblo ya no sería su pueblo, que su país ya no sería su país... y el lodo del camino ensuciando sus zapatos, y éstos hundiéndose cada vez más en el embarrado sendero.

Ernesto dejó el pueblo atrás, y se fue adentrando en el corazón del bosque.

La oscuridad era ya un todo y, él, en aquellos instantes, un ente diminuto entre gigantes de madera.

Se dejó caer junto al tronco de un árbol, ciñéndose su cuerpecito tanto a la madera que dio la sensación formaran un único cuerpo.

Su corazón latía de forma apresurada.

Sus piernas, tan delgadas como palillos, se hallaban cubiertas por el barro.

Las gotas de lluvia y de sudor, que resbalaban por todo su cuerpo, formaban al caer minúsculos círculos, pareciéndole a Ernesto que hasta los árboles lloraban.

Un nuevo relámpago serpenteó en el firmamento, dibujando un zigzag de

un luminoso color. Después, se escuchó un estruendo.

Ernesto cerró los ojos y su pensamiento voló muy lejos, tanto que le pareció llegara hasta el vientre materno para, ya allí, sentir la tibieza y la seguridad que su madre siempre le proporcionó. Entretanto, tiritaba más de miedo que de frío, y en aquel instante tan amargo, y en aquella soledad buscada, y en medio, a su vez, de un bosque solitario, tuvo la necesidad de echarse a llorar, cosa que hizo, además, largamente.

Ana Castillo tocaba al piano un *Réquiem* de *Mozart*. La música, que se escuchaba en el salón, se unía al repiqueteo de las gotas de lluvia que incidían sobre el alfeizar de la ventana.

La maestra movía las manos sobre el teclado con vehemencia, preguntándose: *¿Cómo era posible que, tras una larga sequía y en un mes tan tórrido de verano, la lluvia hubiera hecho su acto de presencia de aquella forma tan violenta? Aquello no tenía mucha lógica.*

Ana Castillo intuía una desaprobación del *Supremo* en aquello. *Qué mejor manera de manifestar su malestar —sonrió con escepticismo al formular tal pensamiento— que hacer llorar al cielo.*

Lo que Ana Castillo sintió, fue un escalofrío o puede que un presentimiento, pero, fuera lo que fuese, hizo que dejara de tocar y girase el cuerpo, para mirar por la ventana: en el porche había alguien, si bien no supo identificar quién, por la lluvia. Aguzó la vista y gritó entonces. Se levantó y abrió la puerta de la vivienda: Ernesto era quien estaba en el porche, con la mirada baja y una expresión de total abatimiento reflejada en su rostro.

—¡Dios de mi vida! —exclamó la maestra y se llevó las manos a la cabeza— ¡Anda, pasa, que vas a coger una pulmonía!

Ernesto, sin embargo, no se movió, siguió pendiente del entarimado del suelo completamente abstraído. Ana Castillo se le acercó y, tras cogerle de la mano, lo llevó hacia el interior de la casa, quitándole la ropa y los zapatos. Después lo cubrió con una toalla y, finalmente, friccionó su cuerpecito durante un tiempo.

La noche, entretanto, seguía igual de desapacible.

El viento zarandeaba los farolitos del porche que, al moverse, enviaban su luz amarillenta hacia las cercanías de la casa.

La lluvia, igualmente mecida, viajaba de forma racheada, haciéndose, a veces, una cortina casi impenetrable de agua.

Ana colocó a Ernesto sobre sus rodillas. El niño iba entrando poco a poco en calor, aunque su mirada seguía ausente.

—Me gustaría que me aclarases: —dijo Ana con ternura— ¿Qué haces tan lejos de tu casa?

El niño mantuvo aquel silencio casi autista, mientras la maestra emitía un

suspiro.

—Cuando saliste del cementerio —dijo la maestra— di por hecho que necesitabas estar solo. Respetamos tu huida, pero, lo que no podía imaginarme, es que ésta duraría tanto tiempo. Tu madre y, estoy segura de ello, andará muy preocupada por ti.

Se hizo un largo silencio.

Un quinqué de gas iluminaba el salón.

Ernesto tuvo la sensación de que los muebles, ante aquella luz tan débil, eran monstruos horribles. Inconscientemente, se acurrucó entre los brazos de la maestra, que lo miró con afecto entonces.

—¿De qué tienes miedo, Ernesto? —preguntó Ana Castillo.

El niño cerró los ojos y, tras dudar, dijo con voz trémula:

—De los hombres —su hilillo de voz casi no llegó a la maestra.

Ana frunció el ceño y le observó con fijeza.

—¿De qué hombres? —demandó, confundida.

Ernesto miró hacia la ventana. La lluvia seguía siendo la protagonista.

—De todos —dijo débilmente.

La maestra asintió y lo abrazó.

—Cuando el corazón se nubla, mi querido Ernesto —dijo Ana con cariño — y la locura se apodera de la razón, el ser humano pierde la inocencia que adquirió en el momento del parto. El hombre no es malo, Ernesto, lo que pasa es que deja de ser niño y, por ello, pierde su ingenuidad, y con ella la capacidad de perdonar.

Ernesto enarcó las cejas y recordó un momento.

—Hasta los curas son malos —terció el niño con gravedad.

Ana Castillo frunció la frente y separó a Ernesto de su cuerpo, para observarle con confusión.

—¿Por qué dices eso? —demandó, perpleja.

El niño desvió la mirada hacia la alfombra del salón.

—Porque van con putas —contestó, avergonzado.

—¡Ernesto: no te consiento que digas semejantes barbaridades! —exclamó ella, evidentemente acalorada.

El niño la miró y sus ojos acogieron brillo.

—¡Yo no miento! —gritó Ernesto enfadado— Mi amigo Hipólito y yo lo hemos visto.

Ana Castillo elevó el mentón y observó a Ernesto con un gesto de duda.

—Y, puede saberse: ¿dónde has visto a un sacerdote con una mujer? —

preguntó la maestra con evidente curiosidad.

—En la casona vieja —apuntó Ernesto.

Ana agrandó la mirada.

—¿Y a qué sacerdote viste allí?

El niño meditó la respuesta, mientras la lluvia aminoraba en su intensidad.

—A Teodoro —musitó finalmente.

Ana Castillo intentó racionalizar aquel nombre.

—¿El coadjutor? —preguntó al fin y con evidente nerviosismo.

Ernesto asintió y Ana Castillo suspiró.

—Gateaba desnudo por el suelo —explicitó el niño— y esa mujer lo llevaba atado con una correa.

Ana dejó a Ernesto en el suelo y se incorporó muy agitada. Caminó durante un tiempo por la habitación, observándola el niño en silencio. Se detuvo junto a la ventana y miró el cielo encapotado. Regresó junto a Ernesto y, tras arrodillarse, lo miró detenidamente.

—Ernesto: —dijo la maestra con expresión severa— lo que has visto en esa casa es algo que se sale de lo normal. Pienso, por ello, no qué estés confundido, sino más bien que has visto algo que no has comprendido del todo. El coadjutor, casi con toda seguridad, estaría recogiendo algo del suelo, y la mujer le estaría ayudando en ese cometido. De todas formas, prefiero que esto no lo hables con nadie. Será nuestro secreto. ¿De acuerdo?

Ernesto meditó lo que su señorita le solicitaba.

—Vale —aceptó finalmente— ¡Pero yo no miento!

Ana Castillo forzó una sonrisa.

La lluvia, entretanto, casi había cesado.

Un destello de luz argento luchaba por abrirse paso entre las nubes.

La maestra se percató de ello.

—Es tarde —manifestó—. Voy a llevarte a tu casa. Tu madre y tu tía estarán muy preocupadas.

Ernesto no quiso separarse de ella, pero, cómo niño obediente que era, asintió, sin replicar. Su mirada aterrizó en el piano entonces. Pensó que aquel instrumento ofrecía melodías, sonidos muy diferentes a las detonaciones que él escuchó la noche anterior. La música era para Ernesto el contrapunto de la crueldad. Lo bello enfrentado siempre a lo horrible. Ernesto hubiera deseado, en ese momento tan especial, que los hombres fueran músicos, y que en vez de armas utilizaran únicamente instrumentos musicales. La vida, prosiguió

Ernesto pensando, mientras centraba la mirada en la silueta de Ana Castillo, que en aquel instante se adecuaba una rebeca sobre los hombros, cerca de la puerta de la vivienda, debería ser siempre una partitura, en la que todos los seres humanos cantaran y bailaran al son de la misma música.

Ana se giró, enviándole a Ernesto una sonrisa tranquilizadora. El niño comprendió el mensaje, y se levantó de la silla acercándosele. Ana le puso una mano en el hombro, y después salieron hacia el exterior.

Ernesto, que llevaba sobre su cuerpo ropa de ella —una camisa sin mangas, arremetida por dentro de un pantalón corto, sujetado por un cinturón — encogió su cuerpecito, mientras la sintonía creada por él en su subconsciente, desaparecía en medio de la noche.

El niño regresaba al reino de los hombres y, éstos, para su desgracia, eran unos seres tremendamente despiadados.

La maestra y el niño profundizaron en un sendero, iluminado débilmente por los haces de la luna.

Olía a ozono, y las lindes del camino les enviaban fragancias renovadas.

Ernesto, al lado, casi pegado a Ana Castillo, no conseguía levantar la mirada del camino embarrado.

Su corazón había empezado a latir otra vez con fuerza.

*Principios de Agosto de mil novecientos treinta y seis.*  
*LORA DEL RÍO. (Sevilla)*

Aquella mañana se había inaugurado con una claridad manifiesta, dándoles a los lugareños la sensación, de que la fuerte tormenta que descargara sobre el pueblo, apenas hacía un mes, había sido sólo un sueño y, realmente no había existido, pero, la realidad era bien diferente, ya que el tiempo no podía retroceder para refrescarles la memoria y, menos aún, para evitar lo inevitable.

La inseguridad era ya absoluta en *Lora del Río*.

La muerte planeaba por encima de las viviendas encaladas de tejados rojizos, no entendiendo ni de bandos ni de colores.

Las detonaciones nocturnas habían terminado convirtiéndose en algo demasiado frecuente.

Los cadáveres aparecían en cualquier sitio y de cualquier manera. El horror era el dueño y señor en el pueblo, pueblo que sólo unos meses atrás, era un lugar de concordia.

Los aldeanos se cruzaban en las calles, observándose con temor, intuyendo que quien les saludaba, bien podría ser su verdugo por las noches.

De ahí, que el miedo estuviera a flor de piel, en aquel inicio del mes de agosto.

Las radios traían noticias de sublevaciones y enfrentamientos.

El levantamiento militar era algo ya contrastado. Un golpe que, comandado por el general *Queipo de Llano*, había sido secundado en *Sevilla*. Un golpe que se ramificaba con rapidez hacia otros puntos del país. El general *Franco* había establecido su cuartel general en la capital andaluza e intentaba llegar desde allí a *Madrid*.

*Lora del Río* temblaba ante aquella unión de odios, de hermanos luchando contra hermanos, de vecinos contra vecinos...

Ana Castillo llegó frente a la puerta de la iglesia y dudó unos segundos antes de entrar en ella.

Quedaban once minutos para que las campanas sonaran diez veces.

La claridad de la mañana hacía daño a sus ojos claros.

Finalmente empujó la puerta, entrando así en el recinto religioso. La recibieron las sombras, como siempre, y el olor de las velas ardiendo. Ana creyó sentirse allí más segura que en ningún otro lado. Acercarse hacia el altar mayor, observando al *Cristo* crucificado, le produjo un dolor infinito, intuyendo que aquel *Ser* de madera lloraría desconsoladamente por todo lo que sucedía fuera de la parroquia. Se arrodilló ante el *Señor*, y su gesto fue de acusada tristeza.

Escuchó un sonido quejumbroso a su espalda. La puerta de la sacristía se abrió y el cura párroco don Malaquías, con aire circunspecto, salió a través de ella.

Ana Castillo se incorporó y se acercó al sacerdote. El encuentro se realizó a la izquierda del altar, muy cerca de la sacristía. Allí, la luz violentaba las vidrieras, bañando sus rostros mediante tonos claros y oscuros. Luz y tiniebla. De ahí, que la maestra adquiriera brillo en sus ojos y, buena parte de su nariz y de sus labios, quedaran ocultas por la oscuridad.

El sacerdote sonrió y dulcificó su gesto.

—¿Qué te sucede, Ana? —demandó don Malaquías, mientras cogía su mano.

—Nada agradable, padre —manifestó ella y le besó la mano.

El sacerdote frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Prefieres hablar en la sacristía? —sugirió el párroco de buen agrado.

Ana Castillo asintió.

El sacerdote y la maestra fueron hacia ella. Don Malaquías, ya dentro, se sentó en un sillón tras el escritorio, y la joven lo hizo en una silla de madera, situándose frente a él.

La luz de una lamparita, ubicada sobre la mesa, se proyectaba por la habitación, centrándose, sin pretenderlo, en una fotografía del Papa *Pío XI*.

En la pared frontal podían verse las huellas que habían dejado dos cuadros que, de seguro, habrían estado allí colocados no hacía demasiado tiempo. Ana Castillo interpretó que, el miedo, libre ya, había llegado hasta la casa de *Dios*.

El párroco tosió, cómo anticipo de la conversación, y después entrelazó las manos bajo el mentón, en un gesto puramente reflexivo para, finalmente, apoyar los codos sobre los brazos del sillón.

—Bien —dijo don Malaquías—. Cuéntame lo que tanto te agobia.

Ana suspiró y se miró el bajo de su falda marrón. Un bolso de color

negro descansaba sobre su regazo. Una blusa de algodón se ceñía a su cuerpo, y ella dudaba si el sacerdote no escucharía, a través de sus finos encajes, los latidos nerviosos de su corazón.

Don Malaquías, entretanto, la observaba con gesto benevolente, aguardando sus primeras palabras.

Ana finalmente se decidió, y su mirada profundizó en la de don Malaquías.

—Padre, lo que voy a decirle no es agradable, y sé que le causaré un daño indirecto al hacerlo.

Don Malaquías adoptó un gesto de extrañeza y, sus manos, unidas todavía, se separaron, yendo hacia la comisura de sus labios. Sus ojos, al agrandarse, invitaron a Ana Castillo a seguir hablando.

—Me he enterado por alguien de toda confianza que... —la maestra dudó si debía de continuar o no.

El sacerdote siguió pendiente de ella, mientras se creaba un silencio demasiado tenso.

Silencio que se extendía por todo el recinto religioso.

*Veintiuno de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.  
Diez horas y cinco minutos de la mañana.  
MADRID.*

Juan salió del despacho de Alfredo dando un portazo.

Bajó por las escaleras con gesto contrariado, accediendo poco después al patio principal y, finalmente, a la calle, tras dar un empujón a la puerta giratoria del inmueble.

Respiró hondo: lo necesitaba.

Nevaba sobre la capital de *España*, tres días antes de la celebración de la *Nochebuena*, y un día después del atentado sobre el almirante *Luis Carrero Blanco*, que le costó la vida.

Los días se le habían volatilizado, pareciéndole que no hubieran existido. Días de búsquedas infructuosas, desaliento y amargura, borracheras y de una tremenda soledad.

A primera hora de la mañana le había llamado su cuñado, instándole a que fuera a su despacho. Adivinó el motivo de la llamada y, ya allí, no quiso que Alfredo se excusara, tampoco forzó la situación.

Comprobó, eso sí, la palidez del rostro de Alfredo. Su rictus crispado, y ya no quiso saber más. Se acercó al escritorio, donde su cuñado se parapetaba con gesto huidizo, y asintió en silencio. Alfredo levantó la mirada y Juan encontró en ella excusas y miedos. Él no era su verdugo, aunque participaba de forma activa en su defenestración, pues, con su silencio, permitía su despido. Juan retuvo en su cerebro las palabras que no pronunció. Así que cerró los puños y se mordió los labios con rabia. A continuación, miró por el ventanal: la nieve caía con fluidez sobre los tejados de *Madrid*. El cielo parecía llorar en blanco, mientras él lo hacía en negro. Mal día, meditó Juan, para que una amistad casi fraternal terminara. Mal día, igualmente, para tener que injuriar.

Dejó las llaves del *Seiscientos* sobre el escritorio, quizás el último vínculo que les unió...

Todo eso recordó Juan, ya en la calle, mientras miraba hacia la ventana

del despacho de Alfredo, pudiendo percibir a una sombra tras ella.

La nieve lo cubría todo con rapidez.

Apartó la mirada de la ventana y se alejó de todo lo que había sido su mundo laboral hasta aquel preciso instante.

Su figura se fue haciendo cada vez más pequeña.

Alfredo, sólo unos minutos antes, quiso decirle a su cuñado que se quedara y le perdonara. Qué la vida no se cifraba únicamente en éxitos. Qué sobre todo se basaba en el respeto y la comprensión. Qué disponía del tiempo que él quisiera, para hacerse con aquella primicia maldita, que él estaba convencido que al final conseguiría. Qué creía en él por encima de todo y que, además y para él lo más importante, era su amigo y camarada, pero, por el contrario, se quedó quieto en el sillón, eclipsado ante la responsabilidad de su cargo, y sus palabras y sus actos murieron sin haber nacido.

Cuando Juan cerró la puerta del despacho, Alfredo fue consciente de que había perdido a su cuñado para siempre, y con él, quizás, a su mujer, y con ella, puede que hasta su matrimonio, y con éste, casi seguro que a sus hijos, y con ellos y para su desgracia, toda su vida. Por todo aquello fue hacia la puerta y la abrió, pero, Juan ya iba por las escaleras, fuera de su vista. Se desplazó hasta la ventana y miró por ella: vio a su cuñado atrapado por la distancia.

El teléfono de su despacho sonó de improviso.

Alfredo giró la cabeza y miró con frialdad al aparato, pero, sin llegar a cogerlo.

Alguien tocó en la puerta de su despacho, sólo unos segundos después de que el teléfono dejara de sonar.

—Adelante —dijo con la voz entrecortada.

Rocío, su secretaria, una joven de cabellos castaños y ojos de color pardo, apareció en el umbral de la puerta, mirándole con confusión.

—Señor Mínguez —dijo la secretaria—. Le he llamado por la línea interior, pero no contestaba.

Alfredo porfió por recobrar la serenidad, aunque se debatía todavía por dentro. Miró a Rocío con inexpresividad.

Carraspeó y asintió.

—Sí, lo siento —se excusó finalmente Alfredo—. Dígame qué sucede.

Rocío fue hacia el escritorio y dejó la carpeta que llevaba en las manos sobre la mesa.

—Don José quiere verle ahora mismo —dijo—. Por lo visto es algo urgente.

—Gracias —contestó Alfredo casi mecánicamente.

La secretaria salió del despacho y Alfredo retornó a su soledad. Se incorporó del sillón, se colocó la chaqueta sobre los hombros y, tras coger la carpeta, abandonó el despacho.

El ritmo laboral se hallaba en plena ebullición en el periódico. Se cruzó con algunos compañeros que le saludaron. Atravesó un departamento, antes de subir dos plantas por las escaleras, deteniéndose al fin frente al despacho del director. Él creía intuir el porqué de aquella llamada. Tocó en la puerta con suavidad, escuchando desde el interior de la estancia, la voz profunda y grave de José Calzado.

Sara observaba la calle a través de la ventana del salón de su vivienda.

Los niños estaban en el colegio y ella era ahora la reina y señora en el hogar. Una ama de casa más. Una solitaria ama de casa más.

Visualizaba los cables aún no retirados del tranvía que, mecidos por el viento, querían cobrar protagonismo.

Unos niños cantaban villancicos en un portal cercano, haciendo sonar sus panderetas y zambombas.

Un individuo flaco de carnes y de unos setenta años, vendía unos abetos diminutos en un puestecito ambulante, situado algo retirado del inmueble.

Un sidecar pasó justo por debajo de su ventana, llevando como porte varias cestas navideñas.

Una gran profusión de bombillitas de colores colgaban de los árboles y de las farolas, iluminando así las aceras y las calles.

Un chucho esquelético ladraba sin cesar, ubicado en un balcón de los edificios de enfrente.

El tema “*El Himno a la Alegría*”, cantado por *Miguel Ríos*, se escuchaba desde una radio cercana.

Sara tuvo un mal presentimiento: algo que martilleó en su subconsciente provocándole intranquilidad. No había vuelto a hablar con su marido desde que éste le comunicara lo de su hermano. El matrimonio se había ido distanciando por ello y, lo peor de todo era, que ninguno de los dos hacía nada para remediarlo. Aquellas fechas no eran, quizás, las más propicias para un posible acercamiento. Sara pensó en la *Navidad*, cómo en un trago algo amargo que debería pasarse cuanto antes. Una dura prueba para quien ha perdido a un ser querido. Hacía tres años de la muerte de su suegro y diez del óbito de su padre. Por ese doble motivo, tanto Alfredo como ella misma deseaban que las fiestas terminaran lo antes posible pero, a la vez y por sus hijos, se volcaban plenamente en ellas. Días atrás, Alfredo había habilitado un pequeño belén en un apartado del salón y, aunque el ambiente entre la pareja no era demasiado festivo, procuraban disimularlo por la tranquilidad de sus hijos. Al día siguiente celebrarían la *Nochebuena* con su familia, en una cena muy especial, donde hablarían y reirían alrededor de la mesa del salón, pero habría dos sillas que no se ocuparían y, eso mermaría sus

ilusiones, llevándoles hacia atrás en el tiempo, a la época en que todavía vivían sus seres más entrañables. El cava, los langostinos, la carne mechada y el besugo al horno, querrían convertirse en los protagonistas de la velada. La celebración ocultaría buena parte de unas vidas solitarias y, ya en la despedida, se darían los postreros abrazos. La soledad partiría de la casa, acompañando a los familiares respectivos, quienes llegarían a sus domicilios con la tristeza reflejada en sus rostros, echando de menos a la persona querida, y ellos dos, lo mismo que cada *Nochebuena*, lo recogerían todo y se irían después a la cama, sólo que esta vez ni se abrazarían ni se consolarían.

Sara dejó la cercanía de la ventana, dado que no quería pensar más, pues estaba convencida de que algo no iba demasiado bien. A su cerebro llegaba con marcada insistencia el rostro de su hermano Juan.

Entretanto, la mañana avanzaba.

Sara llegó a la cocina y se fijó en los cestos de ropa que quedaban todavía por tender y, a la vez, en lo ajustado de la hora.

Recordó el esfuerzo que tuvo que hacer para concluir la carrera de *Derecho*, cosa que al final consiguió, pero, lo laboral tuvo que pasar a un segundo plano al quedarse embarazada al poco de haberse casado, no teniendo más remedio que elegir entonces. Optó por atender a su familia, y Alfredo se lo agradeció siempre. Intentó amoldarse a su nueva vida, aunque no se sintiera realizada por dentro.

Su pensamiento se centró en la figura de su madre: Angélica Luelmo o la mujer que llevó al matrimonio la tradición heredada de ser el nexo de unión de toda la familia. Siempre que se necesitaba de algo, allí estaba ella, con su carita aniñada, con sus expresivos ojos negros, con su estatura menuda y su gran espíritu. Realmente, el brazo donde todos se apoyaron. Angélica tuvo en Juan a su ojito derecho. Sara fue consciente siempre de ello, pero, también lo fue, de que ella fue la niña de sus ojos para su padre. De su madre aprendió a sufrir en silencio. Igualmente a ser laboriosa y comedida. De su padre heredó un montón de cosas, aparte de un razonable parecido físico. Una de ellas: su gran amor por los libros. Su padre, un hombre bondadoso que le proyectó en su espíritu un sentimiento de libertad y a la vez de lucha.

Él, un rojo entre azules, tuvo que soportar la humillación de una derrota, pero no bajó los brazos y peleó por hacerse con un hueco entre los vencedores, y si bien le costó rehabilitar su nombre, si es que lo consiguió, prosiguió con su tarea, que no fue sino la de defender a los trabajadores contra la opresión de un sistema.

Los ojos de Sara enrojecieron, así que dejó a un lado los recuerdos de su pasado y, tras sacarse un pañuelo del bolsillo de la bata, se sonó la nariz con fuerza.

Tenía que ultimar la compra.

Algo más tarde hacer la comida.

Después...un montón de cosas más.

*Madrugada del veintidós de Diciembre.*

Ernesto Buendía se agitaba en medio de un sueño roto miles de veces, luchando de nuevo contra los fantasmas de su pasado, que volvían para atacarle en forma de pesadillas.

Era consciente de que los monstruos de su infancia regresaban atormentándole cada vez que conciliaba el sueño, y en ese estado de zozobra permanente discurría cada madrugada, entre sudores fríos y convulsiones, entre espanto y miedo...

*Primeros días de Agosto de mil novecientos treinta y seis.*  
*LORA DEL RÍO. (Sevilla)*

Ana Castillo contó finalmente al sacerdote lo que Ernesto le dijera a su vez.

El párroco, mientras ella le hablaba, fue cambiando de expresión, adquiriendo al final su faz un tono macilento. Su mirada, por su parte, se hizo inexpresiva.

Durante un tiempo nadie habló.

La oscuridad creaba un halo especial, que Ana Castillo percibía, cómo si las imágenes que la rodeaban la mirasen. Cómo si los cirios que ardían, cobraran un fulgor extraño. Cómo si los bancos acogieran a figuras fantasmales que estuvieran también observándola desde su atalaya inmortal. Cómo si el silencio viajara libre y, tras introducirse en su cuerpo, la hiciera estremecer.

Y así, y mientras observaba el rostro lívido de don Malaquías, creyó percibir a su espalda, situada junto a la puerta entreabierta de la sacristía, a una sombra que se movía entre la oscuridad.

Giró la cabeza y pretendió visualizar a la persona que en aquel instante parecía ocultarse tras la puerta. El sacerdote, ajeno a la situación, seguía igual de absorto e igual de concentrado. Ana Castillo entendió que podían haber sido espiados y, por lo tanto, quién quiera que fuese, estaría al tanto de la conversación que había mantenido con el párroco. Quizás fuera la misma persona que intentaba poner tierra de por medio entre la salida y ellos dos. No dudó. Se incorporó y fue hacia la puerta, justo cuando ésta se cerraba. Se detuvo sorprendida, se giró y miró al sacerdote, que seguía igual de dubitativo. Finalmente y, tras armarse de valor, salió de la sacristía, cuando una nueva puerta se cerraba, al final del largo y sombrío pasillo. No se lo pensó: fue hacia allí, a pesar de sentirse paralizada por el miedo, encontrándose en un nuevo corredor, tras haber traspasado la puerta. Visualizó una escalera, creyendo percibir el sonido amortiguado de unos pasos alejándose. Aguzó el oído y escuchó la apertura de una tercera puerta.

Creyó que el corazón se le saldría del pecho, pero, no cejó en su empeño y siguió en pos del desconocido, accediendo, momentos después, a esta última puerta. Dudó antes de abrirla, pues, creía que alguien la acechaba desde la oscuridad. Ana Castillo la empujó finalmente, encontrándose dentro de un mundo de sombras. Presintió a alguien en aquel espacio oscuro. Se lo anticipó su sexto sentido. Casi se lo gritó su pánico irracional. Tanteó el habitáculo a ciegas. Sus manos, de vez en cuando, rozaban en algún mueble. De pronto, creyó escuchar una respiración agitada, la suya, tremebunda, fuera de toda normalidad y, ya y sin tiempo para racionalizarlo, notó cómo algo o alguien se movía muy cerca de ella. Se echó hacia atrás, sintiéndose empujada a continuación. Cayó al suelo, golpeándose antes con un objeto de dura y angulosa superficie. Todo se hizo negro entonces...

*Primeros días de Agosto de mil novecientos treinta y seis.*

*LORA DEL RÍO. (Sevilla)*

La maestra abrió los ojos, visualizando el rostro preocupado de don Malaquías, que la intentaba reanimar, habiéndole colocado para ello un paño húmedo sobre la frente, arrodillado como estaba junto a ella.

—¡Gracias a *Dios* que recobra el sentido! —dijo el cura párroco con expresividad.

Ana Castillo quiso incorporarse y el sacerdote la ayudó en ese cometido. La maestra se retocó el cabello y después se quitó el polvo del vestido con la mano. Observó la habitación donde se encontraba, viendo un arcón negro junto a la entrada, así como tres imágenes religiosas situadas frente a ella. A su izquierda se habilitaban una mesa, dos sillas y un número considerable de cirios de todos los tamaños. Algunos cuadros se apilaban en el suelo, cubiertos por una fina capa de polvo. Ana Castillo dedujo que se había golpeado con la esquina de la mesa, cuando fue empujada por el desconocido.

—Estaba ensimismado —rememoró el sacerdote en tono expiatorio, mientras emitía una sonrisa algo forzada— pensando en lo que me había contado, cuando escuché el crujido de la puerta. La seguí entonces, llegando a esta habitación y encontrándomela ya en el suelo.

Ana Castillo se tocó la cabeza. Un chichón empezaba a cobrar forma en ella. Miró al sacerdote con gesto dolorido.

—Entonces: ¿le vio salir?

El párroco la miró con extrañeza y frunció el ceño.

—¿A quién? —preguntó el sacerdote a su vez, acogiendo su rostro un gesto dubitativo.

Ana Castillo frunció el entrecejo.

—A la persona que me ha agredido.

Don Malaquías aseveró el gesto.

—Le puedo asegurar, Ana, que no he visto a nadie, y mire que he llegado aquí sólo un instante después que usted.

La maestra, en un acto reflejo, volvió a tocarse el chichón. La cabeza iba a estallarle.

—No —dijo ella de forma reflexiva—. Aquí sucede algo muy extraño. Yo he seguido a alguien hasta esta habitación. Alguien que me ha empujado y alguien que, finalmente, ha huido aprovechándose de la oscuridad.

Don Malaquías no terminaba de salir de su asombro y miraba con gesto de preocupación a la joven, intentando discernir si el golpe recibido, le había hecho perder momentáneamente el juicio.

—Pero, Ana, insisto: yo no he visto a nadie cuando subía.

La maestra negó varias veces con la cabeza.

—Padre, esto no es una alucinación de mis sentidos —afirmó ella a continuación—. Estoy convencida de lo que digo.

—Mujer, si no es que no la crea, pero, puede que todo sea producto del golpe que se ha dado.

Ana Castillo fulminó al sacerdote con la mirada. Estaba segura de todo, aunque no podía explicar cómo don Malaquías no se había cruzado con su agresor en la escalera.

—Déjelo, padre —dijo Ana afectada—. Me voy: estoy cansada.

El párroco asintió y salió del desván siguiéndole la maestra.

Entonces, la persona que se hallaba oculta, afianzada sobre un aplique de cobre, con el cuerpo encogido sobre sí mismo, ubicado casi en el techo del pasillo, se dejó caer con suavidad al suelo, constatando cómo el párroco y la mujer se alejaban ya por la escalera, para acceder poco después al altar, donde un muchacho, pértiga en la mano, encendía los cirios que se hallaban más alejados de él.

Don Malaquías sonrió ampliamente al verlo.

—¡Mi buen Tobías! —dijo el sacerdote con efusividad, mientras iba hacia su encuentro.

El niño se volvió al escuchar su nombre y miró a los recién llegados de forma huidiza. El párroco apoyó las manos sobre sus hombros y después observó a Ana Castillo.

—Este mozalbete —dijo el sacerdote con una pizca de orgullo—. Me va a ayudar en las tareas propias de la parroquia durante un tiempo y, aparte, ejercerá como segundo monaguillo.

La maestra se fijó en el muchacho: tendría unos trece años. En su recia complexión destacaba un cuello robusto y un tórax amplio. En su rostro, ancho y redondo, habitaba una mirada indefinida, cómo si sus ojos negros

quisieran evitar el mirar de frente, quizás, por un exceso de timidez. Sus mejillas sonrosadas, su nariz pequeña y sus labios gruesos, terminaban de componer aquel rostro tan singular. Ana Castillo dio por hecho que aquel chiquillo había tenido que pasar largas jornadas en el campo, por lo menos así se lo indicó su aspecto.

—¡Hola! —saludó la maestra con expresividad al niño, pero el muchacho no le contestó y siguió rehuyendo su mirada. El párroco sonrió.

—Es muy tímido —le aclaró don Malaquías—. Prácticamente se ha criado solo. Verá, se lo voy a explicar mejor: hace unos días me ha visitado una tía abuela que tengo en un pueblecito de la provincia de *Soria*. Leocadia, que así se llama ella, lleva varios años ayudando a las *Hermanitas de los Pobres*. Estas buenas mujeres acogen en su convento a huérfanos y a niños sin madre, ya me entiende usted. Han tenido miedo por lo que está sucediendo, ya que la tensión de allí supera de momento a la de aquí. Así que, las buenas monjas han ido distribuyendo a los niños en diferentes hogares, intentando alejarles de lo que está pasando. Mi tía abuela me llegó con este presente —el sacerdote miró a Tobías— y yo por supuesto que me he hecho cargo de su cuidado y de su manutención.

El párroco inspiró y prosiguió hablando:

—La mujer se quedó en el pueblo un par de días más, y ayer mismo partió hacia *Toberas*. Me comentó, antes de irse, que estaba convencida de que el niño estaría aquí más seguro, pues los hombres respetarían la iglesia. Y yo rezo a diario para que así sea.

Ana Castillo esbozó una sonrisa y antes de salir de la parroquia, miró a un lado y a otro del altar, sintiéndose todavía espiada.

—Ana —manifestó don Malaquías con cierta gravedad—. Tomo nota de lo que me dijo antes, pero, creo que será mejor establecer un pequeño paréntesis. Investigaré por mi cuenta. Además, sería conveniente que no comentara esto con nadie.

La maestra asintió.

—Padre, no se preocupe —le matizó Ana—. Sé muy bien qué he de hacer.

Don Malaquías agradeció su hermetismo y despidió a la joven con un gesto reflexivo, quien finalmente salió del recinto religioso.

El sacerdote se volvió y miró al muchacho apesadumbrado. Éste seguía metido de lleno en el acondicionamiento del altar. Don Malaquías fue hacia la sacristía y al pasar junto al niño, le revolvió el cabello de manera cariñosa

con la mano.

—Vienen tiempos difíciles, hijo —argumentó el sacerdote, mientras sus ojos le miraban veladamente—. El hombre parece que haya perdido la brújula del sentido común y éste gira de forma desordenada ahora. El mal, igualmente, se extiende por doquier, y esta locura colectiva llega hasta los cimientos de la Iglesia, enlodando con ello a alguno de sus miembros. Mal nos irá, cuando el AntiCristo planea ya sobre nuestras cabezas.

El cura párroco dejó a Tobías, alejándose con la cabeza gacha y el rostro muy cansado. Atravesó la puerta de la sacristía, adueñándose el silencio ya del templo.

Tobías, ya solo, alzó la mirada. Dejó la pértiga, así como un trapo húmedo en el suelo, junto al sagrario. Bajó con sigilosa actitud los tres escalones que separaban el altar de la nave principal, yendo hacia el otro lado del recinto religioso. Allí, las velas se movían casi imperceptiblemente. Su luz azafranada creaba figuras esperpénticas que se reflejaban en los muros: sombras y halos confusos que parecían desplazarse de un lugar a otro, según se iba él acercando a aquel mundo de oscuridad. Tobías se detuvo junto a una imagen de la *Virgen*. Miró su rostro, donde se proyectaba un débil haz dorado, reverberado por la vidriera superior que destellaba merced a un foco exterior de luz. Tobías abrió la boca, magnificándose su expresión. Aquella imagen, tan bellamente tallada, le dio la sensación que tuviera vida propia. Él entendía de gallinas, cabras y cerdos, pero, aparte de las monjas, jamás había visto a otra mujer en su vida.

Tuvo un pensamiento extraño entonces. Una idea que, tras entrar en su cerebro, le causó un enorme desasosiego. Se giró y escrutó en la oscuridad: Don Malaquías ya no estaba cerca. Allí sólo había silencio y aquel mundo de sombras, mitigadas en parte por los cirios y los velones que ardían próximos a él. La mirada del muchacho se proyectó hacia la bóveda. La luz apenas si entraba ya por las vidrieras multicolores. Sus ojos derivaron hacia las imágenes que estaban situadas a ambos lados del altar: el *Señor* clavado en la cruz con dos ángeles custodiándole y un *San Pedro*, con una llave en las manos y con el rostro impregnado de una tristeza infinita, que miraba al Señor en su agonía permanente. Su mirada se centró ahora en la imagen de la *Virgen*, levantada sobre un pedestal de mármol blanco. Volvió a mirar hacia atrás: seguía estando solo. Alargó una de sus manos, mientras su cuerpo comenzaba a temblar. La idea que bullía por su cerebro le intranquilizaba. Quiso oponerse a ella, además con todas sus fuerzas, entrecerrando incluso

los ojos, crispando con rabia los dedos de sus manos. Vano intento el suyo, dado que pudo más la curiosidad y el morbo que su torpe razonamiento. Tobías levantó el manto de la *Virgen* y miró hacia su interior. Después se bajó la cremallera del pantalón y se masturbó. Era la primera vez que veía lo que una mujer llevaba por debajo de su vestido. Tobías acabó y se fue de la nave principal, pasando a la sacristía. El templo se quedó solitario. Entonces... una sombra surgió de la oscuridad. Una sombra que avanzó, ocultándose entre las columnas del recinto. Una sombra que finalmente salió de la iglesia. Una sombra que dejó con prontitud la parroquia atrás: el coadjutor Teodoro se fue alejando cada vez más de allí.

Don Malaquías, sentado en la cama de su cuarto, se cubría el rostro con las manos, pensando en lo que Ana Castillo le había contado. También, en lo que sucedía en el pueblo.

*España* entera pasaba por momentos demasiado complicados.

Él, hombre ya mayor, había pensado en la vida cómo en algo único, pero, en aquellos instantes, dramáticos y crueles, se preguntaba, con evidente hastío: si vivir no era más que un paso obligado por el *Purgatorio*.

Ana Castillo, por su parte, apretaba el paso, intentando llegar cuanto antes a su vivienda. Apenas si coincidió con algunas personas durante su recorrido. El miedo era la constante en casi todas ellas. Las noches, un punto de encuentro con la muerte, y las madrugadas, escenarios dramáticos con cadáveres en las cunetas.

Ana Castillo se hizo un todo con el paisaje gris.

La mañana de aquel sábado auguraba una jornada espléndida.  
Ernesto Buendía e Hipólito Prieto querían formalizar un pacto.  
Pacto de honor.  
Pacto entre *caballeros*.

El cielo nublado del día anterior había desaparecido, y el mes de agosto parecía recobrar el protagonismo que le correspondía, enviando calor y luminosidad.

Los niños avanzaban por un sendero en la hora anterior al mediodía.

Los brazos luminosos de un sol justiciero castigaban los brotes de los arbustos.

Abajo, el arroyo —escaso de agua ahora— serpenteaba con cierta timidez entre los árboles y las rocas.

A su izquierda visualizaron un campo de girasoles, pero lo que ellos buscaban, era algo bien diferente y perteneciente al género animal.

Hipólito, en vanguardia siempre, llevaba una estaca en la mano. Ernesto, a su espalda, miraba a un lado y a otro del abrupto terreno.

—¡Para! —gritó Hipólito a su amigo, mientras levantaba su mano izquierda.

Ernesto le hizo caso y, tras detenerse, le miró con extrañeza.

Hipólito movió la cabeza, señalándole un punto determinado. Ernesto miró hacia allí: deslizándose entre las rocas visualizó a una culebra. Ernesto se echó hacia atrás, mientras Hipólito arqueaba sus piernas, tensaba su espalda y se acercaba con sigilo hacia el reptil. El ofidio avanzaba entre los matorros, en busca probablemente de alguna presa. Hipólito le siguió con el palo en alto y, tras él Ernesto, que contenía hasta el aliento. Dieron un paso, después otro, y ¡zas! La estaca aplastó la cabeza de la culebra, esparciendo sus sesos por el terreno. Hipólito gritó con alborozo y Ernesto, algo más comedido, sonrió con timidez. Hipólito fue hacia la serpiente y le dio otro golpe en la cabeza, por si acaso. Finalmente, le atizó un puntapié. Cómo la bicha no reaccionó, la cogió y la elevó en alto, mientras un gesto de triunfo se reflejaba en su rostro. Después miró hacia el horizonte. Ernesto, por su parte, le observaba con expectación.

La *Serranía*, cubierta por matices castaños, se divisaba en la lejanía,

recortándose entre los riscos, mientras el cielo enviaba tonalidades azuladas.

—¡Tenemos que juramentar! —propuso Hipólito, mientras dejaba la culebra en el suelo y buscaba algo por los alrededores, que finalmente encontró.

Se desplazó varios metros y del suelo cogió una piedra de superficie pulida. Regresó junto a su amigo, dejándosela a sus pies. A continuación, tomó la serpiente y la puso sobre la piedra. Con posterioridad, cogió la estaca y con ella hizo una incisión en la piel de la culebra. Salió abundante sangre del tajo producido. Metió un dedo en la llaga creada e instó a su amigo para que hiciera lo mismo. Ernesto miró al ofidio con asco y dudó.

—¡Prometiste hacerlo! —bramó Hipólito, seriamente contrariado.

Ernesto le miró y después observó a la culebra, así como a la gran cantidad de sangre que fluía por su herida. Se decidió finalmente y, arrodillándose, se aproximó a la serpiente. Extendió su mano, para rozar con un dedo su sangre. Lo retiró al instante, cómo si con aquel roce hubiera tocado al mismísimo *rey del averno*.

Hipólito rio con ganas.

—Ahora: ¡Hagamos lo prometido! —aleccionó Hipólito a su amigo.

Ernesto se le acercó, sentándose los dos en el suelo, junto al ofidio. Fue Hipólito quien levantó su mano, secundándole Ernesto.

La luz caía de manera perpendicular sobre ellos, mientras el calor sofocante comenzaba a hacerse notar.

Los niños unieron sus dedos, que todavía goteaban sangre fresca, manteniéndolos así durante el tiempo que el pacto duró.

—¡Juramos —era Hipólito quien hablaba, mientras Ernesto le miraba a los ojos— ante la sangre de este animal, que seremos siempre amigos! ¡Qué nos ayudaremos y, que pase lo que pase, no nos haremos nunca daño!

Los niños cerraron los ojos y permanecieron así un tiempo. Fue Hipólito quien los abrió primero e instó a su amigo para que también lo hiciera.

—Ahora —el rostro de Hipólito se transfiguró— tenemos que hacer lo *otro*.

Ernesto Buendía tragó saliva.

—¡Venga! —acució Hipólito a su amigo— ¡Vamos!

Los niños dejaron el lugar del juramento, sabiendo que jamás podría olvidárseles aquel instante.

El bosque les fue atrapando con su inmensidad, poco después.

La luminosidad decrecía en los tejados rojizos de las casas de *Lora del Río*, aunque todavía quedaban horas de claridad.

El verano arrastraba días demasiado largos. La angustia, debido a ello, se aplazaba un tiempo extra, justo lo que el crepúsculo necesitaba para transformarse en noche.

Hipólito y Ernesto llegaron a la parte de atrás de la iglesia. Allí, en apariencia, todo estaba en calma.

En la mañana y, tras el juramento, Hipólito le hizo prometer a Ernesto que, cuando la tarde cayera, le acompañaría. Ernesto al principio se negó, aduciendo que no quería volver a ver el rostro ensangrentado de un cadáver pero, Hipólito, contumaz, le exigió cumplir con lo pactado, que no era sino hacer lo correcto. Ellos, a partir del juramento, serían los *justicieros*. Una doble versión del gran enemigo de los ricos que ellos leían en los tebeos: el *Zorro* y su mundo particular de justicia. Ernesto tuvo que claudicar al final, dado que todavía sentía en sus dedos la viscosidad de la sangre de la culebra. Y aquel lazo era ya imperecedero para ambos.

Por ese motivo, estaban juntos ahora, bien pegados a la fachada posterior de la iglesia, muy cerca, a su vez, de una ventana entreabierta que les mostraba su interior. Cómo prueba especial para ellos: espiar a Teodoro.

Hipólito alzó la cabeza y miró hacia la habitación: estaba vacía. Se aupó y pasó a su interior. Se asomó, poco después, y observó a Ernesto con enfado, que dudaba de si debía de acompañarle o no. Le debió convencer el brillo de los ojos de su amigo, por cuanto al instante se reunió con él. Se agazaparon junto a una mesa, quedándose allí quietos un tiempo. No percibían ningún sonido, ni cercano ni lejano. Serían sobre las siete y media. Hipólito se incorporó y avanzó muy despacio, escondiéndose entre los muebles que le iban saliendo al paso, primero por la habitación y después por el corredor. Ernesto le siguió, con un nudo prendido en la garganta. Llegaron a una nueva estancia, igualmente vacía, dejándola de inmediato atrás, topándose entonces con una escalera que enlazaba con la planta superior. Hipólito la obvió y profundizó en el largo pasillo. Irrumpieron frente a una puerta y la abrieron, constatando que era la sacristía. De improviso, escucharon el sonido de unos pasos a su espalda. No tuvieron tiempo para pensar: entrecerraron la puerta y

se echaron al suelo. Desde donde se encontraban, podían divisar el altar y los confesionarios, situados a la derecha de éste. Precisamente, alguien esperaba para ser confesado en uno de ellos. Entre las sombras, los niños creyeron adivinar la silueta de un sacerdote quien, con la cabeza baja, accedía en aquel instante al confesionario, atravesando para ello la puerta del despacho parroquial. Los niños contuvieron la respiración y no se perdieron ni un solo detalle de lo que allí sucedía. Cinco minutos después, el sacerdote daba el perdón de los pecados a un hombre de unos cuarenta años y de ojos inexpresivos, quien se apartaba del confesionario y, tras atusarse el poblado mostacho, salía del templo cojeando ligeramente. Los niños aprovecharon la circunstancia, para salir de la sacristía con sigilo y esconderse entre los bancos más cercanos al altar, desde donde continuaron espionando.

Se sorprendieron, cuando comprobaron que quien salía del confesionario no era don Malaquías, sino el coadjutor Teodoro.

—¿Pero qué hace ése ahí dentro? —susurró Hipólito a su amigo.

Ernesto elevó las cejas y negó con la cabeza.

El coadjutor se dirigió hacia el altar y pareció que colocaba algo cerca del sagrario. La puerta de la sacristía se abrió, accediendo el cura párroco al mismo lugar.

Los niños se hicieron un todo con el mármol frío del suelo.

Don Malaquías se aproximó hacia donde estaba Teodoro con gesto serio y concentrado, y éste se volvió, mirándole con rebuscada amabilidad.

—Creí que descansaba, padre—improvisó Teodoro.

—Me pareció escuchar la puerta de la iglesia y pensé que algún feligrés querría confesarse.

—No. Simplemente entró un aldeano algo preocupado, pues, por lo visto, se le ha escapado un mulo cerca de la iglesia. Me preguntó, si yo lo había visto.

Don Malaquías aseveró el gesto. Tenía que efectuar una pregunta, y ésta le quemaba al mismo tiempo la garganta y el alma.

—Teodoro —dijo el sacerdote y carraspeó después—. Deseo hablar contigo y, qué mejor que hacerlo aquí, rodeados cómo estamos por todo lo que tanto amamos —el cura párroco guardó silencio durante unos segundos y después prosiguió hablando con idéntica seriedad—. Me han informado...que te han visto en la casona en actitud deshonestas, compartiendo juegos ilícitos con prostitutas.

El rostro del coadjutor se tensó, mientras el rubor le afloraba sin que

podiera remediarlo.

—Pero, padre: ¿Cómo puede pensar algo así?!

Don Malaquías lo escrutó.

—Quien me lo ha dicho —apuntó el sacerdote con la mirada apagada— merece toda mi confianza.

—Entonces, eso quiero decir, padre, que duda de mi palabra.

—Hijo, la carne es débil, y el demonio ataca sin piedad. A veces y, sin que lo deseemos, caemos en su trampa.

El coadjutor Teodoro se inquietó de forma evidente y sus ojos acogieron una dureza especial.

Entretanto, los niños, ocultos tras los bancos, seguían muy pendientes de la conversación.

La luz escaseaba en el altar mayor, cobrando los cirios y las velas un protagonismo progresivo.

—Padre, me reitero: ¡Jamás estuve en la casona y, menos aún, haciendo lo que usted dice!

El sacerdote asintió varias veces. Dio media vuelta y fue hacia el otro lado del altar, deteniéndose frente a la imagen del *Cristo* en la cruz.

—Acércate, Teodoro —su voz salió fría, casi glacial.

El coadjutor así lo hizo y se detuvo a su lado.

Hipólito y Ernesto no dejaban de observarles y, fue precisamente Hipólito, quien creyó visualizar, moviéndose entre las sombras del coro, justo por encima de las cabezas del párroco y del coadjutor, a alguien ocultándose.

Hipólito se fijó mejor: el constante movimiento de la persona que espiaba a los dos eclesiásticos, le hizo aproximarse, en un momento determinado, a un punto de luz, derivado de las vidrieras laterales y, aquel leve destello bastó, para visualizar el rostro del desconocido, sacándole de ese modo del anonimato. Tobías, encaramado sobre la balaustrada de madera del coro, miraba de forma inexpresiva al párroco y al coadjutor y, cómo se sintiera observado, ladeó la cabeza, y su mirada desenfocada llegó hasta los ojos de Hipólito y Ernesto, quienes se quedaron petrificados ante el más que presumible grito de alarma que, de seguro, daría aquel muchacho —al que ellos no conocían de nada— pero, Tobías simplemente los miró y ellos a su vez a él. Finalmente, el muchacho les sonrió e Hipólito y Ernesto pudieron recuperar gran parte de su perdida tranquilidad. A partir de aquel instante, los tres niños siguieron con su particular tarea de espionaje.

—¡Júrame por el *Dios* que está ahí clavado! —bramó don Malaquías

ofendido— ¡Júrame por *Él*, que no has estado en la casona, participando en algo sucio con mujeres públicas!

Teodoro apretó los puños y quiso hablar sin lograrlo. Él era un empleado de *Dios* y lo amaba por encima de todas las cosas. Distinto era que le tirasen los placeres mundanos, pero, su *Dios* era su *Todo*. Por ese motivo y en aquel instante...no supo qué hacer.

—¡Júramelo! —insistió don Malaquías, falto de serenidad.

Aquella voz tan grave y tan extremadamente cortante le hizo pensar a Teodoro, que se hallaba ante su particular juicio final. Aquel hombre, un pastor de la *Iglesia*, era su verdugo ahora. Verdugo que le atosigaba, como si estuviera por encima del bien y del mal.

Teodoro supo qué debía hacer: su mirada acogió el brillo mortal de la venganza y sus manos se alzaron, sin dejar a un lado la profunda crispación que las dominaba.

Don Malaquías, que observaba el rostro sin vida del Señor, sintió la presión de unas manos en su garganta. El sacerdote apenas sí podía respirar e intentaba, sin conseguirlo, zafarse de aquella presión mortal. El cura párroco perdió finalmente la vida a manos de su coadjutor, visualizando aquella escena criminal los tres niños que, asustados, no supieron cómo reaccionar.

Ernesto se orinó encima.

El cuerpo desmadejado del sacerdote cayó al suelo.

Teodoro echó un rápido vistazo por toda la nave y su mirada se centró por último en la puerta principal. Actuó con celeridad entonces y, tras coger el cuerpo de don Malaquías por los pies, lo arrastró hasta la sacristía, cuya puerta volvió a cruji.

El silencio se adueñó del templo.

Tobías se difuminó en la penumbra e Hipólito y Ernesto aprovecharon la ausencia de Teodoro, para dejar su escondite e intentar llegar a la salida. Tuvieron que desistir, ya que la puerta de la iglesia se abrió de improviso, escondiéndose entonces y con toda rapidez tras unas cortinas laterales, para seguir espiando desde allí y comprobar, cómo el recién llegado era un sujeto de unos treinta años, que al instante se quitaba un sombrero de su cabeza. Poseía unos rasgos delicados, casi femeninos. Sus cejas, depiladas, potenciaban la belleza de unos ojos de mirada muy expresiva y de un intenso color azul turquesa. Su nariz era recta y su mandíbula algo pronunciada. Su cabello castaño engominado lo llevaba peinado hacia atrás.

Un bigotito pretendía dar algo de masculinidad al rostro, sin conseguirlo

del todo.

El hombre fue hacia el altar. Los niños, que no hacían más que observarle, se percataron de la elegancia de sus andares. Vestía con un traje de color claro y una corbata de lunares. Un clavel rojo pendía de su solapa. Sus zapatos negros relucían igualmente. Los goznes de la puerta de la sacristía volvieron a chirriar. Teodoro visualizó al visitante y, tras sonreírle, se le aproximó. Se saludaron, mediante un frío apretón de manos.

El recién llegado comenzó a hablar:

—¿Quién es el *protagonista* de esta noche? —demandó el señorito con ironía.

—Juanito, el tendero —le aclaró Teodoro—. Y no tengo ninguna duda: es más *rojo* que la sangre.

Hipólito y Ernesto no entendían nada de lo que allí se hablaba, pero, seguían pendientes de todo.

Tobías, entretanto, había abandonado el coro, ignorando los dos amigos su posible paradero.

—Tuviste una idea excelente —terció el señorito.

—Utilizar el cerebro es bueno a veces.

El recién llegado sonrió con escepticismo.

—Quién va a pensar, que quien confiesa no es don Malaquías sino tú.

El coadjutor fue quien sonrió ahora, además, abiertamente.

—Por eso, determinadas preguntas, efectuadas con astucia, dan las respuestas adecuadas. Respuestas, que luego aclaran lo que tú deseas saber.

—Claro, y con ello se consigue desenmascarar a estos *rojos* de mierda.

El señorito pasó una mano a uno de los bolsillos de su chaqueta, de dónde sacó una bolsita cerrada mediante una fina tira de cuero que entregó a Teodoro.

—Tu dedicación pagada en oro —dijo el *finolis* con voz engolada—. O lo que es lo mismo, en cientos de pesetas. ¿Sabes?: eres un *Judas* moderno que vende a quien debiera proteger por unas miserables monedas.

El coadjutor lo miró con rabia, pero enseguida cambió el gesto, volviéndolo risueño.

—*Judas* vendió al *Hijo de Dios* —respondió Teodoro con cierta sequedad—. Y yo lo que vendo es mierda. ¡*Rojos* de mierda!

El señorito emitió una gran carcajada.

—Pues, yo quiero más de esa mierda —terció, ufano—. Cuánta más me des, más rico te harás. Estás con los vencedores, y eso te salvará.

—Descuida que la tendrás —sentenció Teodoro—. Mañana a la misma hora, y así en días sucesivos. Tenemos que acabar con esta *plaga* que lo único que pretende es arruinar *España*.

El señorito esbozó una sonrisa y se tocó el pequeño mostacho.

—¿Y el *jefe*? —inquirió y miró en derredor.

—Estará en su habitación —mintió Teodoro—. Puede que orando por el alma de los muertos, de esos mismos muertos que nosotros eliminamos.

—Ten cuidado y no te vaya a sorprender un día.

—Descuida: sé cómo controlarlo.

El señorito asintió y, tras desplazarse hacia la puerta principal, salió de la iglesia.

Teodoro agravó el gesto y se orientó hacia la sacristía.

Los niños se movieron y pretendieron alcanzar la salida. Vano intento el suyo, por cuanto se vieron succionados por una fuerza extraña. Algo les arrastraba. Hipólito y Ernesto giraron la cabeza asustados, encontrándose entonces cara a cara con el rostro enfurecido de Teodoro.

—¡Así que me espiabais, eh, cerdos! —exclamó el coadjutor— ¡Creíais que no me había dado cuenta de vuestra presencia! Sois dos ratoncitos muy curiosos que no deberíais haber visto ciertas cosas.

Teodoro se los llevó hasta la sacristía, a pesar de la resistencia de los niños, que no dejaban de gritar. Al atravesar la puerta, se dieron de bruces con el cadáver de don Malaquías, pudiendo verle su rostro amoratado.

Los niños gritaron todavía con más fuerza.

Teodoro los soltó, amedrentándolos con la mirada.

Ernesto se orinó nuevamente encima y el coadjutor lo percibió.

—¡Vaya con el *bebé*! —dijo Teodoro con sorna— Si todavía se hace *pipí*.

Ernesto, avergonzado, bajó la mirada, y sus pupilas quedaron prendidas en las pupilas vidriosas del cura párroco.

Teodoro asió a Hipólito por un brazo y de un fuerte tirón le bajó los pantalones. El niño se resistió y quiso darle un puntapié sin conseguirlo. Teodoro le sodomizó a continuación. Hipólito no dejó de gritar, mientras el coadjutor reía a carcajada.

Ernesto, en el suelo, se tapó los oídos con las manos.

Pasado un tiempo, se estableció el silencio.

Sólo los sollozos de Hipólito rasgaban aquel momento tan dramático.

Ernesto era incapaz de mirar a ningún lado.

—Ahora marchaos y entended una cosa: —la dureza de aquella voz taladró el ánimo de los dos niños— ¡Si contáis algo de lo que aquí os ha pasado, os juro que os buscaré, aunque os escondáis en lo más profundo de la tierra y, una vez que os encuentre, os meteré un palo bien largo por el culo y después lo prenderé fuego! ¡Creedme, porque soy muy capaz de hacerlo!

Hipólito, dolorido, se subió como mejor pudo el pantalón, mientras Ernesto, ya de pie, le observaba con gesto triste. Teodoro le miró a su vez.

—Y tú te has librado: —el coadjutor se dirigió a Ernesto menospreciándole— ¡Porque no me gusta follarme a nadie que huelva a pis! ¡Idos ya, y recordad lo que acabo de deciros!

A Hipólito le dolía el recto. Dolor que abrasaba sus entrañas. En aquel momento sentía rabia e impotencia y hubiera deseado matar a aquella bestia que le había roto en dos, aunque él fuera sólo un niño. Su mente jamás olvidaría que fue mancillado y tratado peor que a un animal. Tampoco olvidaría aquellas facciones, aunque él se fuera haciendo mayor y su cruel verdugo a su vez viejo.

Hipólito visualizó un objeto en el suelo: una cruz de unos diez centímetros que le envió su destello plateado. La cruz que a Teodoro se le había caído durante su acto vandálico. Entonces, miró de soslayo al coadjutor, comprobando que éste no le observaba. No dudó. Se agachó, la cogió y de un salto le rasgó dos veces la cara a Teodoro, a la altura de su ceja derecha, produciéndole una herida en forma de cruz, para que aquel sádico empleado de *Dios* no olvidara que a un niño hay que respetarlo siempre. Después, tiró la cruz al suelo.

A continuación, gritó a Ernesto:

—¡Corre!

Los niños salieron de la sacristía, mientras el coadjutor se llevaba las manos al rostro, intentando evitar que la sangre fluyera de la herida.

—¡Ya os cogeré —bramó Teodoro desde la distancia— y juro que pagaréis muy caro por lo que me habéis hecho! Acto seguido, cogió la cruz del suelo.

Hipólito, roto, corría más por miedo que por ganas y Ernesto, a su lado, lloraba sin consuelo.

La noche, incipiente ya, bañaba todo aledaño con su luz almibarada.

Los niños se detuvieron muy cerca del pinar.

—¡Júrame que no dirás lo qué me ha hecho ese desgraciado! —gritó Hipólito descompuesto— ¡Júramelo!

Ernesto asintió, mientras se secaba las lágrimas con el antebrazo.

—Te lo juro —susurró finalmente el niño.

Hipólito echó a correr y dejó a Ernesto solo.

La luna acogía protagonismo en el cielo.

Ernesto sintió miedo y echó también a correr, presintiendo muy cerca el rostro siniestro de Teodoro, y ya no paró hasta que llegó a la parte trasera de su casa. Entró en su habitación por la ventana, situándose sobre la cama tremendamente asustado.

Al poco, se puso a llorar otra vez.

Hipólito se detuvo antes de llegar a su domicilio familiar, junto a una vereda que bordeaba un arroyo. Tenía ganas de vomitar, cosa que hizo finalmente, echándose después sobre la hierba, para sollozar allí largo rato.

Ana Castillo acababa de escuchar el boletín informativo por la radio.

Las cosas se complicaban cada vez más. Ya nadie estaba a salvo en esa *España* bicolor.

Tuvo un presentimiento extraño entonces. Algo de complicada catalogación que le causó cierto desasosiego, y esa sensación le llegó a través del subconsciente.

Se asomó a la ventana del salón: era noche cerrada. La tibieza de la temperatura le salpicó, así como el olor de un jazmín cercano. Ana Castillo pensó que las flores estaban muy por encima de los hombres, no contagiándose ni de sus odios ni de sus ambiciones. Se friccionó los hombros, mientras el temblor arañaba su alma y encogía su ánimo.

La maestra regresó a la realidad y derivó hacia el piano. Tocar tranquilizaba su espíritu. Interpretó una sonata de *Bach* que, tras atravesar la ventana, llegó hasta el bosque.

Teodoro, entretanto, se aproximaba a la casa de la maestra con el rostro desencajado y una extraña expresión reflejada en la mirada. Escuchó los acordes del piano y sus labios acogieron una sonrisa maligna. Llegó a la vivienda, poco después, y se proyectó con sigilo hacia la ventana, que estaba entreabierta: Ana Castillo, que le daba la espalda, seguía tocando en el piano ajena a su presencia. Entró en el salón sin efectuar ningún sonido, yendo hacia donde estaba la maestra. Le tapó la boca con una mano, sorprendiendo así a Ana Castillo, que ladeó la cabeza para ver quién le atacaba. Observó el rostro del coadjutor, instalándosele de inmediato el miedo en la mirada. Teodoro no la dejó reaccionar, y le propinó un puñetazo en la cara, que le hizo perder casi la conciencia. A continuación, la llevó hasta el dormitorio, dejándola sobre la cama. Ana Castillo intentó moverse, pero, el golpe recibido la había dejado prácticamente fuera de casi todo. Notó cómo le tocaban todo el cuerpo y cómo la desnudaban después.

Lo siguiente que sintió fue una posesión brutal.

Cuando todo concluyó, sollozó largamente.

El coadjutor se incorporó y la miró con desprecio. Ella, desnuda e indefensa, sólo lloraba.

—¡Esto te ha pasado por meterte donde no te llaman! —la voz de

Teodoro era fría, igual que su mirada— ¡Quién coño te mandó a ir hablar con el cura! ¡No deberías hacer caso de las habladurías de la gente, pues, ya ves a dónde conducen!

El coadjutor salió del dormitorio y miró por la ventana del salón. No vio a nadie por las inmediaciones de la casa. Cerró la ventana y apalancó la puerta de la vivienda con una silla. Regresó al dormitorio, donde Ana Castillo sollozaba todavía, dolorida y colocada en posición fetal.

Teodoro se acercó a la maestra y visualizó su garganta. Sus manos serían dos tenazas que no cejarían en su empeño. Poco después, Teodoro sonrió con amplitud. Se había vengado de la persona que se había inmiscuido en sus asuntos. Se tocó la ceja que todavía le dolía. La herida que le habían hecho con su propia cruz. En aquel instante, un pensamiento se centró en su cerebro. Sacó la cruz del bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta y la alzó... Gritó a continuación con sádica exaltación. Revisó la habitación antes de salir. Él se hallaba inmune ante cualquier investigación posterior, porque él estaba con quien tenía que estar. Todo lo demás sobraba. Poseía una licencia especial para cazar. Él, un *Dios* justiciero y vengativo, que iría a muerte contra todo aquél que censurara su particular modo de vida. Un *Dios* eclesiástico que utilizaba a su verdadero *Dios* cómo arma y cómo juego.

Teodoro salió de la casa de la maestra, sabiendo que se había quitado dos problemas de una sola tacada. Quien quiera que viera el cadáver de don Malaquías, con la cara destrozada a golpes, que él había llevado sobre sus hombros, envuelto en una alfombra y dejado con antelación en la cuneta de un camino, relativamente cerca de la parroquia, pensaría que había sido una víctima más de aquella guerra que lo corrompía ya casi todo. Una víctima más de los *rojos*. El cuerpo sin vida de Ana Castillo quedaría igualmente cómo ejemplo, de hasta dónde puede llegar la bestialidad de aquellos enemigos de la patria. Aquellos *rojos* que acechaban vidas y cuerpos en las madrugadas.

Teodoro sacó tabaco suelto de una petaca y, tras liar unas cuantas hebras en una hojilla de papel, comenzó a fumar cómo si tal cosa, mientras un destello perverso se instalaba en su mirada.

El niño Ernesto Buendía no podía conciliar el sueño.

Sucesos tan desagradables le habían afectado sobremanera.

Sonidos de tambores percutían en su pecho, mientras su nerviosismo crecía de forma ilimitada. El rostro de Ana Castillo le llegaba con acusada insistencia, si bien no sabía muy bien por qué. Apenas si probó bocado durante la cena. Dijo a su madre que estaba muy cansado, y ella, que andaba todavía fuera de sí, apenas si le prestó atención.

Ernesto decidió, en un único segundo, qué haría a continuación: saltó al jardín y corrió largo tiempo sin desfallecer, presintiendo algo terrible. Creyó percibir el sonido del motor de un vehículo, que tuvo la sensación se dirigía hacia su casa. Lo obvio, dado que lo que invadía su subconsciente era la faz de Ana Castillo. Su impulso era ciego, desde luego irracional. Presentía que algo malo le había sucedido a su señorita, por ese motivo corría cada vez más deprisa.

Visualizó a diferentes aves nocturnas, durante su alocada carrera.

La claridad de la luna se filtraba por las ramas de los árboles, consiguiendo que su sombra alargada se proyectara sobre la vereda.

No dejó de correr.

A Hipólito Prieto le consumía una pena muy profunda.

No sólo eran los dolores físicos que, claro que los tenía, sino una amargura absoluta que desgarraba su ánimo segundo a segundo.

Habría deseado que lo sucedido hubiera sido tan sólo una pesadilla, mas, la quemazón que sentía en su recto, le decía que no, que todo había sido una asquerosa y cruel realidad.

No quiso comentarle nada a su madre y tampoco cenó.

Vomitó en el baño, refugiándose después en la soledad de su dormitorio, para llorar allí ampliamente, hasta que ya no hubo lágrimas para derramar, quedando atrapado entonces por una rabia desmedida, por un odio visceral, impropio de sus doce años.

Hipólito aguardó a que su familia se durmiera y cuando aquello sucedió, salió al exterior con sigilo. Caminaba con dificultad, pero no cejaba en su empeño. Creyó escuchar el sonido de un vehículo aproximándose. Profundizó en el bosque y cogió el sendero que debería llevarle hacia la casa de la maestra Ana Castillo.

Quién mejor que ella para consolarle —razonó.

Quién mejor que ella para animarle —se reafirmó en su pensamiento.

Tobías, tirado sobre el suelo de la nave central de la iglesia, cerca del altar mayor, encorvado sobre sí mismo, era incapaz de pensar. Temblaba todavía, dominado cómo estaba por el miedo más absoluto, mientras se movía de un lado a otro cómo un poseso, pronunciando una y otra vez la palabra: *mamá*. Su corto entendimiento no racionalizaba lo que había visto. Desvalido, recordó, como si tal pensamiento fuera su particular tabla de salvación, la cálida mirada de una mujer: los ojos serenos de Ana Castillo llegaron a su cerebro cómo un bálsamo cicatrizante y, mediante aquella mirada, recordó otra, la de sor Angustias, una monja septuagenaria, adusta y delgada cómo un huso, que le había educado desde muy pequeño, haciéndole ver lo que estaba bien hecho de lo que no. Sus primeros años de vida los pasó dentro de los muros de un convento de clausura, entre mujeres dedicadas en cuerpo y alma al *Señor*. Mujeres que le protegieron desde el día que una desconocida lo dejara allí, con pocos meses de vida, para que ellas se encargaran de su cuidado. Tobías creció dentro de un mundo místico y religioso pleno de silencios. Con ocho años cuidaba ya de los rebaños. Su infancia la pasó, pues, entre animales, campo y soledad. En verdad que nunca tuvo el afecto de una madre verdadera, ni tampoco recibió palabras llenas de ternura materna. Por todo aquello, cuando don Malaquías le presentó a la maestra y él vio la dulzura que emanaba de su mirada, supo que ella bien pudo haber sido la madre que nunca tuvo.

Tobías dejó de pensar, pues le hacía daño.

Dejó aquella postura tan incómoda, se levantó del suelo y fue hacia la puerta de la iglesia, saliendo al exterior, donde comprobó que era de noche. Se orientó cómo mejor pudo, recordando las palabras del cura párroco, en lo tocante al lugar dónde vivía Ana Castillo. Finalmente, se alejó de la parroquia y de sus recuerdos de muerte.

Ernesto fue quien llegó primero a las cercanías de la casa de la maestra, pero, antes de ir hacia el porche, tuvo la precaución de colocarse por detrás del tronco grueso de un castaño, inspeccionando la zona desde ahí. En apariencia, todo estaba en calma.

Se agrupaban nubes en el cielo que ocultaban la luna con lentitud.

Ernesto, ya decidido, fue hacia la puerta de la casa y tocó con los nudillos en ella. No tuvo contestación. Repitió idéntico acto, mientras volvía de vez en cuando la cabeza, dirigiéndola hacia el sendero por donde él había venido con anterioridad.

Suspiró.

Pensativo, bajó la cabeza y, tras un momento de duda, empujó la puerta, entrando así en la vivienda. La oscuridad era absoluta. Apretó el interruptor de la luz y la estancia se iluminó al instante: vio una silla tirada en el suelo y la alfombra desplazada varios metros de su lugar. Avanzó por un pasillo atenazado por el miedo, hasta que llegó frente a una puerta entreabierta. La desplazó y pasó al dormitorio. Tuvo que habituarse a la falta de luz, creyendo adivinar un lecho y, sobre él, el cuerpo de la maestra. Fue hacia ella. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Sus ojos se abrieron con desmesura al comprobar su desnudez. Al observar su rigidez extrema. Al visualizar su rostro tumefacto. Gritó horrorizado y salió corriendo de aquel lugar de muerte, y corriendo llegó a la vereda, y corriendo se tiró en el suelo, junto a las siluetas espectrales de los árboles, para llorar allí sin consuelo.

Hipólito arribó a la vivienda de la maestra diez minutos después, si bien lo hizo por su parte trasera. Por ello no vio a Ernesto, quien relativamente cerca de él, seguía llorando. Hipólito miró por la ventana: la luz del salón iluminaba débilmente aquel cuarto trastero. Decidido, fue hacia el porche, encontrándose la puerta de la casa abierta. La franqueó, extrañándose ante el desorden habido y, sorprendiéndose aún más, cuando fue hacia el dormitorio, hallando su puerta igualmente franca. Entró en él, intuyendo un cuerpo sobre la cama. Creyó que la maestra dormía y quiso retirarse para no despertarla aunque, en verdad, seguía demasiado confuso por el estado de las cosas. Algo le retuvo, quizás la llamada insistente que su subconsciente le enviaba. Se acercó a la cama finalmente.

—¿Seño? —dijo Hipólito con voz queda, mientras percibía su desnudez y empezaba a azararse por ello.

—¿Seño? —susurró de nuevo.

Extrañado ante aquel sueño tan profundo, se atrevió a mirarla con un mayor detenimiento.

El grito que dio rompió con el silencio de la noche.

Hipólito constató la palidez de su rostro, aquella expresión horrible, y la cruz que violentaba sus entrañas.

El niño abrazó a Ana Castillo y lloró sobre su pecho de manera compulsiva. Ahora, a su propio dolor unía este otro, si cabe más profundo que aquél. Lloraba preso de pena y de rabia. Al instante supo quién había sido su asesino. Sin margen de error. Su asesino era la misma persona que le había destrozado por dentro. Una alimaña disfrazada de religioso. Un coadjutor que utilizaba la palabra de *Dios* a través del ano. Gritó y gritó, meciendo aquel cuerpo ya sin vida, jurándose a sí mismo que no sólo vengaría su propio dolor, sino también aquella muerte tan injusta, aunque para ello tuviera que invertir toda la eternidad, tiempo suficiente éste para que él creciera, tiempo suficiente, igualmente, para que su odio infantil madurara haciéndose más adulto, volviéndose implacable entonces. Hipólito acarició largo rato el cabello de Ana Castillo. Después le cerró los ojos y, finalmente, salió del dormitorio con los puños crispados. Vagó un tiempo por el salón, cómo un perro sin amo. Miró lo que la casa contenía, para llevarse retenido

en su cerebro el mundo tan particular que su maestra creó. Visualizó el piano, creyendo percibir las melodías que ella les tocaba, que todavía resonaban en su cerebro. Salió de la casa, cogiendo el sendero que antes tomara su amigo Ernesto. El destino parecía unirles siempre, para lo bueno y para otros momentos, éstos más dramáticos, más intensos...

Tobías alcanzó la casa de Ana Castillo cinco minutos después. Su mirada huidiza buscó a alguien por los alrededores. Cómo no lo vio, dejó la seguridad de los matorrales y fue hacia la puerta de la vivienda, extrañándose al encontrársela abierta. Frunció el ceño y pasó a su interior, contemplando lo que Ernesto e Hipólito ya habían observado. En su torpeza quiso racionalizarlo. Finalmente, llegó al dormitorio, donde visualizó el cuerpo de la maestra sobre la cama. Fue junto a ella y...su garganta emitió un sonido gutural, cómo el lamento de un animal moribundo. Su reducida comprensión no le ayudó demasiado. Quiso desaparecer y, sobre todo, no haber visto lo que acababa de observar, pero, fue imposible. Sus ojos no podían apartarse del cuerpo ya sin vida de Ana Castillo. Contempló la cruz...volviéndose a sumir en un pensamiento demasiado gris. Quiso alejarlo de él y que se fuera muy lejos. Para conseguirlo, incluso, se llevó las manos al rostro y gritó *no* en su pensamiento, mas, éste zigzagueaba cómo una serpiente tentando a *Eva*, no dejándole tranquilo, ascendiendo inmisericorde a través de su subconsciente. Volvió a decir *no* aún sin decirlo, pero, el demonio, alerta siempre, le subyugaba diciéndole *sí*. Tobías retiró las manos de la cara y su mirada, plena de lujuria ahora, fue un adelanto de sus actos. Tocó el cuerpo rígido de la maestra, rozando con detenimiento cada parte de su anatomía. Su mente creaba sensaciones y éstas le enviaban recuerdos. Recuerdos de su soledad en el campo con las cabras.

Se separó del cadáver y lo miró un tiempo indefinido.

Después, salió de la casa andando con torpeza, riéndose a carcajadas, observando la luna y el hechizo que sobre él ejercía.

De pronto, se escucharon varias detonaciones, que rompieron con aquel silencio tan subyugante.

Tobías optó por derivar hacia la parte trasera de la vivienda, justo cuando un búho, encaramado en la rama más alta de un alcornoque, aleteaba asustado.

Finalmente, Tobías desapareció entre la alta vegetación.

*Lora del Río*, una noche más, vivía con ansiedad los preámbulos de una guerra.

Un viejo y destartado camión *Chevrolet* se detuvo cerca de la puerta de la entrada de la vivienda de Ana Castillo, poco después de que Tobías saliera de ella.

Se bajaron dos personas del mismo: Aurelio, el sepulturero del pueblo y su hijo de doce años, Nico, que se extrañaron cuando vieron abierta la puerta de la casa.

Estaban tan agotados que querían pedirle agua a la maestra para refrescarse. Sobre la carga del camión llevaban varios cadáveres, recogidos en los senderos y en los caminos, y daba la sensación de que la noche se les iba a hacer especialmente larga. Después los dejarían en el ayuntamiento para su posible identificación, y efectuada ésta, se enterrarían en fosas comunes en el cementerio. Desagradable tarea que llevaban practicando desde que se produjo el golpe militar.

Se escucharon disparos.

No se inmutaron, dado que por suerte o por desgracia habían terminado acostumbrándose a ellos, hasta el chiquillo no torcía el gesto cuando los oía.

Llamaron a la maestra por su nombre desde el exterior.

Ana Castillo no contestó a su llamada.

Decidieron pasar a la vivienda y así lo hicieron.

Observaron el desorden que protagonizaba cada espacio de la casa.

Fueron hacia el dormitorio, y al ver el estado de la maestra, tanto Aurelio cómo Nico no pudieron evitar componer un gesto doble de desagrado y horror.

Fuera, las detonaciones recuperaron su protagonismo.

*Lora del Río* tenía muy asumido que subsistir requería, ciertamente, de milagros.

La noche siguió siendo demasiado dramática.

Hipólito escuchó igualmente los disparos, así como el sonido subsiguiente de unos arbustos desplazándose muy cerca de donde él estaba. Se tiró al suelo y aguzó el oído. Después reptó entre las plantas y las flores. Con la mano apartó un matorral procurando no hacer ruido, visualizando entonces a alguien que, tras incorporarse del suelo, intentaba poner tierra de por medio. Hipólito lo reconoció en el acto: era su amigo Ernesto.

—Pero: ¿Qué haces aquí?! —demandó Hipólito con la cara tan blanca cómo la cera.

Ernesto se sobresaltó, al escuchar aquella voz tan familiar. Se giró y observó a su amigo con perplejidad: estaba tan pálido cómo él.

—¡Han matado a la maestra! —logró balbucir Ernesto muy afligido.

Hipólito clavó la mirada en el suelo y no dijo nada.

—Tenía una cruz clavada en el...

—¡Cállate! —espetó Hipólito a su amigo, mientras su rostro indignado brillaba de forma especial— ¡Prométeme que no dirás lo que has visto!

Ernesto frunció el entrecejo, mientras sus piernas delgadas temblaban de nuevo.

—Te lo prometo —dijo débilmente.

Hipólito se le acercó y lo miró con dureza.

—¡Hemos de jurar otra vez! —exclamó el niño con expresividad.

Ernesto tragó saliva.

—¡Juramos por la sangre de la culebra —la voz de Hipólito subió en intensidad— que no olvidaremos lo que han hecho a nuestra maestra! —ahí, sus ojos acogieron un frío metálico— ¡Y qué uno de nosotros matará a su asesino!

Un nudo de difícil deglución se instaló en la garganta de Ernesto.

—¡Júramelo! —le apremió Hipólito fuera de sí.

Ernesto asintió.

—¡Así no me vale! —gritó Hipólito encolerizado— ¡Tienes que hacerlo con palabras!

—Lo juro —susurró Ernesto.

Hipólito suspiró y, sin mirarlo, se alejó de su lado con aire abatido.

De repente, se escucharon nuevas detonaciones, esta vez más cercanas.

Hipólito se tiró al suelo, imitándole Ernesto, quedándose así un buen rato, tiempo suficiente éste para que recobraran la serenidad y, al mismo tiempo, hicieran acopio de valor. Pasado el instante de duda, Hipólito se puso a gatear, incorporándose a veces, para observar así mejor el terreno. Ernesto, su sombra siempre, iba callado y en demasía sombrío. Alcanzaron un claro en el bosque, visualizando varios cuerpos en el suelo. Hipólito fue junto a ellos: eran siete hombres, de edades bien dispares, que oscilarían entre los veinticinco y los cincuenta años, y que aparecían exánimes sobre la tierra. Ernesto llegó a la altura de su amigo y contempló los cadáveres con miedo. Estaban acribillados a balazos, y sus caras habían sido deformadas mediante sendos culatazos. Los niños salieron corriendo y ya no pararon, hasta que accedieron a las inmediaciones del cementerio, donde visualizaron a un grupo de personas que, situadas junto a una de las tapias, aparecían iluminadas por la luz de los faros de un automóvil.

Frente a ellas se había situado un grupo de civiles armados que les apuntaban con sus fusiles *Mauser*. Aquellas personas los miraban con resignación, sabiendo que en breve serían sus verdugos.

Hipólito y Ernesto se ocultaron cómo mejor pudieron tras la maleza, para contemplar mejor la escena, petrificados cómo estaban por el miedo, el horror y la impotencia. Los niños contaron el número de aquellos infortunados: eran seis en total. Seis vidas que pronto dejarían de existir. Tres hombres y tres mujeres, repartidos de manera equitativa, en un macabro juego de extraña compensación. Hipólito se centró en la figura de los hombres que, de espaldas a él y cómo verdugos anónimos, sujetaban los *Mauser* con firmeza. A su lado, y escoradas a su derecha, había dos personas más. Una de ellas le hizo contraer el rostro y, por un momento dudar, si debía dejar la seguridad de su escondrijo, para ir directamente contra ella y gritarle a la cara lo perverso que era.

Teodoro, con gesto teatral, miraba apesadumbrado a las seis personas que serían fusiladas. En ausencia de don Malaquías —que él alegó se encontraba enfermo— él sería quien les administraría la *Extremaunción*, reconfortándolos en aquél su último viaje. A su lado estaba el señorito, que era quien parecía comandar el grupito de civiles armados, que aguardaban una indicación suya, para empezar a disparar.

Ernesto, por su parte, miraba los rostros de aquellas gentes: el primero por la izquierda era el infeliz que Teodoro había confesado días atrás mediante un engaño. Engaño que le costaba la vida ahora. El niño pensó que,

quien debía perdonar sus pecados era, por contra, quien le enviaba directamente hacia la muerte. A su lado estaban dos hombres más, uno algo más joven que el otro, que no pudo identificar, y junto a éstos dos, las tres mujeres. Su pulso se aceleró hasta el infinito al reconocerlas.

Se incorporó con cara asustada, mientras Hipólito, extrañado por su reacción, quiso retenerlo. Ernesto gimoteó. Hipólito no tuvo más remedio que mirar hacia donde ya miraba su amigo. Creyó morir entonces: pues allí, frente al grupito de civiles que iba a disparar, estaba su madre, de pie, preparada para morir, aparentemente serena, y a su lado se encontraban la madre y la tía de Ernesto. Las tres con la cabeza alta y las manos bien unidas.

Y ya no hubo tiempo para más.

El señorito levantó la mano y...los fusiles escupieron fuego.

Seis cuerpos cayeron inertes al suelo, estableciéndose entonces un silencio sobrecogedor.

Ernesto, que no cesaba de llorar, volvió a ocultarse entre la maleza, mientras miraba a hurtadillas los cadáveres de su madre y de su tía.

Hipólito, por su parte, tenía el rostro contraído por la ira, pero, sin embargo, no soltaba ni una sola lágrima. Miraba con pesadumbre el cuerpo sin vida de su madre, mientras maldecía su triste destino.

Los faros del automóvil se apagaron, instalándose en el lugar una oscuridad cargada de muerte.

Las cruces de las tumbas y de los sepulcros del cementerio, sobresalían por encima de la tapia, cómo siniestros fantasmas espectrales.

Concluida la *faena*, los *nacionales* se dirigieron hacia un viejo *Ford V8* que estaba aparcado junto a la vereda del camino. Al instante se escuchó el sonido de un motor y el vehículo pesado se fue alejando con lentitud del cementerio.

El señorito se acercó a los fusilados y, tras sacar su pistola *Astra 400* del cinto, descargó un tiro de gracia sobre sus cabezas, mientras el coadjutor, amparado siempre por las sombras, asistía impasible a aquel nuevo acto de horror.

Los niños, escondidos todavía, permanecían ausentes de todo lo que les rodeaba. Respiraban y veían, pero, sus almas habían volado muy lejos, incapaces de soportar tanta demencia. Habían presenciado el asesinato de sus seres más queridos, sintiéndose impotentes ante ello, laxos para gritar o simplemente salir corriendo hacia sus brazos. Había pesado más el instinto de supervivencia, pero, lo único que tenían ahora era su tremenda y dramática

soledad.

La furia, dentro del espíritu de Hipólito, era todo un universo. Su propio dolor se había extendido a otro, habiéndose transformado en todo un agujero negro, ante la pérdida irreparable de su madre.

Ernesto, una sombra de sí mismo, se había vuelto a orinar y no dejaba de mirar los cadáveres de su madre y de su tía. Aquellos cuerpos que él amó tanto, eran ahora sólo polvo eterno. Ya no le abrazarían. Tampoco sentiría su protección especial. En pocos días había perdido a toda su familia, y un dolor profundo e intenso corroía su interior. Lloraba con aflicción, mientras Hipólito, a su lado, era un espectro que, erguido, miraba de forma errática al coadjutor.

Los dos hombres, por su parte y entretanto, habían entablado una conversación que era seguida, sin pretenderlo, por Hipólito y Ernesto.

—¡Tuviste la excelente idea de ser un *pastor* sin serlo! —dijo el señorito cargado de cinismo, mientras se tocaba el bigotito y se aproximaba a la cuneta donde estaba aparcado un *Mercedes Benz 500 K Cabriolet B*, de color marfil y negro.

Teodoro sonrió con complicidad mientras salía de las sombras, dirigiéndose también hacia el automóvil.

—Entonces, Serafín: ¿cumplirás con lo convenido? —preguntó el coadjutor, mientras miraba hacia la verja del cementerio.

Serafín lo miró con fastidio, mientras abría la puerta del vehículo y pasaba a su interior.

—¡Mi palabra es ley! —afirmó el señorito con sequedad.

Teodoro entró igualmente en el *Mercedes*, justo cuando Serafín liaba un cigarrillo.

Los niños seguían muy pendientes de todo.

—Cada persona que te entrego son trescientas pesetas —dijo Teodoro con frialdad—. La *Iglesia* es pobre y necesita de almas caritativas.

Serafín chascó la lengua.

—¡Pero qué cínico eres! —argumentó el señorito asqueado— Personas cómo tú tendríais que estar muertas y, sí, puede que alguna vez seas la víctima y no el verdugo. A veces, y sin un motivo aparente, una pistola se dispara sola. Entonces... alguien muere.

Se creó un silencio embarazoso.

La noche, algo fría ahora, llevaba en su recorrido demasiada tensión, demasiada muerte.

—Tú me necesitas...

Serafín miró a los fusilados.

—Eres el ángel de la muerte —sentenció el señorito y escudriñó en la oscuridad—. Un ángel diabólico que utiliza el nombre del *Señor* para hacer cosas deshonestas.

—Pues a ti bien que te vienen.

Serafín asintió, pero su gesto fue de claro desafío.

—¡Ándate con ojo, *cura!* —le advirtió el señorito— Y no te creas poseedor de inmunidad absoluta. ¡Yo me cago en los curas que son cómo tú, los que utilizáis la cruz cómo un arma letal, pero, sois peor que la peor especie animal que mata sólo por placer! ¿A cuántos has llevado ya a la tumba? ¡Dime! : ¿A cuántos?

El coadjutor se lo pensó un instante.

—Puede que a diez —dijo finalmente, y su tono llevó prendido un falso orgullo.

—¡Diez! —repitió Serafín con hastío, mientras tiraba la colilla por la ventanilla. ¡Diez almas que creyeron en ti! ¿Sabes? Yo participo de forma activa en una guerra que no admite blandenguerías. Si mato lo hago por un ideal y me cargo a todos los hijos de puta que puedan ir en su contra. Pero tú asesinas por codicia. Te repito: ¡Ten cuidado, porque no me gustas nada!

Teodoro pasó de la amenaza y se arrellanó en el asiento, estirando las piernas con posterioridad.

Los niños seguían muy al tanto de todo cuanto allí se hablaba.

—¡Tengo que matar a ese *hijo de perra!* —farfulló Teodoro de improviso, mientras su rostro se encendía.

Serafín lo miró de soslayo, sorprendido por su reacción.

—¿A quién te refieres? —demandó el señorito confuso.

Teodoro frunció el ceño, mientras su faz se tensaba.

—¡Al lobezno de aquella camada! —enfaticizó y señaló con la cabeza el grupo de fusilados.

—No te comprendo.

El coadjutor asintió y su mirada acogió el frío metálico del odio.

—A quien me ha hecho esta herida —se tocó con un dedo la cicatriz con forma de cruz, emplazada muy cerca de su ceja derecha.

—¿Quién te la hizo?

—¡Un niño que, de seguro encontraré, y deseará entonces estar muerto!  
—exclamó y sus ojos brillaron.

—¡Estás rematadamente loco! —le espetó Serafín y arrancó el vehículo. La luz de los faros se proyectó en la carretera que recorría en paralelo el cementerio.

Los niños vieron alejarse el automóvil y lo siguieron con la mirada, hasta que desapareció tras un desnivel del terreno.

El silencio volvió a subyugarles, pero, apenas si tuvieron tiempo para pensar en algo, por cuanto escucharon unos pasos acercándose.

Hipólito y Ernesto se miraron con tristeza.

—¡Tenemos que separarnos ahora mismo! —acució Hipólito con expresividad, mientras aguzaba el oído— ¡Corremos peligro! ¡Ya has escuchado al coadjutor! ¡Han matado a nuestras familias y vendrán ahora a por nosotros!

Ernesto fue incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¡Júrame que matarás a ese cerdo —exclamó Hipólito de improviso— si yo no lo hago!

Ernesto, que miraba al suelo, no le contestó.

—¡Júramelo! —insistió Hipólito con vehemencia.

—Lo juro —susurró Ernesto finalmente.

—¡Yo juro que me vengaré, aunque tenga que esperar muchos años para hacerlo! —los ojos de Hipólito refulgieron al pronunciar aquellas palabras. Después se desplazó varios metros y quiso profundizar en la oscuridad.

Quien quiera que fuera se iba acercando de manera progresiva.

Hipólito miró a Ernesto desolado y a continuación le gritó:

—¡Corre! ¡Corre y no pares! ¡Métete en el bosque e intenta llegar a *Sevilla*! Estoy seguro que te ayudarán allí. ¡Vete! No podemos seguir juntos. Teodoro me busca, y no quiero que te haga ningún daño.

Ernesto temblaba al escuchar a su amigo, con la mirada perdida en algún punto del suelo.

La noche, que avanzaba de manera inexorable, arrastraba sintonías de muerte.

—¡Eres mi mejor amigo! —enfaticó Hipólito emocionado y, tras girarse, echó a correr, profundizando en el bosque.

Ernesto, que no se movió de donde estaba, se limitó a observar cómo la espesura atrapaba a su amigo.

Entretanto: alguien se iba acercando hacia el lugar donde Ernesto estaba, que continuaba quieto. El haz de una linterna bañó su rostro y él cerró los ojos. Aguardó a la muerte con serenidad, mas, como nada pasaba, los abrió,

viéndose rodeado entonces por hombres y mujeres del pueblo.

—¡Pobre niño! —interpeló una mujer de ojos almendrados, fuerte complexión y de unos cuarenta años— Está tan pálido cómo la misma muerte.

—Yo le conozco —terció un sujeto delgado que rondaría los sesenta años—. Es el hijo del zapatero.

Otra mujer del grupo se santiguó, mientras sus ojos cenicientos se velaban.

—*Angelillo*, ha perdido a toda su familia —dijo apesadumbrado el hombre sexagenario—. Pues ahí veo fusiladas a su madre y a su tía.

—¡Entonces nos lo llevamos! —matizó con énfasis la mujer de ojos almendrados— El pobrecito se ha quedado huérfano.

Una mujer joven le colocó una rebeca sobre los hombros y, acto seguido, todos se fueron de allí.

Se escucharon más disparos, según iban alejándose del cementerio.

Ahondaron en el bosque, sabiendo que se estaban llevando a cabo nuevas ejecuciones. Ernesto, demacrado, tiritando de frío, empapado en su propio orín, iba sobre los hombros de un vecino, sintiéndose muerto en vida. Sabía que aquellas gentes le habían salvado de momento. Y así, mientras atravesaban el corazón del bosque, siguieron oyéndose detonaciones, igual que gritos de dolor que, se fueron difuminando en el subconsciente del niño, según se fueron alejando cada vez más del pueblo. Los doce años de Ernesto le golpeaban muy adentro, diciéndole que él era sólo un niño, pero, él, en aquella huida improvisada a través de la *Serranía* sabía y, además a ciencia cierta, que era un hombre en clara progresión, y que su odio laceraba su entendimiento, supurando cada célula de su organismo. Un organismo si bien escuálido, arañado por la pena y el hambre. Llevaba grabado en su cerebro: la última mirada de su amigo Hipólito; la última mirada de la maestra Ana Castillo; la última mirada de su padre, de su madre y de su tía. Demasiadas últimas miradas cargadas de horror y muerte. Él no sabía si volvería a ver a su amigo Hipólito, pero, atrás quedaban un sinfín de recuerdos compartidos. Retazos de su niñez diluyéndose ahora: los juegos en la era, el colegio, las zambullidas en las aguas del río, disfrutar de la naturaleza y de la libertad...

La oscuridad les acompañó durante toda aquella huida, y aquel huir fue el comienzo de una nueva época. Dejaron atrás a hombres y mujeres de una *España* dividida, odiándose entre sí, matándose entre sí, ocultando, bajo la capa del odio y la venganza, el sentido más puro del amor y del respeto

mutuo.

Ernesto, a hombros del desconocido, echó una última mirada atrás, llevándose retenida en su alma: la silueta, si bien algo ya borrosa, de aquel pueblo que una vez fuera el suyo. *Lora del Río* pareció emerger cómo una ciudad fantasma, recortándose entre un grupo de nubes oscuras.

Ernesto se estremeció, acurrucándose todavía más entre los brazos de aquel hombre que, si bien le llevaba hacia el exilio, lograba apartarle de las garras afiladas de la muerte.

*Veintidós de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.*  
*Amaneciendo.*  
*MADRID.*

El comisario Ernesto Buendía abrió los ojos, sintiéndose invadido por un sudor frío.

La oscuridad era completa en su dormitorio. El pecho parecía que fuera a estallarle. Lo que de niño vivió, había vuelto a pasar por su cerebro, enmarcado dentro de una cruel y espantosa pesadilla. Por ese motivo, las noches eran periodos interminables de tiempo que abrían huecos de su vida, que él deseaba cerrar lo antes posible, pero, para su desgracia, su cuerpo necesitaba de descanso, y ese tiempo le enviaba el sueño, y éste, a su vez, le retrotraía una y otra vez hacia su terrible pasado. Entonces, la cama era su peor aliado.

Se levantó, invadido por una desazón extraña. Fue hacia el salón y miró por la ventana: la madrugada fallecía con pausa.

Bostezó, y se sentó en el sillón, para asistir en directo a aquel nuevo amanecer.

*Día anterior.*  
*Sobre las nueve y media de la noche.*

Fulgencio Ramírez, sentado en el cómodo butacón del comedor de su vivienda, leía un libro ensimismado, bañado por la tenue luz de una lámpara de pie.

Protegía sus ojos castaños con unos lentes de concha redondos, que tenían querencia a resbalar sobre el puente de su nariz aguileña.

Sobre una mesita de madera, habilitada a su derecha, se veían algunos libros apilados. Hacía más de una hora que leía, mientras la noche extendía su manto gélido sobre la ciudad.

El sargento Ramírez vivía algo alejado del centro, en una zona cargada de espacios verdes, cercana a la *Casa de Campo*. El barrio de *Batán*, silencioso en aquella hora nocturna, le dejaba leer con tranquilidad y, aquella lectura le iba acercando un poco más, hacia el largo camino que llevaba ya recorrido.

Él, un provinciano nacido en *El Tiemblo*, un pueblecito *abulense*, había dedicado parte de su adolescencia y juventud, a trabajar en todo tipo de pequeños oficios, desde repartidor de leche hasta cartero, pero, la lectura de un montón de libros policiales, con casos todavía no resueltos, hizo que se sintiera atraído por aquel mundo que luchaba contra lo tangencial, diciéndose que, bien podría él aportar su granito de arena para el esclarecimiento de alguno de aquellos casos, dando entonces un giro radical a su vida.

Estudió con ahínco, haciéndose finalmente policía.

En sus inicios tuvo que lidiar con facinerosos. Siguió a sospechosos de querer robar lo ajeno. Patrulló por las noches en las cada vez más peligrosas calles madrileñas y, al fin y gracias a la amistad contraída con uno de los inspectores de la *Brigada Criminal de la Comisaría de la Latina*, derivó hacia el área criminal, dándose cuenta de que allí se encontraba cómo pez en el agua. Ascendió a la categoría de sargento pocos años después y, desde hacía tres, se hallaba bajo las órdenes del comisario Ernesto Buendía y, la verdad, que los dos habían conseguido formar un buen equipo. Él, un amante

de su profesión, aparte de un gran analista, hacía de cada crimen un reto. Por ello, leía con avidez libros y más libros sobre asesinos en serie. Ahora leía uno sobre *Marie Besnard*, que pasó a la posteridad bajo el pseudónimo de *La Viuda Negra*, una mujer que en mil novecientos cuarenta y nueve fue acusada de asesinar a doce personas con arsénico, para heredar así sus fortunas.

Estaba tan absorto, que no se dio cuenta de cómo alguien llegaba a su lado y le miraba. Ramírez seguía concentrado en la lectura. Una tosecilla, efectuada por quien le observaba, le sacó de su abstracción. Alzó la vista, reflejándose en sus ojos castaños la mirada ambarina de su mujer.

—¿Por qué no descansas un poco, cariño? —le rogó ella con dulzura, mientras él la seguía observando con complacencia. Patricia se conservaba todavía muy bien a sus más de cincuenta años. Era menuda, de rostro agraciado y, cómo no habían tenido hijos, su tiempo libre lo invertía en ordenar la casa así como en ordenar sus vidas. La encantaban los vicios pequeños de su marido.

Disfrutaba al verle fumar puros habanos después de las comidas. Sabía que era un hombre apacible y hogareño que estaba muy enamorado de ella. Llevaban casados treinta años. Se conocieron en su pueblo, durante la celebración de una romería, cuando los dos eran apenas unos niños. Ella lo amaba con sosegada pasión, siendo consciente que él la necesitaba tanto o más que ella a él. Eran dos eslabones que no podrían separarse nunca.

—Sigues siendo una mujer muy atractiva —le dijo él con orgullo, y a continuación sonrió.

Patricia, complacida, se sentó en un brazo del butacón y jugueteó con el cabello de su marido.

—¿Qué lees? —preguntó ella con interés.

—La historia de una demente —contestó él a bote pronto.

—¿Y todos esos libros?—demandó ella, señalándoselos con la mano.

—Más historias de dementes —le aclaró él—. De bestias disfrazadas de hombres. De seres inhumanos, ávidos de sangre y horror.

Patricia suspiró y frunció el ceño. Su pensamiento llegó a los últimos asesinatos: los crímenes perpetrados sobre dos mujeres.

—¿Por qué existirán hombres que disfrutan ensañándose con mujeres indefensas? —cuestionó ella con desagrado.

Él contuvo la respiración y su mirada profundizó en el cristal de la ventana, llegando hasta la luz casi opaca de las farolas. Vivían en un piso pequeño, pero, muy válido para ellos dos solos. Un segundo, desde donde

divisaban la calle y sus alrededores.

—Porque puede que no sean hombres —contestó él y abstrajo la mirada. Patricia le observó claramente confundida.

—¿Qué quieres decir? —demandó ella a continuación.

Él asintió y, tras meditarlo, más que hablar, pensó en voz alta:

—Tengo cincuenta y siete años, y me he pasado tres de ellos estudiando el comportamiento de estos asesinos en serie. Tienen pautas comunes. ¿Hasta dónde llega la sinrazón? Dudo que el hombre, en su estado más puro y racional, sea capaz de cometer semejantes barbaridades. Las tradiciones nos hablan de seres de ultratumba que beben la sangre de sus víctimas: el *Conde Drácula*, por ejemplo y sin ir más lejos. O lo hacen de los *zombies*, seres fallecidos y devueltos a la vida. O mencionan a los aparecidos o a los endemoniados. Un todo, formado por un grupo de seres aberrantes, que causa siempre horror.

Fulgencio Ramírez guardó silencio, cómo si analizara lo que acababa de decir. Su mujer, entretanto, le contemplaba con asombro.

—¿Qué insinúas? —demandó Patricia al fin, sumida en un mar de dudas. El sargento entrecerró los ojos, antes de contestar.

—¿Y si estos asesinos en serie no fueran humanos? —preguntó él a su vez.

Patricia sonrió y añadió con cierta gracia:

—Me da la sensación, mi pequeño gran *estudioso*, que estás perdiendo la *chaveta*.

Su marido le devolvió la sonrisa anterior y se quedó callado.

—Cariño —añadió Patricia finalmente, mirándole con benevolencia—, sabes que mi lectura favorita es *El Quijote* y, sabes, igualmente, qué le sucedió al pobre de *Alonso Quijano*, ante la lectura desmedida de libros de caballería. El pobrecito acabó volviéndose loco. Mi amor —su voz se suavizó todavía más—. No debes pasarte tantas horas sin dormir, leyendo únicamente este tipo de libros —desvió la mirada hacia los que estaban sobre la mesa—. Si sigues así, creo que terminarás cómo el bueno de *Don Quijote* y, dentro de muy poco, crearás ver *gigantes* en vez de *molinos de viento*, de hecho, creo que ya los estás viendo.

Patricia se calló y acarició con ternura la mejilla de su marido.

—Amor —dijo él, mientras su rostro acogía una sombra de duda—, sabemos determinadas cosas, pero, hay una gran mayoría que se escapa de nuestro entendimiento.

Patricia apoyó la cabeza en su hombro, mientras la noche se iba haciendo impenetrable.

*Amanecer del día veintidós de Diciembre  
de mil novecientos setenta y tres.*

Ernesto Buendía, sentado aun en su sillón, cerca de la ventana del salón, observaba los primeros destellos del amanecer. Hacía ya un tiempo que los acordes de una partitura revoloteaban por su cerebro: la *Para Elisa*, de *Beethoven*, le había trasladado nuevamente a su infancia y, gracias a ella, había recorrido momentos inolvidables de ella. Momentos buenos y, por supuesto malos, que se quedaron cómo suspendidos en la nada. Arañazos sensibles de una época que no regresaría. El rostro de Ana Castillo aleteaba en su subconsciente por ello. Realmente nunca lo dejó del todo. *El paso del tiempo crea los recuerdos*, pensó el comisario afligido, mientras se tocaba su rodilla dolorida.

La soledad en la que vivía era una mala compañera, dado que de forma permanente le acercaba al mundo de sus vivencias, y éstas jugaban siempre con su yo, riéndose de su pasado.

Ernesto Buendía cerró los ojos. La memoria le traía siempre lo mismo: muerte, salvajismo, desolación y, sobre todas las cosas, el recuerdo de un cuerpo ultrajado, el de su señorita de *Geografía e Historia*, Ana Castillo.

Y aquel silencio interior, que horadaba su estabilidad asfixiándole, le hacía incluso más daño que el silencio de su casa, dado que aquél era diferente, lacerante, frío, implacable...

La mañana comenzaba a adquirir su protagonismo.

*Día anterior.*  
*Sobre las diez de la noche.*

Juan deambulaba por la calle de *Atocha* sin ninguna prisa, tras haber salido de la boca del metro de *Antón Martín*. Iba cómo perdido, caminando por una de las zonas, para él, más atractivas de *Madrid*.

Una densa neblina descendía de manera progresiva sobre la ciudad, cubriendo todo lo que tuviera vida.

La calle, quizás por ello, aparecía extrañamente solitaria. Ocasionalmente pasaba algún vehículo, proyectándole entonces la luz de sus faros.

Juan llevaba subida la solapa de su gabán, inmerso su rostro en ella. Las manos en los bolsillos de la prenda, mientras pululaban por su cerebro un sinfín de ideas. Él deseaba olvidar y, cuanto antes, los últimos sucesos acaecidos y, qué mejor, se planteó tan sólo una hora antes, que pasear bajo el influjo de la luna, aunque apenas pudiera distinguirse ahora, merced a los caprichosos vaivenes del tiempo, pero, allí estaba él, desafiando a su desánimo, en medio de una ciudad cosmopolita, recorriendo sus calles... vacías de cariño.

Juan atesoraba en lo más profundo de su ser una doble pena: había perdido su trabajo y la confianza que tuvo siempre en su mejor amigo. Alfredo, por esa doble cuestión, era un espectro casi sin rostro. Un ente gris que se difuminaba en el recuerdo de una noche igualmente gris.

Entonces y, sin esperarlo, vio una silueta femenina que destacaba con luz propia en medio de la neblina, cómo si hubiera surgido de la ensoñación de sus sentidos.

Agrandó los ojos ante la súbita aparición, teniendo la sensación, de que todo lo demás perdía relieve e importancia, adquiriéndolo solamente ella, cómo si la escasa claridad convergiera en un único punto: ella. La joven estaba de pie, junto a una de las taquillas, ahora cerradas, del teatro *Monumental*, con aire ausente, muy cerca a su vez de una farola que, al irradiarle su luz, teñía su rostro de un brillo ambarino, extendiéndose aquel

vago destello hacia sus ojos, éstos de un color verde muy intenso y, dando, sin pretenderlo, un acusado matiz felino a su mirada. Sus facciones eran indefinidas, cómo si su belleza no tuviera ni un antes ni un después, cómo si ella, quizás, pudiera ser él, una simbiosis perfecta de mujer y hombre a la vez, cómo si al nacer, lo hubiera hecho bajo el signo de la ambigüedad. Era de nariz pequeña. De pómulos simétricos, igual que sus cejas. De labios carnosos muy sensuales. Poseía una mirada distante, desde luego especial. Su figura, estilizada, iba protegida bajo un abrigo de cuero negro. Un gorrito de lana de color rosa cubría su cabeza y apenas sí dejaba ver su corto cabello rubio.

La joven miraba distraída la calle, cómo si esperase la llegada de alguien, mientras el vaho que salía de sus labios, creaba una pequeña neblina dentro de la gran neblina.

Juan llegó a su lado, sin haber podido apartar ni un solo segundo la mirada de ella.

Ella, por el contrario, no reparó en su presencia, aunque Juan siguió observándola, prendido de su aire de misterio.

La calle seguía vacía, llevándole a Juan a pensar que, quizás, ellos dos eran los únicos habitantes dentro de aquella ciudad fantasma.

La niebla se iba condensando cada vez más.

La joven pareció salir de su letargo y, tras ladear la cabeza, miró a Juan. Él la contempló fascinado. Ella pareció no inmutarse ante su presencia y su pensamiento regresó a la calle o a lo poco que se percibía ya de ella. Juan se preguntó: *¿Qué diantre hacía él ahí?*, extrañado ante su propia reacción. Ella siguió pendiente de las inmediaciones de la acera.

—¡Hola! —acertó Juan a decir.

Ella no le contestó y menos miró.

—¡Vaya nohecita, eh! —improvisó Juan sin demasiado convencimiento.

La joven continuó sin prestarle la mínima atención.

Él suspiró, pero, no cejó en su empeño.

—Aún no he cenado —dijo Juan en un tono teatral verdaderamente lastimoso—. Estoy solo en esta gran ciudad, hastiado de la vida y sin ganas de hacer nada, pero, cuando te he visto, y no me preguntes por qué, he sentido algo muy especial por dentro.

Ella sonrió por fin y ladeó la cabeza mirándole directamente. Sus ojos de color verde esmeralda se anclaron un único segundo en los ojos azules de

Juan.

—Andas anticuado a la hora de ligar —dijo ella con fina ironía. Su voz era igual a un susurro, diferente, atrayente, desde luego angelical—. Este *rollo* ya no se lleva.

El rio la ocurrencia y se tocó el lóbulo de la oreja derecha con evidente nerviosismo.

Las luces de los adornos navideños parpadeaban por encima de sus cabezas, intentando vencer la opacidad de la niebla, afianzadas en los árboles que, alineados a lo largo de la calle, parecían entes sobrenaturales, con sus ramas vacías de hojas, cargadas de bombillas.

—¿A quién esperas? —demandó Juan con marcada curiosidad.

Ella suspiró y se refugió en su abrigo de cuero y, por un momento, volvió a su abstracción primitiva. Juan respetó su silencio, sintiéndose unido a aquella desconocida, sin saber por qué. Lo vivido días atrás, era una nebulosa reducida a su mínima expresión, dado que junto a aquella joven, en medio una neblina pertinaz, tenía la sensación de haberse reconvertido, adquiriendo una nueva identidad. Él, el legítimo y genuino *Rey de las sombras*, creyó haberse transformado en un ser normal, al estar al lado de ella y, la verdad, que no hallaba una explicación lógica para tal sentimiento, pero, lo percibía, cómo si la sangre que corría por sus venas hubiera mutado, haciéndole más seguro, por supuesto, más trascendente.

—Las mujeres esperamos siempre a alguien, por si no lo sabes —replicó ella, mientras sus ojos aterrizaban en el acerado.

Juan siguió callado sin dejar de admirarla.

—Vivo en aquel edificio de enfrente —le señaló ella y con la mano un bloque de pisos, que a él le pareció, absorbido casi por la niebla, un buque fantasma que estuviera anclado en medio de un océano de asfalto—. Bajé a la calle, porque quería recordar la bruma anacarada que surge tras las pirámides de *Teotihuacán* en cada amanecer; porque quería recordar, igualmente, el aire tibio, casi almibarado, tremendamente emotivo, de épocas pasadas, épocas de Dioses; porque incluso llegué a pensar que hasta el mismo dios *Quetzalcóatl* regresaba, subido en su carro de fuego, cómo un dragón que surcara por los cielos. No sé cómo definirlo, pero, la ciudad adquirió un brillo especial, cómo si la vida se parase y todo comenzara de nuevo, recuperando así lo no vivido o quizás lo siempre deseado. No hay nada peor que estar lejos de tus raíces y, menos aún, en esta época tan entrañable.

Juan asistía en silencio a la disertación de aquella desconocida, que

partía su alma en dos mitades, debido a su tremenda sensibilidad. Apenas se conocían y, sin embargo, permanecían allí quietos, en medio de una calle solitaria y en medio a su vez, de una niebla contumaz, que lo ocultaba ya casi todo.

—¿De dónde eres? —preguntó Juan con especial interés.

—De *Méjico* —contestó ella y suspiró.

—¿De qué parte de *Méjico*?

—Del *Distrito Federal*, en concreto de la colonia *Narvarte*, una zona muy bulliciosa, algo retirada del centro.

—¿Desde cuándo vives aquí?

—Desde hace dos años.

—¿Estudias?

—Sí: *Bellas Artes*. Vine mediante una beca especial. Pinto al pastel, pero, mi verdadera vocación es llegar a ser directora de *Museos* un día.

—¿Y por qué elegiste *España*?

Ella hizo un mohín gracioso.

—Te juro que tuve mis dudas, pero, finalmente opté por tu país, tras el comentario que me hizo el jardinero de mis papás.

Juan arrugó el entrecejo.

—Humm... Acláramelo mejor.

Ella sonrió.

—Es una historia demasiado larga —dijo, mientras suspiraba de nuevo.

La neblina les ocultaba ya por entero.

—¡Tengo una idea!: —expuso Juan, utilizando un tono muy convincente — ¿Por qué no dejamos esta calle y nos vamos a la búsqueda de algún lugar más cálido, y seguimos allí hablando? Claro, si te parece bien.

Ella asintió.

—¿Has cenado? —preguntó él, mientras intentaba divisar en la niebla, sin éxito, el verde destello de la lámpara de un taxi.

—No.

—¿Qué clase de comida te gusta?

—Soy vegetariana.

—¡Caramba! Iba a proponerte un asador argentino que pilla relativamente cerca de aquí, pero...

—No te preocupes: sé de un bufete vegetariano que se halla también muy cerca, situado en la calle de *Valverde*.

—Pues, vamos hacia allá —dijo él— aunque va a resultarnos difícil

avanzar entre esta niebla. Por cierto: ¿cómo te llamas?

—Casandra.

—Yo, Juan.

Caminaron hasta la calle de *Carretas*. Dejaron atrás la *Puerta del Sol*, que se engalanaba para la celebración especial de la *Nochevieja*, continuaron por *Preciados* y desembocaron en la *Plaza de Callao*.

Las calles eran mundos sin relieve, donde apenas sí divisaban lo que vendría a continuación. Avanzaban despacio por ello, cruzándose de vez en cuando con otras personas que surgían desde el interior de la neblina.

A posteriori, tomaron una calle transversal y, tras pasar por las cercanías de los almacenes de *Sepu*, llegaron a la calle buscada y, con ello, al lugar elegido por la joven, cerca ya de las once. Dudaron de si el bufete estaría abierto. Casandra quiso salir de dudas y empujó la puerta del establecimiento, abriéndose entonces ésta. Les recibió la luz rojiza de unos farolitos que estaban situados por encima de la puerta de entrada. El bufete, un espacio no demasiado grande, era un habitáculo rectangular que contaba con ocho mesas, distribuidas a lo largo y a lo ancho del mismo. Dos altavoces enviaban una canción del grupo *Los Sirex*. La temperatura era agradable y quedaban tres mesas libres. Juan eligió la más cercana a la ventana, sentándose el uno frente al otro, tras haberse desprendido de sus prendas de abrigo, que situaron sobre los respaldos de sus sillas.

Ella le sugirió que probara unos pastelitos rellenos de acelgas, así como unas berenjenas rebozadas en salsa de kiwi. Ella se decantó por una tortilla de calabacines y un cóctel de hortalizas. En los altavoces se escuchaba ahora la voz cálida y amorosa de *Adamo*, que les acompañó durante un tiempo.

—Aún no me explico —dijo él, mientras realizaba aspavientos con las manos— ¿Qué hacías en medio de la calle? No consigo entender que quisieras ver cosas tan maravillosas con esta niebla tan densa.

Juan, tras efectuar la pregunta, aguardó un instante. Contempló así la belleza tan especial de Casandra. Aquella dualidad casi perfecta. Aquellos rasgos tremendamente atractivos.

Ella, por el contrario, le observó con cierta frialdad.

—Ya te contesté a esa pregunta —le puntualizó ella con aquel acento dulce que consiguió erizar el vello de los brazos de Juan.

—Ya —se excusó él—. Pero: ¿de verdad que querías percibir todo eso, en una noche tan desapacible?

Ella esbozó una sonrisa.

—A veces no es necesario ver para ver —le indicó Casandra—. Tenemos sensibilidad, y ella es la que nos acerca a lo que más deseamos, aunque se halle lejano. Sentí que debía bajar a la calle para percibir el viento. Sabía que alguien muy amado, lejos de mí, estaba haciendo lo mismo que yo en aquel preciso instante.

Juan aseveró el gesto y colocó los codos sobre la mesa.

El local se iba quedando poco a poco vacío. Aparte de ellos dos, sólo quedaba una pareja. En el hilo musical se escuchaban canciones de *Los Panchos*, acercando de ese modo a la joven a su tierra.

Fuera, la ciudad, con su juego de luces, se iba haciendo paulatinamente más nítida, conforme la niebla iba desapareciendo.

—¿Tienes novio?

Ella puso el cubierto en el plato, se hizo con una servilleta y se limpió delicadamente los labios con ella. La dejó después sobre el mantel, mientras la luz de la vela, que presidía el centro de la mesa, oscilaba. A continuación, miró a Juan con manifiesto desagrado.

—Apenas nos conocemos —dijo ella— y te crees ya con derecho a hacerme preguntas tan personales.

Él adoptó un gesto circunspecto y retiró los codos de la mesa, para cruzar una pierna sobre la otra, y llevarse después las manos a una rodilla entrelazándolas.

—No tengo novio —contestó ella finalmente con idéntica seriedad.

—Es que antes mencionaste a un ser amado que estaría pensando en ti. Deduje entonces que...

Ella desplazó una mano, llevándosela a su corto cabello rubio, intentando darle algo de volumen. Su mirada vagó por el bufete, dándose cuenta de que se habían quedado solos. Las manecillas del reloj, situado por encima de la puerta de la entrada, señalaban las cero horas y diez minutos.

—¿Y qué te hace pensar, que un ser amado tenga que ser necesariamente un novio?

Él agrandó los ojos y unió los labios en un gesto de clara disculpa.

—Amar engloba variados sentimientos —manifestó ella— pero, no tienen por qué ser siempre de pareja. Amo a mis papás, igual que a mis tres hermanos. Amo también a mis abuelos y, cómo no, a mis amigos, a los sinceros, a los que allí dejé, cuando me vine para acá.

Les llegó un golpe de tos cercano. Juan entendió qué lo motivó. Ladeó la

cabeza y miró al camarero que, cercano a ellos, esperaba una indicación. Juan alzó una mano, acercándosele entonces un hombre grueso y de corta estatura con la nota de los gastos.

Les recibió la madrugada, poco después.

—¿Te importa si te acompaño? —demandó él, con miedo a recibir un no como respuesta.

Ella le miró de manera muy especial.

—¿No tienes a nadie a quién sí tendrías que acompañar?

Él sonrió abiertamente, mientras metía las manos en los bolsillos del gabán.

La noche se iba despejando, merced al fuerte viento que conseguía eliminar los últimos atisbos de niebla. El cielo comenzaba a mostrarles infinidad de puntos luminosos.

—No —contestó él muy concentrado—. Soy un lobo solitario, bueno, más bien creo que no me aguanta nadie.

Caminaban juntos, recorriendo a la inversa ahora las calles antes transitadas.

Un camión de la limpieza echó agua sobre las aceras y el asfalto, muy cerca de ellos.

La noche se vestía con un traje bien diferente ahora, repleto de luces blancas y amarillas.

La gente, poca y huidiza, aceleraba el paso, cómo fórmula ideal para combatir el frío.

—¿Tan complicado eres?

—Más.

—¿Y ese carácter tuyo a qué se debe?

Juan inspiró profundamente.

Ella entendió su silencio, y éste se instaló un tiempo entre los dos, mientras paseaban por las calles de una ciudad tranquila que en breve tomaría a bulliciosa ante la llegada jubilosa de un nuevo año.

—¿Y el jardinero? —preguntó Juan de improviso, acabando de ese modo con aquel silencio tan incómodo.

Ella entrecerró los ojos y frunció el ceño. Sus labios dibujaron una mueca leve. Sus ojos verdes adquirieron un brillo indefinido, misterioso en su propia esencia.

—¿En concreto a qué te refieres?

—A lo que me dijiste sobre el jardinero de tus padres que, por lo visto, influyó de alguna manera para que vinieras a *España*.

Ella asintió.

—¿Y? —él volvió a la carga.

—¿Y, qué?

—Pues, que no llego a entender, qué tiene que ver ese hombre con tu viaje.

La que se calló ahora fue ella. Siguieron paseando bajo un cielo, ahora, tachonado de estrellas.

El viento había vuelto la noche algo más fría, pero, aun así, la ciudad se veía realmente fascinante.

Finalmente llegaron al edificio donde Casandra vivía, deteniéndose frente a su portal. Ella hizo un movimiento gracioso con la cabeza, y su gorrito de lana se movió a su vez con él. Se dieron la mano cómo despedida, permaneciendo en aquella posición varios segundos, en silencio y mirándose a los ojos.

—Hoy sólo hemos hablado de mí —dijo ella, mientras su mirada profundizaba algo más en los ojos de Juan—. De ti, apenas sé nada. Eres un hombre que habla poco y escucha demasiado. Arma muy útil ésta para que no te conozcan. Creo que deberíamos vernos otro día, para que me cuentes así algo más sobre tu vida ¿No crees?

Juan asintió sin soltar su mano. Ella finalmente la separó y fue hacia el portal. Sacó una llave del bolsillo del abrigo y abrió la puerta, sosteniéndola después con un pie. Con posterioridad, dio a un interruptor y el portal se llenó de luz. Él permaneció al otro lado, sin irse de su presencia. Ella le sonrió, manteniendo en su mirada cierto aire de misterio. Después se mordió el labio inferior y compuso un gesto casi infantil.

—Entonces: mañana a la misma hora —le puntualizó ella—. Te esperaré donde nos hemos conocido.

Juan la miró ensimismado. No deseaba marcharse de su lado, y no acababa de entender aquella compleja y extraña fijación. Andaba cómo hechizado. Ella retiró el pie, y la puerta se fue cerrando con lentitud. Casandra desapareció de su vista. Él no se movió de allí. Poco después, una ventana se abrió. El rostro de la joven se asomó por ella.

—¡El jardinero me dijo que aquí conocería a alguien que podría cambiar mi vida! —exclamó Casandra.

Las palabras de la joven le llegaron a Juan con nitidez.

—¡Hoy presentí su voz —volvió Casandra a gritar— qué me llegaba desde muy lejos! ¡Cómo si en vez de voz fueran sentimientos y éstos viajaran libres por el espacio! ¡Supe que tenía que bajar a la calle, y eso hice!

Juan quiso racionalizar aquellas palabras, sin dejar de mirarla.

Casandra se retiró de la ventana y la cerró. Juan dejó de ver a la joven. Invasado por un desasosiego extraño se alejó de allí, volviendo la cabeza de vez en cuando, para mirar hacia la ventana, que se fue haciendo cada vez más diminuta.

La madrugada siguió con su lento caminar que debería conducirla al alba.

*Veintidós de diciembre.  
Sobre las diez de la mañana.*

Los villancicos eran los protagonistas en todas y cada una de las plantas de los grandes almacenes de *El Corte Inglés*, de la calle *Preciados*, merced a los altavoces habilitados en ellas, en una mañana claramente desapacible.

Un gran número de personas ultimaba sus compras.

Las escaleras mecánicas subían y bajaban una y otra vez de una planta a otra.

Cada departamento se hallaba decorado de manera diferente, destacando los adornos propios de la época y, cómo no, los abetos con sus bombillitas y regalos.

Un individuo robusto, de espalda ancha y cuello recio, miraba con detenimiento a alguien, mientras la luz de los tubos fluorescentes se reflejaba en su cabello canoso. Una *canadiense* abrigaba su cuerpo, así como unos vaqueros de bajos algo ya desgastados. El hombre seguía a una joven desde hacía un tiempo que, muy cerca de él, se alisaba el cabello con la mano.

La muchacha se subió en una de las escaleras mecánicas.

El individuo hizo lo mismo, giró la cabeza y comprobó que nadie más subía por ellas. Se agachó y le levantó ligeramente el vestido con la mano, observando así su ropa interior. Lo soltó a continuación y recuperó la verticalidad.

Nadie le vio hacer aquello.

La joven siguió escaleras arriba, hacia una nueva planta, pero el sujeto ya no la siguió. Iba tras una nueva *víctima*...

Estuvo así una hora y, tras mirar su reloj, dejó el centro comercial y accedió a la *Plaza de Callao*.

La claridad era manifiesta en el exterior.

Las palomas revoloteaban sobre la fuente que estaba situada en el centro de la plaza.

Un hombre, de unos cincuenta años, asaba castañas en un puestecito ambulante cercano.

El tráfico, en aquella hora de la mañana, era más bien intenso en la *Avenida de José Antonio*.

El individuo se dirigió hacia la *Puerta del Sol* y, después y tras atravesar la *Plaza Mayor*, llegó al mercado central de abastos donde trabajaba.

Pasó por delante de varios puestos abarrotados de personas con gesto concentrado, hasta que llegó a uno en particular donde se detuvo: clientas habituales compraban en la pescadería donde el sujeto trabajaba.

Anselmo, el propietario del negocio, un hombre delgado, de nariz prominente y con la frente cruzada por infinidad de arrugas, alzó la mirada y fulminó al recién llegado. Con mala gana y sin dejar de despachar se encaró con él:

—¡Tobías: llegas tarde otra vez! —exclamó el pescadero— ¡Hoy han sido quince minutos! ¡No te paso ni una más! ¡Anda, cámbiate y recuerda: ni una más! ¿Entendido?

Tobías asintió sin mirarle a los ojos. Después se cambió y salió para despachar junto al dueño.

El resto de la mañana pasó con rapidez.

La pescadería cerraba a las dos y abría de nuevo por la tarde, a partir de las cinco.

Tobías aprovechó las tres horas de asueto, para alejarse del mercado y mezclarse con las personas que transitaban por las calles. Vagabundeó un tiempo, hasta que cerca de la *Puerta del Retiro*, vio a una joven de silueta alargada, que vestía con un pantalón de cuero de color negro muy ajustado y una chaquetita abotonada del mismo material. Se centró en ella y la siguió. La muchacha, de unos diecinueve o veinte años, se metió en una de las bocas del metro de *Goya* y Tobías fue tras ella.

El andén al que accedieron, poco después, estaba hasta arriba de personas; trabajadores en su inmensa mayoría que salían de sus variadas ocupaciones, y otros muchos que iban o venían de ultimar las compras navideñas.

Tobías se situó a la espalda de la joven y aguardó a que el metro entrara en la estación, cosa que el convoy hizo pocos minutos después. Las puertas de los vagones se abrieron, saliendo un sinfín de usuarios de su interior, mientras otro grupo numeroso de personas, esperaba para pasar a los mismos. Tobías extendió su mano derecha y aguardó. La avalancha deseada se produjo, tocando entonces y a conciencia el trasero de la muchacha, quien al sentir el roce quiso volverse sin conseguirlo, dado que era empujada, cómo lo

eran todos, hacia dentro del vagón con algo de violencia. Tobías observó a la joven de soslayo, quien con la mirada fulminaba a todo aquel que estuviera cerca de ella. Tobías sonrió para sus adentros y se dejó acunar por el traqueteo rítmico del vagón. Ahora iría a almorzar y lo haría en la tasca de siempre y pediría lo mismo de siempre: una ración de croquetas con jamón. Mientras aquel pensamiento se diluía en su cerebro, sus ojos se centraron en la oscuridad del túnel, que se visualizaba desde la ventanilla del convoy, sintiéndose entonces catapultado hacia sus recuerdos. Recuerdos que le llevaron a su infancia...

*Primeros días de Agosto de mil novecientos treinta y seis.*  
*LORA DEL RÍO (Sevilla)*

Tobías se alejaba de la casa de Ana Castillo, cuando se escucharon varios disparos.

Llevaba impregnado en sus dedos el olor a muerte, partía, pues, de allí, con la satisfacción de haber tocado el cadáver de una mujer.

Atravesó el monte durante toda la noche y buena parte del día siguiente, huyendo de aquel horror, visualizando las estribaciones de *Sevilla*, cuando caía la tarde de un nuevo día. Allí, los tiros se unían a la metralla. La gente corría por las calles sin mirarse unos a otros. No repararon, por ello, en un muchacho de trece años que caminaba cómo un autómatas entre personas que le eran completamente desconocidas. Algún que otro vehículo militar se cruzó en su camino, y más de una vez tuvo que saltar por encima de las barricadas construidas con sacos de arena. Anochecía, cuando se encontró frente a los muros casi derruidos de un convento.

Miró hacia arriba, observando una cruz de hierro sobre una cúpula rajada que vomitaba humo. Sus ojos se centraron en la puerta del edificio religioso que estaba abierta, cuyos goznes se habían partido. Pasó al convento. Olía a pólvora, y el humo podía masticarse. Un número elevado de escombros se veían tirados por el suelo, así como cuadros, candelabros, cirios y velas. Las columnas del convento le parecieron a Tobías entes sin rostro, teniendo la sensación, lo acecharan desde su privilegiada posición. Las cortinas las mecía el viento, que entraba a través de los ventanales rotos. Tobías deambuló entre aquel caos, acercándose sin pretenderlo hacia el altar. Una luz, algo debilitada, se filtraba por el resquicio de una puerta lateral, llegando hasta el mismo sagrario. Tobías lo observó todo con atención, visualizando variadas imágenes que, por increíble que pudiera parecer, se hallaban intactas todavía, centrándose finalmente en una de la *Virgen*. Su cerebro recuperó sensaciones, así que se acercó muy despacio hacia ella, mientras el cuerpo le temblaba. Alargó una de sus manos, ya a su lado. Él estaba solo en medio de aquel mundo de silencio. Desplazó levemente la túnica de la imagen y miró en su

interior. Se masturbó a través del bolsillo del pantalón, cada vez con más fuerza. De repente, creyó escuchar pasos a su espalda y se quedó parado, postrándose de inmediato ante la imagen de la *Virgen*, mientras sujetaba su túnica con la mano. Dos religiosas iban hacia él con paso decidido. Dos monjas, de poco más de cincuenta años, cuyos rostros aparecían iluminados por un brillo especial.

—¡Oh, *Dios* mío! —exclamó la que parecía ser la superiora. Una monja de rostro ajado y ojos cansados— ¡Qué alegría comprobar que, en estos tiempos tan difíciles, alguien entra para orar a la *Virgen*! ¡Segura estoy, que ella te ayudará en todo lo que le hayas pedido!

La otra religiosa, algo más gruesa que ésta y de mirada más vivaz, le puso una mano en el hombro y, Tobías se incorporó, sin atreverse a mirar a ninguna de las dos religiosas.

—Pero: ¿de dónde has salido, jovencito? —preguntó la monja más corpulenta.

Él no la contestó y siguió con la mirada extraviada, prendida, quizás, en el suelo de mármol.

—No importa —aclaró la religiosa más vivaz—. Seguro que eres un presente que el *Señor* nos manda, para que comprobemos, una vez más, que la fe mueve montañas, incluso en momentos tan difíciles cómo éstos —la monja giró la cabeza y miró a su superiora—. ¿Nos quedamos con él, madre?

La pregunta viajó en el espacio y llegó hasta los oídos de la religiosa, quien dudó un instante.

—¿Tienes familia? —preguntó la superiora.

Tobías negó con la cabeza, un segundo antes de que se escucharan varias detonaciones.

—¡Claro qué se queda! —dijo ya convencida la madre superiora— Tiempos difíciles éstos, para que un niño ande solo por las calles —suspiró la religiosa en profundidad y alzó la mirada, dirigiéndola hacia la bóveda, cómo si allí se encontrara la salvación—. Mi niño —dijo— hemos hecho de este templo un hospital: qué mejor sitio que éste para atender en él a todos los que lo necesiten. Desde hoy nos ayudarás en esa tarea, que no es otra sino auxiliar al que se encuentre enfermo, para ello aportarás esa gran fe que posees, que ha hecho que entraras aquí para rezar a la *Virgen*. A partir de ahora, serás la luz que nos guiará siempre. Por cierto: ¿cómo te llamas?

El muchacho, sin levantar la mirada, contestó, apenas sin voz:

—Tobías —dijo.

La superiora esbozó una sonrisa.

—En verdad —dijo la monja— tienes un nombre muy hermoso.

La otra religiosa sonrió también.

El sonido hiriente de la metralla volvió a escucharse a lo lejos, igual que el ulular de una sirena que parecía anticipara la muerte.

La madre superiora rodeó a Tobías con su brazo, alejándose ya los tres del altar, mientras el niño observaba, si bien lo hacía de reojo, la imagen de la *Virgen*, llevando retenido en su mirada un halo ciertamente extraño.

*Veintidós de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.*  
*MADRID.*

El vaivén del vagón invitaba al sopor.

Tobías, con la mirada retenida en la ventanilla del convoy, seguía pendiente de la oscuridad del túnel, que de alguna manera parecía unirle con su pasado.

Regresó, pues, otra vez a él, sin apenas darse cuenta...

Cuando la *Guerra Civil* acabó, las religiosas enviaron a Tobías a *Madrid*, diciéndole que allí sería más fácil prosperar. Le recomendaron a un familiar de una de las *Hermanas de la Caridad*, un primo lejano suyo que regentaba una tienda de ultramarinos. Y hacia allá se fue él, trabajando en dicho comercio durante más de veinte años, hasta que un día, Agapito, que así se llamaba el buen hombre que lo acogió, falleció repentinamente de un infarto. Tobías se quedó sin trabajo entonces. Probó en el gremio de la construcción, donde estuvo siete años, y después trabajó como camarero dos años más, aceptando finalmente un trabajo, si bien a tiempo parcial, en la pescadería de un mercado de abastos, donde llevaba ya cinco años.

Nunca tuvo novia, ni siquiera salió con una chica. Lo suyo era robar caricias...

Tobías dejó aquellos pensamientos atrás y, con ellos su niñez, que tuvo la sensación se difuminara en la propia oscuridad del túnel, bajándose, poco después, en la estación de *Cuatro Caminos*. Las escaleras mecánicas le sacaron de aquel mundo subterráneo, devolviéndole al exterior. Pasado un tiempo, entró en el establecimiento donde solía almorzar.

Entretanto, la sobremesa enviaba a la ciudad un respiro. Un pequeño alto en el camino para recuperar las fuerzas y de ese modo continuar con ese ritmo tan suyo, tan de vértigo, tan constante...

*Treinta y uno de diciembre.  
Nochevieja.*

Las celebraciones navideñas se sucedían.

Alfredo y Sara recordaban la cena de *Nochebuena*, que discurrió tal y cómo ellos esperaban: un cúmulo de risas, pero, realmente soledad.

Ahora, siete días después, tanto de lo mismo.

El matrimonio, emplazado en la cocina, preparaba los alimentos que se tomarían poco después. Apenas si existía diálogo entre ellos. Verdaderamente éste desapareció, cuando Juan fue cesado. Alfredo contaba muy poco de su trabajo a su mujer, y ésta tampoco estaba por la labor. Los días se sucedían unos tras otros, imbuidos cada uno en su particular cometido. Ella organizando la casa, y él dedicado casi por entero a solucionar cualquier mínimo detalle que se planteara en el seno de la redacción del periódico. Alfredo y José Calzado apenas si habían coincidido en los últimos días, cómo si existiera un tácito acuerdo entre ellos.

Como si quisieran ocultarse el uno del otro, presionados, quizás, por haber tomado una decisión demasiado dolorosa, que les había costado a los dos, algo más que muchas noches de insomnio. El caso era que Alfredo llegaba a los últimos suspiros de un año, que no había sido especialmente propicio para su persona. Una decisión muy estudiada y finalmente ejecutada, le había separado de su mejor amigo, y ahora hacía naufragar su matrimonio.

Sara terminaba de hornear un pavo, mientras Alfredo quitaba los pellejos y las pipas de las uvas. Sus hijos jugaban a indios y vaqueros en su habitación, mientras unos villancicos sonaban en el tocadiscos del salón.

Alfredo se volvió y observó cómo se iluminaban intermitentemente las bombillitas del abeto de *Navidad*, que él había colocado en el habitáculo.

El destello amortiguado de un plafón, cobraba protagonismo en el pasillo adyacente. Todo parecía un remanso de paz y, sin embargo, nada más alejado de la realidad.

El timbre de la puerta sonó. Llegaban los primeros invitados.

Sara apartó el pavo del horno y lo colocó sobre una bandeja de plata.

Después se secó las manos con un paño y, finalmente, fue hacia el recibidor para abrir la puerta.

Alfredo la vio salir, y supo que a partir de ahí, comenzaba a desarrollarse, quizás, la noche más amarga de toda su existencia.

*Aquella misma noche.  
Poco antes de las doce.*

El sargento Ramírez observaba, ciertamente aburrido, la pantalla del televisor, sentado a la mesa camilla. A su lado estaba su mujer, quien sí permanecía atenta al aparato. Quedaban sólo cinco minutos para que ofrecieran las doce campanadas. En la televisión se veían los rostros conocidos de *Laura Valenzuela* y *Joaquín Prat*, presentadores que retransmitirían la entrada del nuevo año, desde la emblemática *Puerta del Sol*.

Habían cenado besugo al horno y, cómo postre, turrón y algunos mantecados. Nada especial. Así eran felices: se tenían el uno al otro, y eso les unía todavía más. Frente a ellos, dos platitos, y en cada uno de ellos doce uvas. Por el cerebro del sargento fluían, sin que él lo deseara, pensamientos contradictorios, que finalmente se concentraban en uno sólo: un asesino en serie andaba suelto por las calles de *Madrid*.

Un asesino cruel y despiadado que olfateaba a la muerte. *¿Respetaría semejante alimaña aquella celebración tan festiva o, por el contrario, rondaría en la noche sediento de sangre y sexo?*

El sargento, momentos después y según se iban tomando las uvas, tuvo un presentimiento extraño.

Una sensación que le desestabilizó.

El Año Nuevo despuntaba.

*Aquella misma noche.  
A la misma hora.*

Ernesto Buendía miraba igualmente el televisor realmente asqueado, viendo en su pantalla la celebración que tanto detestaba. No comprendía, cómo la gente se divertía en un momento tan rebuscado, desde luego nada espontáneo.

Había cenado lo de siempre: una ensalada y algo de fiambre.

Desconectó el aparato hastiado y miró la calle por la ventana: las luces de los adornos navideños refulgían para nadie. Las aceras, así mismo, se hallaban huérfanas de personas.

Le fastidiaban y, además sobremanera, aquellas fiestas tan multitudinarias, que deseaba pasaran con rapidez.

Creyó percibir, una vez más, una melodía en su cerebro que socavó su raciocinio: *La Para Elisa*, de *Beethoven*, sonaba con fuerza en su yo más profundo, estremeciéndolo.

El comisario dejó la ventana y fue hacia el dormitorio, tirándose prácticamente sobre la cama, tapándose los oídos con las dos manos, cosa que no le sirvió de mucho, puesto que la música siguió sonando, además con más fuerza en su interior.

El *Nuevo Año* parecía traerle idéntica pesadilla, y los fantasmas del pasado parecían acecharle a su vez, igual que le sucediera al señor *Scrooge*, en su particular *Noche de Navidad*, en el inquietante cuento de *Dickens*, y cada vez que eso sucedía, y sin que él pudiera remediarlo, se orinaba encima. Se sentía impotente por ello y lloraba con desconsuelo, retornando a su mente infantil y a sus temores de antaño que, con cada Año Nuevo, tenía la sensación recuperaran nuevos bríos. Y así, acurrucado sobre sí mismo y con el pantalón mojado, cerró los ojos, quedándose extrañamente dormido.

La noche, entretanto, seguía con su particular celebración.

Noche, que muchos la pasarían en vela disfrutándola o, por el contrario, ocultándose entre los árboles, para aprovecharse de la oscuridad.



*Casi a la misma hora.*

Doña Prudencia, ama de llaves de don Anastasio, cerró con doble vuelta la puerta lateral de la *Ermita de San Antonio de la Florida*.

Llevaba varios años, por expresa petición del cura párroco, celebrando a su lado la entrada del *Nuevo Año*. Así, el viejo sacerdote habilitaba una mesa camilla en el despacho parroquial y sobre ella una cena frugal, donde no podían faltar las clásicas uvas. Después, el párroco sacaba un vino dulce, un *Mistela* guardado para días tan escogidos, y en presencia de la buena mujer, el sacerdote y el ama de llaves brindaban por otro año pleno de salud y prosperidad.

La mujer se había despedido del párroco deseándole lo mejor.

Ya en la calle, visualizó la silueta de la *Ermita*, que se recortaba entre cipreses de altura considerable, que parecían custodiarla. Alzó la mirada hacia la ventana, ahora sin luz, que daba a la puerta principal de la parroquia, y después hacia los farolitos que alumbraban, con una luz demasiado tenue, el edificio religioso.

Suspiró al abandonar, la que para ella era su segunda casa. La mujer vivía relativamente cerca de allí, en la *Avenida de Valladolid*, cómo a unos doscientos metros más arriba. En la calle no había personas. Doña Prudencia se fijó, según iba entrando en ella, en la alameda flanqueada por las farolas, que se veía igualmente solitaria. Aquél era su recorrido habitual cada *Año Nuevo*. Trayecto cargado de vegetación desbordante y árboles frondosos de hoja perenne. A su espalda se situaba la calle ascendente de *Francisco y Jacinto Alcántara* que, cruzada por un paso a nivel, llegaba hasta el *Teleférico* y, por ende, hasta el *Paseo del Pintor Rosales*, en su confluencia con la calle de *Marqués de Urquijo*. Rozando el vasto perímetro, dos joyas de la naturaleza: la *Rosaleda* y el *Parque del Oeste*.

Doña Prudencia caminaba con cierta lentitud sin sentir ningún miedo. *¿Qué podría pasarle en esa noche tan especial?* —meditó, tranquilizándose — La mujer profundizó en el paraje, para ella un auténtico edén. Terminaba el corto trayecto, disponiéndose a salir a la acera, cuando creyó percibir un

sonido a su espalda, similar al producido cuando una rama seca se quiebra. Se giró y miró hacia atrás. El sendero estaba solitario. Pensó que algún gatito abandonado estaría buscando comida o quizás algo de compañía. Siguió caminando, sin dar mayor trascendencia al hecho. De repente, algo se le vino encima. Algo que la tiró al suelo y algo que, finalmente, aplastó su cuerpo frágil. La persona que la había desplazado comenzó a manosearla, mientras le tapaba la boca con una mano. La mujer sintió un miedo irracional. Un demonio invadía su cuerpo. Un demonio que finalmente la estrangulaba.

Nunca pensó doña Prudencia, que el *Nuevo Año* le traería semejante desenlace. Su cuerpo se quedó rígido. El individuo se incorporó y la miró con desprecio. A continuación y con un bate de béisbol, descargó varios golpes sobre el rostro de la mujer. A posteriori, extrajo una cruz de un bolsillo de la prenda de abrigo y, tras alzarla, la llevó hacia la infortunada. Rio con estrépito y dejó el parquecito, encaminándose hacia el *Paseo de la Florida* y, desde ahí, hacia lo desconocido.

La noche de aquel uno de enero de mil novecientos setenta y cuatro profundizaba en la madrugada.

Juan, dos horas antes de aquel acontecimiento tan luctuoso, llegó al lugar donde había quedado con la mejicana, quien todavía no había hecho su acto de presencia.

En la fachada del teatro *Monumental* se veía un amplio cartel publicitario, y en él una fotografía de *Lina Morgan* junto a su elenco de actores, promocionando la obra: *La Tonta del Bote*, comedia que llevaba representándose con un gran éxito más de un año.

Juan, antes de salir de su domicilio, había recibido la llamada telefónica de su hermana, dándole ánimos para la nueva entrada del año. Ella no se excusó por no haberle invitado a cenar y él lo entendió, pues, el sentimiento que les unía era más fuerte que cualquier tipo de celebración. Juan sabía que Sara compartía su dolor, desde el mismo día que lo despidieron, aunque pensaba que, quizás, ella podría haber hecho algo más.

Juan salió a la calle, pensando en aquella noche cómo en una noche más. Noche incluso más triste que cualquier otra.

La figura monstruosa que un día le atacara, se encontraba adormecida en su subconsciente, y la rabia contenida con la que andaba últimamente — motivada por no haber obtenido ninguna pista sobre el asesino de las sombras — aparecía igualmente sedada, cómo si su pensamiento se hubiera descolocado por completo al conocer a la joven mejicana, habiéndose centrado únicamente y desde entonces en ella.

Para aquel encuentro tan especial, se había vestido con una camisa blanca de seda y con un impecable traje recién estrenado de color azul oscuro. El gabán lo había dejado a buen recaudo en el armario, y su cuerpo se protegía dentro de un abrigo de tono gris.

Ella apareció al poco, teniendo él la misma sensación que el día que se conocieron, cuando ella surgió cómo de la nada en medio de la niebla.

Sus ojos la fueron siguiendo desde el portal, hasta que llegó a su lado. Esta vez llevaba sobre su cabeza un gorrito de lana marrón y se protegía de la inclemencia del tiempo con un abrigo de color crema.

Ella sonrió y él le devolvió el gesto.

—Perdona si te he hecho esperar más de la cuenta —se excusó ella, mientras se acomodaba el gorrito en la cabeza. Sus ojos verdes destellaban,

gracias a una fina capa de maquillaje aplicada sobre los párpados. Juan volvió a percibir su belleza indefinida— pero, mi mamá me llamó deseándome una buena entrada de año. Luego, claro, tuve que hablar con mi papá y mis hermanos.

—No tienes por qué disculparte —dijo Juan, quien ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisa cómplice—. Aunque, a lo mejor, tendríamos que cambiar la frase que el otro día me dijiste, sobre que las mujeres esperáis siempre a alguien, para reconvertirla diciendo: que somos los hombres los que normalmente tenemos que esperar a las mujeres.

Ella sonrió ante el comentario.

—Hoy es una noche especial para muchos —apuntó Juan a continuación y con acusada melancolía—. Una noche de jolgorio, borracheras y guateques, pero, no para mí.

—Te noto demasiado apagado —convino ella—. Y eso no es bueno en estos días. Así que, si te parece bien, aprovecha la noche y cuéntame tus secretos.

Juan tosió dos veces.

—No tengo ninguno —dijo él y negó con la cabeza—. Sólo que estas celebraciones me irritan.

Cassandra se fijó en los edificios contiguos. Alguna pareja, en medio de la calle, esperaba la llegada de un taxi salvador. La noche no era demasiado fría, cómo si el tiempo hubiera concedido una tregua, para que todo el mundo celebrara la entrada del *Nuevo Año*.

—Hice una reserva en un restaurante mejicano —dijo ella y esbozó una sonrisa—. Espero te agrade.

—Así será —contestó él con jovialidad.

Ella esperó una indicación de él y él, cómo si leyera su pensamiento, le dijo:

—No tengo coche, pues un *animal* me lo destrozó.

Cassandra lo miró sorprendida.

—¿Qué te pasó? —preguntó con curiosidad.

Él movió la cabeza y su gesto se endureció.

—Es una historia demasiado compleja, cómo para contártela en medio de la calle.

—No te importe —dijo ella—. La noche invita a caminar, y el lugar hacia dónde vamos no está demasiado lejos.

Cassandra y Juan iniciaron su andadura por determinadas calles del centro

de *Madrid*, que acogían de manera progresiva a una gran cantidad de personas, cuyo destino final era la *Puerta del Sol*, para despedir desde allí el año viejo.

Por aquí y por allá se escuchaba el sonido de las matasuegras, así como el de las panderetas y zambombas. En la esquina de una calle estrecha, un grupo de jóvenes cantaba un villancico.

Cassandra y Juan atravesaron la *Plaza Mayor* observando sus puestecitos cargados de belenes, árboles de *Navidad* y artículos de broma. Minutos más tarde accedieron a la calle de *Alcalá*, desde donde divisaron la estatua de la *Cibeles* con sus dos leones, y finalmente arribaron a un establecimiento llamado *El Ranchito*, próximo al edificio de *Correos*. Aquél era el restaurante elegido por Cassandra. La joven empujó la puerta de doble batiente del recinto, entrando de ese modo en el local, seguida por Juan. El lugar se hallaba atestado de personas, cerca ya de las once. Unos *mariachis* amenizaban los prolegómenos de la cena. El *maître*, impecablemente vestido, salió a su encuentro.

—¿Tienen reserva? —les preguntó con amabilidad.

—Sí—contestó ella—. A nombre de Cassandra Aguilar.

El *maître*, tras comprobarlo, les hizo un guiño, situándoles en una mesa algo retirada del centro. El mantel estaba bordado a mano. Un jarrón con claveles rojos destacaba en su centro. Unos tapices, bordados a mano también, adquirirían protagonismo en todas y cada una de las paredes del local. El *maître* les entregó una carta, eligiendo ella cómo primero, aguacates con champiñones y cómo segundo, panaché con verduras al estilo *azteca*. Él se decantó por un *soufflé* de frijoles y un solomillo a lo *tolteca*.

Pidieron un vino especial de la región de *Cancún* y, cómo postre, una delicia hecha a base de hojaldre, bañada con miel y tequila.

La velada pasó rápidamente entre música y rancheras, que emocionaron de manera especial a Cassandra, que más de una vez tuvo que sacar un pañuelito de su bolso y retocarse levemente los ojos y las mejillas.

Faltaban diez minutos para las doce y ninguno de los dos se había dado cuenta de ello. Un camarero conectó la televisión. Cassandra aprovechó la pausa, para sacar dos bolsitas de plástico del bolsillo del abrigo, con un contenido muy especial: *conquitos de chocolate*.

—Éstas son las *uvas* que me tomo cada año —confesó la joven—. ¿Quieres probarlas?

El rostro de Juan acogió una sonrisa cómplice y con un movimiento de la

cabeza aceptó el ofrecimiento. Cogió la bolsita y la abrió con diligencia. Doce *conquitos* se esparcieron sobre la superficie de la mesa.

—Eres increíble —dijo él, mientras se llevaba el primer *conquito* a la boca.

—¡Eh! —gritó ella y le sujetó la mano— ¡No vale hacer trampas!

Juan rio con ganas y pensó qué hacía mucho tiempo que no se reía así.

—No me gustan las uvas —le aclaró ella— pero sí celebrar la entrada de un nuevo año. Por eso, las sustituyo por mi gran pasión, que he de advertirte que es el chocolate, al que se le llama, por si acaso no lo sabes: el *alimento de los Dioses*. Cuenta la tradición que cuando *Hernán Cortés* entró en *Méjico*, los aborígenes —o sea mis antepasados— tomaban un caldo espeso y concentrado, si bien algo más amargo y más ácido que el chocolate actual, pues lo probaban sin añadirle leche, al que llamaban *chocolat*. Yo, cómo descendiente que me siento de aquellos seres únicos, los legítimos *Hijos del Sol*, sigo con esa misma tradición y, además lo hago con todo gusto, pues, soy muy golosa.

Escucharon los *cuartos* en el televisor y, segundos después, las doce campanadas. Casandra se tomaba un *conquito* con cada campanada, no así Juan, que se los tragó todos de una vez, aunque tuvo que invertir un tiempo extra, primero en masticarlos y después en deglutirlos. A continuación, llegó la apertura de las botellas, viajando un sinfín de corchos por el habitáculo. Juan deseó besar a Casandra en los labios, pero no se atrevió a hacerlo, así que el deseo murió en su subconsciente, quedándose dibujado en su rostro un escéptico amago de sonrisa. Casandra, iluminada de manera especial por la claridad del recinto, adquirió, si cabe, más belleza ante sus ojos. Su rostro parecía haber sido cincelado por siglos de unión y mestizajes, entendiendo Juan que en él concurría la fuerza vigorosa de un grupo de aventureros españoles. Un puñado de héroes para unos. Unos salvajes asesinos para otros. Hombres en busca de aventura, que salieron de una tierra milenaria con un único pensamiento: pelear en territorio hostil, encontrándose al principio y, sin embargo, con la belleza serena de un pueblo sumiso que creyó ver en ellos a los *dioses* de antaño, que llegaron a sus tierras a lomos de sus serpientes de fuego. La faz de la joven era, pues, una simbiosis de más de quinientos años. La unión creada al mezclarse los descendientes de aquellos esforzados con los nativos de los pueblos conquistados.

Nada comparable, pues, cómo disfrutar de su serena y a la vez agresiva mirada.

—Me pregunto —dijo Juan— si no serás una aparición. Saliste o mejor decir: surgiste de la nada en medio de la niebla.

Ella sonrió con una pizca de timidez, humedeciéndose a continuación los labios con un poco de cava.

—No haces más que halagarme —apuntó Casandra y sus ojos se entornaron— y me da que lo haces adrede, para así no tener que contarme nada sobre tu vida.

Les subyugaba el sentimiento patriótico de las rancheras. El bullicio era ensordecedor, pues se mezclaban los gritos desgarrados con los bailes trepidantes.

Casandra y Juan, muy cerca el uno del otro, intentaban llevar hacia delante su conversación.

—¿Y qué quieres que te cuente? —dijo Juan alicaído— Últimamente no me van demasiado bien las cosas. Puede que nunca me fueran. Nací sin estrella, o es lo que el destino me tiene reservado.

Ella lo miró con acusado interés, sin decir ninguna palabra, pero haciéndolo de tal modo, que Juan supo que debía seguir hablando, cosa que hizo a continuación:

—Tuve una infancia feliz —dijo Juan y abstrajo la mirada—. Quizás demasiado feliz. Mi padre me llevó de la mano durante todo ese periodo, amparándome en demasía. Trabajó sin descanso para darnos a mi hermana y a mí, lo que él, para su desgracia, nunca tuvo. Fue un derrotado de nuestra *Guerra Civil* que llevó muy mal el sentimiento de haber perdido a sus seres más queridos en una guerra sin sentido. Un hombre que fue encarcelado y enfermó de gravedad durante su reclusión. Nos quiso proteger tanto, que cuando murió, tanto mi hermana como yo mismo éramos dos personas sin carácter.

Casandra asistía imperturbable al monólogo de Juan, a pesar de la algarabía reinante. A pesar, también, de que el lugar no fuera, quizás, el más propicio para semejante confesión.

—Acabé la carrera de *Periodismo* —prosiguió Juan hablando— que saciaba mis ansias de conocer, y me coloqué en un periódico vanguardista, que a su manera pelea contra el hermetismo de este *régimen*, pero, tampoco tuve suerte allí. Me despidieron, y ahora estoy tal y cómo me has conocido. Soy el *Rey de las sombras*, y así me presento ante ti. ¿Comprendes ahora: por qué no quería contarte nada sobre mí persona?

Casandra, que le acariciaba una mano, mientras lo miraba, no le dijo

nada.

Permanecieron un tiempo así, mientras seguían escuchando los cánticos entrañables de los *mariachis*.

Casandra y Juan paseaban sin rumbo, cuando la madrugada acariciaba el alba.

Tenían a la noche cómo a una aliada perfecta, pues se había vuelto más nítida, más hermosa, aunque, quizás, algo más fría.

Una pléyade de luceros invadía el firmamento que comenzaba a clarear en la lejanía, allá donde la tierra se une con el cielo.

Veían recortarse a la sierra en el horizonte malva, situados cómo estaban en la parte más alta de una colina natural, muy cerca del *Palacio Real*. Divisaban, igualmente, los *Jardines de Sabatini*, así como buena parte del *Parque del Moro* y, a su espalda, una glorieta con estatuas de piedra y árboles centenarios, y al lado de ésta, a su vez, el *Palacio de la Música*, en la *Plaza de la Ópera*.

*Madrid* era una amalgama de tonalidades, en ese primer amanecer de un nuevo año: mil novecientos setenta y cuatro inauguraba su calendario, ofreciéndoles un amanecer único.

—¿Juan? —preguntó ella, mientras ladeaba la cabeza y lo miraba con preocupación— Aún no me has aclarado qué motivó tu despido.

El rostro de Juan se alteró, acogiendo sus pupilas cierto rictus de gravedad. A continuación habló con pausa, cómo si le costara dar con las palabras adecuadas. Su tono de voz fue melancólico, profundo y vacío a la vez.

—Casandra: —quiso justificarse Juan— Me siento incapaz de llegar el primero a nada. Siempre se me adelanta alguien, y no porque no ponga interés —ahí Juan hizo un gesto sarcástico pleno de impotencia—. Vuelvo a repetirte que soy el *Rey de las sombras*. Un redactor de sucesos que no da primicias.

Juan se calló y su mirada se endureció. Casandra se dio cuenta del frío glacial que sus ojos encerraban.

—Si algo tengo muy cierto —la voz de Juan pareció distanciarse, cómo si él estuviera allí, pero su yo interior se hubiera marchado bien lejos, allá, donde hubiera recalado su pensamiento— es que voy a perseguir a ese sádico hasta que le dé alcance.

Casandra agrandó la mirada, asombrada por el comentario y por el toque

irracional que las pupilas de Juan enviaban.

—¿A quién te refieres? —preguntó ella con algo de perplejidad.

Él inspiró profundamente.

—¡A un asesino que ya ha matado dos veces! —contestó él, proyectándose en su mirada el brillo del odio— ¡Un depravado que viola y ultraja a mujeres indefensas! ¡Un loco, que a punto ha estado de matarme a mí también!

La joven frunció el ceño y su cuerpo se estremeció ante el comentario.

—¿A ti? —preguntó con incredulidad.

—¡Sí! —ratificó Juan, moviendo afirmativamente la cabeza— Intentó romperme los sesos con un bate de béisbol y después quemó mi coche, cómo clara advertencia de que no debía traspasar los límites de su particular territorio de caza.

La joven se mordió un labio, mientras se llevaba la mano al mentón con gesto irreflexivo.

—¿Llegaste a verle el rostro?

—No. Sólo aparté la cabeza para que el bate no me diera, y después corrí preso de un miedo irracional. Era corpulento, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Un sádico animal disfrazado de hombre.

Cassandra se quedó pensativa, mientras la luz del alba bañaba los alrededores del *Palacio Real*. El cielo tornaba de malva a anaranjado.

—¿Por qué lo llamas sádico?

Juan tensó el rostro y el hoyuelo de su mentón adquirió un mayor protagonismo. Sus ojos refulgieron.

—Porque viola a sus víctimas, las estrangula después y finalmente les desgarrar el pubis con una cruz. ¿Te parece adecuada la acepción de sádico?

A Cassandra le invadió un frío interior no producido por el amanecer.

—¡Qué horror! —acertó a decir, mientras abría las manos— ¿Dónde se han cometido los asesinatos?

—Para nuestra desgracia —contestó Juan— en una zona relativamente cercana a donde estamos ahora.

Cassandra se giró por inercia y miró en derredor: las sombras se alejaban y el firmamento recuperaba la claridad, al ser abandonado por el mundo de las tinieblas.

—No temas —quiso tranquilizarla Juan—. Esta alimaña mata únicamente a mujeres solitarias y siempre lo hace de noche. Lo que debes evitar, es ir sola por las calles, tal y cómo por lo visto tienes costumbre de

hacer.

Ella lo miró pensativa.

—¿Cómo no se han hecho público estos crímenes? —demandó Casandra finalmente.

Él sonrió con acusado escepticismo.

—Sí se han hecho —le aclaró— pero de una forma algo confusa. Por supuesto que se ha obviado lo de las cruces, y que los asesinatos puedan tener algo en común.

—¿Por qué?

—Para no generar miedo en la población —razonó él—. Diferente es que se cometan dos crímenes, pero, si se descubriera que han sido realizados por un asesino en serie, además, de forma tan brutal, se aterrorizaría todavía más a la gente.

—¿Y cómo te has enterado de lo que no se debe saber?

Los ojos de Juan brillaron.

—Contactos que uno tiene.

Casandra asintió y le cogió del brazo. Durante un tiempo no hablaron.

El sol comenzaba a despuntar en el horizonte.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él de improviso

La cuestión desconcertó a la joven, que miró a Juan con extrañeza.

—¿Y a cuento de qué viene este interés ahora?—le remarcó ella con expresividad.

Él se encogió de hombros.

—Simple curiosidad —dijo y sonrió—. O deformación profesional, pues, ya sabes que soy periodista, aunque ahora mismo no ejerzo.

—Entonces eso quiere decir, que tu pregunta encierra un marcado rigor laboral. ¿No es así?

—Mujer...

—O quizás y, porque te voy conociendo ya un poco, disfrazas tu verdadero interés con este tipo de preguntas. ¿Me equivoco acaso?

Juan movió el cuello de un lado a otro: las cervicales se hacían notar ante la falta de descanso.

—¿Contestarás a mi pregunta ahora?—cuestionó él a su vez.

Ella sonrió.

—Veinticuatro —dijo Casandra finalmente— ¿Satisfecho?

Él asintió.

—¿Y tú? —ahora fue ella quien devolvió el requerimiento.

—En marzo cumpliré los treinta y uno. Por cierto: tengo una duda sobre algo de lo que me comentaste el otro día.

Ella adoptó un gesto de perplejidad y después contrajo la frente.

—Pues, pregunta —dijo al fin.

Él atacó decidido.

—Aclárame mejor lo de tu jardinero.

Ella dejó la seguridad de su brazo, alejándose algunos metros de su presencia. Después se volvió y observó el entorno. Inspiró y regresó junto a él, para afianzarse de nuevo en su brazo.

—Méjico es un país de tradiciones milenarias —argumentó ella—. País emergido del agua. De culturas tan insólitas cómo ancestrales, cómo son: *la olmeca, tolteca, maya y azteca*, que le dieron una personalidad diferente. Bien... El jardinero de mis padres, hombre ya sexagenario, posee la facultad de visualizar el aura de las personas, y a través de ella si son buenas o malas. Aparte, tiene el don de la clarividencia, es decir: ver el futuro antes de que éste llegue. Cuando se enteró, por boca de mi madre, que yo quería completar mis estudios en *España*, pero no andaba muy convencida, le dijo que precisamente en *España*, yo conocería a alguien que cambiaría mi vida. Decidí hacerle caso y me vine para aquí, para comprobar cuánto de cierto tenía semejante vaticinio.

Ella alzó la mirada y guardó silencio. Él la observaba ensimismado, prendido de su gran belleza. Los labios de Juan iniciaron un lento recorrido hacia los de Casandra, uniéndose ambos finalmente en un beso apasionado.

La ciudad, varada todavía en el sopor de una noche demasiado intensa, asistió a aquel beso, que unió culturas y mundos diferentes.

Juan creyó percibir cómo sus sombras se alejaban casi definitivamente de él.

Era el inicio de un nuevo año, que él deseaba fuera diferente a todos los que hubiera vivido.

*Unas horas más tarde.*

Sara devolvió a su madre la visita de la noche anterior.

Angélica abrió la puerta de su pisito y las dos mujeres fueron hacia el salón.

Sara quería estar a solas con ella y Alfredo no había tenido más remedio que aceptar su petición, así que se quedó en el domicilio conyugal con sus dos hijos pequeños.

Madre e hija se acomodaron, haciéndolo Sara en un sillón, junto a la entrada del salón, y Angélica en una mecedora, muy cerca de la ventana. La madre vivía en un piso de la calle *Cadarso*, vía perpendicular al *Paseo de Onésimo Redondo*, próxima a su vez a la calle de *Irún* y a la *Plaza de España*.

Angélica miró a su hija con agrado, quien se cruzó de piernas y después suspiró. Su madre reaccionó de inmediato.

—¿Qué te sucede? —demandó Angélica— Porque a mí no me engañas, y sé cuándo algo te ronda por la cabecita.

Sara la miró e hizo un gesto extraño, mientras en sus ojos se reflejaba un miedo indefinido. La joven no se decidía a hablar. Prefirió recorrer con la mirada cada rincón del salón

—¡Voy a dejar a Alfredo! —soltó finalmente y de improviso, mientras descruzaba las piernas.

Angélica, sorprendida, se subió las gafas, que tendían a deslizarse por el puente de la nariz, y la observó con extrañeza.

—Pero... —dijo Angélica.

Sara no la dejó continuar. Se incorporó del sillón, cruzó los brazos sobre el pecho y caminó errática por el salón, llevando adherido en su rostro un gesto de rabia e impotencia.

Angélica, todavía en la mecedora, observaba el ir y venir de su hija, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Hay cosas —prosiguió Sara hablando con indignación— que pueden ser el detonante de una ruptura.

Angélica dejaba que su hija se explayara. A veces —lo reflexionó— hablar con alguien de confianza puede ser la mejor catarsis para la resolución de un gran problema.

—Han despedido a Juan, pero, no he querido decirte nada, hasta que estas fiestas no pasaran —argumentó Sara— Alfredo no hizo nada para evitarlo, y eso no se lo perdono —su voz se agravó—. Llevamos un tiempo sin hablarnos, porque todavía no comprendo, cómo dejó que sucediera eso. Él, que era precisamente su mejor amigo.

Sara se calló y se quedó junto a la ventana. Angélica aprovechó la circunstancia, para balancear la mecedora y comenzar a hablar:

—La vida en pareja no es fácil —argumentó la mujer con voz pausada—. Tú bien lo sabes. De los momentos oscuros que todo matrimonio tiene, se sale con amor y respeto mutuo. Alfredo ya no es el jovencito que conociste, cariño. Ahora es un hombre de negocios, con un cargo de una gran responsabilidad, a quien se le exige mucho. Estoy segura que Alfredo se habrá debatido entre lo que quería y debía hacer e igualmente estoy convencida, que cuando le comunicó a Juan que no podía continuar, él sufrió tanto o quizás más que tu propio hermano.

Angélica se centró, una vez más, las gafas en su nariz.

La claridad que entraba por la ventana, se proyectaba sobre su rostro ajado, pleno de arrugas. Bañaba al mismo tiempo sus ojos negros. Alcanzaba buena parte de su cuerpo enjuto y, finalmente, descendía con mansedumbre hasta rozar la alfombra.

Pasados los sesenta, Angélica esperaba todavía mucho de la vida e intuía que en cualquier momento, ésta le brindaría algo agradable.

Sara se arrodilló a su lado y puso la cabeza en su regazo. Angélica le acarició largo tiempo el cabello. Madre e hija tenían un sentimiento único en aquel instante, cómo si los genes de una, heredados por la otra, pensarán y sintieran igual, compartiendo así la felicidad de estar junto a un ser querido. De saberse siempre unidas.

Sara pensó en su hermano, deseando que la vida le diera lo mismo que le había quitado, ni más, ni menos.

Alfredo almorzaba sin apetito. Sus hijos le acompañaban, sentados igualmente a la mesa del salón. Daniel succionaba la sopa haciendo ruido, cómo casi siempre.

El televisor estaba apagado y ninguno de los tres hablaba.

—Papi —dijo finalmente Daniel— ¿Te ayudó el ratoncito?

Alfredo, que miraba abstraído el mantel, viendo a un náufrago solitario en él —presintiendo a su propia conciencia en aquel infeliz— salió de su ensimismamiento y observó a su hijo pequeño con los ojos bien abiertos. La verdad que últimamente hablaba muy poco con ellos.

—¿Cómo? —balbució.

—¿Que si te ayudó el *ratoncito Pérez*? —preguntó Daniel de nuevo.

Alfredo reagrupó ideas, antes de contestar a su hijo.

—Bien qué lo intentó —dijo— pero al final no pudo ayudarme.

El niño dejó la cuchara sobre la mesa.

—¡Lo sabía! —exclamó Daniel con enfado.

Alfredo lo miró dubitativo.

—¿Qué sabías? —preguntó el padre sorprendido, entrando así y de lleno en la conversación iniciada por Daniel.

—¿Qué cómo te va ayudar, si no se te ha caído ningún diente?

Tomás asintió.

Alfredo rio, si bien sin ganas. Daniel lo miró con reprobación.

—Siempre que te hablo del *ratoncito Pérez* te ríes —dijo el niño— ¿Por qué?

Tomás estaba muy pendiente de su padre, esperando, igual que lo hacía Daniel, ambos con la ansiedad prendida en sus rostros, una respuesta lógica de su padre. Éste, azarado, se secó los labios con una servilleta.

—No, cariño —improvisó Alfredo cómo mejor pudo—. No es que me ría por el ratoncito, lo hago por la cara que pones cuando hablas.

Daniel frunció el ceño.

—¿Y qué cara pongo?

—La de un *pitufito*.

Tomás rio con ganas, no así Daniel. Lo de *pitufito* no le había hecho la menor gracia. Volvió a succionar la sopa con ruido.

—Lo has despedido, ¿verdad?

Las preguntas de Tomás eran directas siempre, dándole a Alfredo la sensación, de que su hijo tenía una inteligencia superior, por supuesto inadecuada a sus escasos siete años.

—Sí —afirmó él excusándose, y fijó nuevamente la mirada en el mantel. En su rostro demudado destacaba un rictus de desagrado. Apartó el plato y dejó la cuchara en su interior.

—¿Por qué las personas hacen cosas que no quieren?

Otra vez fue Tomás quien metió el dedo en la llaga.

—Hijo, la vida te mostrará caminos que desconoces todavía —reflexionó Alfredo—. Sendas difíciles que deberás recorrer tú mismo. A veces y, por más que se deseé, es inevitable seguir en ellas, aunque estén cargadas de espinas.

Alfredo le hablaba siempre así a Tomás, quizás, por ello, la inteligencia del niño crecía a diario.

—¿Por qué no está mamá hoy con nosotros? —cuestionó Tomás de nuevo.

El padre asintió, pero no le contestó.

—¿Por qué no la llamas y le pides perdón? —demandó Tomás otra vez.

Alfredo pensaba que su hijo mayor tenía mucho de abogado del diablo, sólo que Tomás era aún muy pequeño.

—¿Crees qué debo hacerlo?

El niño dudó un instante.

—Cuando me peleo con el Dani —dijo Tomás— tengo cosquillitas en el estómago. Hasta que no hago las paces con él, las cosquillitas no se me van. Cuando me enfado, tengo muchas ganas de llorar, pero, cuando sonrío...soy muy feliz.

Alfredo inspiró y acarició el cabello rubio de su hijo. Daniel les miraba sin dejar de sorber.

—Yo todo se lo pido a mi amigo mágico —terció Daniel y desvió la mirada hacia su cuarto.

Alfredo lo miró con premeditada sorpresa.

—Y puede saberse: ¿quién es ese amigo? —preguntó Alfredo y enarcó las cejas.

—No puedes verlo porque es invisible —dijo Daniel con seriedad, abandonando definitivamente la cuchara a su suerte.

—Y si es invisible: ¿cómo puedes verlo tú? —le cuestionó Alfredo.

Daniel hizo un mohín gracioso y su flequillo cubrió parte de su frente.

—Porque yo sí puedo verlo.

—¡Ah, ya! ¿Y cómo es? —preguntó Alfredo, disfrutando tanto o más que su hijo en aquel instante.

—Fuerte. Alto. Rubio y con los ojos azules.

—¿Y lo ves todos los días?

—No. Sólo cuando estoy triste.

—¿Y qué hace?

—Me acaricia el pelo. Entonces no siento miedo.

—¿Y dices que sólo lo ves cuando estás triste?

—Sí. Cuando me quedo dormido. Él me protege siempre.

Alfredo sonrió con expresividad.

—¿Sabes qué pienso, Tomás? —quiso Alfredo cambiar el rumbo de la conversación— Que voy a hacerte caso, y voy a llamar al tito Juan.

—Papi —terció Daniel ahora— ¿Qué vas a pedirle a los *Reyes Magos*?

—¡Puf! No sé. Tengo entendido que a las personas mayores no nos traen tantos regalos como a vosotros.

—A lo mejor, porque no sois tan buenos como nosotros —añadió Tomás.

—En eso tienes toda la razón, bueno, en eso y en casi todo.

—Papi: ¿crees que irán ya sobre los camellos? —indagó Daniel con curiosidad.

—Claro que sí, hijo. *Los Reyes* están cada vez más cerca. Hace días que dejaron sus palacios y vienen cargados de juguetes para todos los niños.

—¿Me dejarán carbón? —los ojos de Daniel aumentaron de tamaño y sus labios se abrieron, esperando una rápida respuesta de su padre.

—¿A ti, por qué? ¿Es qué te has portado mal?

—Me meo todavía en la cama.

—¿Y?..

—Pues que ya soy grande.

—Hijo, cuando nos vamos haciendo viejos, solemos orinarnos también encima, cómo si con eso pretendiéramos regresar a nuestra infancia. No hay demasiada diferencia entre ser niño y ser mayor, y no te preocupes: pronto dejarás de orinarte encima.

—Entonces: ¿vas a llamar al tito Juan?

Tomás le formuló aquella pregunta de nuevo, cómo si dudara de la buena voluntad de su padre.

—Sí —le ratificó Alfredo con gesto grave—. Tienes mi palabra de que así lo haré.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Estoy seguro que mamá se pondrá muy contenta —sentenció Tomás mirándole, y sus ojos azules traspasaron su alma.

Alfredo afirmó con la cabeza, y para que sus hijos no notaran que empezaba a emocionarse, se levantó de la mesa y fue hacia la ventana.

Los destellos del incipiente atardecer caían sobre los tejados de las casas, dándoles un brillo especial.

Alfredo conectó el televisor, si bien algo más tarde.

Los niños jugaban ya en su cuarto.

Un locutor ofrecía, cariacontecido, una noticia en el avance informativo de las seis y media: una mujer había sido asesinada muy cerca de la *Ermita de San Antonio de la Florida*.

El rostro de Alfredo se tornó lívido, mientras terminaba de racionalizar la nueva tragedia.

*Mismo día.  
Alrededor de las nueve de la mañana.*

Ernesto Buendía se sobresaltó al escuchar el sonido del teléfono. Se había quedado traspuesto en el sillón, con una manta sobre las rodillas. Tenía los ojos irritados y una gran jaqueca.

El comisario movió los brazos intentando desentumecerlos.

En la habitación hacía frío.

Miró el reloj de la pared, situado junto a la fotografía enmarcada de un boxeador: en ella se veía al pugilista de color *José Legrá. El Puma de Baracoa*, lanzando un croché a un adversario, que comenzaba a caer a la lona.

Aquella era la primera mañana de un nuevo año.

Buendía se incorporó, si bien con algo de dificultad y, mientras se rascaba la cabeza, se desplazaba algunos metros, para descolgar el aparato, cosa que finalmente hizo.

—¿Comisario? —la voz que escuchó fue la del sargento Ramírez.

—¿Sí? —dijo Buendía aún adormecido.

—¡Han asesinado a otra mujer!

El velo, que ocupaba buena parte de su cerebro, se desintegró en ínfimas partículas. Aquellas palabras lo abofetearon de forma cruel y, además de despertarle, lo llevaron de nuevo hacia el mundo del horror.

—¡Explíquese mejor! —gritó el comisario convulsivamente.

—Alguien, que no se ha identificado, ha llamado a la comisaría a eso de las ocho, dando cuenta de que ha encontrado un cadáver. La comisaría se ha puesto en contacto conmigo hará unos quince minutos. Quiero aclararle también, que el informante ha comunicado que la mujer tenía su sexo destrozado por una cruz. Por eso le llamo, comisario. Esa mujer puede ser una nueva víctima del asesino que buscamos. Aparte, y ésta es mi opinión, parece que ese sujeto quisiera retornos, dado que el nuevo crimen lo ha cometido cerca de la comisaría.

—¿Dónde?

—Junto a la *Ermita de San Antonio de la Florida*.

Buendía no contestó a su subordinado. Se quedó varado un tiempo, perdido en sus pensamientos, cómo ido, reviviendo sucesos pasados, acontecimientos que le hicieron demasiado daño.

—Está bien —balbució finalmente Buendía—. Vaya al lugar de los hechos y regrese a la comisaría cuanto antes para pormenorizarlos. Yo voy también ahora mismo para allá. Sé que me llamarán de la *Dirección General de Seguridad* y, la verdad, no tengo argumentos de peso para rebatir su evidente disgusto, que estoy seguro me trasladarán.

—De acuerdo, comisario.

Buendía colgó el aparato y entrecerró los ojos. Su pensamiento, sin él desearlo, recreó un cuerpo ultrajado, una vez más. El cadáver de la maestra Ana Castillo volvió a invadirle cómo un fantasma permanente que anidara en lo más profundo de su subconsciente.

Con pasos vacilantes fue hacia el mueble bar de dónde sacó una botella de *whisky*. Se echó dos dedos del licor en un vaso, bebiéndoselo a continuación de un único trago. El licor abrasó su garganta produciéndole náuseas y, no supo interpretar, si éstas le llegaron merced al alcohol o puede que por el asco profundo e infinito que comenzaba a dominarle. Aquel asesino había vuelto a matar. Todo un animal sin escrúpulos. Había que adoptar y, de una vez por todas, medidas drásticas e inmediatas. Aquel asunto no podía dilatarse por más tiempo.

Movió la cabeza de un lado a otro según iba hacia el aseo.

Las primeras horas de aquel nuevo año no estaban siendo nada alentadoras, pensó Buendía con hastío.

El sargento Ramírez llegó a las inmediaciones de la *Ermita de San Antonio*, visualizando su fachada de construcción neoclásica. Con posterioridad, profundizó en un sendero adyacente a la propia *Ermita*, flanqueado por unos setos de mediana altura. Mientras sus ojos castaños lo analizaban todo, su nariz aguileña pareció afilarse aún más, cómo si la presencia cercana de la muerte gestara en su rostro ese cambio tan extraño.

El frío de la mañana vulneraba su cuerpo, a pesar de la gabardina gris que le protegía y, a pesar también del traje, ya algo viejo y desgastado y de un sobrio color marrón, que llevaba igualmente puesto.

Finalmente accedió a un área protegida por varios agentes debidamente uniformados, encaminándose hacia uno de ellos, de rostro cetrino y mirada penetrante cómo la de un halcón. Sintió especial fastidio, por la proximidad de aquella muerte en relación a la comisaría.

—Mi sargento: —dijo el subordinado con voz quebrada al verlo— el cadáver presenta signos de violencia. Una cruz le ha destrozado el pubis. Esta mujer ha sido estrangulada y casi con toda probabilidad también violada. Tendría unos sesenta años. Parte de su ropa interior ha aparecido dispersa por el suelo.

El sargento Ramírez asintió y el policía lo dejó solo, yendo junto a otro compañero.

Ramírez se acercó al cadáver, que se hallaba cubierto con una sábana, arrodillándose a su lado. Algunos curiosos, que paseaban por los alrededores, empezaban a agolparse por delante de los policías, quienes les hacían indicaciones para que siguieran caminando.

Ramírez retiró la sábana y contempló el cuerpo de la infortunada.

—¡Cifuentes! —gritó Ramírez al policía que le había recibido antes, quien dejó la compañía del otro agente y atendió su llamada— Quiero que me entregue el carrete con las fotografías que se hayan tomado del cadáver.

Cifuentes asintió y llamó a otro compañero, que fue junto a ellos y, tras pedirle lo que el sargento solicitaba, el número se lo entregó a Ramírez. Éste, con el carrete ya en su poder, miró el cadáver de nuevo, quedándose pensativo varios segundos. Aquella mujer era la tercera víctima que sucumbía de idéntica manera: la cara destrozada a golpes. Estrangulada. Posiblemente

violada y, finalmente, asaeteada con una cruz. Una forma vil de morir — pensó el sargento con asco— Ramírez dejó el escenario del crimen, diciéndose que las mujeres de la ciudad se encontraban indefensas ante el acoso de semejante degenerado. Partió hacia la comisaría, dejando atrás un reguero de violencia. El mal, en aquella ocasión, había hecho su acto de presencia cerca del bien, junto a una ermita, rumió el sargento para sus adentros mientras caminaba. La misma ermita donde días atrás, se había producido el robo, todavía no aclarado, de la imagen valiosa de un *Cristo de Salzillo*.

*Tres horas y media antes.*

El sujeto dejó el pasamontañas y los guantes de lana sobre una mesa, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra reinante. A continuación fue al aseo y se mojó la cara con agua helada. Durante un tiempo indeterminado se quedó quieto, rememorando los sucesos acaecidos. Sus ojos brillaron de forma especial cuando recordó las caricias robadas y aquel coito salvaje. Sintió cómo su miembro acogía virilidad y cómo sus sentidos viajaban, aterrizando en el mundo de los deseos más obscenos. Su mano derecha reptó hacia un bolsillo del pantalón, de donde sacó un resto de braguita, que olió, como si de un animal en celo se tratara.

El hombre se masturbó, acariciando el trocito de braga que él mismo había arrancado del cuerpo ya senil de aquella infortunada.

El individuo dejó de tocarse y preso de un súbito deseo fue hacia una cómoda. De su primer cajón sacó varios fragmentos de tejido. Restos de otras dos bragas quitadas a otras dos mujeres. Mujeres asesinadas por sus propias manos.

Él había acabado con la vida de tres seres de inframundo —pensó con orgullo—. Demonios disfrazados de hembras. Él, cómo persona inteligente que era, no había caído en su hábil argucia y, a pesar de que aquellos diablos se hubieran transformado en mujeres, comportándose como tales, él sabía y, además a ciencia cierta, que eran seres demoniacos, entes diabólicos cargados de monstruosidad, y él estaba acabando con ellos, de una vez y para siempre. Aquella era su misión, desde el día que descubrió que la muerte no era un fin, sino sólo un camino inevitable para destruir lo que no debe vivir.

En sus labios, definida una sonrisa. En sus dedos, restos de tejidos, y en el suelo, un bate de béisbol, salpicado de sangre todavía.

*Madrid* se despertaba en aquella primera hora de la mañana. La mañana del inicio de un nuevo año.

*Aquella misma mañana.*

El sacerdote accedió al altar mayor, tras haber dejado atrás la sacristía.

Su mirada recorrió aquel mundo de recogimiento, cargado de luces y sombras. Visualizó el pasillo de la nave central y las hileras de los bancos que lo custodiaban, a ambos lados. Observó los cuadros y las imágenes, así como la bóveda acristalada que, tras filtrar la luz del exterior, la enviaba hacia cualquier rincón del recinto religioso.

Los cirios y las velas crepitaban, y un halo de misterio y profundidad envolvía el habitáculo. Aquél, su mundo desde siempre, desde que siendo un adolescente se sintió llamado por la palabra de *Dios*. Ahora, a sus cincuenta y siete años, el sacerdote disfrutaba de la entrada de un nuevo año, y lo hacía cómo siempre, metido de lleno en aquel mundo, solazándose de ese silencio absoluto, contemplando, lleno de orgullo, su *hábitat* religioso. Mirando los rostros siempre hermosos de la *Virgen* y el *Niño Jesús*, así como la faz demacrada y transfigurada por el dolor de un *Jesús* maduro, de su *Jesús*, el auténtico *Hijo de Dios*.

Siempre soñó con llegar a ser un buen sacerdote y, tras largos años de búsqueda interior, creyó finalmente haberlo conseguido.

Inspiró, sabiéndose rodeado por el aire litúrgico.

En el altar se asentaba un cáliz dorado, que esperaba ser usado para recibir la *Sangre de Cristo* en su seno, y junto a él el copón, que aguardaba de idéntica manera la llegada de las *Hostias Sagradas*.

El sacerdote rememoró los últimos años de su vida: llevaba cinco de ellos en aquella feligresía, tras haber pasado por una infinidad de pueblos del vasto territorio nacional. Había sido un nómada, pero, no se arrepentía de ello, pues, durante el largo periplo había conocido lugares y gentes. Ahora estaba plenamente integrado dentro de aquella pequeña comunidad, que él mismo presidía. La iglesia, conocida con el nombre de la *Buena Dicha*, estaba situada en la calle de *Silva*, dando su parte trasera a la calle de los *Libreros*, edificio emplazado en pleno centro madrileño. Una iglesia tradicional que todavía conservaba el espíritu devoto de generaciones

anteriores. Su fachada, de estilo medieval, parecía encontrarse constreñida entre otros edificios. La parroquia se hallaba solitaria en aquellas primeras horas de un día festivo. Aquel uno de enero lo dedicaría el sacerdote al rezo y a la devoción. Buena parte de la noche anterior fue invertida en la lectura de la *Biblia*, la *Palabra de Dios Escrita*. Se tomó las uvas, si bien no supo calcular a qué hora, y no quiso ya acostarse, pues, se agitaba durante el periodo del sueño, despertándose sobresaltado. Cogía entonces un cinto y se golpeaba con él en la espalda, rememorando así el sufrimiento de *Nuestro Señor en la cruz*. El sueño siempre le transportaba hacia una época demasiado turbia de su existencia. Época en la que fue un ser despiadado. Una hiena disfrazada de sacerdote. Época que quedó encerrada en su cerebro, acercándole a una guerra fratricida y, a través de ella, a unos rostros que parecía lo mirasen desde el más allá. Creía intuir sonidos de disparos, así como la caída posterior de unos cuerpos acribillados a balazos.

Los cuerpos de las personas que él mismo ejecutó o fueron ejecutadas siguiendo sus instrucciones, regresaban en las noches, produciéndole idéntico horror al que él mismo sembró. Teodoro movió la cabeza, queriendo salir del frío espectral que se le había metido demasiado adentro. Claro que sentía pánico ante las noches, pues, eran su peor enemigo. Horas que le recordaban lo que no quería rememorar, pero, aquello pertenecía al pasado, a un pasado que, sin embargo, llegaba a él de forma casi permanente, desestabilizando su ánimo. De joven disfrutó del placer de la carne y tuvo en la venganza a su mejor aliado. Su juventud fue, por ello, un camino plagado de vanidades y errores. Hacía más de treinta años de aquello, pero: *¿puede un león ser domado o guarda en lo más profundo de su instinto el deseo de matar?* Aquella duda le martilleaba el subconsciente. Iba a retirarse, cuando la puerta principal de la iglesia se abrió, entrando en ella una adolescente de unos catorce años. La jovencita se aproximó al sacerdote, mientras éste se fijaba en ella: un sinfín de pecas bañaba su rostro. Sus ojos eran negros y vivaces. Su nariz muy pequeña. Sus labios carnosos. Sus mejillas estaban sonrosadas, cómo si el frío exterior las hubiera dado un hálito de vida.

—¿A qué se debe tan grata visita? —demandó el sacerdote con voz cálida, mientras esbozaba una sonrisa.

—Me llamo Azucena —le aclaró ella—. Soy la hija de Amparo, que me envía para que le limpie la parroquia. Ella está en la cama con fiebre.

Teodoro frunció la frente.

—¿Y qué le ocurre a mi buena ama de llaves?

—Creo que tiene gripe. Anoche comenzó a sentirse mal.

—¡Vaya por *Dios*! —enfaticó el sacerdote— Mal día para ponerse enferma: un treinta y uno de diciembre —terció el párroco y movió la cabeza de un lado a otro—. Hoy no debería ser un día para trabajar: es festivo. ¿No te parece?

—Ya, pero mi madre me ha dicho que por culpa de tantas fiestas le tiene la parroquia un poco abandonada y, a mí, la verdad, no me importa hacerlo. Aparte... hay tantos gastos en esta época.

—Bueno... Bueno —convino Teodoro y sonrió bondadosamente—. Está bien. Hagamos caso a la buena de Amparo. Aparte, unas perrillas no vienen mal, ¿verdad? En el cepillo de los pobres habrá siempre un dinero extra para los trabajadores que entregan su esfuerzo en aras del *Señor*. ¿Por dónde quieres empezar?

La adolescente se encogió de hombros.

—Comienza por la sacristía —le orientó Teodoro—. Después limpia mi habitación y finaliza en el altar. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Si te parece bien: voy a rezar un rato. Me quedaré aquí, junto a la imagen del *Señor*, para pedirle que nos guíe a todos en este nuevo año.

La jovencita asintió de nuevo.

—¿Sabes dónde está la sacristía?

—Sí. Vengo a misa con frecuencia y conozco la parroquia muy bien.

—Pues, lo dicho.

La chiquilla dejó al sacerdote y fue hacia la sacristía empujando su puerta. El párroco, por su parte, se desplazó hacia el *Cristo*, arrodillándose ante *Él*. Oró un tiempo. Después y, tras llevarse una mano a los riñones con gesto de dolor, pasó a la sacristía y de ahí al corredor que comunicaba con su habitación. Subió por una escalera de mármol y se detuvo ante el umbral de la puerta de su pequeño espacio. Azucena limpiaba su mesita de noche. El vestido se le subía de vez en cuando, por lo que el sacerdote pudo verle su ropa interior. Teodoro apartó la mirada de aquella visión, pensando que el demonio, después de haber estado tanto tiempo aletargado, volvía para ponerle a prueba. La adolescente poseía una gran belleza. Ella, ajena a su presencia, limpiaba con esmero y, el párroco, aunque procuraba no observarla, no lograba impedir que su subconsciente le traicionara y terminara recorriendo la fisonomía de la muchacha con la mirada, que lustraba ahora una estantería de madera con libros y detalles religiosos,

mientras volvía a subírsele el vestido y el párroco disfrutaba nuevamente con aquella visualización.

La tentación fue demasiado grande.

El corazón del sacerdote se aceleró, mientras un rictus tenso se formaba en su rostro. Teodoro cerró la puerta y se acercó a la joven. Ella se giró y observó al párroco, que modificó entonces su gesto, haciéndolo casi paternal, gesto muy estudiado por él desde su juventud.

—¡Qué limpio está quedando todo! —exclamó Teodoro y abrió los ojos de manera significativa.

Azucena le sonrió, agradeciéndole sus palabras mediante un gesto.

El sacerdote se sentó en la cama, mientras ella regresaba a su tarea. Teodoro siguió muy pendiente de su cuerpo, en aquel subir y bajar constante del vestido.

El párroco cedió finalmente, recuperando lo que le marcó cómo un ser sádico y despiadado.

—Azucena —dijo Teodoro con voz trémula.

Ella se volvió.

—Acércate, por favor.

La jovencita así lo hizo.

—La misión principal de un sacerdote es la de dar amor —su voz se magnificó, adquiriendo un tono casi mesiánico—. Amor humano que nace de ese otro gran amor divino. Hemos de administrar el cariño que *Él* quiere daros. Hace tiempo que perdí la fuerza de la juventud y, créeme que con ello, parte de mis sueños. De adolescente deseaba casarme y formar una familia. Tener hijos a los que poder amar e hijos a los que poder igualmente acariciar para sentirlos cómo míos. La llamada de la fe me abrió los ojos, y supe cuál era mi destino: enseñar a mis semejantes la senda que lleva a *Dios*, pero, claro, ese bendito camino me apartó de mi otro gran sueño: tener hijos.

Azucena miraba al sacerdote mientras éste le hablaba, comprobando el cansancio que su rostro reflejaba. Igualmente veía su cuerpo atado a unos cuantos kilos de más, pero, sin embargo, la voz de aquel empleado de *Dios* era jovial, y el brillo de sus ojos, el que se atesora con los pocos años. La elevada estatura del párroco se reducía al estar sentado. Sus manos, grandes y poderosas, se movían con agilidad al hablar, y su rostro se iba encendiendo según iba conversando con ella.

—Me agradecería recuperar parte de aquellos sueños —prosiguió Teodoro hablando— y qué mejor que hacerlo gracias a ti, por supuesto, si a ti te

parece oportuno. Anoche recé, para que *Dios* me diera la oportunidad de acariciar a un ser cómo si fuera hijo mío y, mira por dónde, que hoy apareces aquí. ¿No te parece extraño esta casualidad?

Ella titubeó.

—¿Te importaría si te acaricio cómo a esa hija que nunca tendré?

Azucena unió los labios y dudó.

—Estoy seguro —siguió el párroco porfiando— que a tu madre le gustaría que me dedicaras unos minutos de amor filial.

La mirada de Teodoro había vuelto a adoptar ese aire angelical que de joven tuvo. Esa sublime pincelada que daba confianza a todo aquél que lo trataba.

—Vale —dijo ella finalmente.

Teodoro sintió que algo explotaba en su interior. Sus manos comenzaron a temblar.

—Date la vuelta entonces —aquellas palabras: el anticipo de su lujuria.

La jovencita así lo hizo, y él le acarició con mimo su larga y poblada cabellera negra. Después, sus manos alcanzaron su cintura y de ahí pasaron a sus piernas y de ahí, a su vez, a sus tobillos. Las subió después con lentitud hasta que tocó sus bragas, quedándose un tiempo allí. A posteriori le bajó la ropa interior y, ya y sin más, manoseó su trasero, mientras la adolescente se quedaba azarada presa del rubor. El sacerdote apenas si pudo reprimir el gemido emitido, mientras sus manos se aferraban con fuerza al culo de la jovencita. La presión de sus dedos disminuyó y el cura párroco regresó a sus maneras de antes. Le subió las bragas a Azucena y a continuación le alisó el vestido para, finalmente, separar las manos de la muchacha que tanto placer le había dado. Ella se volvió con el rostro acalorado, sin atreverse a mirarle.

—Puedes seguir limpiando —le aleccionó Teodoro cómo si no hubiera pasado nada. Su voz había recobrado la serenidad perdida—. Me has traído sensaciones que nunca tuve, dado que acariciar a una hija es algo único. Me gustaría, por ello, que me dejaras seguir haciéndolo más veces. Fíjate, que ya empiezo a sentirte cómo a una hija.

Ella no se movió. La mirada la seguía teniendo atrapada en un punto del suelo.

Teodoro se incorporó y, tras desplazarse hacia la mesita de noche, sacó algo de su cajoncito. Regresó junto a la adolescente y, de un monedero de piel cogió cien pesetas, que ofreció a Azucena.

—Quiero que aceptes esto —su voz pactó con su libido— y se lo des a tu madre. Por supuesto que este dinero nada tiene que ver con lo que te daré luego por la limpieza de la parroquia. ¿De acuerdo?

Azucena alzó los ojos y lo miró de forma ambigua, mitad despecho mitad picardía, cómo miran ciertas mujeres cuando se las intenta comprar, cómo mira una adolescente cuando desea conseguir algo fácilmente.

El sonrojo había desaparecido de su rostro. Extendió la mano y cogió el dinero ofrecido. Después, se dio media vuelta y volvió a su tarea.

Por supuesto, que el vestido volvió a subírsele, mostrándole al sacerdote parte del mundo que acababa de descubrir.

Teodoro supo que volvería a tocar aquel cuerpo tan delicioso y a la vez tan cálido.

El diablo le había vuelto a tentar, eso era cierto, regresando él entonces a lo que siempre fue. No se sintió mal ante ese nuevo encuentro con su yo anterior. Con su yo verdadero.

Casandra y Juan llegaron a la calle *Arenal*, aproximadamente a las nueve y veinte de la mañana.

La noche pasada había sido un encuentro con sus emociones y, sin apenas conocerse, se conocían ya demasiado. Fueron horas de caminar en compañía y de conversar casi en susurro. Habían recibido juntos a la madrugada y, con posterioridad, a las primeras horas de un nuevo día. Estaban cansados por ello.

La calle *Arenal*, transversal a la *Puerta del Sol*, se hallaba muy concurrida en aquella hora, dado que era tradición tomarse un chocolate con churros en el *Horno de San Ginés*, establecimiento sito en dicha vía.

—A veces pienso —dijo Casandra, apoyándose en Juan— que vivimos demasiado deprisa, que la vida es apenas un segundo. Son, desde luego, sensaciones muy personales. No me gusta echar raíces, menos aún enamorarme. Deseo que los momentos que hemos vivido los recordemos siempre, pero, también deseo que no me veas cómo algo de tu propiedad. Siempre que inicio una relación, procuro aclarar esta premisa. No te enamores de mí, Juan, pues, un día desapareceré, a lo mejor, volviéndome invisible dentro de la niebla.

Juan escuchaba a Casandra y sus palabras le resultaban familiares. Eran dos almas solitarias que no deseaban establecer vínculos de futuro.

Juan no la contestó, se limitó a seguir caminando hacia la cafetería deseada.

No supo por qué, pero, la silueta de un ser abyecto se definió en su cerebro, cómo un destello no deseado y, aquella desagradable sensación le llevó, a su vez, al recuerdo de su perdido trabajo y, cómo no podía ser de otro modo, al rostro de Alfredo.

Aquellos pensamientos le arañaron demasiado profundo.

Entraron en el establecimiento, siendo engullidos por el bullicio y la alegría.

Ernesto Buendía apoyaba los brazos sobre la superficie pulida de la mesa de su despacho, mientras ojeaba las fotografías que acababan de revelarse y, que el sargento Ramírez le había traído, sólo una hora antes.

Se acercaba la una del mediodía de aquel primero de enero, y aquel día festivo no podía haber comenzado peor.

Ramírez, de pie y junto a la ventana, aguardaba en silencio a que el comisario terminara de visualizarlas. El sargento pensaba que el asesino era una persona muy inteligente, dado que no había dejado ninguna pista. Tampoco le había visto nadie, ni antes ni después de cometer sus atrocidades. Estaban, por ello, cómo al principio, y los dos lo sabían. *Ya no podía haber más crímenes, ni margen para el error.* Así se lo habían hecho saber a Buendía, sólo dos horas antes, en una llamada telefónica que sumió al comisario en el desánimo. Lo que estaba en juego ya no era sólo su futuro, sino también el de todo su equipo. Había que tomar, pues, drásticas soluciones, y en ese *impasse* estaban ahora.

La calle que el sargento observaba aparecía casi huérfana de vida, tan sólo el personal del ayuntamiento que adecentaba las aceras.

El comisario sacó una pitillera plateada de uno de los cajoncitos del escritorio y cogió un *Ducados* que encendió con un mechero de usar y tirar. Dejó de mirar las fotografías y se centró en su subordinado, que seguía con atención el lento y basculante caminar de un anciano y su bastón.

—Ramírez —terció Buendía de improviso, mientras dejaba el pitillo en un cenicero.

El sargento, al escuchar su nombre, salió de su particular ensimismamiento y miró al comisario.

—Acérquese, por favor —le rogó Buendía con voz pausada.

Ramírez así lo hizo, sentándose en una silla de madera frente a él. Buendía le miró de forma extraña, cómo si deseara penetrar en su subconsciente o cómo si lo viera sin verlo, imbuido como estaba en pensamientos bien dispares.

—¡Tenemos que actuar ya! —enfaticó Buendía, uniendo sus manos con vehemencia, cómo si con ellas pudiera aplastar al ser que tenía como protagonista principal en su cerebro— ¡Y cuando digo ya, me refiero a ahora

mismo! ¡Elija a un número de agentes y colóquelos de forma conveniente por los lugares donde ya haya actuado ese animal! Mire, por favor, lo que tengo señalado en el mapa.

Por encima de su cabeza y adosado a una pared, se visualizaba un mapa urbano de la capital.

Ramírez así lo hizo, observando tres círculos señalados en rojo.

—Los asesinatos se han cometido en un área limitada —explicitó el comisario con voz metálica, cómo si su pensamiento se centrara únicamente en la manera de atrapar a un asesino tan calculador—. Uno cerca del *Puente de Segovia*, otro en la *Ribera del Manzanares* y un tercero, y esto para más inri nuestra, en la *Avenida de Valladolid*. Zonas algo retiradas y demasiado sombrías por la noche. Lugares, sin embargo, de fácil acceso y al mismo tiempo de poco tránsito. Si damos por hecho que el asesino puede seguir acechando en esos mismos puntos, hemos de situar, debidamente camuflados, a los agentes en ellos. Hemos de estar, igualmente, en contacto permanente unos con otros, no escatimando medios personales para la resolución de este grave problema. La superioridad me ha dado una semana. Si no, me aparta del caso, y creo que éste pasará a la jurisdicción del inspector *Estebanez*, ya lo conoce usted, un hombre analítico y demasiado frío, con esos ojos camaleónicos que parecen llegar a todas partes, y con los que soluciona cualquier investigación por complicada que ésta sea.

El sargento asintió, mientras el comisario extraviaba la mirada, perdiéndola en algún punto del techo.

—¿Y por qué una cruz? —pensó Buendía en voz alta.

Ramírez achicó los ojos, que brillaron entonces de forma especial.

—A lo mejor —analizó el sargento contestándole— porque ese sujeto está relacionado con la religión.

El comisario resopló.

—No. Ya lo hablamos... y no me convence esa hipótesis —cuestionó Buendía.

Los dos policías se callaron momentáneamente.

El cigarrillo del comisario se consumía con lentitud en el cenicero.

—O alguien que, por el contrario, esté en contra de la *Iglesia* —el pensamiento de Ramírez volvió a cobrar protagonismo.

—Cualquier idea cabe en este lote —dijo el comisario con escepticismo.

Se estableció un nuevo paréntesis.

—Ramírez: debemos investigar por nuestra cuenta —el comisario se

inclinó levemente hacia delante y, la luz que entraba por la ventana, incidió en sus ojos dándoles mayor vitalidad—. Vaya a los domicilios de las dos primeras víctimas, a ver qué puede sacar en claro de sus familiares. Sé que eso ya lo han hecho los inspectores, pero, a lo mejor, se les ha pasado algo, y usted, cómo buen perro de presa que es y, perdóneme por esta comparación —ahí el sargento sonrió— lo cace, y nunca mejor dicho.

Ramírez estuvo a punto de informarle al comisario de lo que tenía ya averiguado y, al mismo tiempo, de lo que había ya deducido, pero, creyó que aquel no era el momento más adecuado para ello. Esperaría a que la investigación avanzara para, entonces, abrumar a Buendía con su lógica aplastante. Entretanto, seguiría hilando la madeja, dado que tenía un presentimiento, y estaba dispuesto a seguirlo a toda costa. A su vez, debía agrupar cuantos más datos mejor. Luego... la sorpresa, quizás, no sería tal sorpresa.

El comisario miró con detenimiento un retrato del *Generalísimo Franco*. Después, abstraído la mirada.

—Por mi parte, investigaré en las iglesias más cercanas a los escenarios de los crímenes —dijo Buendía con asco—. Aunque ande regañado a muerte con los curas.

Ramírez frunció el ceño y agrandó la mirada.

—¿Tiene motivos para ello, comisario? —preguntó el sargento, sin saber si tal demanda le molestaría. Buendía se removió en su asiento y lo miró con gesto preocupado.

—¡Claro qué los tengo! —sentenció Buendía con rotundidad— Pero, es una vieja historia que prefiero reservarme.

El sargento aprobó aquel silencio con un gesto y después se levantó de la silla dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Ramírez! —terció Buendía, y el sargento se volvió para mirarle con expectación— ¡Tenemos que cazar a esa fiera lo antes posible! ¡Siete días es nuestro plazo!

El sargento asintió y finalmente salió del despacho. El comisario abrió la pitillera y cogió otro *Ducados* de ella. El humo le envolvió, igual que sus pensamientos. Regresó a las fotografías. Detrás de él se emplazaba el mapa urbano de *Madrid* con tres círculos señalados en rojo, que encerraban tres asesinatos tan misteriosos cómo dramáticos.

*Cuatro días después.  
Noche de Reyes.*

Eran las once, cuando Alfredo, ya en la cama, se entretenía leyendo un libro. A su mujer y a él les gustaba la forma de escribir de *Salvador de Madariaga*. Precisamente ahora leía una de sus obras: *El Corazón de Piedra Verde*, una exaltación de la gesta del conquistador extremeño *Hernán Cortés*, que llegó a dominar a una nación aguerrida con tan sólo un puñado de valientes. *Méjico* le envolvió con su misterio, con sus culturas milenarias, con sus sacerdotes, que él pensaba llegaron desde más allá de las estrellas. Mundos separados del suyo por infinitos años luz.

La cena anterior había sido la antesala para una preparación muy especial. Momentos vividos junto a sus hijos que difícilmente olvidaría. Todo un privilegio para él compartir, además de forma tan activa y, año tras año, de su bendita inocencia. Hablarles del misterio que encerraban los tres *Reyes Magos de Oriente*. Comentarles sobre otro gran secreto: la luz que guio a aquellos personajes tan ilustres, hacia el lugar donde nació nuestro *Señor Jesucristo*.

Luz que se tomó por una estrella. Luz, que él, en lo más profundo de su pensamiento, dudaba fuera un lucero, pero, lo que pensara, se lo guardaba muy adentro.

Sara no estaba tan distante ya con él, aparecía menos hermética y, de vez en cuando, le dirigía la palabra, si bien en momentos puntuales, cómo cuando estaban con sus hijos. De todas maneras, Alfredo la notaba más contenta e incluso sonreía abiertamente, ante cualquier nueva ocurrencia de Daniel.

Alfredo esperaba con algo de impaciencia y cargado de nostalgia a que Tomás y Daniel se durmieran para, entonces, jugar a ser un rey mago sin serlo. Y andaba precisamente en aquella espera, cuando creyó percibir el sonido amortiguado de unos pasitos por el corredor.

Dejó de leer y levantó la mirada, encontrándose con la figura menuda de Daniel en la puerta, que a su vez le observaba con los ojos bien abiertos y cierta expresión de cansancio reflejada en el rostro. Su cuerpecito tiritaba a

pesar de estar protegido bajo un pijama de lana. El niño se restregó los ojos y bostezó a continuación.

—¡Acércate! —le sugirió Alfredo con expresividad, mientras le enviaba una sonrisa tranquilizadora. El niño así lo hizo y fue junto a su padre, que le acarició el cabello.

—Dani: ¿qué te pasa?

El niño se quedó pensativo y después miró a su padre con gesto preocupado.

—¿Y si esta noche me meo y me ve el *Rey Gaspar*?

Alfredo frunció el entrecejo y mal disimuló una sonrisa.

—No te preocupes, hijo, que eso no va a sucederte.

Daniel negó varias veces con la cabeza y se sentó en el borde de la cama, desplazando con ello y ligeramente a su padre de ella, que dejó el libro a un lado, abierto y boca abajo.

—Pero, y si me pasa...

Alfredo lo cogió colocándoselo sobre su vientre. Tenía los pies congelados.

—Si te pasara, que estoy seguro no te pasará, los *Reyes Magos* lo entenderían, Dani. Eres muy pequeño todavía, y si te orinas en la cama no pasa nada.

Daniel compuso un puchero.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, hijo. Son magos, no lo olvides.

El niño pareció tranquilizarse ante aquella apreciación y sonrió abiertamente abrazándolo. Se deslizó de la cama y fue hacia la puerta con pasitos vacilantes, volviéndose al llegar a ella, para mirar a su padre con expresividad.

—Papi —dijo.

—¿Dime? —preguntó Alfredo y sus ojos se abrieron con desmesura intencionada.

—Duérmete pronto, porque cómo vengan y te vean despierto, no te van a echar nada.

Alfredo contuvo una nueva sonrisa y asintió con gravedad. Daniel se marchó, y él se emocionó levemente. Últimamente andaba demasiado vulnerable. Volvió a la lectura y con ella al dios *Quetzalcóatl*, así como a la serpiente emplumada y al emperador *Moctezuma* y, cómo no, al aguerrido conquistador que se llamó *Hernán Cortés* y, por supuesto, a su amada

*Marina*, indígena que, aparte de servirle cómo intérprete, fue, a su vez, su confidente y compañera. El tiempo voló con rapidez, cómo también volaron aquellos sueños ancestrales acariciados por aventureros. Tiempos de grandes conquistas y descubrimientos.

Alfredo volvió a escuchar pasos dirigiéndose hacia la habitación.

Pensó en su hijo Daniel, así que dejó otra vez la lectura, centrando la mirada en el umbral de la puerta: la silueta de Sara cobró un protagonismo especial en sus retinas y tuvo la sensación de que la lectura anterior, de aquella lucha de Dioses contra humanos, había dejado flotando en el dormitorio un aura especial, cómo un brillo indefinido que envolvió a su mujer al llegar, viéndola más hermosa, más misteriosa... Sara, ajena a sus pensamientos, entró en el cuarto con displicencia y, tras quitarse la bata, se echó en la cama con aire ausente.

Alfredo la observó un tiempo, llegando a percibir algo que creía tener aletargado.

La deseó cómo nunca, quizás como la primera vez que la vio, deseo comparable éste al primer beso o a la primera entrega.

Sara, por su parte, apenas si llegó a intercambiar una mirada de soslayo con su marido. Se hizo con un tarrito que cogió de la mesita de noche y, tras abrirlo, se aplicó algo de crema sobre las manos. Después, apoyó la espalda en el cabecero y finalmente cerró los ojos.

Alfredo suspiró.

—¿Le has pedido algo a los *Reyes Magos*? —preguntó Alfredo de improviso.

Sara abrió los ojos y ladeó la cabeza para mirarle con extrañeza.

—Yo nunca pido nada —contestó ella con sequedad.

Alfredo asintió y unió los labios.

—Pues, yo sí les he pedido algo...

Sara no le contestó, se limitó a mirar las sombras que parecían acecharles desde el pasillo.

—Les he pedido que me perdonen —dijo Alfredo pausadamente y sin mirarla en esta ocasión— y al mismo tiempo que intentes entenderme, aunque no estés de acuerdo con lo que tuve que hacer.

Ella siguió con ese hermetismo que tanto daño hacía a Alfredo, pero, y sin que él lo notara, comenzó a sentir un desasosiego creciente, cómo una vena a punto de reventar.

—Voy a llamar a tu hermano para pedirle igualmente perdón —se

sinceró Alfredo—. Se lo debo.

Sara apretó los párpados. No deseaba llorar. Después los abrió y, tras apelmazar la almohada, ladeó el cuerpo e intentó conciliar el sueño.

Ahora fue Alfredo quien visualizó las sombras que ella había contemplado con anterioridad, creyendo adivinar en ellas a un ser monstruoso que a su vez lo miraba con satisfacción, mientras se dibujaba una sonrisa maléfica en su rostro perverso: el fantasma de la incomprensión quería instalarse dentro de la habitación matrimonial.

Alfredo salió de la cama un tiempo después, dirigiéndose hacia el aseo con sigilo para, ya allí, abrir la puertecita de un altillo y comenzar a desarrollar su juego favorito: sus manos rozaron el mundo particular de los juguetes.

Sara, ya sola, liberó sus emociones. La noche avanzaba y con ella llegaba la hora de la reflexión porque, cuando se ama de verdad, pensó Sara, siempre existe un momento para perdonar.

Sara finalmente se durmió, alejada de frustraciones y temores, y Alfredo siguió con su preciada tarea: la de ser un rey mago sin serlo.

*Horas después.  
Alrededor de las siete de la mañana.*

El individuo no dejaba de moverse en la cama, provocando con ello que una de las mantas se le fuera deslizando hacia el suelo del dormitorio, que olía a meado y sudor.

La claridad del exterior apenas si entraba en el lugar, al encontrarse la persiana echada.

El hombre roncaba, mientras unos ojillos muy brillantes se dibujaban en la oscuridad. Un gato saltó a la cama donde Tobías dormía, quien se despertó sobresaltado y resopló con fastidio, dándole un manotazo al minino. Tobías se incorporó, friccionándose el cabello cano. Después, bostezó con sonoridad.

—¡Te he dicho mil veces, Lucifer, qué no te subas a mi cama! —su voz cavernosa resonó en la alcoba.

Tobías dejó el lecho, encaminándose con paso vacilante hacia el aseo. Se cubrió con una bata de un color desvaído, que en su tiempo bien pudo haber sido morado, y pasó al salón rascándose la espalda. Miró por toda la habitación con gesto algo teatral, observando un regalo junto a sus zapatos: se trataba de un objeto alargado y de gran tamaño envuelto en papel de celofán amarillo. Tobías lo desenvolvió con ansiedad. Arrodillado cómo estaba en el suelo, junto al preciado regalo, parecía un niño. Mientras deshacía el envoltorio emitía gruñidos, iguales a los de una bestia excitada. Los ojos de Tobías se abrieron con desmesura, cuando quitó la última tira. Se incorporó y contempló el presente traído por aquellos *seres* tan especiales. Su corto entendimiento no pudo o no quiso discernir, que él mismo lo había dejado allí sólo unas horas antes, participando su subconsciente ahora y, además plenamente, de aquella amnesia voluntaria, buscada, deseada y finalmente encontrada, para recibir de ese modo aquel regalo, en apariencia, no esperado por él. Lo que Tobías observaba era el maniquí de una joven al que le había puesto un vestido muy vaporoso y por debajo de éste lencería fina. La baba salía a través de la boca abierta de Tobías, mientras su nerviosismo crecía. Se

acercó muy despacio al maniquí, como si estuviera siguiendo a una mujer, se agachó y le levantó el vestido, para mirar a continuación por el hueco creado. Manoseó después el maniquí, recorriendo una y otra vez su anatomía de cartón piedra. Gritó entonces, y aquel sonido, que desgarró la recién estrenada mañana, se extendió por toda la casa. Tobías siguió tocando el maniquí, poseído por una fuerza extraña. A su cerebro regresaron sensaciones pasadas: el cuerpo sin vida de la maestra Ana Castillo toqueteado por él.

A aquel primer grito, le siguieron otros tantos, iguales a los de un lobo en noche de plenilunio.

El sol empezaba a derrotar a los últimos vestigios de la noche.

*Noche de Reyes.*

Noche de regalos especiales.

Tobías aullaba cómo un loco endemoniado, mientras le iba quitando la ropa interior al maniquí, para olfatearla después cómo un animal tras su presa.

Nuevos bramidos se escucharon en aquel día festivo.

*Cuatro horas y media más tarde.*

Juan tuvo suerte al encontrarse con alguien que salía en aquel instante del inmueble donde Casandra tenía alquilado el piso y, por lo tanto, le dejaba expedito su entrada en él.

Poco después, tocaba en el timbre de la vivienda de la mejicana. Vivienda antigua y de renta baja. Vivienda con olor a un *Madrid* igualmente antiguo. Cuando la capital era un lugar más cercano e igualmente más humano —pensó Juan con acusada nostalgia—. Alejado de masificaciones. Un *Madrid* puede que algo más rural pero más cálido. Una capital que, tras casi cuarenta años de *régimen*, se había ido transformando paulatinamente, haciéndose más próspera, pero, para ese cambio tan trascendente, había tenido que pagar un precio demasiado alto: convertirse en casi impersonal.

Casandra abrió la puerta y se sorprendió, dado que no esperaba la visita de nadie y, menos, la de Juan. Su gesto amable enmascaró una leve contrariedad.

—Pasa —dijo ella a media voz.

Juan así lo hizo y ella cerró la puerta tras de sí.

Ya en el salón, Juan lo curioseó todo: una mesita de cristal, localizada en su centro, agrupaba variadas esferas, no demasiado grandes, que vibraban con una luz muy destellante. El mobiliario era sencillo, si bien extraño. Un sofá de dos plazas y dos sillones, tapizados en color cereza, rodeaban a la mesita. Una estantería se emplazaba en una de las paredes, con figuritas de barro y cristal, así como restos de vasijas y utensilios antiguos, extraídos, quizás, de manera ilegal de alguna excavación —pensó Juan—. Del techo colgaban unos hilillos transparentes que sujetaban calaveras diminutas de marfil. En otro testero destacaba una vitrina con pipas de época colonial, dos atlantes de *Tula* en miniatura, una réplica del *Calendario Azteca*, y la imagen de arcilla, pintada en verde, de un posible *cosmonauta*, incluso con su escafandra y traje espacial incorporados en ella —copia exacta de la existente en el *Museo Antropológico de Méjico*, tal y como Juan leyó en la inscripción que iba contenida en la propia imagen—. Una estatua, no demasiado aparatosa del

*Dios de la Lluvia, Tlaloc*, se veía en una esquina del salón. Sus fauces abiertas le causaron cierta desazón. Y junto a la ventana otra imagen, ésta algo más pequeña, de rostro antropomorfo mitad pantera mitad serpiente. Un tocadiscos enviaba una melodía ancestral, interpretada con flautas andinas, que llevó a Juan a un mundo perdido ya en el tiempo. Mundo de pirámides complejas y astrónomos inéditos, de rituales sangrientos, que un día desapareció, sin que se sepa todavía muy bien porqué. Mundo que, Juan interpretó, idolatraba Casandra o, por lo menos, eso podía deducirse, por lo que se veía dentro de aquel salón, tan atrayente y misterioso a la vez.

—¿Pareces sorprendido? —cuestionó ella, enviándole una sonrisa cómplice.

Él suspiró y enarcó las cejas.

—Te conozco poco, lo sé, pero estoy convencido que aun guardas más misterios en tu interior.

Ella volvió a sonreír.

—¿Quieres un café? —le preguntó Casandra.

—No. Gracias.

—¿Una bebida o quizás un refresco?

La negación llegó esta vez con la cabeza.

Ella se desplazó hacia uno de los sillones, el más cercano a la ventana, y se sentó en él adoptando una postura oriental. Él se le aproximó, acomodándose en el sofá.

—¿Y a qué se debe tu visita?

Juan, antes de contestar, asintió dos veces.

—Me sentía solo y deseaba verte —le puntualizó, casi excusándose—. Hoy es un día familiar, y me hubiera gustado visitar a mis dos sobrinos, para darles lo que los *Reyes Magos* deberían haberme dejado para ellos, pero, las cosas están cómo están.

Ahora fue Casandra quien asintió, si bien lo hizo con un gesto marcadamente adusto.

—A mí no me importa, Juan —dijo ella— pero, creo que nada se soluciona huyendo. Es mejor, cómo decís ustedes: *agarrar al toro por los cuernos* y, enfrentarse y de una vez por todas, a lo que tanto cuesta.

Juan lo meditó. La música seguía sonando en el tocadiscos, transportándole a un mundo de ensueño que él presentía, se pudo haber quedado suspendido en el propio tiempo. Su mirada viajó hacia los ojos verdes de Casandra. Sin maquillaje, aparecía todavía más hermosa. Sus ojos

poseían un brillo especial y Juan se seguía sintiendo extrañamente atraído por la ambigüedad de sus facciones.

Era un ser angelical, casi sin definición posible, cómo si la naturaleza hubiera obrado el milagro en ella o la panacea que se alcanza en la última fase de la *Alquimia*, cuando se convierte en inmortal el ser que bebe de ese líquido misterioso, logrando así la pureza absoluta y, con ella, la ambigüedad de ser al mismo tiempo —o por lo menos de quedarse definido en sus facciones— hombre y mujer a la vez. Casandra unificaba la hermosura y la elegancia de una belleza mestiza —y no sólo era su talle delicado, ni sus senos juveniles, menos aún sus piernas estilizadas— era excepcional todo su conjunto, que iba protegido bajo un pantalón muy ceñido de lana negro y un suéter algo liviano de color rojo. Casandra o la tentación. Por ese motivo, Juan intentaba controlarse, para no ir más allá de lo que ella le hubiera permitido. Controlarse, así era, para no traspasar la barrera invisible que ellos parecían haber establecido. Ni siquiera rozar su piel, para no provocar un deseo. Deseo al que no querían llegar, quizás, ninguno de los dos. A causa de ello, la conversación discurría bajo unos parámetros demasiado estrictos, que les alejaban, probablemente, de sus verdaderos sentimientos.

—Suelo decir —comenzó Juan a reflexionar en voz alta, mientras echaba un rápido vistazo a un *Dios* andino de cara traviesa que, bordado a mano, se instalaba en el centro de la alfombra— que lo que se hace con el corazón no sirve para casi nada; que las personas sensibles no tenemos cabida en este mundo; que triunfan los sin sentimientos, los que viven de lo concreto alejados de las emociones y, por lo tanto, guiados por el raciocinio de su cerebro. Huyo y siempre huiré de todo lo que lleve implícito la palabra responsabilidad y, no porque no la tenga o no la quiera tener, sino, porque esa acepción engloba lo que te hace ser vulnerable, lo que te ata a la realidad de la vida.

Casandra seguía la exposición de Juan, observándole en silencio. En su rostro se había dibujado un gesto extraño, mitad fascinación mitad repulsa. Dejó finalmente la postura adoptada al principio y extendió las piernas.

—Eres utópico en demasía —replicó ella— y ya no tienes edad para soñar con mundos imposibles —su voz era armoniosa, con ese acento que la hacía tan deliciosa—. Hablas de manera genérica, cómo puede hacerlo un adolescente que comenzara a enfrentarse con la dureza de la vida, pero, ya dejaste atrás ese periodo, en que se suele soñar despierto. Creo que ése es tu gran problema: sigues anclado en el pasado. Deberías asomarte ya y, de una

vez y para siempre, al mundo de los adultos, y no esperar sueños irrealizables. La vida es un largo camino que ha de llevarnos hacia la madurez. Tendrías que olvidar a aquél que fuiste y centrarte únicamente en el que ahora eres.

Juan la miró con gravedad. Casandra le hablaba con la experiencia de una persona mayor y, sin embargo, era tan joven.

—¿Quién eres? —le preguntó él, mientras sus ojos se entrecerraban.

Ella frunció la frente y su mirada acogió una pincelada simpática.

—¿A qué te refieres? —demandó ella a su vez.

—A que eres demasiado compleja —le matizó Juan—. Hablas cómo si hubieras vivido mucho. Como si estuvieras por encima de casi todo.

Ella se friccionó la nariz, en un gesto puramente nervioso.

—A veces, Juan, la vida no es cómo creemos que es —dijo ella, mientras su pensamiento parecía alcanzar algún recóndito lugar de su cerebro—. Vivimos de una forma pensando que es la correcta, pero, se nos escapa que pueden existir otras maneras de entender la existencia, y en ese dilema se nos va la vida.

Ahora fue Juan quien arrugó el entrecejo, incorporándose y acercándose hacia ella, para quedarse ya de pie casi a su lado.

—Eres tan extraña, que a veces no te entiendo.

Ella suspiró.

—La lógica tiene siempre su ilógica —reflexionó Casandra—. El cerebro humano capta sensaciones, creyendo que lo que ve es tal y cómo sus ojos lo observan, pero, la realidad es que existe otra realidad, y ésta es la que se escapa de nuestra percepción, porque lo ilógico no entra dentro de nuestro lógico cerebro.

Juan movió la cabeza: no llegaba a entender lo que la joven decía.

—Cuando se habla de fenómenos paranormales —prosiguió Casandra con su exposición— se dice de acontecimientos que escapan de nuestra racionalidad. Fenómenos extraños, que si se analizaran con una mente algo más reflexiva, estoy segura que se comprenderían mejor. Nuestro cerebro está acondicionado desde niño a ver sólo lo que *ellos* desean que veamos.

—¿A quiénes te refieres cuando dices *ellos*? —preguntó Juan con extrañeza.

—Buena pregunta ésta: *a los dioses*, a quién si no. Juan, si estuviéramos al tanto de todo lo que nos rodea, créeme, terminaríamos volviéndonos locos. El hombre no está preparado todavía para saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que nos envuelve.

—Sigo sin entenderte.

—No puedo ser más explícita, Juan. Abre los ojos y mira viendo. Que todo lo que te parezca anormal, lo veas bajo el prisma de la normalidad.

Juan resopló.

—Te oigo y te miro y cada vez te conozco menos —argumentó él y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. A veces tengo la sensación de que no eres real, que surgiste de la nada en aquella noche de niebla tan intensa, porque yo te creé en mi subconsciente. Fíjate que incluso ahora y, a pesar de que me halle a tu lado, creo o mejor decir intuyo, que no eres real.

Ella sonrió abiertamente.

—Ése es tu gran problema, Juan, y el de la mayoría de vosotros, que tenéis que moveros bajo unas coordenadas lógicas.

—Has dicho *vosotros*, entonces: ¿tú quién eres?

—No. No quise decir eso —se excusó Casandra.

—Pues sí que lo dijiste.

—Bueno... lo que quise manifestar es que soy cómo tú. Un ente real y del hoy, sólo que mi cerebro llega todavía más allá, y explora mundos que están dentro de otros mundos. A pesar de ser joven, quiero saber cada día un poco más, y para ello leo todo cuanto se publica de la otra realidad, ésa en la que casi nadie cree.

Juan acabó sentándose sobre uno de los brazos del sillón, mientras ella observaba, aparentemente perdida en sus pensamientos, el rostro de piedra del *Dios de la Lluvia*.

—Hace mucho tiempo —ella rememoró libros leídos o quizás ideas que llevaba ancladas en su subconsciente— unos *seres* llegaron a la *Tierra* procedentes de las estrellas, dándonos unas pautas para mejorar cómo individuos.

La frente de Juan acogió de repente infinidad de arrugas.

—No sé qué pretendes al decirme todo esto —planteó él con un gesto de duda

—No importa —apuntó ella—. Estoy aquí para ayudarte. Sólo para eso.

El rostro de Juan se crispó.

—¿Cómo qué para ayudarme? ¿A qué te refieres?

Ella le mandó una sonrisa cómplice, para aliviar la tensión que se reflejaba en su rostro.

—No fue mi intención comentar esto —dijo Casandra—. No me preguntes por algo que no puedo responder —su mirada se entristeció y vagó unos segundos por el salón—. Sólo deseo ayudarte. Soy una persona anónima, que te alienta para que sigas intentando ser el que finalmente algún día serás: un hombre maduro al que necesitan sus semejantes.

—Siento miedo al escucharte —dijo Juan—. Miedo de que todo esto sea producto de mi imaginación. Miedo de que no existas realmente. Miedo de que me esté volviendo loco.

Ella dejó la comodidad del sillón y se desplazó hacia el centro del salón, deteniéndose junto a la mesita de cristal. Se quitó el suéter y los pantalones. Después, la ropa interior, quedándose desnuda ante los ojos de Juan, que entonces la miró con deseo. Casandra hizo un movimiento con la mano, alentándole a que se le acercara. Él así lo hizo. Ella lo desnudó igualmente, cogió una de sus manos y con ella recorrió cada zona de su propio cuerpo.

—Cómo comprobarás —dijo Casandra, mientras se sentaba en la alfombra y le atraía hacia ella— soy de carne y hueso.

La claridad del mediodía inundaba el salón, mientras ellos se entregaban al juego más antiguo que existe, que es el de amar y ser amado.

*Tres días después.  
Nueve de Enero.*

Tobías había concluido su jornada laboral y, ahora, sentado en uno de los bancos de la estación del metro de *Ópera*, en su recepción con la línea *Cuatro*, aguardaba, en apariencia distraído, a que alguno de los vagones le trajera lo que tanto deseaba ver. Llevaba allí más de media hora, observando cómo entraban los convoyes, para irse casi a continuación, tras haber descargado a un montón de pasajeros. Su mirada huidiza llegaba hacia el túnel, esperando con impaciencia la llegada del próximo metro. Movía un pie con nerviosismo, hurgándose en la nariz con un dedo, mientras sus ojos acogían indefinición. De improviso, le llegó el sonido de un nuevo convoy. Después, el chirriar de unas ruedas sobre los raíles. Finalmente, el metro entró en la estación aminorando su velocidad, hasta que se detuvo por completo. Las puertas se abrieron y algunos usuarios salieron por ellas. Tobías los miró con disimulo, según fueron pasando por delante de él. Resopló, cuando comprobó cómo tampoco llegaba en ese metro lo que tanto ansiaba. Miró el suelo y el movimiento de su pie se hizo frenético.

De pronto, creyó escuchar el sonido de unos tacones incidiendo en el suelo. Miró de reojo a su derecha, justo cuando una joven de unos veinte años pasaba por delante de él, intentando cerrar una carpeta, que sólo unos momentos antes se le había abierto, cuando salía del vagón. La muchacha, que no reparó en Tobías, se encaminó hacia el ramal que debería dejarla en la *Estación del Norte*. Tobías la siguió con la mirada, mientras sus sentidos se encendían. La joven llevaba puesta una minifalda vaquera y unas medias transparentes de color carne. Tobías se incorporó y fue tras ella, guardando siempre una prudente distancia. La chica siguió caminando sin percatarse que la seguían. Llegaron al andén de *Ramal Norte*, cuando empezaba a escucharse un traqueteo cercano. Una luz se proyectó en la estación, surgiendo de la oscuridad, cómo anticipo de la entrada, primero rápida y después ralentizada, del convoy. Tras la salida de los pasajeros y la posterior entrada de los que esperaban en el andén, el tren salió de nuevo, para efectuar

idéntico trayecto, sólo que ahora a la inversa, regresando a la *Estación del Norte*. La joven cogió un folio de la carpeta y lo estuvo leyendo durante el corto itinerario, mientras Tobías, algo retirado de ella, se balanceaba, sujeto cómo iba a la barra del vagón, mientras la observaba, sin que ella lo percibiera. Cinco minutos después, el metro entró en el *Ramal Norte*, saliendo todos los pasajeros de él, al ser final de trayecto. Tobías esperó a que la muchacha se decidiera por una de las dos posibles salidas, siguiéndola de nuevo, cuando optó por la que daba al *Paseo de Onésimo Redondo*. La chica, sin salir del metro, derivó a un acceso que conducía a un largo e iluminado corredor, cuyo final desembocaba en la calle de *Irún*. Tobías se volvió a mitad de camino, constatando que nadie les seguía.

Su corazón se aceleró, mientras se acercaba de manera progresiva y con cuidado a la joven, que seguía caminando ajena a su presencia. Llegaron al inicio de una escalera mecánica, subiéndose los dos en ella. Tobías se aproximó todo lo que pudo a la chica y, tras agacharse, miró por debajo de su falda viéndole las bragas. La muchacha notó algo extraño, se volvió y observó a Tobías asustándose. Creyó entender lo sucedido y, tras mirarle con asco, echó a correr y traspasó la puerta que daba a la calle. Tobías, nervioso, desanduvo lo andado y entró de nuevo en el metro. Ya en el andén ojeó su reloj: faltaban tres minutos para las nueve. Hora de regresar a su piso, pues allí le esperaba su maniquí de cartón piedra, y estaba tan excitado que tenía que desahogarse. Pensó que ver a hurtadillas la ropa interior femenina era un privilegio reservado para seres muy especiales. De esa forma, su corto y extraño entendimiento le hizo sentirse igual a un *Dios*.

*Una hora más tarde.*

Ernesto Buendía, sentado en el sillón de su despacho, se fumaba un cigarrillo con evidente nerviosismo. Las uñas de sus manos habían ido desapareciendo de forma gradual en los últimos días, mordisqueadas por él mismo. El teléfono, igualmente, no había dejado de sonar en las últimas horas, pero, para su desgracia, ninguna de las llamadas fue la esperada por él. Estaban fuera de plazo y él lo sabía. Le quitarían el caso y eso le revolvería las entrañas. Los innumerables agentes, debidamente distribuidos, no habían conseguido, de momento, ninguna pista fiable con la que poder dar con el paradero del asesino de las tres mujeres, a pesar de haberse vigilado exhaustivamente cada pequeña partícula del perímetro recomendado. Aquel demente parecía haber pactado con las madrugadas. Eran más de las diez, y Ernesto Buendía llevaba en la comisaría desde el día uno, desde el mismo instante que le comunicaron por teléfono que habían hallado a la tercera víctima. Únicamente salía del despacho para almorzar, pero enseguida regresaba al mismo. Habitáculo viciado por el humo del tabaco. La papelera, a sus pies y junto al escritorio, almacenaba un montón de colillas, igual que un cenicero sobre la mesa.

Dos paquetes de tabaco rubio, sin abrir todavía, se emplazaban junto a la pitillera plateada, ésta repleta de *Ducados*. Aquélla, una mezcla explosiva, ideal, sin embargo, para combatir las largas horas de insomnio. La persiana del despacho estaba echada.

El comisario se incorporó y se llevó las manos a la cintura con gesto de dolor.

El flexo de la mesa le enviaba una luz muy débil. Percibía el tecleo de una máquina de escribir: el turno de noche recogería alguna denuncia.

Buendía fue hacia la ventana y subió la persiana con violencia. Vio la noche con su juego especial de tonos. Las farolas lanzaban destellos de color limón. Creyó sentir el aire filtrándose por la ínfima separación del marco con el cristal de la ventana. Igual que creyó escuchar el rumor de la corriente del río *Manzanares*, así como el sonido del tráfico. De improviso, el teléfono

sonó sobresaltándole, lo que provocó que fuera con diligencia hacia la mesa y lo descolgara.

—Comisario —la voz cansada de Ramírez le llegó, sin embargo, con nitidez a los oídos— si lo estima oportuno, me retiro de momento. Llevo tres días sin dormir y ya no me siento capacitado para seguir dirigiendo a mi equipo.

El silencio acompañó a la demanda del sargento Ramírez. Buendía aprovechó la circunstancia para entrecerrar los ojos y mordisquear el filtro ya apagado del último cigarrillo fumado. Su mano se crispó en el teléfono y sus dientes se unieron con rabia. Su rodilla acogió, si cabe, un dolor más intenso, cómo si el asco que sintiera, viajara libre por la prótesis de plástico, recorriendo después todo su organismo, para enviarle finalmente una jaqueca que, Buendía pensó, le haría estallar la cabeza.

—Claro: retírese a descansar —acertó a decir Buendía al fin, con idéntica voz apagada— releve igualmente a los agentes que lleven varios días sin dormir también. Hemos fracasado, y mire que lo siento.

—¿Comisario? —demandó Ramírez.

—¿Sí?

—Usted, cómo nosotros, hace todo lo que puede.

—Descanse, Ramírez.

—Y usted también, comisario.

Buendía colgó el aparato y giró la cabeza, para mirar con desprecio el mapa urbano de *Madrid* con aquellos tres círculos enmarcados en rojo, trazados por él mismo, días atrás. Una infinita desazón se fue apoderando de él, mientras una rabia incontrolada se establecía en su entendimiento.

Dio un puñetazo sobre la mesa, y el cenicero, lleno de colillas, cayó con estrépito al suelo, ensuciando la moqueta que lo protegía. Después, se acercó cojeando al mapa. Puso las manos en él y extendió a continuación los antebrazos, mientras sus ojos brillaban.

—¡¿Dónde estarás metido hijo de la gran puta?! —aquel pensamiento salió en voz alta.

El tecleo de la máquina de escribir seguía llegando a su despacho, así como el sonido de voces amortiguadas. La comisaría, aparte de aquellos hechos puntuales, se hallaba en periodo de calma, no así su ánimo, que daba la impresión pudiera explotar en cualquier momento.

*A la mañana siguiente.*

Esperar no le gusta a nadie y, menos aún, cuando la espera puede desestabilizar tu propia vida. Por ese motivo, Sara aguardaba con impaciencia —cuando pasaban cinco minutos de las once y degustaba un café bien cargado, sentada en uno de los veladores de la *Plaza Mayor*— la llegada de su hermano Juan, con quien había quedado el día anterior.

La luminosidad del día afectaba a sus pupilas cansadas.

Tan encantador lugar, todo empedrado, era visitado por innumerables turistas a lo largo del año, que hacían de aquel rincón de *Madrid* un sitio privilegiado.

Sara había llamado a su hermano por teléfono y, tras pretextar que tenía algo importante para darle y, a pesar de la reticencia de éste, había pertrechado una reunión entre Alfredo y Juan, sin que ninguno de los dos lo supiera. A su vez había citado a su marido en el mismo lugar y a la misma hora, aduciendo una más que probable reconciliación y, Alfredo, claro, aceptó el ofrecimiento, si bien con idéntica extrañeza, ante el lugar y la hora de la cita.

Sara miraba su reloj con insistencia. Prácticamente lo consultaba cada dos minutos, temiendo y deseando a la vez, que llegara el momento en que su hermano y su marido se vieran por fin las caras e hicieran las paces.

Entretanto, un grupo de palomas revoloteaba por encima de la estatua ecuestre de *Felipe III*. Algunos pintores, ubicados bajo los soportales, hacían caricaturas de todo aquél que deseara immortalizarse de aquella forma tan cómica. A Sara le gustaba aquel rincón de *Madrid*. Un *Madrid* que una vez fuera regentado por los *Austrias*. Un *Madrid* que atesoraba todavía el abolengo de otra época. *La Plaza Mayor* poseía un encanto diferente para Sara, y siempre que podía se acercaba a su emplazamiento.

Sara ladeó la cabeza y desvió la mirada hacia la calle de *Postas*, subiéndosele al instante la adrenalina, dado que vio a su hermano en ella, que se dirigía hacia donde ella estaba. Sara sonrió y él aceleró el paso. Ya a su lado, Juan le dio un beso en la mejilla y se sentó frente a ella con gesto

dubitativo. Sara sorbió el café y después se cruzó de piernas.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Juan.

—Bien —contestó ella con cierto nerviosismo.

Sara dejó la taza en el plato y su mirada acogió brillo.

—¿Y tú? —demandó ella ahora.

—También bien —contestó Juan con seriedad, mientras depositaba un periódico sobre la superficie metálica de la mesa, pudiendo ella constatar que se trataba de un ejemplar de *El Sueño*.

Se estableció una pausa en aquel inicio de conversación.

Entretanto, un grupo de saltimbanquis, que había llegado a la plaza sólo unos momentos antes, comenzó a realizar acrobacias y juegos de manos con varias pelotitas.

Algunos niños se les aproximaron, irradiando sus rostros una gran felicidad.

—Juan —rompió Sara con aquel silencio—. Ando preocupada por ti.

Él se movió y la silla con él. Después, miró hacia otro punto de la plaza con rostro inmutable.

—No tienes buen aspecto —recalcó Sara— ¿Qué haces ahora?

—Nada —dijo él sin mirarla a los ojos.

—Deberías buscar un empleo —le sugirió su hermana—. Estoy convencida que cualquier periódico te contrataría.

Él la miró de reojo y después se fijó en el empedrado. Un camarero llegó a la mesa y él le pidió una cerveza.

—¿No es pronto para beber? —le dijo ella en tono contenido, mientras el camarero se alejaba.

—No me apetece escuchar los *consejitos* de mi hermana mayor.

A ella no le importó, ni la ironía ni la propia contestación en sí, y siguió a la carga.

—Vuelvo a repetirte qué me preocupas.

—Ya.

—¿Qué quieres decir con ese *ya*?

Él frunció el ceño.

—Qué parece que preocupo a todo el mundo, pero, la realidad es que nadie se interesa por mí.

Ahora, la que compuso un gesto de disgusto fue ella.

—¿En ése *todo el mundo* me incluyes también a mí?

Juan no la contestó y observó el grupo de saltimbanquis, compuesto por

una mujer y tres hombres. El número de niños se iba ampliando considerablemente

—Creo que estás siendo muy injusto conmigo —convino Sara con evidente desánimo.

Él asintió y la miró a los ojos.

—Eres mi hermana, y tendrías que haberme defendido mejor.

Los ojos de Sara se cargaron de indignación. Hizo por levantarse, pero, contó hasta diez, y ya algo más serena, intentó comprender a su hermano.

—¿Crees que no he hablado con Alfredo? ¿Tan insensible me ves?

Juan se tocó una mejilla, cómo si le hubiera entrado un picor desagradable. A continuación, manoseó el periódico sin percatarse de ello.

—Ya no sé ni lo que creo —contestó Juan de forma irreflexiva.

Sara apartó la taza, ya vacía del café, y se apoyó sobre la mesa, mientras el camarero traía la cerveza solicitada. Cuando el empleado se fue, Sara aprovechó y descargó sobre su hermano una tormenta plena de frustración.

—Para empezar: —dijo Sara con despecho, mientras Juan se llevaba la copa a los labios— te equivocas de plano, y para continuar, no sabes cómo está mi relación con Alfredo.

Juan escrutó a su hermana y dejó la copa sobre la mesa. No dijo nada, para que ella siguiera hablando.

—No nos dirigimos la palabra desde el día que te despidieron —apuntó Sara finalmente, afectada.

Juan cambió de gesto, que de grave tornó a circunspecto.

—Sé que él lo está pasando también muy mal —subrayó Sara algo molesta—. Y lo sé, porque le conozco muy bien. Estoy segura que para hacer lo que hizo, tuvo que meditarlo muy bien antes.

Juan empequeñeció los ojos.

—¡Yo hubiera dado hasta mi vida por él! —afirmó Juan con gravedad.

Sara meditó lo que diría a continuación.

—Tú estás soltero, Juan —intentó Sara razonarle—. Nadie te exige, y eres dueño de ti mismo. Alfredo, por el contrario, tiene una familia y ha de velar por ella y, a veces y aunque no le guste, tiene que tomar decisiones demasiado comprometidas. Estoy convencida que de haber podido, se habría despedido a la vez contigo.

Juan sopesó aquellas palabras pretendiendo racionalizarlas, para intentar ser equitativo en su juicio. Durante un tiempo los dos guardaron silencio.

Los niños, entretanto, seguían muy atentos a la realización de unos

ejercicios en suma sofisticados, llevados a cabo por el grupo de saltimbanquis.

—Parece que se te hayan olvidado los momentos que pasasteis juntos — volvió Sara a hacer de abogado del diablo—. Cuando erais amigos inseparables. Se te olvida, igualmente, que él te amparó siempre, incluso, que fue quien te recomendó para que trabajaras en *El Sueño*. Profundiza en ti, para saber si has hecho las cosas de manera correcta. Me refiero a tu trabajo diario en el periódico. Si has dado lo mejor de ti mismo, para así corresponder a la confianza que a su vez se te dio o si, por el contrario y durante todo ese periplo, sólo has sido un cómodo viajero de la vida, que no ha querido tener responsabilidades.

Juan escuchaba a su hermana con atención. La copa estaba ya vacía. Las agujas del gran reloj de la *Plaza Mayor* se iban acercando a las once y media.

Sara se dio cuenta de qué había defendido a su marido, llegando a una conclusión: ella tampoco había estado demasiado acertada en su trato diario con Alfredo. Ahora, intentaba reconciliar a los dos hombres que más quería, y al mismo tiempo deseaba acallar su conciencia.

Las palabras de su madre resonaban con fuerza en su cerebro.

—Te quiero, Juan —dijo Sara con calidez—. Eres mi hermano pequeño, a quien de niño tuve que proteger. Eres buena persona, pero, pecas de indolente a veces. Ya lo hemos hablado alguna vez. La vida no te la regala nadie. Vales mucho, y cómo periodista también, lo que pasa es que todavía no te has dado cuenta de ello. Intentas auto consolarte mediante un extraño sentimiento de desidia y lástima de ti mismo, y tienes que valorarte más.

Juan la miraba con ternura ahora, viéndola cómo siempre la vio: una mujer que constantemente le dio amor y protección. Si de algo se sentía orgulloso era de tenerla cómo hermana.

Juan le acarició la mano y ella le sonrió con dulzura, mas, su sonrisa se transformó de inmediato, cuando vio cómo Alfredo entraba en la plaza. Su nerviosismo se magnificó todavía más, cuando Alfredo, que ya había reparado en la presencia de Juan, se detuvo e hizo amago de volver sobre sus pasos. Por fortuna se lo debió pensar mejor, ya que fue directo hacia donde Sara y Juan estaban, aunque no demasiado convencido. Juan no le vio llegar. Notó, eso sí, una extraña zozobra en el rostro de Sara, pero no le dio mayor importancia, achacándolo, quizás, al nerviosismo del momento, pero, cuando ella se levantó y forzó el gesto, no tuvo más remedio que volverse,

encontrándose entonces cara a cara con Alfredo, que le miró con cierto recelo.

Juan adoptó un gesto adusto y miró a su hermana, que dibujó una sonrisa forzada.

—¿Cómo estás? —la pregunta de Sara salió sin fuerza.

Alfredo no la contestó y se acomodó en una silla junto a la mesa, haciéndolo Sara después. Juan, entretanto, seguía sumido en un mar de dudas. Su pensamiento le decía que debía marcharse, pero, su conciencia, trabajada con anterioridad por su hermana, le aconsejaba que bajara un poco los humos e intentara amoldarse a aquella situación no buscada por él, así que, sopesado el asunto, siguió sentado a la mesa aparentemente ausente de la presencia de su cuñado.

Se creó un silencio demasiado tenso, cortado únicamente por la algarabía lejana de los niños, provocada siempre por el grupo de saltimbanquis.

Alfredo miró a su mujer de forma inquisitoria, no llegando a entender semejante encerrona, cuando ella llevaba un tiempo sin hablarle. Ella, a su vez, intentaba explicarle, por medio de la mirada, que se sentía especialmente avergonzada y que así, mediante aquel encuentro, lo único que deseaba era congraciarse con él.

Y Juan, en medio del matrimonio, no dejaba de pensar en la vida cómo en un cúmulo de circunstancias complejas. Qué lo que al principio duele se convierte en cicatriz con el paso del tiempo. Suspiró y extendió las piernas intentando relajarse. Alfredo, que ojeaba la portada del diario, pareció encontrarse algo más cómodo y Sara, por su parte, cambió su gesto que se hizo más sereno.

Las palomas planeaban por encima de sus cabezas, pendientes de los restos de comidas.

Las nubes invadían el cielo, todavía azul.

El frío era el protagonista principal en la mañana, que avanzaba de manera inexorable hacia el mediodía.

—Juan... —dijo Alfredo con voz insegura— He pensado en llamarte muchas veces para decirte que lo siento, que no tuve más remedio que hacer lo que hice, pero, no llegué a hacerlo. Incluso, Tomás me insistía. Hasta se lo prometí a tu hermana, pero, no sabía si me mandarías a la mierda y, la verdad, tenía miedo de que eso sucediera, pues... te aprecio mucho.

Juan no le miraba. Sus ojos visualizaban una paloma que merodeaba por la cercanía de la mesa. El gesto contenido de Juan no envió ningún atisbo de

perdón, por el contrario permaneció inalterable, entre el sí y el no.

—Te pido perdón —dijo Alfredo con sinceridad— por no haber hecho algo más... y no sé qué más decirte.

Los ojos azules de Juan se hicieron, quizás, todavía más azules, cómo si el posible perdón que estuviera a punto de conceder, oxigenara su alma, y ese aire, ya vivificado, llegara a su mirada renovándola.

—No tienes por qué excusarte —musitó Juan finalmente—. Hiciste lo que tuviste que hacer... y punto.

Sara suspiró y Alfredo se sintió en parte aliviado.

El camarero llegó a la mesa con gesto servil. Alfredo le pidió una cerveza y Juan otra. Sara negó con la cabeza.

—Tengo que contaros algo —dijo Juan de improviso y con una pizca de misterio, mientras el camarero se alejaba de ellos.

Alfredo y Sara lo miraron con extrañeza.

Juan les puso al corriente de su encuentro con la joven mejicana, de cómo ella le había tocado muy adentro. Sara, durante la larga exposición de su hermano, mantuvo dibujada en su rostro una sonrisa cargada de satisfacción.

Alfredo, que intentaba prestarle la misma atención, era traicionado, sin embargo, por su pensamiento, que le llevaba a cuando tuvo que tomar una decisión traumática. Jamás se sintió tan unido a Juan y nunca calibró mejor a su mujer cómo en aquel instante. Sus ojos se enrojecieron y Sara, muy intuitiva, lo percibió.

Las palomas, entretanto, picoteaban por el suelo.

Los saltimbanquis se retiraban de la plaza tras haber recogido unas cuentas monedas, y los niños regresaban junto a sus padres.

El camarero sirvió las dos cervezas y volvió a retirarse.

Alfredo alzó su copa y Juan dudó un instante antes de hacerlo. Finalmente le imitó, siendo Sara la invitada especial de aquel brindis.

—¡Por nuestra amistad! —dijo ella con vehemencia— ¡Para qué veamos más allá del entendimiento, allá donde residen los sentimientos!

Sara pronunció aquella sentencia, que salió desde lo más profundo de su sensibilidad. Y así, mientras ellos bebían, ella les observaba, sintiendo una dulce turbación, cómo si ella bebiera también, aunque sólo a través del subconsciente.

El mediodía llegó de una manera muy especial: efectuando un brindis bajo un sol invernal, rodeado por un cúmulo de nubes silenciosas.

La estatua de *Felipe III*, encaramada por toda la eternidad a su caballo, pareció sentirse satisfecha ante la conducta de aquellos humanos y, el grupo de palomas, cómo si presintiera semejante bonanza, voló en bandada, justo por encima de aquel personaje tan ilustre.

*La Plaza Mayor* volvió a ser el punto ideal para un encuentro siempre soñado.

El rostro de la noche había acogido una faz tormentosa.

Las nubes, que se habían ido agrupando a lo largo de la jornada, descargaban un fuerte aguacero sobre las calles, que asemejaban riachuelos, invadiendo las aceras y, por ende, los bajos de los automóviles.

El viento llevaba la lluvia a todo lado, en un baile casi frenético.

La luz de las farolas salía especialmente amortiguada ante aquella lluvia tan pertinaz.

*La Plaza de Toros de Las Ventas* mostraba su solitaria silueta circular a la inclemencia del tiempo, alejada ahora de *olé*s y aplausos, dado que no había ni toro ni torero alguno en su coso, ni siquiera fervientes seguidores que hacían de cada corrida la fiesta nacional por excelencia.

El viento ululante entraba por las hendiduras ojivales de la plaza, estremeciendo con su sonido a algún transeúnte aislado que, con el paraguas en la mano, intentaba alcanzar con prontitud su domicilio.

Por ese motivo, la calle de *Alcalá* se encontraba prácticamente desierta en aquella hora nocturna. Hora, en que los rayos lanzaban serpenteantes destellos y los truenos sonoros cañonazos.

Ladera arriba, cómo colgado de la nada, cómo huésped impenitente de la oscuridad, se encontraba el *Barrio de la Concepción*. Y entre el coloso taurino y el barrio periférico superpoblado, una larga ascensión: el *Arroyo del Abroñigal*, con sus altos edificios e innumerables parques públicos, y en medio a su vez de aquel amplio perímetro, guarecida bajo la estructura de hormigón de un puente, la figura de un hombre de fuerte complexión. La luz, casi fantasmal de los rayos, atravesaba una y otra vez el cielo ensombrecido, dando de lleno en aquel gigante de hormigón y acero y, creando por lo tanto, un insignificante aunque visible haz destellante. Haz que impactó en un hombre que, oculto, daba la sensación retara a la tormenta. El sujeto, parapetado tras uno de los pilares del puente, ocultaba su rostro con un pasamontañas, protegía su cuerpo con una pelliza de color negro y las manos —que sujetaban un bate de béisbol— con unos guantes igualmente negros. El individuo seguía atentamente y con la mirada a cualquier vehículo que pasara por su cercanía, pues, esperaba a uno en concreto: un taxi, que debería traer a un pasajero muy especial. De hecho, llevaba aguardándolo más de una hora.

El desconocido miró su reloj: eran las nueve y cuarto. Movi6 los hombros para desentumecerlos. Escrut6 los alrededores, creyendo adivinar, entre la densa cortina de agua, el destello brillante de los faros de un coche policial que, desde hacfa un tiempo, merodeaba por los alrededores. Se uni6, haci6ndose casi un todo, con el pilar de hormig6n, mientras el autom6vil pasaba de largo, siguiendo con su habitual ronda nocturna. El sujeto recuper6 la posici6n y aferr6 el bate de b6isbol con fuerza. Los dedos de sus pies empezaban a darle punzadas. Movi6 la cabeza c6mo negaci6n y se dispuso a dejar aquel escondite improvisado. Un nuevo haz de luz traspas6 el manto casi homog6neo de la lluvia, incidiendo entonces y de manera directa sobre sus pupilas.

Un taxi se detuvo, instantes despu6s, muy cerca de donde 6l se encontraba, baj6ndose del veh6culo una mujer de unos treinta a6os. Los ojos del hombre destellaron. Aquella era la persona que esperaba. Se escondi6 c6mo un felino tras su presa, agazap6ndose todavfa m6s tras el pilar. La mujer abri6 un paraguas con algo de dificultad y, ech6 a caminar, alej6ndose progresivamente de 6l. La calle, desierta, parecfa predisponerse a su favor, y 6l, con movimientos tan r6pidos c6mo calculados, fue avanzando con sigilo, dispuesto a abalanzarse sobre su nueva v6ctima. Finalmente, el sujeto lleg6 junto a la mujer, cuando 6sta accedfa a las lindes de un jard6n p6blico. No dud6. Le tap6 la boca con la mano y la mujer, sorprendida, no reaccion6. El viento se llev6 el paraguas muy lejos. A continuaci6n, la viol6 con brutalidad. Despu6s, apret6 su garganta hasta dejarla sin vida. Todo ocurri6 demasiado deprisa, mientras la lluvia empapaba los dos cuerpos. El hombre se incorpor6 y la mir6 con una mezcla de odio e indiferencia. Un bate vol6 hacia la mujer, igual que una cruz, instantes despu6s, mientras un rayo zigzagueaba en el cielo sombrfo. El sujeto mir6 en derredor sin ver a nadie. Se centr6 el pasamonta6as en la cabeza y, tras adecentarse la pelliza y el vaquero con la mano, se fue alejando, si bien con estudiada lentitud, del escenario del nuevo crimen.

Sus ojos brillaron al acariciar el trocito de braga que acababa de quitar a su v6ctima, que se guard6 en un bolsillo del vaquero como si de un tesoro muy valioso se tratara.

El desconocido lleg6 a la calle de *Alcal6*, liberado ya del pasamonta6as, s6lo unos segundos antes de visualizar, justo por la acera contraria, a un nuevo coche policial.

Se subi6 la solapa de la pelliza y ocult6 el bate en su interior,

presionando con fuerza sobre el velcro.

Un nuevo relámpago anticipó un trueno muy sonoro.

La noche seguía siendo sumamente desagradable.

*A la mañana siguiente.*

Las cosas, cuando suceden, no tienen vuelta ya de hoja, por más que se intente cambiar el guion de lo que no salió cómo esperado. La suerte, esquiva a veces, juega un papel preponderante, lo mismo que el destino, siempre irreflexivo y caprichoso.

Eso meditaba Ernesto Buendía, con barba de varios días, aspecto desaliñado y ojos vidriosos, señal de no haber descansado casi nada. Eso pensaba él, mientras se observaba en el espejo del aseo anexo a su despacho, cuando eran las nueve de la mañana, y sólo media hora antes había recibido una llamada telefónica informándole del hallazgo de un nuevo cadáver: un obrero de la construcción se había topado, a eso de las siete de la mañana, con el cuerpo ya sin vida de una mujer que, pocas horas antes, había sido asesinada de manera violenta. El informante dijo que la mujer estaba semidesnuda, con una cruz clavada en su pubis.

Una profunda tristeza se había adueñado del espíritu del comisario Buendía. Supo que no tenía ya tiempo, que éste se le había esfumado con aquella nueva muerte, de la que él era el único culpable, pues no había sido capaz de abortarla. Se sintió un inútil y, rememoró, sin desearlo, su infancia de nuevo.

Escupió sobre el espejo y, su rostro, reflejado en él, quedó cubierto con el lapo, distorsionándose entonces para acoger una forma indefinida, mitad espectro mitad sombra.

Sonó el teléfono, siendo consciente que aquella llamada le acercaba todavía más a su destino. Supo, igualmente, que en cuanto lo descolgara y hablara, tendría que morderse los labios y apretar los puños con fuerza, pues, no hay nada peor que la humillación, cuando ésta llega mediante el descrédito, cuando es ejecutada, además, con alevosía y premeditación y, aun sabiéndolo, fue hacia el aparato y lo descolgó. Sus temores no fueron infundados.

Su superior le comunicó que quedaba apartado del caso y, que a lo largo de la mañana iría a visitarle, acompañado por la persona que lo retomaría.

Buendía sintió acidez en el estómago y ésta le envió náuseas. Tuvo necesidad de vomitar, pero, se contuvo, si bien no dejó de recibir arcadas. Colgó y se dirigió con aire cansado hacia el sillón, donde se dejó caer a bulto, hundiendo después la cabeza en el pecho, mientras sus manos se mesaban el cabello.

No atendió más llamadas, ni contestó a la puerta en las dos o tres ocasiones que tocaron en ella. Se encontraba hundido. Se dejó llevar, de forma irremediable otra vez, por una melodía que invadió su cerebro, transportándole ésta a otro tiempo, a otra época, en la que fue muy feliz: su niñez, cómo símbolo de añoranza. Sus primeros doce años de vida, cómo la aproximación hacia la única persona que realmente amó: Ana Castillo, con su mirada dulce y melancólica, y su piano, y aquella partitura inolvidable, que le embriagó, aún sin sonar. Cuánto no habría dado por regresar, a través de un imaginario e invisible *túnel del tiempo* a aquel momento, cuando era un niño que deseaba descubrir los milagros de la vida. ¡*Pura patraña la existencia!*, pensó, hastiado.

El tiempo pasó con demasiada rapidez: unos golpes, dados con decisión en la puerta de su despacho, le sacaron del túnel profundo y oscuro donde su cerebro había anidado. Sus ojos, inyectados en sangre, miraron hacia la puerta, y su cuerpo, agotado y envejecido, se incorporó y fue hacia ella, cómo lo hace cualquier castigado a muerte.

Le pareció extremadamente cruel a Buendía, que una simple puerta de madera, separara su ayer de su hoy. El comisario finalmente la abrió, encontrándose frente a su superior, el inspector jefe Aurelio Eizaguirre, cuyo rostro crispado anticipaba el chaparrón que le llegaría en breve. Su cuerpo menudo y su aparente fragilidad, enmascaraban, sin embargo, una voluntad férrea y un sentimiento fascista muy acusado.

Sus ojos pequeños y de color ceniciento eran, a la vez, huidizos y penetrantes, cómo si semejante dualidad conformara su personalidad, ésta doble también, de risa fácil y puño severo. El tipo de personas del que siempre se quiere huir, dado que antes o después se termina enfrentándose a ellas, aun cuando no se desee, se dijo Buendía para así.

Un bigotito daba algo de expresividad a aquel rostro de piel lechosa. Su cabello rubio, escaso y lacio, iba unido a su cabeza mediante una ligera capa de brillantina. Vestía con un traje gris, impecablemente planchado e impecablemente sobrio, y sus zapatos negros relucían igualmente. Acompañándole iban dos hombres: uno, que él ya conocía, y otro, un

personaje un tanto extraño de aspecto apocado.

El conocido era Estebanez, el inspector Estebanez, el estirado y empalagoso inspector Adolfo Estebanez, de rostro aniñado a pesar de sus más de cincuenta años, cuyos ojos de mirada incierta y de color marrón transmitían, a su vez, una personalidad camaleónica, capaz de lo mejor y de lo peor al mismo tiempo. Un hombre que enseguida te atrapaba por su personalidad arrolladora, de mediana estatura y complexión normal, cuyo cabello castaño, demasiado rasurado, delimitaba una cabeza bien proporcionada. Adolfo Estebanez forzó una sonrisa, y a él se le heló la sangre. Junto al inspector, solicitado siempre para la resolución de los casos más complicados, que contaba con la abrumadora estadística de un ochenta y cinco por ciento resueltos, se encontraba un sujeto de escasa personalidad, de ojos negros de mirada inocua, rasgos inexpresivos y alopecia progresiva.

El inspector jefe, cómo si se percatara del rápido análisis de Buendía, se apresuró a presentárselo.

—Es Raúl Montoya —le aclaró con falsa cordialidad—. Fotógrafo especializado que acompaña a Estebanez en sus investigaciones. Un sabueso que olfatea las presas y que, aparte de ejercer su profesión a la perfección, ayuda de manera inestimable a nuestro buen Estebanez.

El hombrecillo esbozó una sonrisa forzada, que Buendía no le devolvió, quien aprovechó para retirarse de la puerta, dejando así expedito el camino a los recién llegados que, se desplazaron hacia el centro de la estancia, mientras el comisario lo hacía hacia el sillón, donde se sentó.

La tensión se percibía.

—Cómo le anticipé por teléfono —dijo el inspector jefe en tono hiriente— queda relegado de este caso. No puede haber más víctimas, y sé que lo entenderá. A veces y, por más que se esfuerce uno en ello, no se consiguen los objetivos marcados. Creo que tanto usted cómo su equipo han llegado a un punto sin retorno, de ahí, que intervengamos nosotros ahora. Les agradezco su esfuerzo, pero, la vida policial tiene sinsabores a veces y, aun cuando nos sentimos orgullosos de su trabajo, éste no ha tenido éxito. Un asesino en serie sigue suelto y, aunque les hemos advertido a los periódicos que silencien lo de las cruces, la justicia nos pide celeridad y, no sólo la justicia, sino también el poder. La *Guardia Civil* anda descontenta con nuestro trabajo, así como casi todo el estamento militar. El *régimen* no desea que esta situación, que se ha desorbitado, termine escapándose de nuestras manos.

El comisario miró con evidente fastidio a aquel personaje, ahogando para sí sus pensamientos, que prefirió omitir por su propia seguridad.

—Bien —prosiguió Eizaguirre hablando—. Las dos personas que me acompañan, se harán cargo de esta situación, y eso es todo, Buendía. Regrese junto a su equipo al ritmo normal de la comisaría.

El rostro de Estebanez, mientras el inspector jefe hablaba, acogió brillo, igual que el del fotógrafo, que pareció refulgir, al lado cómo estaba de su compañero de investigación.

Los tres hombres salieron del despacho, y el comisario, tras cerrarse la puerta, lanzó un paquete de cigarrillos contra ella que, al impactar sobre su superficie, provocó que cayeran algunos de ellos al suelo.

—¡Hijos de puta! —bramó Buendía de manera contenida.

El comisario abrió uno de los cajoncitos del escritorio, de dónde sacó la pitillera plateada con las letras *E* y *B* grabadas en ella. Tras abrirla, cogió un *Ducados* que se llevó a los labios, encendiéndolo con el mechero. Mientras las volutas viajaban al techo, creando hilillos casi invisibles en su trayectoria, su pensamiento se centró en la puerta y en los cigarrillos que estaban esparcidos por el suelo, muy cerca de ella. Se dijo entonces: *¡No y un millón de veces no!* Por supuesto que no dejaría el caso. Seguiría en la brecha a escondidas, claro que seguiría y, no sólo él, sino también buena parte de su equipo, aunque semejante decisión, que acababa de tomar ahora mismo, le costara su puesto de trabajo. Involucraría a agentes identificados con él y, cómo no, a su brazo derecho, el sargento Ramírez, el hombre más cualificado que nunca conociera. Decidido, descolgó el teléfono y llamó al domicilio del sargento, sabiendo que aquella llamada rompería su descanso, pero, lo que primaba ahora y, más que nunca, era la rapidez con que se actuara. *Ese asesino no sabía con quién se jugaba los cuartos* —reflexionó, mientras entrecerraba los ojos— *y ya iba siendo hora de qué lo supiera*. Su mirada se fue desprendiendo de la bruma que tuvo anclada en sus pupilas los últimos nueve días, acogiendo ahora un brillo magnético. A partir de ahí, comenzaba una nueva estrategia: él y un puñado de buenos aliados, contra todo el aparato policial y contra un asesino vengativo y sanguinario.

La llamada siguió su curso, mientras el cigarrillo se balanceaba en la comisura de sus labios.

*Aquella misma mañana.*

Casandra, la noche anterior, llamó a Juan por teléfono, citándole en la cafetería de la *Facultad de Bellas Artes*, en plena *Ciudad Universitaria*.

Juan aceptó la propuesta, pero le preguntó por el motivo de la cita.

Ella se cerró en banda, argumentándole que se lo diría una vez que estuvieran juntos.

Por ese motivo, Juan iba ahora hacia la *Universidad*, disfrutando de la bonanza de una soleada mañana invernal, mientras aprovechaba el largo recorrido, para desarrollar una táctica con la que esperaba atrapar a aquel asesino sin alma. A primera hora de la mañana leyó en la portada del diario *El Sueño*, la noticia luctuosa de un nuevo asesinato, y él, que pensaba que aquél que le atacó era la misma persona que ya había matado a cuatro mujeres, no estaba dispuesto a quedarse cruzado de brazos. Era periodista, sentía cómo periodista y pensaba cómo periodista, a pesar de que ya no trabajara en ningún periódico.

Accedió a la primera facultad, dentro ya del complejo de la *Ciudad Universitaria*, casi sin darse cuenta, encaminándose hacia la de *Bellas Artes*. Durante el trayecto se cruzó con un gran número de estudiantes. Finalmente llegó frente a la puerta de la facultad traspasándola. Bajó por unas escaleras que le llevaron hacia la cafetería, que estaba hasta los topes. Una mano surgió de entre la multitud: Casandra le hacía señas. Fue hacia su encuentro. La joven se levantó y le dio un beso en la mejilla, devolviéndoselo él. Ella le indicó, mediante un gesto, que se sentara a su lado, y él cogió una silla vacía de la mesa contigua y así lo hizo. Casandra compartía mesa con otros cuatro jóvenes: una chica y tres muchachos. Sobre la mesa había tazas de café, vasos de agua y platos con bocadillos variados. En dos ceniceros humeaban varios cigarrillos.

Casandra sonrió y miró a Juan con agrado.

—Quiero presentarte a estos buenos amigos —dijo ella con cordialidad.

Y se los fue presentando uno a uno. Juan asintió con un leve movimiento de la cabeza con cada presentación. Concluida ésta, cada uno atacó a su

desayuno, sin dejar de dialogar por ello. Juan pidió un café.

—Les he hablado mucho de ti —la joven siguió haciendo de *Cicerone* improvisada— y querían conocerte. Por eso, he programado esta pequeña reunión en horas de clase. Son estudiantes de tercer año de *Periodismo*.

Juan distendió el gesto al oír aquello. A partir de ese momento, dejó a un lado el recelo inicial, ya que aquellos jóvenes eran casi colegas suyos, y comprendió a Casandra mejor.

La conversación fue fluida en todo momento.

Llegó la hora de regresar al aula, para seguir con el ritmo normal de las clases.

Los estudiantes se despidieron de Juan con efusividad, en especial la chica, que le envió una dulce y provocadora mirada, que no pasó desapercibida para Casandra.

—Parece que le has gustado —le apuntó la mejicana, al quedarse solos.

—Pues, si así fuera —dijo Juan— tiene el gusto equivocado. Aparte, de que podría ser casi mi hija.

—¿Tan mayor te consideras?

—Todo un anciano.

Ella le dio con un codo en el brazo y dijo a continuación:

—¡Pero qué tonto eres!

Él entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—¿Tú crees? —manifestó.

Se miraron y unieron sus labios, dándose un cálido beso.

Casandra y Juan salieron de la facultad, poco tiempo después, unidos por el talle.

La mañana seguía siendo especialmente nítida.

—Faltaré a las dos últimas clases y así te acompaño —dijo Casandra— y, si te parece bien, *me invitas* a almorzar. Mañana me pasarán los apuntes.

Juan la miró de reojo y, tras sonreír, asintió.

—¿No te habrás disgustado por lo de hoy? —preguntó ella y lo miró a los ojos.

Él arrugó la frente.

—No. ¿Por qué?

—Hombre, ha sido una encerrona, pero, tenían ganas de conocerte.

—Yo no soy nadie especial.

Ahora fue Casandra la que frunció el entrecejo.

—He querido animarte, y qué mejor que sentirte admirado por alguien.

—Me estás cambiando...

—¿Tan importante soy para ti? —demandó Casandra.

—Comienzo a asustarme por ello.

La joven agravó el gesto y, a partir de ahí se hizo más hermética, percibiéndolo Juan, que prefirió no seguir hablando.

De improviso, les llegó un murmullo lejano, cómo de personas gritando.

Casandra y Juan, sin dejar de caminar, se miraron con extrañeza.

El griterío crecía, según se acercaban a la *Facultad de Ciencias de la Información*.

A lo lejos, Juan visualizó a un número considerable de universitarios que llevaban pancartas en las manos, mientras lo que dijeran se perdía en el espacio. Los estudiantes iban hacia donde ellos estaban. Juan quiso reaccionar, pero fue ya demasiado tarde. Él, que había pasado por momentos parecidos, volvía ahora y sin pretenderlo, a involucrarse dentro de uno de ellos. Casandra se asustó. Los estudiantes corrían y gritaban al mismo tiempo diciendo: *¡Libertad de Expresión!*, *¡Fuera el Fascismo!*, *¡Abajo el Dictador!* Tras aquella turba, Juan y Casandra observaron a una gran cantidad de policías a caballo: los *grises* blandían sus porras, subidos en sus cabalgaduras. Los estudiantes vociferaban una y otra vez aquellas consignas,

mientras los *grises* les perseguían, descargando golpes sobre sus cuerpos. Juan cogió a Casandra de la mano y echaron a correr, viéndose sobrepasados por muchos estudiantes que corrían más que ellos. Casandra, agotada y con el miedo reflejado en sus pupilas, sintió que sus piernas no le respondían, y lo que Juan temiera se produjo finalmente: varios caballos, azuzados por los *grises*, se les colocaron en paralelo, y ellos, casi aplastados por sus patas, esquivaron cómo mejor pudieron los golpes de las porras. Casandra se trastabilló y cayó al suelo. Juan quiso auxiliarla y le tendió una mano, pero, una porra le golpeó primero en la cabeza y después en los riñones. Juan se revolvió y miró con rabia al *gris* que le había atacado, quien azuzó su montura, elevando entonces ésta sus patas. Juan se encogió, aunque no dejó de proteger a Casandra con su cuerpo quien, todavía en el suelo, observaba la escena atemorizada.

Las patas del caballo iban a impactar sobre el cuerpo de Juan, pero él estaba pendiente únicamente de que a ella no le sucediera nada. Juan cerró los ojos y Casandra, ante lo inevitable, gritó de impotencia...

De improviso, alguien se situó entre Juan y la montura, retando de ese modo al animal. El *gris* espoleó al caballo, pero éste ignoró su orden, pues seguía pendiente del recién llegado, que continuó protegiendo a Juan y a Casandra con su cuerpo. El equino bajó las patas, y el *gris*, enfurecido, miró con extrañeza al hombre que había logrado apaciguar al animal, pero aquella bonanza duró muy poco. El *gris* blandió la porra y fue hacia el desconocido, que no se inmutó, amparado en la seguridad de su propia personalidad. El *gris* lo miró con fastidio, intuyendo Juan que aquel sujeto iba a recibir infinidad de golpes, pero, el *gris*, por contra, no hizo nada de aquello y, tras observar al individuo con confusión, clavó las espuelas en los ijares del caballo, saliendo de allí cómo alma que persiguiera el mismísimo *Lucifer*, para entonces ir contra otros universitarios, perdiéndose entre la confusa masa estudiantil.

El hombre se giró y los miró, dándose cuenta Casandra de la belleza que encerraban sus facciones: sus ojos acogían el color de la miel. Su frente era despejada. Sus cejas rectas. Su nariz larga, quizás un poco prominente. Sus labios finos. Su cabello, largo y lacio, de tono acaramelado. Su barba, muy rasurada, y de un tono similar al oro viejo. Poseía, así mismo, una fuerte complexión, y rondaría el metro ochenta de estatura. La joven le calculó unos treinta años de edad, puede que alguno más.

—¡Gracias! —dijo Casandra con expresividad, mientras se incorporaba

del suelo.

—No hay porqué darlas —contestó el sujeto mientras observaba el horizonte, comprobando cómo los estudiantes y los policías eran un punto ínfimo en la lejanía.

—Estuviste muy oportuno —apuntó Juan.

—Vosotros hubierais hecho lo mismo por mí.

Juan asintió no muy convencido y ojeó su reloj. Dudó un instante y miró a Casandra que, tras entender el mensaje silencioso, dio su conformidad de manera casi imperceptible.

—Íbamos a almorzar —dijo Juan—. Así que si quieres unirte.

El desconocido lo reflexionó y asintió finalmente.

Poco después, dejaban atrás el recinto de la *Ciudad Universitaria*.

Llegaron frente al restaurante *VIPS* cerca de las dos, un establecimiento cómodo y confortable, situado casi al lado de la *Torre de Madrid*. Entraron en él, hallándolo semivacío, por lo que se hicieron con una mesa fácilmente. El local era amplio, estructurado en forma de doble ele, con profusión de mesitas circulares situadas a lo largo y ancho del recinto.

La luz era más bien tenue y, anexo al restaurante, se había habilitado un área para libros, periódicos y revistas, así como otra para artículos de regalo. El hilo musical ofrecía melodías interpretadas por la orquesta de *Franck Pourcel*.

—¿Cómo te llamas? —la pregunta se la hizo Juan a su benefactor, quien dejó a un lado la carta que ojeaba y, tras mirarle, contestó:

—Salvador.

—¡Caramba! —exclamó Juan— Nunca un nombre definió mejor una situación: hoy has sido nuestro salvador.

El joven sonrió.

—Yo me llamo Juan y ella Casandra —le aclaró el periodista.

Salvador aprobó mediante un gesto.

—Has estado presto al ponerte en medio del caballo —dijo Juan con gratitud.

—No tiene demasiada importancia.

Casandra miraba a Salvador, encontrándolo fascinante. Era un hombre muy fuerte y su mirada enviaba profundidad. Poseía una personalidad muy acusada, algo alejada, quizás, de la que proliferaba por las zonas universitarias. Decidida y, cómo persona curiosa que era, intentó profundizar.

—¿Qué estudias? —preguntó Casandra a bote pronto.

Salvador sonrió de nuevo.

—No. Ya pasé esa edad —respondió el hombre—. Tengo una empresa de madera. La casualidad ha querido que tuviera que acompañar a un sobrino mío a la *Facultad de Medicina*. Cosa de papeleos, pues, por motivos laborales sus padres están fuera de *Madrid*.

—¿Hacéis muebles? —demandó ella de nuevo.

Salvador sonrió, una vez más.

—Esto parece todo un interrogatorio en regla —dijo Salvador con

gracia.

Ahora fue Casandra quien rio con ganas. Juan salió al quite:

—Yo trabajo —comentó—. Bueno, mejor decir trabajaba... en un periódico.

—¿Periodista?

—Pues, sí.

—Lo dices cómo insatisfecho.

—Los tiempos que corren no son los mejores para ejercer un *Periodismo* libre —puntualizó Juan—. Este *régimen* no permite más ideas que las suyas.

—Ya...

Casandra asistía, vivamente interesada, a la conversación que Juan y Salvador mantenían, dando sorbitos de vez en cuando al refresco que había pedido.

—¿Y tú eres de los que piensan que hubo libertad alguna vez? —preguntó Salvador.

Juan se encogió de hombros y contestó:

—Ya sé que es raro el sistema político que deja entera libertad al individuo.

Salvador asintió y matizó:

—Los gobiernos atan al hombre para que no piense demasiado —la voz de Salvador acogió un matiz diferente, cómo si su pensamiento viajara hacia atrás, y los recuerdos que tuviera guardados, salieran a flote entonces—. Quien no tiene tiempo para pensar, no tiene, por lógica, tiempo para cambiar nada. La prueba es, que todo sigue igual desde hace miles de años: la vida dividida entre ricos y pobres.

Casandra y Juan miraban a ese casi desconocido pendientes de lo que decía.

—En *Estados Unidos* y hace pocos años —quien ahora tomó la palabra fue Casandra— hubo un movimiento reaccionario. Un canto de libertad en contra de la guerra. Una hermosa manera de decir basta a las muertes inútiles de jóvenes soldados, que fueron a *Vietnam* para morir defendiendo democracias. Ahí sí que la juventud tuvo un papel importante: dar amor en vez de metralla. Qué consonancia ésta, con el *mayo francés del sesenta y ocho*. La juventud liderando los límites de su propia existencia. Aquel canto universitario, efectuado junto a la *Torre Eiffel* parisina de, *la imaginación al poder*, y aquel maravilloso concepto americano de, *Paz y Amor*. Hay que sopesar debidamente la importancia que la juventud tuvo en aquellas

manifestaciones.

Salvador movió la cabeza en sentido afirmativo, mientras Juan la observaba con asombro.

—¿Cómo estás al tanto de todas estas cosas? —preguntó finalmente Juan con extrañeza.

Casandra esbozó una sonrisa

—Ya te comenté —dijo ella— que procuro estar bien informada, aparte de que me gusta leer.

—Bien, fijaos en la juventud española de ahora —terció Salvador, mientras extraviaba la mirada—. Desea un país libre, y creo que anda cerca de conseguirlo. *Franco* está delicado y no sé cuánto tiempo tardará en llegar a su final, pero, presiento que está cerca. Cuando eso ocurra, desaparecerá el dique que se construyó a su alrededor.

—Yo no estoy tan seguro de ello —matizó Juan—. Es más... vaticino que tendrán elegido ya a un sucesor que será igual que él. A pesar de lo ocurrido con *Carrero Blanco*. Otro tanto de lo mismo.

Casandra afirmó con la cabeza.

—Pues, yo opino lo contrario —cuestionó Salvador—. La juventud de ahora es más inquieta que la de antes, hablando, claro, en términos generales. Se ha avanzado en estudios, y el acceso a la Universidad es más genérico que hace, por ejemplo, treinta años, periodo en que el país se movía bajo unos conceptos más agrícolas y menos industrializados.

—Permíteme que siga con mis dudas —diferió Juan—. No sé si tendrás razón en tus argumentos, pero tengo la sensación que vamos a seguir igual: mucha represión y una falta absoluta de libertad para la prensa. ¿Sabes que este *régimen* ha puesto más de veinte expedientes administrativos al periódico donde yo trabajaba, con multas que sobrepasan el millón de pesetas, y no sólo eso, sino que además lo secuestró, suspendiéndolo durante cuatro meses?

Salvador frunció el ceño, y se llevó el dedo corazón a los labios, haciendo una leve presión sobre ellos.

—Quizás yo no viva lo que tú sí vives, alejado cómo estoy un poco de la actualidad, metido de lleno en los problemas que genera mi empresa —los ojos de color miel de Salvador brillaban con una claridad especial, con un halo que los hacía todavía más radiantes. El rostro de aquel individuo acogía, mientras hablaba, una belleza serena, una paz interior que se manifestaba en cualquiera de sus movimientos, siempre pausados. Su voz, igualmente

atemperada, era un cúmulo de matices sosegados— pero, creo que las cosas van a cambiar en breve.

—¿Eres adivino, quizás? —demandó Juan y sonrió.

Salvador le devolvió una sonrisa cómplice.

—Sólo observador —dijo— y lo que veo, me hace pensar que todo puede variar.

Cassandra dio un último sorbo al refresco de cola y suspiró después.

—Me encuentro muy bien —sentenció ella— y, la verdad, es qué hacía mucho tiempo que no me sentía así, ya que echo de menos a mi familia y, claro, a mi país, pero, desde que tengo tu amistad —su mirada se clavó en Juan— y ahora que empiezo a conocerte —sus ojos se centraron en Salvador— creo que vais a ser mis particulares botes salvavidas y, os advierto, que voy a aferrarme a vosotros con todas mis fuerzas.

Salvador emitió una sonrisa condescendiente y Juan la observó, cómo se mira cuando empiezas a enamorarte de alguien.

—Y tú: ¿a qué te dedicas? —preguntó Salvador a Cassandra.

Ella ladeó la cabeza y, antes de contestar, observó el local: se había llenado. Las voces se unían a las canciones de *Frank Sinatra*, que se escuchaban a través del hilo musical.

—Desde hace dos años estudio *Dibujo y Pintura en la Facultad de Bellas Artes* —contestó ella con un ápice de tristeza reflejado en la mirada—. Me concedieron una beca en mi país y no quise pasar por alto la gran ocasión que se me brindaba.

—Humm... Interesante. ¿De dónde eres? —preguntó Salvador con voz profunda.

—De Méjico.

—Bonito país. ¿Y qué clase de pintura te gusta?

—Amo el *expresionismo* —dijo ella sin vacilar—. El pintor llega a él a través de una forma tormentosa del alma.

—Así es —reflexionó Salvador—. Grandes pintores de esa misma modalidad fueron hombres fracasados en su vida particular, y no precisamente por culpa del Arte.

Ella corroboró aquellas palabras, bajando dos veces la cabeza en sentido afirmativo.

—Me gusta la irrealidad que encierra toda realidad —la joven les hacía compartir sus sensaciones—. Sacar el lado oscuro de las cosas. Esa percepción casi invisible que sólo uno ve —su mirada enviaba un fulgor

extraño, cómo si lo que anidara en su cerebro, saliera a través de sus manifestaciones. De ahí, que no mirara ni a Juan ni a Salvador al hacerlo. Sus ojos, por el contrario, andaban prendidos en la luz desvaída de una lámpara que, situada frente a ellos, enviaba su vaga tonalidad hacia parte del comedor. Sus manos, entrelazadas, temblaban levemente, movidas por una convulsión confusa, que parecía se hubiera apoderado en aquel preciso instante de todo su ser.

—Cuando pinto me transformo —siguió Casandra pensando en voz alta—. Y tengo la sensación, que yo no soy quien pinta, que mi mano es movida a voluntad por un ente invisible que está siempre conmigo. Entonces, extraigo el alma de lo que veo y después lo plasmo sobre el lienzo. Parecido a una posesión que me ahogara y exaltara al mismo tiempo.

Los dos hombres la miraban sorprendidos por la vehemencia con la que hablaba, sobre todo Juan, que se iba sintiendo cada vez más atraído por aquella joven de facciones tan bellas cómo extrañas, por aquella mejicana ambigua, por aquella muchacha turbadoramente atractiva, que le iba robando el corazón con lentitud, sin que ni él mismo lo notara.

—¿Y tú? —la mirada serena de Salvador se centró en los ojos azules de Juan, que se removió nervioso en su asiento.

—Ya te dije que soy periodista o por lo menos que lo intento —contestó Juan.

Salvador negó con la cabeza y su barba de color oro viejo pareció relucir por el destello vivo de un plafón del techo.

—No me refería a eso —matizó el empresario—. Te preguntaba que: ¿cuándo intentarás cambiar tu destino?

Juan lo miró confundido. Aquella pregunta, efectuada por alguien a quien apenas conocía, no le gustó demasiado. Su silencio fue su respuesta.

Casandra quiso romper con aquella situación tan cortante.

—Me gustaría invitaros a un café —dijo ella con expresividad—. En la *Plaza de Callao* hay una cafetería que lo pone bárbaro.

Ellos asintieron.

Tras salir del restaurante, fueron hacia la *Avenida de José Antonio*, confundiendo entre un río de personas y automóviles.

La tarde había traído frío, y éste era el protagonista principal ahora. Cerca de las cuatro, la luz apenas si lograba llegar a la avenida.

Quince minutos después arribaban al establecimiento recomendado por Casandra, entrando en él. Una barra semicircular delimitaba el área de servicio, donde dos señoritas atendían a varios clientes. Eligieron una de las mesas, la más cercana a la cristalera. Momentos después, degustaban los cafés.

—¿Y qué sucedió para que tuvieras que dejar tu trabajo? —demandó Salvador, al mismo tiempo que observaba a Juan en profundidad.

Éste rememoró sucesos pasados que tanto daño le hacían y, tras apurar el café, mediante un último sorbo, dejó la taza en el plato y su rostro acogió un gesto triste.

—¿Se puede luchar contra uno mismo? —dijo Juan y su mirada se hizo misteriosa. Hablaba con nitidez, pero, sus palabras, por el contrario, salían frías y distantes a la vez—. El destino nos guía y, aunque intentemos luchar contra él, lo cierto es, que nos convertimos en cómicos juguetes dentro de sus brazos invisibles.

Juan hizo una pausa.

Una luz aterciopelada se descolgaba de los tejados en el exterior y, en su lenta caída perdía fuerza, convirtiéndose en una sombra ínfima que, tras besar la acera, se precipitaba por el hueco de una alcantarilla, llegando así, de aquella forma tan sutil, hasta el subsuelo capitalino.

—Siempre me he sentido un inútil —afirmó Juan—. Me despidieron por incompetente e inadaptado.

Salvador lo miró un tiempo, mientras Casandra dudaba en cogerle una mano. Callada, sufría por la angustia del periodista. Lo que sí percibía la joven era el gran cariño que iba cogiendo por Juan, sentimiento que se fortalecía día a día.

—La vida pertenece a los audaces —apuntó el empresario— a los que rompen con la placenta que les une con lo cotidiano. Para madurar hay que profundizar en uno mismo y darse cuenta de los propios errores. Ser crítico

con nuestros actos y vehemente con nuestras decisiones. Tienes edad para volar, y creo que deberías hacerlo. Dejar atrás y, ya definitivamente, al niño que vive dentro de ti. Al que no te deja crecer. Por lo poco que te conozco, pareces una buena persona. Deja atrás al perdedor, al que está detrás de ti cómo una sombra permanente. Estoy convencido de que si así lo haces, te sentirás mejor, y no renegarás de aquél que una vez fuiste.

Cassandra observaba a Salvador con admiración. Juan, por su parte, no supo qué decirle y esbozó una tímida sonrisa. Entendió que la vida te lleva y te aleja de personas y momentos; que todo es relativo, cómo si la propia existencia convergiera —después de dar un millón de giros— en un único punto de nuestra existencia, allá, donde resida el equilibrio permanente de las cosas; que todo tiene un porqué, aunque pensemos que somos incapaces de averiguarlo; que la vida es cómo un océano de mareas, que a veces te aleja de la playa, de tu yo verdadero y, a veces, por el contrario, te devuelve al yo que siempre fuiste, al que en realidad no dejaste de ser, a tu esencia, a ese fuego interior al que se llama alma.

Juan tuvo la necesidad de tocar y, gracias a eso sentir, a las dos personas que estaban con él, así que extendió sus manos y cogió las de ellos. Permaneció un tiempo así, cómo si con aquel contacto pudiera recobrar al que él siempre fue, equilibrando de ese modo, los recuerdos anteriores con las sensaciones de ahora.

La luz crepuscular, que violentaba el ventanal, entraba en la cafetería cómo un vómito de fuego contenido.

*Madrid*, una tarde más, se preparaba para recibir el mundo de las sombras.

Y Juan, en su fuero más interno, presintió que aquella noche iba a ser muy especial, dado que no estaba dispuesto a consentir que la violencia siguiera suelta y, menos aún, que un asesino en serie campara con toda libertad por las calles de la ciudad y, si la policía no era capaz de abortar aquel horror, él asumiría cualquier riesgo que pudiera producirse. Ya no era un periodista sin trabajo, era una persona que quería vengar la muerte de aquellas pobres mujeres. Juan cambió de gesto, haciéndose éste más duro. Tenía que llevar hacia adelante una misión y estaba decidido a cumplirla.

Él, que una vez fuera *el Rey de las sombras*, deseaba vestirse ahora con un traje diferente: el de la confianza en sí mismo y, sobre todo, el del coraje y las ganas de vivir.

Salvador y sus palabras le habían ayudado en aquel principio de

metamorfosis.

*Aquella misma tarde.*

Un grupo de niños cantaba el *Allegro Vivace*, de *Mozart*, en el coro de la iglesia de la *Buena Dicha*. Las voces se precipitaban coro abajo y llegaban con nitidez hasta cualquier punto del recinto religioso, incluso hasta la habitación de Teodoro que, en aquel instante oraba, arrodillado cómo estaba en el suelo, con un breviario en las manos. Teodoro llevaba la cabeza una y otra vez al suelo, en un movimiento sistemáticamente repetido, de ir hacia adelante y hacia atrás de manera alternativa. Su pensamiento quería evadirse de los últimos acontecimientos vividos, alejándolos de él, cómo si no hubieran existido, pero, la imagen de la adolescente Azucena atormentaba sus sentidos. Recordaba cómo acarició su cuerpo joven. Se flagelaba por ello, castigándose la espalda con una correa o se echaba en el suelo, cómo ahora lo hacía, para orar y pedir a ese *Ser Supremo*, le liberara de aquel éxtasis tan particular. La serpiente primigenia anidaba, sin embargo, siempre en su interior.

Le llegaban las voces del coro. Ese coro, una idea suya, para que los niños participaran de forma más activa en su contacto con la *Iglesia*. Un coro compuesto por niñas y niños de edades comprendidas entre los ocho y los catorce años. Un coro que cantaba en las misas dominicales. Él fue quien los eligió y buscó igualmente a una profesora de canto, para que educara sus voces: doña Leocadia, viuda sexagenaria de rostro afilado, ojos saltones protegidos tras unos lentes redondos, cuerpo tan enjuto cómo enlutado, era quien llevaba la difícil tarea de coordinar aquellas voces, inexpertas aún, con el propósito de acercarlas hacia el mundo del afinado y del buen canto.

El deseo reprimido volvió a hacerse pecado: Azucena le llevó mentalmente al coro. Allí cantaban niñas que muy pronto serían mujeres, y aquella idea se centró en su cerebro. Dejó de darse cabezazos en el suelo, se incorporó, y fue hacia el aseo. Se observó en el espejo. Con una toalla húmeda se quitó los restos de sangre coagulada que tenía sobre la frente. Después y, con evidente nerviosismo, salió de la habitación, bajó por la escalera, accedió al pasillo y, finalmente, llegó a la sacristía. Empujó su

puerta e irrumpió en el altar. No miró al *Cristo* que yacía clavado en la cruz. Atravesó el presbiterio y se dirigió hacia una esquina de la nave. Abrió una puerta y subió varios escalones, recalando al fin en el coro. Doña Leocadia dirigía con gesto grave a los niños, subiendo y bajando una batuta de forma alternativa.

La viuda se detuvo, y los niños dejaron de cantar, al percatarse de la presencia del cura párroco.

—¡Oh, por *Dios*, qué maravilla! —enfaticó Teodoro con voz fingida— ¡Ni los ángeles cantan así, y todo se lo debemos a usted!

Doña Leocadia mal disimuló su alegría, quedando su ego robustecido ante el comentario del sacerdote.

—El mérito es sólo de ellos —apuntó la viuda con voz aguda, parecida al chirriar de unas bisagras en mal estado.

—¡Qué va! —puntualizó Teodoro, inflando aún más la vanidad de la mujer— Los niños aprenden gracias a usted y a su divina paciencia que, créame, es fundamental. ¿Qué cantarán el domingo?

La mujer suspiró y un brillo especial se instaló en su rostro ajado.

—Una pieza de *Mozart*, correspondiente a su *Sinfonía Número Cuarenta y Uno en C Mayor, Júpiter*, la que estamos ensayando ahora.

Teodoro asintió y miró su reloj, cómo por azar. Efectuó un gesto teatral entonces, y movió la cabeza de un lado a otro, cómo señal inequívoca de disgusto.

—¡Qué lástima que tengamos que suspender el ensayo! —argumentó el sacerdote apenado— Voy a recibir la visita del señor *Arzobispo* en pocos minutos. Ya sabe, cosas de curas y, claro, hay que tener tranquilidad para hablar. Usted ya me entiende...

Doña Leocadia aprobó con la cabeza, y su rostro acogió más gravedad.

—¡Claro que sí, padre! —ratificó la mujer con efusividad— ¡Por *Dios*, lo que usted diga!

—¡Ay, mi buena maestra, qué buenos momentos me hace pasar, cuando escucho a estos niños cantar!

—Gracias, de nuevo —sonrió con amplitud la mujer—. Me voy, padre, le dejo con su tarea divina.

Doña Leocadia miró a los niños, mientras Teodoro salía del coro.

—¡Hemos terminado por hoy! —dijo la viuda con su voz chirriante— Ya habéis oído al padre Teodoro. ¡Nos vemos el domingo! ¿De acuerdo?

Hubo aprobación generalizada y los niños comenzaron a bajar por la

escalera.

El sacerdote, ya en la nave principal, situado junto a la puerta del coro, siguió a las niñas con la mirada, según iban llegando a su altura y, como lobo tras su presa, eligió a una de ellas, llamada Sagrario y de trece años de edad.

—Sagrario —le susurró el sacerdote.

La niña se volvió y lo miró con sus ojos azules. En su rostro destacaba una nariz respingona y unos pómulos anchos. Llevaba puesto el uniforme del colegio.

—¿Sí? —contestó ella.

—¿Puedes acercarte un momento?

Sagrario afirmó con la cabeza, mientras el resto de sus compañeros del coro, así como doña Leocadia, salían de la iglesia.

La jovencita llegó a la altura de Teodoro y esperó a ver qué deseaba el sacerdote. Éste le puso una mano en el hombro y la llevó hacia el *Cristo*, deteniéndose los dos frente a *Él*.

—He querido que te quedes —dijo el sacerdote— por una simple y sencilla razón: —la serpiente que tentó a *Eva*, el demonio disfrazado, reptó de nuevo por el interior de aquel hombre que servía a *Dios* manipulándolo, haciéndole decir mentira tras mentira, allí, precisamente frente al *Hijo de Dios*— creo que tienes la voz más hermosa del grupo y, qué mejor, que darle gracias al *Señor* por ello. De ahí, que haya querido que te acerques a *Él*, y que sea un siervo de *Él*, en este caso yo mismo, quien te acaricie con amor, cómo si *Él* te acariciara, para agradecerte *Él* así y a su vez, esa maravilla de voz que tienes. ¿Te parece adecuado?

La niña, halagada en su corta vanidad, no dejaba de observar la imagen del *Cristo*. Asintió, sin más. El pulso de Teodoro se aceleró. Sagrario, situada por delante de él, aguardaba las caricias del sacerdote, esperando recibir a través de su mano, el auténtico roce de *Dios*, pero, sin embargo, fue el cura párroco llamado Teodoro, quien llevó su mano hasta una de sus piernas y, tras subirla muy despacio, la llevó hacia las bragas.

La chiquilla no se movió sorprendida por el contacto y, se dejó manosear por el sacerdote, hasta que éste le bajó la ropa interior y le acarició el trasero ya desnudo. Teodoro no pudo reprimir un grito. Después y, con nerviosismo, le subió las bragas y recompuso su falda. La giró hacia él. La niña, con el rostro demudado, era presa de un calor sofocante.

—Ves —dijo el cura párroco—. Has sentido la mano de *Dios* —la voz de Teodoro llevaba el veneno de la lengua bífida de la serpiente. Sus ojos

brillaban al recordar la calidez de aquel culo—. Espero que hayas entendido el gran amor que *Él* desprende, y que comprendas que tú has sido la elegida. Elegida por *Él* a través de mí. Quiero que silencies este momento, pues, no deseo que otros niños quieran también sentir el roce de *Dios*. Ese contacto te pertenece a ti y sólo tú lo recibirás. ¿Entendido?

La jovencita, con la mirada baja todavía, asintió.

—Y ahora vete y recuerda: ni tus padres se pueden enterar del gran amor que *Dios* te ha dado hoy, pues, si así sucediera, romperías con el hechizo que acabas de recibir y, ten por seguro, que el *Señor* se sentiría sumamente apenado por ello.

Sagrario cruzó por delante del altar y fue hacia la salida con aire cabizbajo, dejando definitivamente la iglesia. Entonces, quien se había ocultado entre las sombras se movió, retirándose de allí con sigilo, aprovechándose de la oscuridad, hasta que llegó a la puerta de la sacristía y la traspasó: Amparo, el ama de llaves de la parroquia y madre de Azucena se deslizó, blasfemando por el pasillo, subió después por la escalera, que la dejó frente por frente a la puerta del dormitorio del sacerdote, donde se detuvo. Se puso a limpiar el suelo con una fregona, disimulando de ese modo.

Entretanto, la noche avanzaba, volcando su neonata oscuridad por las vidrieras, que permitían la entrada del ejército de las sombras.

Teodoro sintió un repentino escalofrío, acompañado por un miedo irracional, creyendo visualizar, a través de la cúpula, a seres de rostro endemoniado y cuerpo arácnido. Apartó la mirada de aquella visión y corrió dejando atrás el altar. Pasó con celeridad por la sacristía y, tras acometer la escalera, llegó a su habitación, tropezándose casi con su ama de llaves, que tuvo que retirarse para que el sacerdote pudiera entrar en ella. Teodoro cerró la puerta con violencia, intentando impedir que la visión horripilante pudiera traspasarla. Se quitó la camisa, se hincó de rodillas en el suelo y, tras desprenderse del cinto del pantalón, se fue dando golpes en la espalda con la hebilla. Su sangre salpicó el suelo y los muebles, pero, siguió adelante con el castigo, mientras sollozaba apesadumbrado. Debía alejar y para siempre al demonio que habitaba en su cuerpo, y qué mejor que expulsarlo a golpes. El mismo demonio que le hizo ser un delator de joven, y que por ello fueran fusilados los pobres infelices que confiaron en él. El mismo demonio que trastornó su mente provocando que violara a un niño.

El mismo demonio que apretó, a través de sus manos, las gargantas de la maestra Ana Castillo y el cura párroco don Malaquías. El mismo demonio

que le torturaba a todas horas...

Sus sollozos fueron gritos patéticos de pena y arrepentimiento.

Las tinieblas caían con lentitud sobre la ciudad.

*Sobre las ocho y media de aquella misma tarde.*

Tobías deambulaba por las proximidades del *Puente de Segovia*. En su cerebro una sola idea: ver la ropa interior que las mujeres llevaban por debajo de sus vestidos. Aquello, su golosina. Su perversión más profunda. Así se lo pedía su mente subdesarrollada. Caminaba sin rumbo con las manos en los bolsillos de su *canadiense*, hasta que llegó a la *Avenida del Manzanares*, recordando su época de cabrero, cuando con doce años sodomizaba a las cabras, rodeado por el silencio relajante de la naturaleza. Hacía media hora que se había levantado un viento algo incómodo, que hacía cimbrar las ramas de los árboles, que se alienaban a lo largo de la calle solitaria por la que él transitaba ahora. Aquella zona, sombría y especialmente húmeda, contaba con innumerables jardines públicos. Tobías miraba a un lado y a otro de la calle sin que, de momento, observara lo que tanto deseaba contemplar. El viento zarandeaba los bajos de su pantalón, mientras sus ojos inexpresivos profundizaban en las sombras. Su figura corpulenta era atacada de vez en cuando por los papeles y las hojas muertas que el viento llevaba a cualquier parte.

De pronto, alguien salió de un portal cercano: la silueta de una mujer se recortó en la calle, en medio de un juego de luces y sombras. La mujer tomó una dirección contraria a la suya. Tobías no dudó y aceleró el paso siguiéndola. Tendría unos veinticinco años. Llevaba un pañuelo sobre su cabeza. Vestía con una cazadora de piel y una falda plisada, que el aire movía a su antojo. Tobías quedó magnetizado ante el vaivén de la prenda que, a veces subía levemente, dejándole ver parte de su anatomía, mientras ella, ajena a su presencia, caminaba por delante de él.

La calle, entretanto, seguía igual de solitaria.

Tobías se le acercó, inclinó su cuerpo y finalmente agachó la cabeza, viéndole la ropa interior. Se incorporó, pero no dejó a su presa. Quería ser él y no el viento quien le levantara la falda. Se aproximó todo lo que pudo a la joven. Sus manos rozaban ya la prenda...

Una furgoneta 4L de color azul oscuro seguía a Tobías con sus faros

apagados desde hacía quince minutos. En su interior iban dos ocupantes silenciosos que no dejaban de observarle. Otras dos personas acababan de bajarse de un *Renault Dauphine* de color granate, aparcado relativamente cerca de allí. Aquello había coincidido con la aparición en la calle de otros dos sujetos, que salían de una cafetería cercana, así como de un individuo que también llegaba al lugar, tras haber utilizado una cabina telefónica. Un hombre revisaba los neumáticos de su *Seat Mil Cuatrocientos Treinta* de color blanco, aparcado varios metros por delante de Tobías y la joven. Coincidiendo con todo esto, una pareja, dos portales más arriba, había tomado la dirección que llevaban Tobías y la muchacha.

Por último, arribaban a la calle dos individuos más que, con anterioridad, habían dejado una boca de metro atrás, situada en la acera de enfrente y que, tras cruzar la vía, se habían ubicado a la espalda de Tobías, manteniendo siempre una prudente distancia con él.

Tobías, por su parte, estaba ajeno a la presencia de todas aquellas personas, centrado únicamente en el bajo de la falda de la chica, mientras el viento crecía o decrecía a su antojo. La muchacha seguía caminando. Tobías tembló, ya que iba a levantar la falda de la joven y no el caprichoso viento. Agachó su cuerpo, una vez más, mientras subía ligeramente la falda sin dejar de caminar. Pasó la cabeza por el hueco creado, pudiendo verle las bragas de nuevo. Y ya no pudo hacer más...

La muchacha se giró con rapidez y, tras sacar una pistola *Llama, modelo Police, de 9 mmC*, de su bolso, le apuntó a la cabeza con ella. Tobías se quedó paralizado, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y una expresión bobalicona reflejada en el rostro, ahora macilento. Al mismo tiempo y corriendo se les acercaban varios agentes vestidos de paisano, que también le apuntaban con sus pistolas *Llama*: los agentes que habían ido llegando a la zona desde diferentes puntos. Doce en total, que lo miraban con fiereza, mientras él movía repetidas veces la cabeza y empezaba a gimotear.

—¡Échate al suelo y separa bien las manos del cuerpo! —le gritó la agente a la que acababa de vulnerar su intimidad.

Tobías era incapaz de coordinar ideas con movimientos. Escuchaba las palabras que le decían, sin estar seguro de sí se las dirigían a él o no.

—¡He dicho que te tires al suelo! —vociferó la agente de nuevo.

Los policías llegaron junto a su compañera, que seguía apuntando a Tobías, rodeándole entonces.

—¡Échate al suelo de una puta vez, cabrón! —exclamó el agente que

había estado camuflado en una cabina. Un sujeto de unos treinta y cinco años y mirada fría, que observaba a Tobías con rabia, quien asustado, se tiró finalmente al suelo.

—¡Separa las putas manos del cuerpo! —volvió a gritar el policía, mientras el resto de los compañeros apuntaban a Tobías, que ya sí hacía caso a lo que le decían.

Otro agente, éste algo más grueso y de unos cuarenta y cinco años, se arrodilló a su lado y lo cacheó por entero. A continuación, sacó unas esposas del bolsillo de la chaqueta y, tras llevar las manos de Tobías atrás, se las puso en las muñecas. Después y, con la ayuda de un tercer agente, auparon a Tobías, no sin cierta dificultad quien, ya erguido, no se atrevió a mirar a ninguna de las personas que a su vez le observaban.

—No está armado —argumentó el agente que le había cacheado, mientras el resto de compañeros miraba a Tobías con desprecio.

—¡Se te va a caer el pelo, so capullo, so cabrón de mierda! —enfaticó el policía de mirada glacial. ¿Te gusta tocar a las mujeres y después violarlas, eh?

La agente observaba a Tobías con asco, sabiendo que acababa de vulnerar su intimidad e intuyendo, al mismo tiempo, que podía haberse librado de una presunta violación y, quizás, también, de un más que probable asesinato posterior.

El viento seguía ululando, distorsionando las voces de los agentes que parecían fantasmales entonces.

La calle, aparte del pequeño grupo que conformaban Tobías y los policías, seguía igual de solitaria.

Se movían con algo de violencia los toldos de las cafeterías y bares cercanos, así como las antenas de televisión, arriba, en las azoteas.

Las ramas de los árboles seguían manteniendo un baile dantesco.

La luz de las farolas, al distorsionarse, creaba dibujos extraños en el seno de las sombras.

Uno de los policías se acercó al *Renault Dauphine* y, tras entrar en él, llamó a Fulgencio Ramírez por la radio interior.

—¡Mi sargento! —dijo en tono exaltado— ¡Hemos cogido al asesino en plena acción! ¡Quiso sobrepasarse con una de nuestras agentes!

Ramírez, que se hallaba dentro de un automóvil policial, ubicado en las proximidades del *Puente de los Franceses*, junto al complejo polideportivo de *La Teja*, alteró y tensó su rostro cansado, no dando crédito a lo que

acababa de escuchar. *¡Por fin habían detenido al asesino en serie!* —pensó, muy excitado. Aquel instante, desde luego, no se le olvidaría. Tenía que llamar y, además con urgencia, al comisario Buendía. Su idea, su maravillosa idea de realizar por su cuenta aquel seguimiento, había dado por fin sus frutos. Nadie daba un duro porque el asesino volviera a la zona donde ya había actuado, pero, así había sido. El nuevo equipo de investigación estaba convencido de que el asesino lo intentaría más veces, pero, alejándose de las zonas primigenias. Ernesto Buendía y él mismo, habían creído que el astuto carroñero volvería a sus inicios, y habían acertado de pleno. Doble enhorabuena, pues, para el comisario y para él mismo, se dijo Ramírez.

—¿Dónde estáis? —la voz del sargento le llegó trémula al subordinado.

—En la *Avenida del Manzanares*, muy cerca del estadio del *Atleti* —contestó el agente con firmeza, satisfecho ante el deber cumplido

—¡Pues, vamos para allá ahora! —vociferó Ramírez.

—De acuerdo.

El sargento cerró la radio del coche y, tras mirar de reojo al agente que le acompañaba, se acomodó en el asiento. El policía arrancó el *Seat Mil Quinientos* gris y dejó la cuneta donde había estado aparcado, alejándose del lugar que les había servido de escondite las tres últimas horas. El coche accedió, poco después, a la *Glorieta de San Antonio de la Florida* y, con posterioridad, al *Paseo de la Virgen del Puerto*.

El sargento utilizó nuevamente la radio, dando instrucciones a todas las unidades para que abortaran la operación y regresaran a jefatura. Después, con el rostro pleno de felicidad, contactó con la misma, para que avisaran al comisario Buendía desde allí. Le hizo hincapié al agente con quien habló, que no debía decirle nada al comisario de la captura del asesino, tan sólo indicarle que se personara en comisaría, además, con urgencia. *Asunto de máxima gravedad*, recalcó Ramírez al subordinado, que debía mencionarle a Buendía. Él se lo quería decir en persona. El acompañante de Ramírez colocó el galibo en el techo del coche y lo hizo sonar, llevando el *Seat Mil Quinientos* a toda velocidad, hasta el lugar donde estaban sus compañeros esperándoles, con el botín del maniaco violador.

La noche seguía igual de desapacible, transportando bolsas, papeles y hojas a todo lugar.

El galibo cobró protagonismo en las calles silenciosas de la capital.

*Sobre las nueve de esa misma noche.*

A primera hora de la tarde, Juan telefoneó a la redacción del periódico *El Sueño*: deseaba hablar con Alfredo. Andaba inquieto, dado que quería volver a ser una persona activa y no un desecho. Calibró si debía llamar o no, y cierto que le costó dar el primer paso, pues, aunque perdonado, todavía le dolía el trato recibido por parte de su cuñado, pero, pudo más su deseo de acabar con un canalla y, sobre todo, de reivindicarse cómo periodista — aunque para ello tuviera que realizar labores policiales— que, finalmente y ya convencido, llamó. Alfredo se sorprendió al recibir la llamada y, claro que aceptó el ofrecimiento de Juan, dejando aparcada y, por un tiempo, su labor periodística. Juan tenía una corazonada y le pidió que le acompañara al *Barrio de la Concepción*, comentándole que, lejos de posibles sugerencias policiales, él iba a hacer todo lo posible para dar con ese animal.

Le mencionó que se llevaría la cámara y Alfredo le comentó que lo recogería en el *Seiscientos* de su primo, que regresaba a él por un tiempo indefinido. Juan sonrió ante el ofrecimiento. Así que, cerca de las ocho, los dos cuñados atravesaban buena parte de *Madrid*, ubicados en el utilitario, destruyendo de ese modo pasadas rencillas.

Juan y Alfredo llevaban más de una hora apostados frente al *Parque de Calero*, lugar tan solitario cómo silencioso, situado frente a la calle de *Virgen de Nuria*, y al que habían accedido, tras haber ido dejando atrás las calles de *Virgen de la Fuencisla* y *Virgen de África*, metidos de lleno en pleno *Barrio de la Concepción*. Aguardaban, con impaciencia, que la fiera saliera de su escondrijo. Juan, precavido siempre, se había traído unos bocadillos consigo, así como dos latas de cerveza, que degustaban ahora dentro del automóvil, mientras observaban las calles colindantes, así como el amplio perímetro.

Los columpios y los toboganes asemejaban fantasmas metálicos en medio de la oscuridad.

—Has estado genial con los *bocatas* —comentó Alfredo, mientras le hincaba el diente al suyo.

—Yo soy así —contestó Juan.

—¡Para qué hablar! —el sarcasmo fue utilizado por Alfredo.

—¿Dudas de mí?.. —preguntó Juan con idéntica ironía.

Alfredo sorbió en la lata y después se secó los labios con el torso de la mano.

—Compruebo que andas de mejor humor —dijo Alfredo— y eso me alegra.

Juan adoptó un gesto circunspecto, y ahora fue él quien sorbió en la lata.

Durante un tiempo no hablaron.

Eso sí: dieron buena cuenta de los bocadillos.

El parque les siguió pareciendo un paisaje muerto, al estar casi falto de luz.

Juan meditaba sobre su intuición: el asesino parecía jugar con la policía, dado que cometía un crimen en un lugar y después otro en un punto diferente para, con posterioridad, regresar cerca del segundo y, finalmente, alejarse de todos. Un cerebro complicado que hacía alternativos los escenarios de sus crímenes, procurando ejecutarlos, sin embargo, dentro de un perímetro limitado, a excepción de una sola vez. Por ese motivo, tenía el palpito de que podría variar de estrategia, regresando al escenario de su último asesinato. Y eso era precisamente lo que había motivado que ellos dos estuvieran allí ahora.

—Te sigo considerando mi mejor amigo —le confesó Juan a Alfredo, emocionando a su cuñado con aquellas palabras tan espontáneas.

De improviso, alguien salió a la calle desde un portal cercano, acaparando al instante su atención. Era una mujer de unos cuarenta años que, tras cruzar de acera, se fue acercando al *Seiscientos*, llevando atado en una cadena a un *foxterrier*. El perro, olfateando siempre, la llevó hacia la entrada del parque. La mujer, de figura delgada, vestía con un abrigo largo que ocultaba buena parte de su pantalón vaquero.

El perro, entretanto, seguía oliéndolo todo.

De repente, cómo si surgiera de la nada, apareció una figura algo confusa que, tras situarse por detrás de un árbol, emplazado en pleno corazón del parque, no se perdió ni un solo detalle de los movimientos de la mujer quien, ajena a su presencia, miraba distraída a su perro.

Los rostros de Juan y Alfredo se tensaron, pensando que podría tratarse del asesino que buscaban, y estaba precisamente allí, a pocos metros de ellos dos.

Juan sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda y, desde ese instante, estuvieron pendientes del desconocido que, se iba acercando progresivamente y con sigilo hacia la mujer, amparado siempre por la oscuridad.

El can olfateó el aire y miró hacía donde estaba el sujeto.

Alfredo no esperó más y abrió la portezuela del vehículo con cuidado, haciendo Juan lo mismo, ubicándose ambos por detrás del *Seiscientos*.

El presentimiento de Juan parecía haberse hecho realidad ahora.

La mujer, entretanto, seguía paseando con su perrito, sin percibir el peligro que corría.

El individuo pasó por debajo de la luz de una farola, pudiendo Juan y Alfredo observarle entonces: era un hombre corpulento y de mediana estatura que llevaba un bate de béisbol en una mano. Juan se estremeció y quedó paralizado por un miedo irracional, pero, aquél no era un momento para dudar, había que actuar y además con urgencia. Alfredo dejó la seguridad del *Seiscientos* y salió corriendo hacia donde estaban la mujer y el hombre. Juan reaccionó, siguiéndole.

El desconocido se volvió, al escuchar pasos a su espalda. Lo mismo que la mujer que, sorprendida, no comprendió qué sucedía. El *foxterrier* se puso a ladrar.

El sujeto ocultaba el rostro con un pasamontañas. Una pelliza negra

protegía su cuerpo y unos vaqueros algo desgastados se ceñían a sus piernas. Alfredo y Juan llegaron casi al unísono a su encuentro. El hombre blandió el bate, moviéndolo de un lado a otro, dispuesto a descargar sobre sus cabezas un golpe mortal.

La mujer gritó, y su exclamación se perdió en la inmensidad del parque.

El perro seguía ladrando.

Juan y Alfredo intentaron acorralar al individuo, que no dejaba de moverse. Juan sudaba a pesar del frío reinante y, Alfredo, más decidido que su cuñado, se iba acercando con lentitud hacia el sujeto. Lo único que distinguían eran sus ojos y, poco más, su poderío y aquella agresividad tan manifiesta. Juan había perdido parte del valor que le había llevado hasta allí, que se diluía con rapidez ahora. El recuerdo de un bate cercano a su cráneo, lo tenía paralizado.

El perro ladraba sin cesar.

Fue Alfredo quien, finalmente, se abalanzó sobre el hombre, recibiendo el roce del bate en su hombro derecho. Cayeron al suelo y Alfredo quedó situado por debajo del cuerpo del desconocido, que perdió el bate en la caída. El individuo apretó la garganta de Alfredo con sus manos. Juan pareció despertar y cargó contra el sujeto, desplazándolo así de su cuñado. El desconocido recuperó el bate y lo blandió de nuevo, pero, Juan no dudó esta vez y fue contra él, golpeándolo en el estómago con su cabeza. El hombre acusó el golpe, pero no soltó el bate. El *foxterrier* ladraba fuera de sí. Alfredo, al desplazarse, había quedado cerca de la mujer que, presa de los nervios, contemplaba aquello aterrorizada. El sujeto fue a por Juan con el firme propósito de romperle la crisma. El bate, manipulado con habilidad por su mano derecha, iba directo hacia la cabeza de Juan que, incomprensiblemente, se había quedado paralizado por su propio miedo. El bate le rozaba el cráneo, cuando Alfredo se tiró a lo largo, recibiendo él entonces y en su espalda, aquel golpe tan violento. Se escuchó un *crack* y después un quejido ahogado. Alfredo quedó tendido en el suelo, inerte y boca abajo. El individuo miró a Juan y un brillo maligno se reflejó en sus pupilas. Alzó el bate, una vez más, mientras el viento aullaba, llevando a todo lugar el presagio de una muerte inminente.

De repente, se oyó el sonido de una sirena, que parecía acercarse.

El hombre bajó el bate y miró a Alfredo, que seguía sin moverse. A continuación, cogió algo del suelo: la cartera que se le había caído a Alfredo durante el forcejeo.

Juan, entretanto, seguía paralizado, así como la mujer, que lo observaba todo asustada.

La sirena se escuchaba cada vez más próxima.

El sujeto miró a su alrededor y optó por coger un sendero que se abría a su izquierda. Echó a correr con el bate en la mano, hasta que desapareció de la vista de Juan que, entonces se acercó a su cuñado, comprobando que estaba sin sentido.

La mujer, liberada de la angustia anterior, sollozaba lastimosamente ahora. El perro seguía ladrando. Juan quiso reanimar a su cuñado sin resultado positivo. Minutos después, se detuvo un coche patrulla de la policía en la acera colindante con el parque, recibéndola allí un hombre que les indicó el lugar donde ellos se encontraban. Juan supuso que alguien, por fortuna para ellos, había visualizado lo que ocurría en el recinto. Algún enamorado de las noches tormentosas —pensó Juan, igualmente— que les había salvado la vida, al mirar desde la ventana de su domicilio. Se bajaron dos agentes del coche policial, encaminándose hacia el corazón del parque. Alfredo seguía en el suelo sin conocimiento, y Juan arrodillado junto a él, maldiciendo la hora en que lo llamó por teléfono. Supo que su hermana no se lo perdonaría. Los policías llegaban ya a su lado, cuando Juan, por inercia, giró la cabeza y miró hacia el lugar por donde había huido el asesino. Nada quedaba ya de él. Uno de los agentes les hizo todo tipo de preguntas, mientras el otro regresaba al coche patrulla, para solicitar una ambulancia por la radio del automóvil y, al mismo tiempo, para pedir refuerzos que batieran la zona.

Un asesino en serie merodeaba por las cercanías...

Y así fue cómo Juan pudo enterarse, por boca de la mujer, que ésta pertenecía al grupo de *Hermandades del Trabajo*, así como de algún que otro detalle más, que dejó archivado en su memoria. Juan no se separó de su cuñado ni un solo instante. Lo miraba afligido, mientras maldecía su triste destino, pareciéndole que volvía convertirse en el *Rey de las sombras*

La noche se fue llenando de ululares que invadieron el espacio, cubriendo de intranquilidad aquel periodo que debería haber sido de descanso.

Alfredo seguía inmóvil, demasiado pálido, cosa que a Juan no le gustó demasiado.

La mujer se fue del parque, después de que el agente le formulara algunas preguntas más y, allí, en medio del recinto solitario, se quedaron

Alfredo y Juan con el policía, mientras la noche comenzaba a extender su capa de rocío.

El sujeto que había golpeado a Alfredo salió del parque, ocultándose entre un entramado de calles sombrías, amparándose, igualmente, en las fachadas sin luz de los edificios, así como en el tenue destello de los soportales que iba dejando atrás. Se había quitado el pasamontañas. El bate lo llevaba oculto bajo la pelliza e intentaba caminar con naturalidad, para no despertar la curiosidad de nadie. Dejó definitivamente la zona del fallido ataque y, tras recorrer una sucesión de vías solitarias, escuchando siempre el sonido ululante de las sirenas de los coches patrulla de la policía, llegó a las proximidades de la *Plaza de Toros de Las Ventas*. No quiso meterse en ninguna de las bocas de metro allí existentes, ya que dedujo que podrían estar vigiladas por la policía. Caminó, pues, calle *Alcalá* arriba, en dirección hacia la *Plaza de Manuel Becerra*, mientras se iba ampliando, de manera paulatina, el sonido de las sirenas policiales. Pasado un tiempo llegó a la deseada *Plaza de Manuel Becerra*, y ahí sí profundizó en una de las bocas de acceso del transporte público madrileño.

Bajó las escaleras y llegó al vestíbulo. Tras pasar por la taquilla, accedió a un largo pasillo que le llevó hacia un andén. En él, seis o siete personas aguardaban a que el convoy entrara en la estación. Cosa que hizo pocos minutos después.

Ya en el vagón, el sujeto hurgó en la cartera de Alfredo. Ésta contenía una fotografía familiar, tres billetes de cien pesetas y lo que él tanto buscaba: el documento nacional de identidad de Alfredo. Se fijó bien en su rostro, diciéndose que, si aún no había muerto, él se encargaría de buscarlo para rematarlo. *No tenían ni idea de a quién se enfrentaban*, pensó el individuo para sí. Dio la vuelta al *DNI* y memorizó el domicilio familiar de Alfredo. Miró su reloj. Se bajó en la primera estación a la que el metro llegó, se cambió de andén, y cogió otra línea que le llevaría cerca de la vivienda de Alfredo. Su mirada adquirió intensidad y sus labios efectuaron una casi imperceptible sonrisa diabólica. El transporte público le dejó, tras poco más de media hora, en su destino. Eran cerca de las once, cuando el individuo llegó frente al portal donde Alfredo y Sara vivían, escudriñando su portero electrónico. Pulsó un botón al azar, diciendo, cuando una vecina le contestó, que era el propio Alfredo, para lo cual bajó el tono de su voz, pretextando que

se había dejado la llave olvidada y, su mujer, a quien no quería despertar, estaría ya acostada. La vecina, que no dudó de su identidad, le facilitó la entrada al inmueble.

Ya dentro, pulsó la llave de la luz del vestíbulo, y caminó por un corredor silencioso, encontrándose un espejo a su izquierda donde se miró: sus ojos negros brillaban. Obvió el ascensor y prefirió subir por las escaleras, hasta que llegó al quinto piso, deteniéndose frente a la puerta del domicilio de Alfredo y su familia. Corroboró que era el suyo, cuando leyó sus nombres y apellidos en una plaquita dorada adherida a la propia puerta. Una tarjeta de visita de Alfredo, que él llevaba en su cartera, hizo que diera con el piso buscado. Acercó la oreja a la puerta y no escuchó ningún sonido detrás de ella.

Sacó una ganzúa del bolsillo del vaquero y manipuló en la cerradura con ella. La puerta cedió y pasó al piso. Todo era oscuridad. Cogió una linterna del bolsillo de la pelliza —él iba siempre pertrechado— y dejó el bate en el suelo, cerca de la entrada. El haz de la linterna violentó las sombras. Dejó atrás el salón y profundizó en un pasillo que daba a tres habitaciones: una frontal y dos laterales. Optó por la de la derecha. Abrió su puerta con sigilo. Alumbró el espacio con la linterna, viendo a dos niños dormidos en sus camas. Cerró la puerta y derivó hacia la frontal: se trataba de un cuarto de aseo. Finalmente fue hacia la tercera, cuya puerta se hallaba entreabierta. La empujó con sutileza, y repitió lo de antes: la linterna le mostró el dormitorio. Una mujer dormía en una cama de matrimonio. Su mirada acogió un brillo perverso. Apagó la linterna, se colocó el pasamontañas y se acercó a Sara, que seguía dormida. Se sentó en el borde de la cama, por el lado donde Sara no estaba. Desplazó con cuidado las mantas y las sábanas y, tras volver a encender la linterna, enfocó el cuerpo de Sara, que dormía con un camisón transparente. Apagó la linterna y su mano le rozó el trasero. Sara no se despertó. Siguió acariciándola. Sara se dio la vuelta adormecida. El hombre le tocó el sexo a través de las bragas. Sara se despertó y abrió los ojos, si bien algo aturdida. Cuando comprendió la situación, quiso gritar, pero el hombre no la dejó y, mientras le tapaba la boca con una mano, con la otra le apretaba la garganta. Ella quiso zafarse y movió las piernas, intentando darle en la cabeza con ellas. El desconocido siguió ejerciendo presión sobre su garganta. Los movimientos de Sara eran desesperados. El sujeto le destrozó las bragas y se situó sobre ella, mientras seguía cubriéndole la boca con la mano. Sara, durante el forcejeo, dio una patada a una de las lamparitas de noche, y ésta

cayó al suelo. El sonido producido se escuchó en el silencio de la noche.

El individuo, entretanto, seguía intentando satisfacer sus deseos.

Alguien dio al interruptor de la luz: la figura diminuta de Daniel apareció en el umbral de la puerta, mirando sorprendido y con ojos de sueño la escena. El hombre se apartó de Sara y, tras incorporarse, miró al niño con fastidio. Sara gritó e intentó salir del revoltijo de sábanas y mantas. El sujeto fue hacia Daniel con los puños cerrados, y el niño, asustado, se orinó encima. El individuo se detuvo y su rostro cambió de expresión, que se volvió indefinida, cómo si su cerebro se hubiera bloqueado ante lo observado.

Sara no cesaba de gritar, alertando con ello a Tomás que, tras personarse en la habitación, fue junto a su hermano. El desconocido movió la cabeza de un lado a otro, pretendiendo salir de aquel letargo espontáneo. Apartó a los niños con la mano, se orientó después hacia la puerta del domicilio y, tras recoger el bate del suelo, salió de la vivienda. Acto seguido, bajó por las escaleras e irrumpió en la calle, perdiéndose finalmente entre las sombras de la noche. Los niños rodearon a su madre, que seguía sollozando.

Sara, pasado un tiempo, extrañada ante la tardanza de Alfredo, se enfundó en una bata y fue hacia el salón. Ya allí, cogió el teléfono y llamó al despacho de su marido. El aparato sonó repetidas veces sin que nadie lo descolgara. A posteriori, llamó a su hermano, sin obtener tampoco respuesta. Regresó al dormitorio confundida: los niños seguían en la cama. Fue hacia el armario y, tras quitarse la bata y el camisón, se vistió con rapidez. Dudó en llamar a la policía. Se sobresaltó, cuando el teléfono sonó. Fue corriendo hacia el salón y lo descolgó. Sus hijos la siguieron.

Juan le hablaba. El rostro de Sara se alteró. Su hermano le puso al corriente de lo sucedido y, ella, a su vez, le contó lo que les había pasado a ellos.

Juan se alarmó y le sugirió que de momento no comentara nada a la policía y, que asegurase bien la puerta, echando inclusive el cerrojo para ello; que él iba ahora para allí, y después se desplazarían al hospital donde Alfredo estaba ingresado; que por el camino despertaría a un buen amigo, en concreto a Salvador, que de seguro se quedaría al cuidado de los niños. Ella asintió con voz casi inaudible, y él, finalmente, colgó el aparato. Ella, por el contrario, se quedó con el auricular en la mano. Los niños la abrazaron y Sara lloró con desconsuelo.

*Aquella misma noche: comisaría de la Avenida de Valladolid.  
Dependencia utilizada para los interrogatorios.  
Cero horas catorce minutos.*

El sargento Ramírez iba de un lado a otro, dentro de un habitáculo de reducidas dimensiones, cuyo contenido se limitaba a una mesa y a tres sillas metálicas.

El lugar estaba iluminado por la luz de un flexo que se reflejaba en el rostro de un hombre que, sentado a la mesa, intentaba, sin conseguirlo, apartar la mirada de aquella claridad tan molesta. Tobías lloraba, gimoteaba, se quitaba los mocos de la nariz con el torso de las manos esposadas, moviéndose siempre con nerviosismo, desequilibrando así y levemente la silla donde estaba sentado. A su alrededor y, desplazándose de una esquina a otra de la mesa, se encontraban tres policías, que llevaban un tiempo interrogándolo, metiéndole presión y propinándole de vez en cuando algún que otro golpe, dirigido siempre al cuerpo, para no dejar señales que pudieran utilizarse luego en su contra, por cualquiera de los abogados laboristas que quisieran defender a Tobías, si, por supuesto, llegaba a darse ese caso.

El sargento se detuvo y miró a Tobías con fastidio, ante lo que él pensaba era una magnífica representación teatral, urdida por una mente asesina, con el único propósito de ablandar sensibilidades.

La puerta de la habitación permanecía cerrada a cal y canto desde hacía una hora.

Tobías no comprendía nada de lo que allí sucedía. No sabía qué hacía allí y, menos aún, por qué le pegaban aquellos hombres tan crueles.

—¡Vuelvo a preguntarte!: —le gritó un subinspector de unos cincuenta años, de cabello castaño y rostro congestionado, de ojos verdes que destellaban furia ante el silencio del arrestado y, sobre todo, ante aquel comportamiento tan frágil— ¿Ibas a asesinar a nuestra agente? ¡Contesta!

Tobías hundió el mentón en el pecho.

—¡Confiesa, cabrón, que has matado a cuatro mujeres inocentes! —otro subinspector, éste de unos treinta y cinco años, de escaso cabello rubio y ojos

azules, hostigaba ahora a Tobías, acercándosele con el puño en alto amenazador.

Tobías lloraba, y su cuerpo voluminoso era un puro manojito de nervios. Temblaba por entero ante la atenta mirada del sargento Ramírez.

—¡Te gusta violarlas, eh! —quien ahora le gritaba y casi en el oído, era un tercer subinspector. Un policía que rondaría la treintena, de mirada penetrante y cabello negro largo y rizado— ¡Cabrón! ¡Chulo de mierda! ¡Y rematarlas luego con una cruz! ¡Perverso! ¡Hijo de perra!

Tobías cerró los ojos, incapaz de soportar tanta presión.

El sargento hizo una señal a uno de sus colaboradores, quien se desplazó hacia una de las sillas, de donde cogió un sobre del bolsillo de una de las chaquetas que estaban allí colocadas. Tras abrirlo, situó varias fotografías sobre la mesa.

El sargento Ramírez se acercó al detenido y le agarró por los cabellos, mediante un brusco movimiento, obligándole a que levantara la cabeza y mirase las fotografías.

—¡Obsérvalas bien! —exclamó Ramírez fuera de sí— ¡Son las mujeres que has violado y asesinado!

Tobías así lo hizo, visualizando aquellos cuerpos ensangrentados, salvajemente violentados, y aquellas cruces que se hundían en lo más íntimo de su ser. Gritó cómo un lobo herido y, aquel grito, más bien aullido, se asemejó al sonido lastimoso de un hombre acobardado, de una mente enferma, de un cerebro poco o nada lúcido. Cerró los ojos, y no quiso abrirlos más, a pesar de los fuertes tirones del sargento y, a pesar también, de los golpes que le propinaban los subinspectores en los costados.

El sargento Ramírez se retiró de Tobías confuso. Hizo una nueva señal, y los policías dejaron de golpearlo. Negó con la cabeza.

—Este hombre no es el asesino que buscamos —sentenció Ramírez finalmente, muy a su pesar.

—¡Lo hemos detenido cuando estaba a punto de atacar a otra mujer! —dijo el subinspector más joven, mientras fruncía el ceño y observaba al sargento con sus ojos de ave rapaz.

Ramírez negó nuevamente con la cabeza.

—Lo hemos detenido —replicó el sargento, mientras su mirada se enturbiaba— cuando miraba el culo de una mujer.

—¡Ése sería su primer paso! —terció el subinspector de cabello canoso, abriendo las manos con desmesura.

—O quizás el último —aseveró Ramírez.

—¡Explíquese mejor! —cuestionó el subinspector de ojos azules.

Ramírez asintió.

—Creo que nos encontramos ante un depravado, un mirón, pero, no ante nuestro asesino en serie.

Los tres subinspectores se quedaron pensativos, tras escuchar al sargento Ramírez.

—Si este individuo fuera un depredador —prosiguió Ramírez con su análisis particular— no se habría derrumbado de este modo. Estos animales son personas frías. Exentas de cualquier sentimiento. Incapaces de mostrar arrepentimiento y, menos aún, de acobardarse ante la visión de los cuerpos que ellos mismos ultrajaron.

—¿Y si lo de este pirado es puro teatro? —dijo el subinspector de cabellos rubios.

Ramírez asintió de nuevo.

—Les confieso que, durante buena parte del interrogatorio, pensé eso mismo, pero, mi argumento se ha venido abajo, cuando le he visto reaccionar ante las fotografías. Este hombre es un degenerado. Nada más.

Mientras el subinspector de cabello canoso entrecerraba los ojos, el subinspector de cabellos rubios arrugaba el entrecejo preguntando:

—¿Está seguro de ello?

—Totalmente —puntualizó Ramírez, afirmándolo además con un movimiento de la cabeza.

Se creó un silencio reflexivo.

Tobías sollozaba, con los ojos cerrados todavía. Desplomado sobre sí mismo, con la cabeza hundida y con el cuerpo temblándole.

En medio de la penumbra, los cuatro policías comenzaban a cuestionarse y, además seriamente, si habían fracasado otra vez y, aquel silencio compartido era, al mismo tiempo, un asentimiento de que, en efecto, habían metido la pata, pero, hasta el fondo. Los allí presentes sabían que se les había caído el plumero. En aquel cuarto sombrío, nadie tenía ya su puesto de trabajo asegurado.

La puerta del habitáculo se abrió de improviso, entrando en él una nueva persona: el rostro excitado del comisario Ernesto Buendía apareció ante ellos mirándoles con fulgor renovado. Comenzaba a darse cuenta de que podían haber detenido al asesino en serie. Buendía les mostró a todos su leve cojera, cuando se desplazó hacia la mesa. Una vez allí, miró al esposado con

detenimiento y, durante una mínima fracción de segundo, éste a su vez a él. El comisario desvió la mirada y buscó constatación en los ojos del sargento Ramírez, pero, la mirada de su subordinado, por el contrario, no le envió ningún destello aprobatorio, más bien, el reflejo apagado de un nuevo fracaso.

Buendía volvió a observar el rostro del detenido, sólo que por más tiempo ahora. Tobías le miró también, pero, cada vez más confuso. En su mente corta y depravada, empezaba a obrarse una catarsis. Un ir hacia atrás en el tiempo. Un regreso a su niñez, cuando vivía libre en medio de la naturaleza.

El comisario, durante aquel *impasse*, intentaba también centrar sus recuerdos: aquella mirada huidiza e inocua le resultaba altamente familiar.

*¿De qué conocía a aquel individuo?* —se cuestionó Buendía.

El comisario se alejó del detenido y anduvo por la habitación, mientras el sargento y los subinspectores no hacían más que observarle extrañados, guardando siempre un respetuoso silencio.

Buendía profundizaba en sus recuerdos: la comisaría; el mundo lejano del boxeo; sus primeros pinitos cómo púgil en tierras francesas, aún más lejanos todavía; la cruenta y siempre evitable *Guerra Civil*, su colegio... *¡¡Dios!!* —exclamó en su interior— *¡¡Dios!!* —volvió a exclamar el comisario, pues, sin que él lo deseara, regresaban sus fantasmas pasados, que él creía ya muertos, olvidados en el largo periplo de la vida, y tenían que hacerlo ahora, en aquel cuartito dedicado al interrogatorio de posibles sospechosos, y tenía que ser precisamente ahí, en semejante lugar sombrío, donde su pasado le estrangulara sin piedad, igual que lo hacía el asesino que tanto buscaban con sus víctimas, y él, a su edad, no estaba ya preparado para enfrentarse con su yo pasado, con aquel niño que vivió y sufrió en primera persona las tropelías de una guerra fratricida, y tuvo que ser ahí, precisamente ahí, en aquel cuartucho de mierda, donde él no tuviera ya escapatoria. Debería enfrentarse, después de haber huido de sí mismo durante tantos años, con la parte de su yo que creyó haber dejado guardada en su subconsciente, deseando que los momentos vividos hubieran desaparecido del cómputo global de su existencia. Fue despacio hacia Tobías, magnificándose la cojera ante sus colegas, aunque en realidad no deseaba volver a mirar a aquel sujeto sucio y gordo, a aquella masa de grasa y músculo unidos, a aquel individuo de mirada extraviada, cuyas pupilas negras le habían llevado a la visión de un niño de trece años, de fuerte complexión, cuello y tórax poderosos, mejillas

sonrosadas, nariz pequeña y labios gruesos.

Un niño raro llamado Tobías, que él conoció de infante, cuando jugaba con su amigo inseparable Hipólito Prieto. Tobías, por su parte, se esforzaba por recordar —haciéndolo a través de su escaso intelecto— a quién pertenecían aquellos ojos que él creía reconocer, pero, por más que lo intentaba, no llegaba al lugar donde ya había llegado el comisario Buendía, que no dejaba de pensar, mientras una mueca de tristeza se formaba en la comisura de sus labios, que recordamos a alguien por su yo interior, por lo que sale a través de su mirada. Finalmente desestimó acercarse a Tobías, orientándose hacia donde estaba el sargento Ramírez, todavía no repuesto de aquel encuentro con su yo pasado.

—Este hombre no es el asesino —afirmó el comisario.

Ramírez asintió desalentado.

—Entonces: ¿por qué coño lo habéis detenido? —preguntó Buendía malhumorado.

—Seguía a una de nuestras agentes y le levantó la falda —contestó Ramírez.

El comisario resopló con fuerza.

—¿Y eso es todo, joder? ¡Es un mirón, por Dios! —exclamó Buendía enfurecido— ¡Un retrasado mirón! ¡Sólo eso!

El sargento asintió nuevamente.

—¡La hemos cagado, puta mierda! —sentenció Buendía con expresividad y, cómo si aquellas palabras fueran premonitorias, alguien tocó en la puerta metálica.

Uno de los subinspectores se desplazó y la abrió, apareciendo en el umbral un agente que recorrió el cuartito con la mirada, hasta que dio con la persona que buscaba.

—Comisario —dijo el policía.

Buendía giró la cabeza y lo miró asintiendo.

—Acaban de llamarnos compañeros de la comisaría de *Ciudad Lineal*, informándonos del asalto que ha sufrido una mujer en un parque, por lo visto la han intentado agredir con un bate de béisbol. Han pensado que este caso puede estar relacionado con las muertes de esas cuatro mujeres, y de ahí la llamada.

El comisario resopló y el policía cerró la puerta, dejándoles otra vez solos.

—¡Mierda! —bramó Buendía y observó al sargento, que no supo dónde

mirar— ¡Soltad a este hombre! —exclamó el comisario con vehemencia.

Uno de los subinspectores desposó a Tobías. Buendía se le acercó finalmente, arrodillándose ante él y cómo mejor pudo, con evidente gesto de dolor. Tobías seguía con la mirada prendida en ningún sitio, incapaz de sostener cualquier otra.

—¡Eres un cerdo! —le espetó el comisario en pleno rostro— Pero eso no es un delito. Te gusta mirarle el culo a las tías, ¿eh? ¡Márchate ahora mismo, y procura que no vuelva a verte! Mirar no está prohibido, pero, sí desplazar las faldas para hacerlo. Actos obscenos que deberías reprimir ya. ¡Es un aviso! ¿Lo entiendes?

Tobías movió en sentido afirmativo la cabeza. Se incorporó de la silla con dificultad y caminó lentamente. Le franquearon la puerta, quedándose ya solos los policías.

—¿Le conoce de algo, comisario? —preguntó Ramírez, mientras le observaba con atención.

El comisario negó con la cabeza.

—¿Por qué tendría que conocerle? —cuestionó Buendía a su vez, mientras su frente se contraía.

—No. Por nada —dijo Ramírez—. Me dio esa impresión.

El comisario volvió a negar con la cabeza

—Pues ha errado usted de plano, Ramírez —dijo y confirmó la negación.

El sargento aprobó con un gesto, aunque algo en su fuero interno le decía que sí, que el comisario conocía a aquel depravado, pero, cómo no deseaba hurgar en aquella idea, la dejó, de momento, aparcada en el cerebro.

En la puerta metálica se oyeron nuevos golpecitos.

—¡Adelante! —dijo Buendía con fastidio. La puerta ya no estaba asegurada.

El agente que antes le había comunicado lo del intento de agresión, entró de nuevo en la habitación con cara de circunstancias.

—Mi comisario —dijo visiblemente afectado.

—Sí.

—Ha llamado el inspector jefe Eizaguirre diciendo que no se mueva usted de aquí, que él viene a la comisaría ahora. Por cierto, su tono no era amigable.

El comisario miró al agente con mala leche.

—¡Ahórrese esos comentarios que nadie le ha pedido! —le espetó

Buendía con voz fría y distante.

El agente asintió azarado y se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Joder, Ramírez, joder! —farfulló Buendía apesadumbrado, mientras el sargento miraba al resto de los compañeros, quienes a su vez bajaban la mirada al suelo.

La luz del flexo seguía siendo el único destello allí visible, pobre luminosidad aquella, que conseguía casi enmascarar los rostros algo asustados de los allí presentes.

*Aquella misma noche.*

Juan, en compañía ya de Salvador, llamó al portero electrónico del piso de Alfredo, franqueándoles Sara la entrada. Juan efectuó la correspondiente y rápida presentación y, poco después, los dos hermanos salían del domicilio familiar, dejando a Salvador al cuidado de los niños. El rostro de Sara mostraba preocupación y el de Juan una infinita tristeza. Apenas si hablaron durante el trayecto que les llevó hacia la *Ciudad Sanitaria de la Paz*, lugar donde Alfredo había sido ingresado, hospital situado frente a las instalaciones de la *Ciudad Deportiva del Real Madrid*. Ella mantuvo en todo momento una actitud demasiado distante con su hermano, y él no se atrevió a comentarle nada, dado que seguía sintiéndose culpable de lo que le había pasado a su cuñado. Aparcaron el *Seiscientos* frente al hospital, en una explanada asfaltada, encaminándose después hacia la puerta principal del edificio sanitario.

Juan, una hora antes, había dejado a Alfredo en el área de observación del centro hospitalario. El doctor que había atendido a su cuñado le había dicho a Juan que Alfredo había sufrido un fuerte traumatismo en su costado izquierdo, golpe que, aparte de haberle causado la rotura de dos costillas, le había afectado también a una de las vértebras lumbares, que tenía inflamada y requería, por lo tanto, de un reposo absoluto.

Juan se sintió especialmente apenado cuando escuchó al doctor, planteándose que, si Alfredo perdía algo de movilidad, era única y exclusivamente por su culpa. De ahí, que durante el trayecto mantuviera un mutismo exagerado.

Juan, ya en el hospital, derivó hacia la zona donde su cuñado estaba ingresado, siguiéndole Sara. Atravesaron diferentes pasillos cruzándose con personal sanitario y con familiares de los enfermos que estaban allí ingresados. Juan se sabía el camino, por lo que avanzaba con rapidez. Finalmente llegaron frente a una puerta, en cuyo rótulo pudieron leer: *Zona de Observación. Prohibido el paso. Para uso exclusivo del personal sanitario.*

Sara miró a Juan con evidente agitación, mientras éste llamaba a un timbre. Segundos después, apareció en el umbral una enfermera de unos cuarenta y cinco años que les miró con gesto casi maternal.

—Queremos saber cómo se encuentra Alfredo Mínguez —preguntó Juan afectado—. Su esposa desea verle—giró Juan la cabeza y señaló a Sara con ella, quien asintió con tristeza. La enfermera asintió a su vez y regresó al interior de la habitación, quedándose de nuevo solos Juan y su hermana.

Aquel silencio hería tanto a Juan que no sabía qué decir y menos aún qué hacer. Por esa causa, movía una de sus manos con nerviosismo. Sara, por su parte, caminaba errante, incapaz de dominarse.

Los tubos de neón emitían un zumbido algo molesto que en parte alteraba el silencio del lugar.

Tras varios minutos de espera, salió a hablar con ellos el mismo doctor que antes había dialogado con Juan. Un hombre de unos sesenta años, de rostro ascético y barba recortada, cuyos ojos grises eran todo un remanso de paz. Su mirada, noble y tranquila, se centró primero en Juan, a quien reconoció, y después en Sara.

—El enfermo permanece estable —dijo el médico con voz serena, alejada del nerviosismo de Sara, que movía su pie izquierdo con insistencia—. Sus constantes son normales. Es cierto que ha recibido un impacto severo, pero, por fortuna, no tiene ningún órgano dañado. Si todo evoluciona con normalidad, mañana le subiremos a planta, y allí sí podrán hablar con él. Ahora está sedado. De todas formas, tendrá que permanecer en observación algunos días, hasta que desestimemos que no haya lesiones aleatorias.

Sara miraba al médico con el rostro crispado, y según le iba escuchando se iba poniendo cada vez más nerviosa.

—Doctor: —dijo ella con voz alterada— ¿Es qué podría haber más lesiones?

El médico calibró su respuesta antes de darla.

—No lo creo —le aclaró el doctor—. Le hemos explorado a conciencia y, además, se le han hecho las radiografías pertinentes, pero, en *Medicina* todo es posible.

El doctor hizo una pausa y se llevó una mano al mentón en gesto reflexivo.

—Hay que dejar pasar un tiempo prudencial —continuó hablando el médico— antes de dar un diagnóstico definitivo, pero, señora, créame, su marido no tiene nada grave. Su curación se basará en reposo y tranquilidad.

—¿Puedo verlo ahora? —demandó Sara con voz afligida.

—No —dijo el médico con firmeza—. Su marido necesita descansar.

Ella compuso un gesto forzado. Después, respiró en profundidad, mientras el doctor asentía y pasaba al área de la que había salido con anterioridad.

Sara no pudo más y rompió a llorar. Juan se le aproximó y la abrazó, y ella consintió el abrazo. Estuvieron un tiempo así, mientras el ritmo del hospital continuaba, situados en un pasillo aséptico, escuchando el zumbido de los tubos fluorescentes y sintiendo el penetrante olor del desinfectante.

*Aquella misma noche.*

Ernesto Buendía, de pie y junto a la ventana de su despacho, detrás del escritorio y próximo a su sillón, aguantaba de forma estoica el chaparrón de palabras, cargadas de indignación, que le enviaba el inspector jefe Aurelio Eizaguirre quien, con el rostro desencajado, no dejaba de soltar exabruptos. Eizaguirre caminaba por el despacho, mientras sus dos acólitos, el inspector Adolfo Estebanez y el fotógrafo Raúl Montoya, miraban al comisario con la tranquilidad de saberse protegidos.

—Pero: ¿Cómo es posible que hayan desobedecido mis órdenes? — bramó Eizaguirre, mientras sus ojos cenicientos centellaban y su cuerpo pequeño parecía agrandarse.

El sargento Ramírez, al lado del comisario Buendía, no sabía dónde mirar, si al inspector jefe, si al comisario o a las losetas del suelo, y en aquella duda estaba, mirando de aquí para allá, en un ir y venir permanente.

El despacho de Buendía, cerca de la una y media de la madrugada, era un recinto viciado por el humo del tabaco. Un lugar pestilente. Un habitáculo cerrado que servía para la consumación de una venganza.

Nada hay peor para un policía que la desobediencia y el desacato y, para desgracia del comisario, lo suyo había sido todo un reto llevado a la práctica, sin éxito al final. Reto que ahora le propinaba un fuerte revés en el mentón, igual que a su subordinado, el sargento Ramírez, e igual que al grupo de policías elegido por el comisario. Todos ellos llevados ahora a un juicio sumarísimo, vehementemente desarrollado, enérgicamente ejecutado, por el inspector jefe Aurelio Eizaguirre.

—¡Han acabado con mi paciencia! —enfaticó Eizaguirre, mientras miraba al comisario— ¡Y esto les va a costar algo más que un simple rapapolvo! ¡Les va a suponer el empleo! ¡Me cago en todo!

Aurelio Eizaguirre se plantó delante de Buendía y no se lo comió allí mismo, porque era su subordinado, y él, a su vez, el inspector jefe, pero, no por falta de ganas. Le habría gustado seguir gritándole y gritándole, hasta que el comisario hubiera desaparecido por debajo de una de las losetas del suelo

y, desde ahí hubiera llegado al subsuelo de la calle y, desde ahí, a su vez, a la mierda y al lodo del río *Manzanares*, para no tener que volverle a ver nunca más. En aquel lugar hediondo le hubiera gustado que hubiera terminado el cuerpo de Buendía, en el seno asqueroso de las aguas cenagosas, rodeado por mierda y detergente, pero, para su desgracia, allí seguía varado el estúpido de su subordinado, con el rostro tenso, el cuerpo voluminoso, la pierna coja y la expresión de querer estar por encima de casi todo, él, un boxeador metido a policía —que él detestó siempre— pues, no supo si subió por méritos propios o bien, por el contrario, por recomendaciones puede que algo dudosas, provenientes de manos invisibles, las que quizás se muevan entre las luces y las sombras del sofisticado mundo profesional del pugilismo.

—¡Le voy a abrir un expediente disciplinario, y no sólo a usted —el inspector jefe miró a Buendía, que aguantó cómo mejor pudo su mirada— sino también a todo el equipo que le ha ayudado a llevar hacia adelante este despropósito, pues, en el colmo de las barbaridades, han detenido a un inocente —acabo de enterarme de ello— dejando libre al verdadero asesino, que ha intentado cometer un nuevo crimen! ¡Son una pandilla de inútiles que han seguido con esta investigación, haciendo caso omiso a lo que les ordené! Pero: ¡hasta aquí hemos llegado!

El rostro de Aurelio Eizaguirre efectuó un rictus extraño, adquiriendo mayor tamaño sus ojos pequeños, según iba cogiendo forma la idea que bullía por su cerebro.

—¡Están todos ustedes, los que han desobedecido mis órdenes, suspendidos de empleo y sueldo por un mes!

Buendía miró con indignación al inspector jefe. Iba a hablarle para comentarle que no estaba de acuerdo con aquella decisión, cuando vio el destello maligno que los ojos de Eizaguirre le enviaban, así que desistió hacerlo, rumiando para sus adentros todo lo que quiso decirle a aquel inepto que tenía cómo jefe, pero, su prudencia le hizo guardar silencio, y éste, a su vez, le hizo mover su pierna derecha con reiteración.

—¡Un mes! —gritó con desmedida Eizaguirre— ¡Y si vuelven a meterse donde nadie les llama, créame, comisario, que los expulso a todos ustedes del cuerpo!

El sargento Ramírez miró de reojo a Buendía, pero, cómo éste no dijo nada, optó por lo más práctico, que no fue sino quedarse igualmente callado, capeando de esa forma el temporal.

La noche se les empezaba a hacer demasiado larga, tanto a Buendía

cómo a Ramírez.

El inspector jefe envió a Buendía una mirada envenenada, luego, otra idéntica al sargento Ramírez y, ya y sin más, dejó el despacho, tras haber abierto su puerta, siguiéndole sus dos subordinados. El último en salir fue el fotógrafo Raúl Montoya, que los miró despectivamente, cerrando finalmente la puerta tras él.

El comisario Buendía fue hacia el escritorio y, tras coger un abrecartas de su superficie, lo lanzó hacia la puerta con violencia, quedándose el artilugio clavado en ella, balanceándose de un lado a otro.

—¡Pero, será hijo de la gran puta! —blasfemó Buendía a conciencia, mientras daba un puñetazo al aire.

El sargento Ramírez bufó y, tras acercarse al escritorio, se sentó en una silla cruzándose de piernas, mientras el comisario lo hacía en su sillón, acomodándose igualmente.

Buendía abrió un cajoncito del mueble, de donde sacó su pitillera plateada. La abrió y cogió un *Ducados* que se llevó a los labios. Tras encenderlo, exhaló el humo por la nariz. Sus ojos echaban fuego y su rostro estaba igualmente encendido. Ramírez, sin embargo, le observaba sosegado, creyendo que al bueno del comisario le podría dar algo en cualquier instante.

—Hemos seguido una pista falsa —se excusó Buendía consigo mismo—. Sólo eso, pero estamos muy cerca. ¡Muy cerca!

Unos golpecitos, dados en la puerta del despacho, sacaron al comisario de aquellos pensamientos.

—Adelante —dijo con voz apagada.

Un agente se quedó varado en el umbral de la puerta. El policía, de unos veinticinco años, lo miró con algo de frialdad.

—Comisario: —dijo a continuación el agente— el inspector jefe me ha ordenado que le traslade, que ha de confeccionar una lista con las personas que han participado en la investigación que él mismo prohibió.

Buendía estuvo a punto de levantarse y volcar la mesa, pero, su irracionalidad quedó frenada por su sentido común. Elevó la mirada, fijándola en los ojos de su subordinado.

—Está bien —logró pronunciar Buendía, en apariencia algo más calmado—. Retírese.

El agente asintió y volvió a dejarles solos. El comisario cogió el encendedor y lo lanzó contra la puerta.

—¡No me diga que no es un cabrón! —blasfemó Buendía enfurecido, mientras observaba a Ramírez— ¡Le gusta profundizar en la herida, cómo hijo de la gran perra que es!

El comisario negó varias veces con la cabeza, entrando de lleno en un agujero profundo que le provocó desasosiego. Humillado, bajó el mentón, y dejó que el cigarrillo se consumiera en el cenicero. Fuera, la noche profundizaba en la madrugada. Dentro del despacho existía una calma tensa, similar a la que antecede a una de esas tormentas tropicales. Esa calma chicha que tanto temen los marineros.

El sargento Ramírez, con inteligencia, dejó pasar el tiempo, consiguiendo de ese modo que el ánimo del comisario se fuera tranquilizando. Después, sacó una agenda del bolsillo interior de su chaqueta, que abrió por una página determinada, y que puso sobre el escritorio. Una tosecilla anticipó sus palabras.

—¿Comisario? —demandó Ramírez.

Buendía alzó los ojos, ahora tristes y anodinos, centrándolos en la mirada vivaz de su subordinado.

Los rasgos de Ramírez se significaron, cómo si los pensamientos contenidos en su cerebro los hubieran alterado en profundidad, cómo si lo que quisiera decir al comisario, hubiera producido una transformación radical en su ser, un cambio tan apreciable en su fisonomía, que el mismo no pasara desapercibido para Buendía. Si el comisario hubiera tenido que definir aquella transmutación, habría dicho que Ramírez, quizás, había visualizado a un ángel del *Señor* o, quién sabe, si por el contrario, al mismísimo demonio.

—¿Sí? —demandó Buendía con interés.

El sargento cogió la agenda y verificó los datos volcados en ella. Seguro ya de lo que quería decir, la dejó donde estaba antes, mientras el comisario lo miraba directamente.

—Llevo varios días recopilando datos —dijo Ramírez—. A punto estuve de anticiparle mis primeras conclusiones, pero, desestimé hacerlo, por cuanto la investigación parecía seguir abriéndose. Ahora, sin embargo, creo que es el momento oportuno para contarle lo averiguado.

El comisario inspiró por la nariz, en un gesto de ansiedad.

—Leí los informes forenses de las cuatro víctimas —comenzó Ramírez a exponer sus conclusiones—. Cómo ya sabe, los crímenes se cometieron de la

misma manera...

Buendía comenzó a centrarse en las palabras del sargento, quedando atrapado casi al instante por su lógica y deducción.

—Pero, fui más allá... y quise investigar las identidades de las víctimas, tal y como usted mismo me sugirió que hiciera —la mirada de Ramírez acogió cierto brillo, cómo si al tomar protagonismo, su yo interior hubiera adquirido también importancia, aunque él no se hubiera dado cuenta de ello, dominado por su sencillez—. Así mismo, hice un examen minucioso de los estudios que cursaron las cuatro mujeres, desplazándome incluso hasta los colegios o centros religiosos donde los efectuaron. Investigué también sus profesiones, acudiendo a las empresas donde trabajaron. Aparte, pude hablar con algunos de sus familiares...

El sargento Ramírez hablaba sin prisas, contagiando al comisario de su tranquilidad quien, tras coger un *Ducados* de la pitillera, lo encendió, sin perderse un solo detalle de lo que el sargento exponía.

El despacho, un espacio ambiguo de luz y sombra, era el marco ideal para semejantes deducciones, mientras en la calle, la luna lo bañaba todo con su claridad plateada, cuando eran las dos y cuarto de la madrugada.

—Bien... —prosiguió Ramírez con su pormenorizada explicación— Existe un denominador común en estas cuatro mujeres: todas estaban solteras y todas tenían algún tipo de vinculación con el mundo eclesiástico. Me explicaré mejor: la primera víctima, llamada Sofía León y de cuarenta años —por cierto, nada agraciada— trabajaba como limpiadora en un colegio de padres agustinos, situado en la calle de *Valverde*. Le hago el comentario sobre su fealdad, para que se dé cuenta de que el asesino no se mueve por atracción física. Creo que este dato puede sernos muy útil para la investigación.

El sargento hizo una pausa, asintió y siguió hablando.

—La segunda víctima, Pilar Vergara, tenía treinta y cinco años, y ésta sí era muy atractiva. Daba clases de *Religión* en un colegio de religiosas emplazado en la calle de *Sagasta*.

El sargento hizo una nueva pausa, para captar así mejor la atención del comisario, quien en aquel instante daba una profunda calada al cigarrillo. Una nube de humo separaba a los dos hombres. El sargento se ajustó las gafas en la nariz y continuó con lo averiguado:

—La tercera mujer, Prudencia, tenía sesenta años y era el ama de llaves del cura párroco de la *Ermita de San Antonio de la Florida*. Y la última

víctima, Eugenia Silos, de treinta años, y también poco agraciada, era catequista en la parroquia de *Santa María de la Cabeza*, en la *Ronda de Segovia*.

El sargento hizo una interrupción en su monólogo, mientras su mirada acogía cierto halo de misterio. El comisario, entretanto, encajaba lo que el sargento le comentaba. Pensativo, aplastó la colilla en el cenicero.

—Todas estas mujeres, cómo ya le he dicho, estaban de alguna manera relacionadas con el mundo religioso —afirmó el sargento—. ¿Qué coincidencia más extraña, no le parece?

—Las coincidencias no existen para un asesino —replicó Buendía, mientras enarcaba una de sus cejas.

Los ojos del sargento brillaron. Se inclinó hacia el escritorio y apoyó los brazos sobre su superficie. Después, miró a Buendía, que estaba cómo ausente, pendiente del haz de luz del tubo fluorescente, así como de las innumerables partículas de polvo que viajaban en derredor.

—Eso mismo me dije yo —apuntó Ramírez.

Buendía deseaba que el sargento le hiciera cómplice de sus deducciones y empezaba a impacientarse, lo que todavía motivó más a su subordinado.

—No puede imaginarse, señor comisario, lo que voy a relatarle ahora.

Buendía resopló.

—¡Por *Dios*, Ramírez, no estamos para juegucitos!

El sargento entrecerró los ojos y le habló en voz muy baja, como si quisiera confesarle algo, quizás un secreto de alto estado. Buendía cogió esta vez un cigarrillo rubio de la cajetilla encendiéndolo, mientras los dedos de su mano izquierda tamborileaban sobre la mesa.

El silencio les rodeaba.

*Madrid* parecía dormir, y en la comisaría no se escuchaba ni el tecleo de una máquina de escribir.

Silencio.

Sólo silencio.

—Bien —continuó hablando Ramírez, espaciando cada vez más las frases—. Estas cuatro mujeres, escúchelo bien, comisario, pertenecían al grupo pseudo —religioso de *Hermandades del Trabajo*. Ya sabe, personas que, bajo el concepto del amor a *Dios*, se reúnen para realizar actos sociales entre la juventud, cómo, por ejemplo: viajes y manifestaciones, tanto culturales cómo musicales. En fin, un grupo limpio que no esconde nada bajo sus pilares. Sólo su gran amor hacia el *Señor* y la pasión por compartir experiencias personales. Hasta ahí, nada destacable, pero...

El comisario exhaló el humo y sus ojos se encendieron.

—¡Coño, Ramírez, siga!

El sargento asintió y su mirada adquirió mayor expresividad.

—En su sede central pude hablar con uno de sus sacerdotes que, por cierto, participa de manera activa en todo este tipo de reuniones, preguntándole, si conocía a alguna de las víctimas, enseñándole para ello sus fotografías. Él las miró sin reconocerlas. Ahí fue, señor comisario, cuando estuve a punto de arrojar la toalla, pero, algo me impulsó a seguir hablando con él.

Ante la nueva pausa, Buendía, ya malhumorado, dejó el cigarrillo en el cenicero, y apoyó parte de su cuerpo en el escritorio.

—¡Ramírez, vaya al grano, se lo ruego! —exclamó el comisario con énfasis.

El sargento se removió en la silla y asintió dos veces.

—Comisario: —prosiguió Fulgencio con su narración— le pregunté al sacerdote, si las personas que participaban en las actividades lúdicas, organizadas por ellos mismos, realizaban, aparte, otro cometido. El sacerdote me lo confirmó. Le dije qué hacían en concreto, y él me informó que algunos de sus miembros cantaban en los coros de determinadas iglesias. Ahí fue, precisamente ahí, donde se encendió una luz en mi cerebro. A lo mejor, aquella nueva pista, pensé, me acercaba hacia la identidad del asesino y, claro, claro que profundicé en ella, preguntando nuevamente al religioso, si podía facilitarme los nombres y apellidos de aquellas personas, y al mismo tiempo indicarme en qué parroquias cantaban. Él me comentó que aquellos datos estaban registrados, pero, debería buscarlos en una relación

extensísima.

El sargento se calló, si bien brevemente, mientras el comisario enrojecía.

—Me puse manos a la obra —avanzó Ramírez con su alegato— y durante varias horas repasé nombres y apellidos. Lo peor de todo fue que no estaban detallados por orden alfabético. Así que tuve que hacer encajes de bolillos. Al final llegué a anotar treinta y cinco personas. Veinticinco de ellas mujeres, de edades comprendidas entre los dieciocho y los sesenta y tres años —ahí Ramírez omitió el dato más importante, que prefirió dejar para el final, para llevar así a Buendía a la expectación máxima—. Comisario, estuve tres noches sin dormir, investigando a cada miembro de los coros. Accedí incluso a los ficheros policiales, para ver si tenían antecedentes algunos de ellos. Vano intento. Estaban limpios. Finalmente, señor comisario, hice bingo...

Ramírez se calló un instante, extraviando la mirada por la ventana, percibiendo la profunda oscuridad de la noche.

El comisario estaba a punto de explotar. Su impaciencia, claramente manifiesta, le llevaba a fumar un cigarrillo tras otro. Precisamente volcaba ahora el humo de un *Ducados* en el aire ya viciado del despacho.

—¡Ramírez, se lo pido una vez más: avance con el informe! —su voz tembló, y Ramírez volvió a gozar ante la situación.

—Sí, señor comisario —dijo el sargento, hablando con orgullo mal contenido—. Hice bingo pues averigüé... que las víctimas cantaban en coros, pero, además... lo hacían en el mismo.

Aquel comentario final abatió a Buendía. Sus ojos se abrieron con desmesura y su cigarrillo quedó suspendido entre sus labios, mientras el humo invadía sus pupilas, ya de por sí enrojecidas ante la falta de sueño.

El sargento acababa de comunicarle algo que le había puesto demasiado nervioso, y él, que llevaba prácticamente un mes sin dormir, viviendo casi en su despacho las veinticuatro horas del día, inapetente al máximo, ahora, precisamente ahora, empezaba a vislumbrar un destello en aquella investigación tan sombría.

—¡Siga Ramírez, siga hablando! —gritó el comisario.

El rostro del sargento adoptó cierto aire de misterio, cómo si lo que contara a continuación tuviera una mayor trascendencia y, aquel gesto, apenas perceptible, fue captado por el comisario que, fuera ya de sí, destrozó el nuevo cigarrillo en el cenicero y golpeó a continuación sobre el escritorio con el puño.

—¡Joder, Ramírez, hable, coño, hable!

La sutil sonrisa del sargento terminó por abrir un río ígneo de lava en el comisario que lo abrasó por dentro carcomiendo su curiosidad.

—Entonces comenzó a cuadrarme —el tono usado por Ramírez siguió siendo muy bajo, prácticamente un susurro— la cercanía entre los domicilios o centros de trabajo de tres de las cuatro víctimas. Supuse que serían amigas o quizás conocidas que habrían llegado a *Hermandades del Trabajo*, bien por recomendaciones de unas a otras, bien por haber coincidido en lugares comunes o qué sé yo. Lo determinante, lo realmente determinante, era que todas pertenecían a *Hermandades* y, todas, a su vez, cantaban en el mismo coro.

Buendía, a punto ya del infarto.

—Cuando me informaron que habían detenido a un sospechoso —explicó Ramírez con idéntica serenidad, mientras el comisario lo contemplaba cada vez más ansioso, cómo si no poder llegar al final de aquella disertación estuviera destrozando su sistema nervioso— dejé aparcadas mis deducciones, centrándome únicamente en el detenido. Cuando le escuché, supe que mis argumentos seguían todavía arriba. Aquel infeliz no era el asesino y, nada tenía que ver con el grupo de *Hermandades del Trabajo* y, menos aún, con cualquier coro. Me dije que debía seguir llevando hacia adelante esta investigación y, créame, comisario, que mientras los subinspectores desarrollaban la tarea de minar la voluntad de aquel degenerado, yo deseaba que llegara el día siguiente para terminar de consolidar mi estudio.

El sargento regresó a su hermetismo, llevando al comisario a un nerviosismo creciente que definitivamente rompió su estabilidad. Buendía se incorporó del sillón y acercó su rostro, tenso y alterado, a la faz más serena del sargento, que entonces lo miró sorprendido.

—¡Mire, Fulgencio —exclamó Buendía— si vuelve a hacer un solo inciso más, uno más tan solo, le juro que me tiro a su cuello y se lo retuerzo hasta dejarle sin aliento! ¿Me ha entendido usted?

El sargento asintió, mientras esbozaba una casi inapreciable sonrisa. El comisario regresó a su sillón y Ramírez, tras soltar otra tosecita, prosiguió hablando:

—El coro donde esas mujeres cantaban pertenece a la parroquia de *Salvador y San Nicolás*, que está ubicada en la calle de *Atocha* número cincuenta y ocho. Este dato lo averigüé ayer mismo por la tarde, por lo que todavía no he podido acercarme a la parroquia para hablar con su cura

párroco. Si le parece oportuno, en cuanto la mañana avance, le hago una visita. ¡Ah, importante!

Ramírez, avisado ya, se apresuró a seguir hablando, mientras a Buendía se le agrandaba una vena del cuello.

—El coro de la parroquia que acabo de citarle, estaba compuesto por once personas, seis de ellas mujeres.

El comisario asistió a una nueva interrupción de su subordinado, sólo que esta vez no le produjo irritación alguna, más bien fue un tiempo para pensar. Su frente se contrajo, mientras su cerebro intentaba racionalizar lo escuchado...

—Sí, comisario, cómo lo oye: ¡Seis mujeres! —recalcó el sargento con énfasis— ¡Seis! Un número muy especial. Le comentaré que, según la *Cábala*, el número seis tiene el significado de la belleza. *Euclides* lo denominó el número perfecto, porque es igual a la suma de sus divisores. *San Ambrosio* lo tomó cómo un símbolo de la armonía perfecta. Los días de la creación fueron seis. Los estudios por los que el conocimiento pasa para alcanzar la comprensión de la divinidad son seis igualmente. El seis representa también la cualidad amorosa en la creación, así como la armonía y el equilibrio. De forma simbólica aparece cómo la estrella de seis puntas en el sello de *Salomón* o *Escudo de David*, constituyéndose, mediante fusión armónica de dos triángulos, uno con el vértice hacia arriba y el otro hacia abajo. Según el *Génesis*, la pareja humana fue creada el sexto día por *Dios*. Así mismo, el seis es la vibración de *Venus*, amor y belleza. En *Música*, la nota *La*, y en *Geometría*, el hexágono. En *Astrología* hay seis signos activos fuego-aire y seis pasivos tierra-agua, pero, lo más importante de todo ello, señor comisario, es que el seis viene a decir que: *Cómo es arriba es abajo*. ¿Me comprende? Creo que sí. *Cómo es arriba es abajo*, podría interpretarse, cómo la clave de una posible venganza. El famoso: *¡Ojo por ojo!* Y esto, y ya fundamental: tres seises unidos conforman el número de la *Bestia*, que normalmente va asociado a la figura del diablo: *el seis, seis, seis...*

Buendía quiso discernir todo aquello, sin conseguirlo.

—Bien... Ramírez, y ¿adónde quiere usted llegar con todo esto? —demandó el comisario confuso.

—Le he hecho esta larga introducción —contestó el sargento cómo siempre hacía, razonando todo comentario— para que se dé cuenta de la importancia de que seis de los miembros del coro fueran mujeres. Y le he matizado lo del número de la *Bestia*, para que comprenda que el asesino que buscamos puede ser una proyección del mismo demonio o, quizás, quién sabe, alguien que intenta equipararse con él. Una persona que, desde luego, ha perdido la cabeza. Pero, me pregunto: ¿Qué tienen en común esas seis mujeres, para que semejante alimaña quiera eliminarlas? De hecho, ya ha matado a cuatro de ellas.

El comisario se quedó pensativo e inspiró después con fuerza. Eran las

tres y veinte de la madrugada y estaba muy cansado. Le habían alejado de este caso que tanto le atormentaba. Igualmente, le habían suspendido de empleo y sueldo por un mes. Lo mismo que al sargento Ramírez e igual que a un buen puñado de fieles compañeros, que todavía valoraba más por ello. Su grupo se hallaba formado por agentes intachables, y si de algo se sentía orgulloso era de ser su jefe, pues, eran como los hijos que nunca tuvo y, ahora, por haberle ayudado a buscar a ese mal nacido, estaban amonestados y suspendidos como él mismo. Buendía había escuchado al sargento Ramírez con atención, y gracias a ello había recobrado algo de confianza. Ramírez era, sin ninguna duda, un policía extraordinario. Un hombre metódico. En realidad, un estudioso metido a policía. Si la investigación llegaba finalmente a buen puerto, el mérito recaería casi por entero en aquel hombre enjuto que tenía ahora frente a él.

—¡Un buen trabajo, Ramírez! —recalcó Buendía con énfasis, mientras su mirada cobraba vigor— ¡Un buen trabajo! —repitió— Sabe una cosa: vamos a seguir con la investigación, aunque tengamos que realizarla en nuestros domicilios, a donde deberíamos irnos ya, pues estamos suspendidos.

El rostro de Ramírez reflejó cansancio. Las horas invertidas en la investigación habían sido un tiempo extra dedicado a un estudio concienzudo. Un periodo de dormir apenas, de centrarse en cómo abatir a una fiera salvaje y, ahora, cuando había comunicado al comisario de todas y cada una de sus pesquisas, era cuando empezaba a sentirse agotado.

El comisario lo percibió.

—Ramírez, procure descansar algo —le recomendó Buendía en tono casi paternal—. Le emplazo mañana a las diez. Iré a buscarle a su domicilio. Después, visitaremos al cura párroco de la iglesia de *Salvador y San Nicolás*.

Ramírez asintió.

—Quiero que se proteja, además de una manera muy especial, a las dos mujeres del coro que están todavía con vida. Una de ellas, me imagino, es la que ha sido atacada esta noche en un parque. Mañana, sin ir más lejos y, para tal cometido, enviará a los agentes que crea más cualificados. Estamos muy cerca del asesino, lo presiento, y lo mejor de todo es que él no lo sabe —dijo el comisario y alzó la voz, mientras a su subconsciente llegaban las personalidades aún no conocidas del sacerdote que dirigía la parroquia de *Salvador y San Nicolás*, así como la del director o directora del coro de dicha iglesia y, por supuesto, la de los cinco miembros varones del coro.

*¿Sería alguno de ellos el asesino que les traía de cabeza? Y, de serlo: ¿Por qué mataba tan cruelmente?* Demasiados interrogantes para su cansado intelecto ahora.

Bastaría un mínimo descanso para recuperar el aliento, y seguir así llevando hacia adelante la investigación.

—Ramírez —dijo el comisario en tono cordial, alejado de cualquier atisbo de crispación—. Le juro que voy a tumbarme en la cama dentro de nada.

El sargento sonrió y asintió.

Se incorporaron y, tras coger del perchero las ropas de abrigo, salieron del despacho. En la puerta de la comisaría saludaron al agente de guardia, profundizando después en la fría madrugada.

El alba despertaba de su letargo.

Ernesto Buendía y Fulgencio Ramírez percibieron el sonido de las esclusas que servían para canalizar las aguas del río *Manzanares*.

El tráfico era prácticamente inexistente en aquella hora.

*Madrid* seguía durmiendo.

El sargento pasó a su *Seat Ochocientos* de color verde aceituna, mientras el comisario paraba un taxi.

Poco después, los dos desaparecían de las inmediaciones de la comisaría, dejando su mundo laboral atrás, por el periodo relativamente largo de un mes.

*Once horas y diez minutos de la mañana siguiente.*

Casandra miraba a Salvador que, posaba, sentado frente a ella, en un taburete alto, orientada levemente la cabeza hacia su lado izquierdo. La claridad, que entraba por la ventana, se reflejaba en sus cabellos de color miel. Un caballete sostenía el lienzo donde Casandra pintaba. A su derecha y colocados sobre una estantería se veían: pinceles, barnices y disolventes, y junto a éstos, marcos y herramientas de precisión. Lo que la joven llevaba pintado era sólo un boceto. Un área limitada, con rasgos desdibujados todavía.

Casandra había pedido a Salvador, días atrás, que la dejara pintar su rostro, y él había aceptado su propuesta, además, de buen agrado. Por esa razón, Salvador posaba ahora y, lo hacía con naturalidad, cómo si saberse observado por Casandra no le produjera la mínima inquietud. La joven miraba con detenimiento cada rasgo del rostro de Salvador, profundizando en su personalidad o en la que ella creía adivinar a través de su mirada.

—Juan ya me ha puesto al corriente de lo de su hermana y su cuñado —dijo ella sin dejar de pintar—. La verdad es que vivimos sin saber cuándo puede ocurrirte algo malo. Mejor así. De todas formas, parece que la violencia se haya centrado últimamente en la familia de Alfredo.

Salvador aprobó con un movimiento de la cabeza.

—Te agradezco que poses para mí —dijo Casandra.

—Lo hago con gusto —le aclaró él.

Casandra extendió su mano derecha y con ella el pincel, situándolo frente a sus ojos.

—Aún no me explico —comentó ella con marcada indignación— cómo todavía no se ha detenido a ese asesino violador. Ya ha pasado cierto tiempo desde el primer asesinato y ya han muerto cuatro mujeres. Tendría que estar alerta todo el aparato policial, pero, por el contrario, da la impresión de que existiera una calma exasperante en la ciudad, cómo si no hubiera sucedido nada.

—No es fácil dar con el paradero de un maniaco —reflexionó Salvador

— en una ciudad con tantos habitantes. Cualquier escondrijo es válido para un demente que se aprovecha de la oscuridad y ataca siempre en barrios solitarios. No hay tantos policías disponibles. Tendrían que poner a uno detrás de cada mujer y eso es impensable.

Hablaba Salvador sin descomponer el rostro y sin cambiar de postura.

Casandra seguía pintándolo, moviendo su mano con destreza y con ella el pincel, mientras su rostro acogía una sombra de desaprobación.

—Desde luego que fue temerario lo de Juan y Alfredo —apuntó Casandra—. Aunque a lo mejor esa era la única alternativa: cazar a la fiera en su propio territorio.

—La justicia no debe tomarse por cuenta de uno mismo —expuso Salvador y agravó el rostro—. Si así se hace, nos convertimos en salvajes. Debe primar la serenidad y, sobre todo, dejar que la policía cumpla con su deber.

—A veces, y si no queda otro remedio, uno ha de defenderse.

Salvador no replicó tal argumento.

La mañana no era demasiado fría y podía tenerse la ventana abierta.

—No pareces el clásico empresario —argumentó la joven, mientras limpiaba el pincel sumergiéndolo en un frasquito con agua—. Tienes aire de profesor o de catedrático o de qué sé yo, de todo, menos de alguien que se dedica a la madera.

Salvador le proyectó una sonrisa.

—Tú tampoco pareces una pintora.

Casandra frunció el ceño y unió los labios.

—¿Ah, no? —demandó ella.

—No.

—Entonces: ¿qué parezco?

—Alguien muy especial.

Casandra sonrió.

—Pues... gracias por verme así —alegró ella la voz, mientras cogía el pincel de nuevo.

Se creó una pausa en la conversación. Los trazos de la joven se iban plasmando sobre el lienzo, creando un contorno cada vez más definido. Así, el rostro y parte del torso de Salvador iban cobrando vida.

La claridad dominaba por entero ya el salón: el mediodía se aproximaba.

—Salvador —dijo la joven con voz muy tenue—. ¿Quién eres realmente?

Salvador varió de posición y ladeó la cabeza para mirar a Casandra, que siguió comprobando cómo en su expresión, había algo que lo hacía diferente a los demás. Algo que ella notó desde el primer día.

—Yo soy quien soy —dijo Salvador con voz grave—. Un hombre cualquiera atrapado en una ciudad cosmopolita que empieza a despertar. Uno más de los muchos que somos. Sólo eso.

Casandra volvió a dejar el pincel en el agua.

—Sin embargo, pareces ajeno a la vorágine de este mundo —dijo—. No te veo desarrollando tu papel de *tiburón* moderno, pero, he de creerte, puesto que tú me lo dices.

—¿Y tú quién eres joven artista? —quien preguntó ahora fue Salvador.

Ella efectuó un mohín gracioso y no le contestó.

—¿Quién eres? —insistió Salvador— Juan me ha contado que cuando os conocisteis surgiste cómo de la nada.

Ella sonrió, ahora abiertamente.

—Juan tiene demasiada fantasía —le matizó ella—. Coincidimos en una noche de niebla intensa. Él necesitaba creer en milagros, y desde ese día me ve cómo alguien muy especial, pero, no lo soy. Soy, cómo tú muy bien dices: una más entre las muchas mujeres que viven en *Madrid*.

Hubo un intercambio de miradas. Un silencio buscado. Una complicidad espontánea.

—Vienes de una tierra ancestral y, según me ha contado Juan, con una extraña premonición en tu maleta.

Casandra volvió a sonreír.

—Compruebo que Juan te lo cuenta casi todo —le apuntó la joven—. Sí, es cierto. El jardinero de mis padres desciende de los mayas, una raza tan diferente cómo misteriosa. Un mundo dentro de este mundo.

—Lo sé —ratificó él—. Fueron unos estudiosos avanzados del vasto *Cosmos* que crearon observatorios para contemplar el firmamento desde ellos.

—Ves, cómo sabes cosas que no cuadran con tu profesión.

—Si sé algo, cómo tú, es por los libros.

—Eso es cierto —ratificó ella—. Los libros nos llevan a mundos inexplorados. Nos trasladan al subconsciente de cualquier personaje y, gracias a ello, conocemos el pensamiento particular de cada escritor. Los libros nos dan cultura y, sobre todo y para mí lo más importante, nos hacen soñar.

—Me gustaría ver lo que llevas pintado —dijo Salvador y fue hacia el caballete. Una vez allí, miró el retrato con atención, dando su aprobación finalmente.

—Juan está enamorado de ti —dijo Salvador de improviso.

Cassandra, nerviosa, fue hacia la ventana y la cerró.

—Pues, no debe —ella se volvió y miró a Salvador con gravedad—. Ya se lo advertí.

—¿Te asusta algo? —preguntó Salvador.

La mirada de Cassandra se entristeció.

—No —titubeó al contestar— ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tengo esa sensación —le aclaró él y después se encogió de hombros.

Ella profundizó en sus ojos de color de miel.

—No tengo miedo a nada —afirmó Casandra con seguridad—. Soy ave viajera y no me gusta estar demasiado tiempo en ningún sitio. Llevó aquí dos años porque he de concluir mi carrera y, al mismo tiempo aprovechar la beca concedida, pero, me iré en cuanto la termine. No quiero pensar en el amor y, se lo advierto siempre a quien conozco, para que no caiga en el error de enamorarse de mí.

La mirada de Salvador acogió un atisbo de inconformismo.

—Tengo la sensación de que te encontrarás muy sola en tu vejez —vaticinó Salvador.

Los ojos de la joven brillaron.

—Siempre estamos solos —apuntó ella— aunque estemos acompañados. No existe el amor perfecto y, menos aún, la amistad verdadera. Nos movemos por intereses, que no tienen por qué ser necesariamente económicos. Buscamos compañías que nos alejen de nuestros miedos y, a la vez, tengan algo en común con nosotros. Esas amistades se terminan perdiendo a lo largo de la vida.

La mirada de Salvador acuñó un halo misterioso.

—Creo que te equivocas, Casandra —dijo él muy convencido—. Hablas con demasiada madurez y excesiva acritud para ser tan joven.

Cassandra racionalizó lo que Salvador le decía y, por un instante, pareció luchar contra ella misma, igualmente, contra todo lo que ella pensara, cómo si sus razonamientos se debatieran de forma frontal contra los razonamientos de aquel casi desconocido, que le hablaba cómo si estuviera al tanto de cosas que ella ignoraba. Sintió un escalofrío. Un miedo irracional que se apoderó

de su cuerpo, y durante unos segundos miró a Salvador de forma diferente a como lo había estado haciendo hasta entonces.

—Alguna vez descubriré tu verdadera personalidad —dijo ella, mientras entrecerraba los ojos—. Industrial no eres, pero, no llego a intuir qué deseas de nosotros.

Salvador no la contestó, prefirió callar y desviar la mirada hacia la ventana.

Cassandra suspiró y regresó al lienzo, observándolo con atención.  
Algo no le cuadraba en todo aquello.

*Aproximadamente una hora antes.  
Diez de la mañana.*

Fiel a su puntualidad *inglesa*, el comisario Buendía pulsó el portero electrónico de la vivienda del sargento Ramírez.

Buendía huía del servilismo, por eso no permitía que nadie lo recogiera. Prefería caminar, para mover así su rodilla maltrecha. Castigarse, en definitiva, para no bajar la guardia.

Casi al instante, el comisario escuchó la voz de Patricia a través del artilugio y, casi a continuación también, el tono algo cansado de su subordinado, que le dijo que al momento bajaba.

Buendía aprovechó la pausa para encender un cigarrillo.

La mañana despuntaba.

El comisario odiaba el invierno por las temperaturas tan bajas que el mismo arrastraba.

No llevaba demasiado bien la destemplanza de aquella ciudad castellana, que arañaba su alma, población localizada al sur de la *Serranía*, en pleno corazón de la *Meseta Central*, que llegó a conocerse como *Magerit*, *Madre de Agua*. Aquel reino que fuera amado con pasión a lo largo de la Historia. *¡Qué lejos quedaba ahora de él su Lora del Río!* —pensó, cargado de añoranza. Aquella tierra andaluza plena de luz y contrastes. Rebosante, a su vez, de campiñas y zonas de regadío.

Buendía suspiró con desesperación, queriendo alejar aquellos pensamientos y, tiró la colilla con rabia al suelo, aplastándola después, cómo si con aquel pisotón pudiera destrozar, igualmente, cualquier indicio que le acercara a lo que él fue una vez, y al mismo tiempo a lo que él nunca quiso ser: un niño en medio de una guerra inhumana. Un niño asustado asistiendo a la bestialidad desproporcionada de los hombres. Un niño comprobando cómo la violencia nubla la razón. Un niño descubriendo cómo la muerte tiene sólo una faz, y ésta es oscura y temible a la vez. Un niño odiando cómo un hombre. Un niño llegando a la conclusión de que los muertos no viven después, que cuando sus cuerpos son atravesados por las balas y caen

fulminados al suelo, eso no tiene remedio, pues, sólo queda silencio, y los llantos y las campanas que suenan a muerte, y los cementerios cargados de cruces, y los fusiles tronando y los obuses estallando, y después nuevas muertes y más tarde nuevos gritos de espanto. No —razonó finalmente Buendía, con el corazón encogido—. Por supuesto que la guerra no mata al hombre, lo que hace es destruir al niño.

El portal se abrió, y a través de él salió la figura huérfana de carnes del sargento Ramírez. El comisario, dominado todavía por sus pensamientos, lo miró con espanto, cómo si su subordinado fuera el rey de los infiernos, pero, aquella sensación le duró bien poco, el tiempo que el sargento invirtió en llegar a su lado.

—Pues: —dijo Ramírez y levantó levemente la voz— ¡Manos a la obra!

El comisario asintió y el sargento le llevó hacia donde tenía aparcado su *Seat Ochocientos Cincuenta*, muy cerca del portal. Ya no hablaron dentro del automóvil: sabían que iban hacia un encuentro muy especial. Encuentro, casi crucial.

*Aquella misma mañana. A la misma hora.  
Parroquia de la Buena Dicha.*

La sacristía acogía la luz amortiguada de una lamparita que descansaba sobre la superficie de una mesa escritorio. Teodoro llevaba allí cierto tiempo, acomodado en su sillón, tras el escritorio, anotando en su diario lo que debía comprar en los próximos días: cirios, velones, material de limpieza, una escoba... Aparte, debía avisar para que limpiaran las vidrieras, tarea que se efectuaba cada dos meses, y que ahora le llegaba su turno. Su mano acogía un leve temblor, según iba haciendo las anotaciones en el diario. Aun no se había recuperado del ataque de su otro yo, del demonio que vivía aletargado en su ser. Tenía la espalda dolorida por los golpes que él mismo se había infligido. Poco castigo éste, razonaba el sacerdote, para la vil serpiente que reptaba por su conciencia, impulsándole a hacer actos que, quizás, no deseaba realizar. Era un ser demasiado frágil, dominado por la concupiscencia de la carne. Él, que en su momento hiciera voto de castidad.

Los últimos días habían discurrido sin ninguna novedad. Días que a Teodoro le habían servido para sosegar en parte su atormentado espíritu. Por el contrario, las noches le traían las mismas pesadillas, no dejándole descansar en paz.

Sin desearlo, hizo una anotación incorrecta en el diario. Su pulso le temblaba cada vez más. Se incorporó, salió de la sacristía y fue hacia el altar, mientras un extraño desasosiego le dominaba. Ya allí, en medio de aquel mundo de paz y oscuridad se sintió algo mejor.

De improviso, la puerta de la parroquia se abrió y Azucena entró en ella.

Teodoro visualizó a la recién llegada y supo que a partir de aquel instante libraría una nueva batalla en su interior. La de él contra él mismo. No estuvo muy seguro de quién ganaría en esta ocasión. Lo único cierto, lo realmente cierto era, que el demonio no descansaba atormentándole de forma casi permanente.

Azucena le sonrió cómo lo hace la tentación, con placer y provocación y, sabiendo lo que el sacerdote sentía hacia ella, fue hacia él, sacando hacia el

exterior las armas de mujer que habitaban ya en su cuerpo de adolescente. Azucena se detuvo frente a él y él no se atrevió a mirarla. Rodeados por el silencio más absoluto, Teodoro creyó ser observado, cómo si las imágenes religiosas tuvieran vida, cómo si los cirios y los velones tuvieran ojos, cómo si los cristales poseyeran pupilas, cómo si lo que estuviera contenido en la parroquia pudiera mirarle, censurando lo que su cerebro discernía ya. Todo, igualmente, giraba en su subconsciente, cómo si su raciocinio viajara muy lejos, acogiendo su cerebro únicamente lujuria y deseo. Su ser tembló, cuando la niña se le acercó tanto que casi se unió a él. Azucena le miró cómo lo hacen los vencedores, y él, avergonzado, bajó la mirada cómo lo hacen los perdedores.

—He venido por lo que me dijo usted el otro día —la voz de Azucena traspasó los límites de su cordura, embriagándole con aquel tono tan meloso. Su cuerpo de trece años acogía las formas de una mujer, y su mirada le enviaba al mismo tiempo serenidad y sensualidad. Azucena era la provocación, y él, hombre débil, no supo luchar contra lo que empezaba a dominar su ser: tenía que acariciar el cuerpo de aquella muchacha. Manosear su trasero, así como sus pechos incipientes. El sacerdote fue consciente que nada podría remediar que volviera a pecar, ni siquiera el gran amor que sentía hacia el *Sacerdocio*. Él, un servidor de *Dios* y del *Demonio* a la vez. Su mano tembló, y a duras penas reprimió su instinto primario, ése que le decía que comenzara a tocar a la adolescente. Ella, cómo lo sí presintiera, seguía observándole con superioridad.

—No te entiendo —logró balbucir Teodoro.

Ella lo miró insinuándosele.

—Me dijo que... si le dejaba acariciar cierta parte de mi cuerpo, me daría quinientas pesetas.

Él movió la cabeza de un lado a otro y reculó, intentando salir de aquel hechizo tan particular. Fue hacia el altar, cómo si en aquel lugar sagrado pudiera cobijarse, huyendo así de la manzana prohibida que *Lucifer*, disfrazado de niña ahora le ofrecía.

Teodoro miró a Azucena y ésta le observó a su vez a él. Después y, con estudiada lentitud, se fue subiendo la falda del uniforme del colegio, mostrándole así su anatomía, hasta que llegó a su ropa interior. Luego, dejó caer la falda y ésta regresó a su posición natural.

Teodoro perdió la batalla y, tras bajar los tres escalones que le separaban de Azucena, llegó a su altura.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con languidez.

—Quinientas pesetas... —le pidió Azucena, mientras ofrecía una de sus manos al sacerdote.

Él dudó de nuevo y, quiso apartarse de aquella niña con cuerpo de mujer, pero, su carne, siempre débil, volvió a traicionarle perdiendo su espíritu nuevamente, en la lucha permanente que él tenía contra su otro yo.

Teodoro asintió y dio media vuelta, dirigiéndose hacia la sacristía. Regresó al pronto con un billete que dio a Azucena, quien lo cogió y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta. La jovencita le observó unos segundos y después le cogió la mano llevándosela a uno de sus pechos. Acto seguido, se subió la falda desplazando la mano del sacerdote hasta su braguita. Teodoro, preso del deseo, no pudo reprimir la tentación y finalmente sucumbió al placer. Tocó un tiempo la braguita, que le pareció un infinito de segundos, y a través de ella el sexo de Azucena. El sacerdote cerró los ojos y ahogó un grito, sintiéndose embriagado ante aquella caricia tan suave.

El silencio cómo único compañero de aquel pecado.

Momentos antes, alguien había abierto la puerta del coro, sin emitir ningún sonido. Alguien había avanzado, situándose por detrás del altar, amparándose en una de las columnas que reforzaban la nave. Alguien había estado espionando al sacerdote y a la niña. Alguien se había echado las manos a la cabeza en un gesto de desesperación. Alguien había contemplado, sin desearlo, aquel acto tan obsceno. Alguien había dejado su escondite y retrocedido hacia el lugar por donde había entrado.

Alguien había abierto la puerta que daba al coro y, alguien, finalmente, había desaparecido de la nave principal de la iglesia: Amparo, la madre de Azucena, se mordió la mano para no gritar, mientras imprecaba un millón de veces al sacerdote que acababa de mancillar el honor de su hija. La mujer se veía presa de sentimientos contradictorios, mientras maldecía que aquella niñita que ella había educado a base de sacrificios, fuera una golfa ahora. Una putita que se vendía por dinero, y ella, que le había enseñado que la vida ha de ganarse a base de trabajo. Ella, ahora y en aquel momento, deseaba desaparecer bajo el suelo de aquella iglesia podrida. Ella, que había ido a limpiar a la casa de *Dios*. Ella, precisamente ella, se juró así misma que no olvidaría lo que acababa de ver, y qué haría pagar con creces a ese mal sacerdote lo que le había hecho a su hija. Amparo crispó su rostro aceitunado, entrecerró sus ojos negros, tensó su cuello recio y fue hacia la parte trasera de

la iglesia, cómo si no hubiera visto nada y, a pesar de estar temblando, se puso a realizar lo que todos los días hacía: la limpieza de aquel templo sagrado que para su hija Azucena había sido un prostíbulo. Cogió agua de un grifo con la que llenó un cubo, añadiéndole después un abrillantador para los suelos. Comenzó a limpiar, mientras ideaba un plan: tenía que vengarse del sacerdote que había tocado de forma impura a su hija.

Teodoro, entretanto, no dejaba de sudar, bañada su frente por innumerables gotas, sentado cómo estaba en uno de los escalones de mármol que daban al altar. Junto a él, de pie, y terminando de recomponerse, estaba Azucena, que miraba al sacerdote con un brillo especial instalado en sus pupilas. La muchacha se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y tocó el billete. Sonrió, y su mirada se clavó en Teodoro, que comenzaba a arrepentirse de lo que acababa de hacer.

El párroco, por su parte, observaba el suelo de mármol abstraído. Ella tosió, forzándole a levantar la mirada.

—Si quiere: —dijo la adolescente con aquella voz ingenua y sensual— el próximo día le dejo meterme un dedo donde usted ya sabe, pero, tendrá que darme mil pesetas.

El sacerdote fue incapaz de pronunciar palabra alguna. Siguió en idéntica postura, quieto, cómo una estatua de mármol. Allanada su moralidad, se sentía incapaz de luchar contra su propio destino. Azucena se apartó de él y fue hacia la puerta principal. A sus pocos años comenzaba a descubrir que los hombres eran unos seres muy débiles, que solían sucumbir ante el atractivo de una bella mujer y, ella, una adolescente todavía, casi una niña, poseía, sin embargo, el cuerpo de una mujer. Pensó, razonándolo, que aquella circunstancia le abría, además de par en par, un futuro prometedor. Su cuerpo cómo herramienta de trabajo. Jamás se dejaría penetrar por nadie, pero, sí consentiría ser tocada por manos lascivas. Un roce, dedujo, ni marca ni deja huella. Suspiró, y empujó finalmente la puerta, desapareciendo así de aquel lugar santo.

Teodoro, cabizbajo y meditabundo, siguió un tiempo más allí. Solo, en medio de aquel silencio inmenso.

La claridad atravesaba la bóveda enviándole diferentes tonalidades, según incidían los haces de luz en la cristalería del techo. Precisamente uno de ellos y de color rojizo, acabó rozando su costado izquierdo, a la altura de su corazón. Aquel destello —pensó Teodoro al instante— podría ser toda una premonición: algo iba a pasarle, y no precisamente grato. Se incorporó

asustado ante aquella sensación y no dudó: se quitó el cinto del pantalón y con él ya en la mano fue hacia la sacristía y, tras cruzarla, llegó a su habitación.

Se desprendió de la camisa y se fue dando golpes en la espalda con la hebilla del cinturón. La carne se le iba desprendiendo en jirones ensangrentados. Teodoro intentaba reprimir los gritos de dolor, ahogándose en su propio asco, mientras no cejaba en su empeño, dándose un golpe tras otro, aullando de pena e intentando comprender al mismo tiempo, porque él era así.

Amparo, situada tras la puerta de la habitación de Teodoro, escuchaba sus quejidos lastimosos, no sintiendo ninguna pena por ello. Por contra, su rostro había adquirido el brillo de la maldad. El tono que da la venganza. El deseo irrefrenable de devolver a quien tanto daño te hizo, el mismo daño recibido. Barriendo, en apariencia, la mujer crispó las manos sobre el palo de la escoba. Primero, se dijo, tenía que vengar a su hija. Más tarde llegaría el turno de enfrentarse con ella. Azucena no olvidaría lo que una madre puede llegar hacer, cuando ve cómo uno de sus hijos va por el camino equivocado, pero, ella se lo enseñaría muy pronto. Antes, sin embargo, deseaba aplacar su sed de venganza, y qué mejor manera de hacerlo, que ir contra aquel sacerdote de mierda.

*Casi a la misma hora.*

Tobías no había ido a trabajar. No se sentía demasiado bien, desde el aluvión de golpes que le dieron aquellos policías y, sobre todo, tras el susto recibido, del que no se había repuesto todavía. Se encontraba, por ello, en estado de laxitud. Incapaz de salir a la calle y, menos aún, de ir a trabajar. Había llamado a su jefe por teléfono, aludiendo que tenía fiebre, y él le había amenazado con despedirle, si no estaba a la mañana siguiente en su puesto de trabajo. Tobías estaba hasta las narices de él, aunque no se había planteado dejar aquella ocupación. Le servía para ir tirando, y de eso se trataba. Tobías dejó la cama y con pasos vacilantes fue hacia el aseo. El espejo le devolvió su rostro abotargado, así como su mirada, ausente siempre de brillo y lucidez. Enfrentarse con su imagen, le hizo sentirse todavía más débil, cómo si su fortaleza le sirviera únicamente para disfrutar de la visualización de la ropa íntima de una mujer. Sus cincuenta y un años le golpeaban muy adentro, aunque él deseaba seguir siendo sólo un niño. Lejano quedaba el tiempo en que fue criado por mujeres dedicadas al amor humano que vivían exclusivamente para *Dios*. Sentía que le habían hecho mucho daño ahora, y él, ciertamente, no había obrado mal: sólo mirar la ropa interior de las mujeres. *¿Y qué pecado había en ello?*, se preguntó.

Sin embargo, aquellos hombres implacables, que se decían así mismo policías, le habían pegado reiteradas veces, a él, que no había lastimado nunca a nadie. Además, le habían tomado las huellas dactilares en la comisaría e igualmente le habían hecho fotografías de su cara. Así mismo, había escuchado cómo aquellos agentes le llamaban *cerdo* y *depravado*, y él seguía sin entender el motivo de aquellos insultos. Temblaba de miedo, cuando recordaba los cañones de las pistolas que le apuntaban, pero: *¿por qué a él?* Él no era malo, argumentaba una y otra vez.

Se cepilló los dientes y, tras bostezar, accedió al salón. Hacía frío. Llevaba dos meses sin calefacción, dado que no estaba al corriente en el pago de los recibos de la comunidad. Para comprar el maniquí, aparte de la paga extraordinaria, había tenido que invertir buena parte del dinero que reservaba

para tal menester. Así que, tiritando, fue hacia el dormitorio y enfundó su cuerpo graso en una bata. Regresó al salón y miró con detenimiento el maniquí. Lo había vestido con un suéter muy ajustado de color rosa y una minifalda negra de cuero, así como con lencería fina de color blanco.

El gesto de Tobías cambió volviéndose triste. Fue hacia la muñeca inanimada y la abrazó lastimosamente.

—Me han dicho que no puedo tocar tu ropa —dijo con voz cavernosa—. Qué sí así lo hago me detienen, y claro, tengo que hacerles caso.

Tobías se separó del maniquí y, tras meditarlo, se agachó para, sin tocar la falda, mirar hacia su interior: visualizó unas bragas de encaje, permaneciendo un tiempo en aquella posición. Después fue hacia el sillón donde se sentó y, tras hundir la cabeza en el pecho, suspiró con desaliento.

—Ya nada será igual —argumentó Tobías y su voz tenebrosa retumbó en el salón.

El maniquí pareció contemplarle a través de su mirada inexpresiva, tan inexpresiva como la de él mismo.

Al día siguiente tendría que ir a trabajar y aquel pensamiento le provocó una insatisfacción profunda. Estiró las piernas y se llevó los brazos hacia el estómago voluminoso. Cerró los ojos y regresó a la época en que fue un niño. Un niño enclenque cuidado por monjas de clausura. Entonces, una lágrima, una única lágrima, venció la cerrazón de sus párpados y, libre ya, descendió por su mejilla hasta que llegó a la comisura de sus labios, enviándole acidez. Acidez de su propia vida. Recordó, sin saber muy bien por qué, cómo su mano de trece años, dentro de una iglesia, levantó el manto de la imagen de una mujer realmente hermosa, cuyo rostro inmaculado le dio la sensación lo mirase. Así fue cómo por primera vez vio lo que una mujer llevaba debajo de sus vestidos. Ahora, muchos años después, seguía intentando descubrir los secretos que toda mujer guarda en su interior.

*Aquella misma mañana.  
Ciudad Sanitaria de La Paz.*

Sara acariciaba con un plus de ternura la mano de su marido, que apoyaba la espalda en el cabecero de la cama.

La habitación donde se hallaban era compartida con otro enfermo, que en aquel instante dormía. Una mampara de cristal separaba uno del otro.

Alfredo, por su parte, miraba a su mujer con amor y ella le devolvía idéntica mirada.

Sobre la mesita, junto a la cama, se veía un termómetro y, junto a éste, una cajita esférica con pastillas de regaliz.

La ventana, emplazada a la derecha del camastro, tenía la persiana echada, así que la luz escaseaba en la habitación. A su izquierda y ubicada en un sillón de cuero, dormía una mujer de unos sesenta años, un familiar cercano del otro paciente.

El médico, que seguía la evolución de Alfredo, le había dicho el día anterior a Sara que, si todo continuaba igual, le daría el alta a su marido y, Sara, claro, se consumía por dentro, según se iba acercando la hora en que el doctor pasaría consulta con Alfredo.

De vez en cuando se alteraba al escuchar pasos por el corredor cercano, pero, cómo éstos se perdían por el pasillo, poco después, regresaba a su particular ansiedad, apretando, más que acariciando, la mano de su marido que, la observaba en silencio, dándose cuenta de lo mucho que la quería.

Alguien se detuvo junto a la puerta de las cuatrocientos siete, y el corazón de Sara se disparó. Juan apareció en el umbral. Sara lo miró sorprendida y él se les aproximó, dando un beso a su hermana y estrechando la mano de su cuñado.

—Me alegro de que estés ya mejor —dijo Juan congratulándose y sentándose en el borde de la cama—. Sara me llamó anoche, diciéndome que, a lo mejor, te daban el alta hoy, así que aquí me tienes, por si hay que llevarte a casa.

Alfredo no quiso decirle a su cuñado que, si bien las heridas físicas

mejoraban, las morales, por el contrario, seguían destrozándole. Recordaba, como si acabara de sucederle ahora mismo, un bate golpeándole y, la sensación de que todo se rompía en su interior, que la vida se le iba sin que pudiera remediarlo. Entonces, en las noches, cuando la oscuridad le atrapaba, metía la cabeza debajo de la almohada, pero, ni así podía evitar que su subconsciente percibiera la respiración cercana de aquel demente, ni el mal aliento que su boca expelía. Él sabía que, aunque mejoraba físicamente, anímicamente había llegado a un pozo profundo, lugar donde estaba ahora, alejado de la estabilidad y seguridad que siempre tuvo. Nada le había comentado a su mujer de todo aquello, para no preocuparla. Por ese motivo, ver a Juan le reconfortó y, sentir cómo su mano apretaba la suya, le dio ánimos, igualmente.

Sara miraba a su hermano, que a su vez observaba a Alfredo.

El familiar del otro enfermo roncaba, sentado en un sillón próximo.

La luz era apenas un destello, cómo si el descanso necesitara más de sombras que de claridad.

—Espero que así sea —dijo Alfredo con voz apagada, mientras intentaba colocarse mejor, con evidente gesto de dolor—. De todas formas, no las tengo todas conmigo.

Juan frunció el ceño.

—¿Y eso? —demandó a continuación el periodista extrañado.

Alfredo asintió con cierta tristeza.

—Pues... que no lo veo tan claro —ratificó.

—Tienes que animarte, Alfredo —dijo Sara con jovialidad—. Te noto deprimido, y recuerda que hemos salido con vida del ataque de ese maniaco. Sólo por eso, tenemos que darle gracias a *Dios*.

Alfredo movió la cabeza en sentido afirmativo, pero su gesto no varió, que siguió siendo apagado.

—No deberíamos hablar ahora de ese animal —argumentó Juan— pero, qué duda cabe que los tres hemos sido atacados por la misma persona, y sé que ando de culo desde que ese mal nacido entró en mi vida. Deseo dar con él, para tener la oportunidad de devolverle todo el daño que nos está haciendo.

Sara miró a su hermano con gesto de preocupación.

—No sería lo más conveniente —razonó ella—. Tenemos que dejar que sea la policía quien dé con el paradero de esa alimaña.

Alfredo desvió la mirada hacia las sábanas, perdiéndose en

razonamientos muy personales.

—La policía, de momento, no ha hecho gran cosa —interpeló Juan—. Pasan los días, y estoy convencido de que cómo no seamos nosotros los que busquemos a ese degenerado, nadie va a mover un solo dedo para encontrarlo.

Sara miró a su marido, que seguía anclado en sus pensamientos y, después desvió la mirada hacia su hermano, que a su vez la contemplaba, con un gesto de rabia contenido en su rostro.

—Ya ves, lo mal que nos ha ido en nuestro enfrentamiento con ese loco —matizó Sara circunspecta—. Creo que una retirada a tiempo evitaría consecuencias peores —ella volvió a mirar a Alfredo, que pareció salir de su particular ensimismamiento.

Juan no respondió y durante un tiempo meditó lo que su hermana le había dicho.

—Tienes razón —afirmó Juan con vehemencia—. Yo seré quien se dedique a buscar a ese degenerado.

Sara se agitó y miró a su hermano con expresividad.

—¡Es qué te has vuelto loco! —exclamó ella— ¿Te crees un superhombre acaso? ¡Esa bestia es inhumana y te machacaría! ¡Deja que la policía haga su trabajo!

Juan no replicó a su hermana. Adoptó un mutismo buscado, pensando que nada le impediría ir tras la pista de aquel chacal ávido de sangre.

De pronto, el médico entró en la habitación. Se acercó a Alfredo y saludó a sus familiares. Tras explorarle, el doctor le dio el alta definitiva, no sin antes recomendarle, que si tenía que moverse, lo hiciera en una silla de ruedas, por lo menos durante un tiempo prudencial.

Sara miró emocionada al galeno dándole las gracias.

Juan estuvo seguro de que, a partir de ahí, las noches serían sus amantes perfectas.

El edificio cilíndrico de la *Ciudad Sanitaria de La Paz* se fue quedando atrás, recortándose entre la claridad azulada de la mañana.

El sonido del tráfico les envolvió con su bramido entrecortado.

Alfredo había conseguido superar el ataque despiadado de un ser inhumano y, ahora, sentado en una silla de ruedas, que el hospital le había dejado para que llegara hasta el vehículo de Juan, agradecía a ese *Ser Supremo* que todavía pudiera vivir.

Sara, que empujaba la silla, suspiraba al verle a su lado y, Juan, camino

ya del automóvil, rumiaba para sus adentros su particular venganza, deseando que la noche llegara cuanto antes, dado que tenía una cita especial con un ser monstruoso. Una cita a la que no quería faltar bajo ningún concepto.

Él, que una vez fuera el *Rey de las sombras*, enfrentado ahora al *rey de la oscuridad*: un rey demasiado peligroso, despiadado en exceso.

El sargento Ramírez dialogaba con el comisario Buendía, cerca de la iglesia de *Salvador y San Nicolás*. El comisario apuraba un cigarrillo que se iba consumiendo con lentitud en sus labios, mientras el sargento repasaba mentalmente, mientras conducía, los datos que había volcado en su agenda con anterioridad.

Aparcaron el *Seat Ochocientos Cincuenta* frente a la fachada de la parroquia, recordando Ramírez, al observarla, lo leído sobre ella la tarde anterior, cómo estudio en sí mismo, y cómo ampliación de la propia investigación: en un principio, aquella parroquia fueron dos iglesias independientes que se unificaron en el siglo XIX. La iglesia de *San Nicolás* estaba situada en la plaza de su mismo nombre, creyéndose que fue construida en plena dominación musulmana. La de *Salvador* se ubicaba en la calle *Mayor*. En el año mil ochocientos cinco se unieron las dos iglesias, siendo regentada la nueva por la *Congregación de los Servitas de María*. Primeramente quedó instalada en el antiguo *Hospital de San Juan de Dios*, hasta que aquel recinto hospitalario se trasladó al *Hospital General Universitario Gregorio Marañón*. La iglesia fue destruida durante la *Guerra Civil*, siendo restaurada en mil novecientos cuarenta y ocho por *Regiones Devastadas*.

El sargento Ramírez había ido recopilando también datos sobre la iglesia actual: la correspondiente a la antigua *Salvador*, era de planta rectangular, con dos capillas a los lados. La de *San Nicolás*, por el contrario, se situaba al fondo, en el presbiterio, pudiéndose encontrar todavía restos del edificio antiguo, en la parte trasera del templo.

Buendía salió del automóvil y visualizó la calle de *Atocha* en sus dos direcciones. Tras hacer Ramírez lo propio, se encaminaron hacia la puerta principal de la iglesia, encontrándosela cerrada. Llamaron y esperaron un tiempo. Al poco, les abrió un sacerdote menudo, de frente amplia. Sus minúsculas gafas, de varilla fina dorada, agrandaban sus ojos. El hombrecillo les sonrió amigablemente.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el cura párroco.

El sargento Ramírez apreció la excesiva palidez de su rostro. Dedujo enseguida, que aquel religioso estaría enfrenteado de por vida con la luz solar.

Aparte de menudo, era demasiado delgado.

—Bien... —carraspeó el comisario, mientras profundizaba en los ojos del sacerdote— Venimos a visitarle por una cuestión muy delicada.

El párroco abrió levemente los párpados.

—¿De qué se trata? —cuestionó el sacerdote extrañado.

Buendía miró a un lado y a otro de la calle, y el párroco entendió su gesto.

—¡Pero, pasen por favor! —dijo el sacerdote con expresividad.

El comisario y el sargento así lo hicieron, cerrando el sacerdote la puerta tras de sí.

El hombrecillo sonrió, sin separar los labios apenas. Después unió las manos en un gesto puramente religioso y, mediante un movimiento de la cabeza, instó a los dos policías a que lo siguieran. Atravesaron un pasillo con luz escasa, pisando sobre una alfombra de tono apagado.

Varios apliques, con forma de velas, alumbraban el corredor, donde destacaba una mesita de madera que, adosada a la pared, servía como base para dos candelabros de plata vieja. A continuación de ella se alineaban cuatro sillas, y frente a éstas cuadros con detalles religiosos. Se detuvieron frente a una puerta, casi al final del pasillo, que acogía relieves simétricos en su madera noble. El sacerdote la empujó y después prendió la luz, encendiéndose al instante una lámpara en el techo. La habitación —el despacho parroquial— era una estancia cuadrangular muy acogedora. La ventana, situada frente a la puerta, permanecía casi en el anonimato, debido a unas cortinas de color granate que la ocultaban casi por entero. La mesa escritorio, antigua, maciza y de madera de nogal, presentaba en su contorno unos relieves asemejando olas. Ramírez interpretó que bien pudo haber pertenecido a algún párroco anterior. Dos sillones del mismo material, ubicados uno frente al otro, decoraban el habitáculo, así como una fotografía enmarcada del *Papa Pablo VI*, sobre el escritorio. Un armario de doble puerta, habilitado a la izquierda de éste, completaba el mobiliario del despacho parroquial.

El sacerdote fue hacia el escritorio, sentándose en un sillón tras él. Abrió las manos, mediante un gesto bien elocuente, que ellos interpretaron enseguida, acomodándose entonces frente al cura párroco en dos sillas de madera. Fue Buendía quien sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta, pidiendo permiso al cura párroco para fumar, concediéndoselo éste, mediante un movimiento afirmativo de la cabeza. El sacerdote se apoyó sobre

la mesa y miró con algo de inquietud a los recién llegados. Buendía, tras exhalar el humo del cigarrillo rubio, brillantó los ojos, adquiriendo su mirada un halo de contenida impaciencia. Ramírez, a su lado y con su agenda ya en las manos, observaba al sacerdote, intentando profundizar en su subconsciente, a través de su mirada.

Y el párroco, que a su vez contemplaba al comisario, no hacía más que preguntarse: *¿qué querrían aquellos desconocidos de su persona?* —aunque, quizás, algo se barruntaba.

—Padre... —fue el comisario quien inició la ronda de preguntas— Por cierto, ¿cómo se llama?

El sacerdote alzó los hombros y efectuó un gesto casi infantil con el rostro, cómo el del niño cogido en un embuste.

—¡Pero, por *Dios*, qué despistado soy! —se excusó el párroco— Todavía no me he presentado: me llamo Felipe, para lo que ustedes quieran mandar.

El comisario asintió, mientras daba otra calada al cigarrillo.

—Soy el comisario de policía Ernesto Buendía, padre Felipe, y quien está a mi lado es el sargento Fulgencio Ramírez. Pertenece a la comisaría de la *Avenida de Valladolid*, de la *Zona Centro*.

El comisario hizo un paréntesis, mientras el sacerdote fruncía el ceño intentando discernir si el motivo de la entrevista era el que él se suponía.

—Queremos preguntarle sobre el coro de esta parroquia —la mirada de Buendía profundizó en los ojos del sacerdote, quien arqueó las cejas. Antes de que el párroco le contestara, Buendía agregó:

—Me explicaré mejor: el coro de esta parroquia tiene, bueno, mejor decir tenía, once miembros. ¿No es así?

El religioso asintió.

—Me imagino que se habrá enterado por la prensa, la radio o la televisión, que han asesinado a cuatro mujeres —las palabras de Buendía llegaron con claridad a los oídos del sacerdote, que asintió de nuevo.

—Por desgracia así es —corroboró el padre con tristeza—. Esas mujeres cantaban en nuestro coro.

Ernesto Buendía asintió con perplejidad.

—¿Y no se ha extrañado por ello? —demandó el comisario, mientras el sacerdote, algo nervioso, se subía las gafas en la nariz y se quedaba un instante pensativo. Sus dudas ante aquella visita se habían disipado del todo.

—Claro que sí —afirmó por fin el párroco—. De hecho, lo comenté con

el resto de los componentes del coro. Incluso suspendimos los ensayos y las celebraciones dominicales, puesto que las mujeres estaban tremendamente asustadas.

El comisario y el sargento se intercambiaron una mirada.

—Bien... Me pregunto: —dijo Buendía— ¿Cómo es posible que no hayan contactado entonces con la policía?

El sacerdote, tras inspirar, apoyó la espalda en el sillón.

—Esta locura ha sucedido en un espacio relativamente corto de tiempo —dijo don Felipe—. Decidimos disolver el grupo cuando asesinaron a la segunda mujer. Después me he ido enterando por la prensa de los otros dos crímenes. Dudo que alguien quiera hablar con ustedes, porque me imagino que tendrán el mismo miedo que yo tengo. Alguien atenta contra las mujeres de este coro, pero, ¿por qué?

El comisario miró al sacerdote con rostro inescrutable. La fisonomía de aquel hombrecillo no encajaba con el clásico perfil de un asesino en serie. Era muy poca cosa, aunque Buendía sabía, igual que Ramírez, que ese tipo de psicópatas cambiaban de personalidad, volviéndose muy agresivos, pero, aquel sacerdote emanaba, a ojos vista, una clara fragilidad. Lejos, desde luego, de la bestia que ellos hostigaban, si es que aquella bestia, finalmente, resultaba ser el asesino que ellos buscaban.

El cigarrillo, entretanto, se consumía entre los dedos del comisario.

—Buena pregunta ésta —el tono que Buendía empleó fue ahora más frío, más distante, que el utilizado hasta ese momento— ¿Y qué piensa usted de todo esto?

El sacerdote negó varias veces con la cabeza, huyendo de posibles razonamientos.

El comisario exhaló el humo del pitillo que impactó en el rostro del párroco.

—No estoy seguro —reflexionó Buendía— pero, creo que nos oculta algo.

Don Felipe se echó hacia adelante y habilitó, una vez más, los codos sobre el escritorio. Ramírez anotaba lo que le parecía sospechoso.

El sacerdote contrajo la frente y sus ojos acogieron brillo.

—¿Y qué tendría yo que ocultar?

Ernesto Buendía olfateó a su presa, diciéndose que aquel sacerdote no estaba siendo todo lo sincero que podría interpretarse por sus manifestaciones o gestos o, a lo mejor, aquella intuición era una malformación profesional

suya. Podría darse el caso de que él estuviera demasiado tenso, sugestionado en exceso, queriendo encontrar un culpable donde sólo había un miedoso o puede que un necio.

Se dio unos segundos cómo terapia para tranquilizarse...

Don Felipe esperaba una respuesta de Buendía, tan nervioso o puede que incluso más que el propio comisario.

—Pues, para eso estamos aquí —sentenció finalmente Buendía—. Para averiguar la verdad.

—Yo no les he mentado en nada —alegó el sacerdote circunspecto.

Ahora fue el comisario quien apoyó la espalda en la silla y estiró las piernas por debajo de la mesa. Centró la mirada en la fotografía enmarcada del *Papa Pablo VI*. Ciertamente, se sentía incómodo dentro del despacho parroquial. Siempre le sucedía lo mismo. Por ese motivo, huía de templos y lugares sagrados, así como de sacerdotes y religiosos. De todo aquel mundo de santos que le llevaba atrás en el tiempo, pues, eso era lo que más detestaba: recordar. Aquel sacerdote menudo y con cara de acelga no le gustaba lo más mínimo. Lo mismo le sucedía con lo que le rodeaba. Debido a ello, discernía qué debía hacer o decir, mientras luchaba por enmascarar el nerviosismo que le dominaba, metido cómo estaba entre las cuatro paredes de aquel despacho.

Ramírez, por el contrario y cómo un escriba moderno, lo anotaba todo con meticulosidad, alejado de cualquier síntoma de ansiedad. Centrado únicamente en su lógica aplastante.

El comisario encendió un *Ducados* que había sacado con anterioridad de su pitillera plateada. Su deducción quiso profundizar en el subconsciente del cura párroco que, a pesar de su aparente fragilidad, lograba, sin embargo, mantenerse calmado, cómo si en verdad no supiera nada de todo aquello y eso, para su desgracia, lo descentraba.

—Mire usted, padre: —dijo Buendía en tono inquisitorio— no puedo creerme, por más que me lo diga usted, que no ha hecho ninguna averiguación en torno a la muerte de esas cuatro mujeres.

Ernesto Buendía se tragó el humo y después lo soltó por los orificios de la nariz.

—Vuelvo a repetirlo: —el párroco quiso excusarse— que ha sido por el miedo.

El comisario cambió de tercio en su interrogatorio.

—¿Dirigía usted el coro? —preguntó Buendía, mientras don Felipe se

movía con nerviosismo en el sillón.

—Sí —ratificó el cura párroco.

El comisario se quedó pensativo una fracción de segundo.

—¿Notó comportamientos extraños en alguno o en algunos de los varones del coro? —demandó Buendía nuevamente.

Don Felipe movió la cabeza de un lado a otro evidentemente desconcertado.

—¿A qué se refiere en concreto? —preguntó el sacerdote a su vez.

Ernesto Buendía, demasiado tenso, resopló.

—A qué, si a lo largo de estos últimos meses... por cierto: ¿cuándo se formó el coro?

El párroco lo meditó un instante.

—No hace demasiado —dijo—. Puede que unos cuatro meses.

—Correcto... pues... cómo le preguntaba: ¿notó si alguien se fijaba más de la cuenta en alguna de las mujeres del coro?

El sacerdote entendió finalmente al comisario.

—¡No! —dijo don Felipe con rotundidad— El coro lo formaban personas intachables, todas pertenecientes al grupo de *Hermandades del Trabajo*. Hombres y mujeres trabajadoras que de forma altruista dedicaban parte de su tiempo para los demás.

Buendía mordisqueó el cigarrillo. El humo viajaba por el despacho parroquial, mientras la mañana se proyectaba hacia el mediodía.

—Le aclararé que, normalmente, los asesinos en serie son personas inmejorables en su vida cotidiana —apuntó el comisario—. Buenos maridos, buenos padres... Una parte importante de la sociedad, bien considerada siempre.

Don Felipe miró al comisario con extrañeza.

—¿Por qué dice lo de asesinos en serie? —demandó el sacerdote confundido.

Buendía asintió y, asqueado, dejó que la ceniza cayera sobre la alfombra, sin que el cura párroco lo percibiera, sí Ramírez, que se apresuró a ocultarla bajo la suela de su zapato.

—Porque esas cuatro mujeres —puntualizó Buendía con voz glacial— han sido primero violadas y después estranguladas.

Don Felipe abrió los labios y en su rostro se reflejó un gesto indefinido, motivado por el asco visceral que comenzaba a invadirle.

—Y, peor aún, padre —el comisario guardó silencio, y el sacerdote entró

de lleno en aquella ansiedad provocada— las mujeres asesinadas.... fueron violentadas con una cruz.

Don Felipe estudió la cara del comisario, intentando comprender, a través de su mirada, lo que acababa de decirle. Ramírez, por su parte, estudió a su vez su reacción.

—¿Qué quiere decir: *violentadas con una cruz*? —interpeló el párroco con voz quebrada, cómo si, semejante pregunta, le llevara al mundo del horror, al que se accede cuando se escuchan cosas que no se desearían oír.

—Qué las entrañas de esas mujeres fueron desgarradas con una cruz —sentenció Buendía finalmente.

Don Felipe se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar, sin poder remediarlo, allí, delante de los policías que le estaban preguntando, acosándole, torturándole con miradas inquisitorias. Y él, que a diario daba su vida por los demás, era cuestionado ahora por un servidor de la *Ley* que, tan impasible cómo implacable, le interrogaba con brusquedad desmedida. Parecía que no había bastado con perder a cuatro compañeras extraordinarias; con haber disuelto el grupo coral; con haber pedido en las misas dominicales por el alma de aquellas cuatro infortunadas; con haber ido a sus funerales y haber dado el pésame a sus familiares; con haberse despertado cada madrugada, viéndose rodeado por la soledad de su cuarto, preguntándose: *¿por qué permite Dios tanto horror?* No. Parecía que todo aquello no había bastado. Y, ahora, mientras era invadido por arcadas, mientras su cara se volvía más macilenta, observaba cómo a su vez le miraba y, sin ninguna muestra de respeto reflejada en su rostro, aquel policía tan adusto y seco.

Don Felipe se llevó la mano a la boca, pudiendo reprimir la primera arcada. Después se incorporó y fue hacia la puerta desapareciendo tras ella.

El comisario y el sargento se miraron y ambos negaron con la cabeza.

—Este hombre no sabe nada de nada —sentenció Buendía.

Ramírez confirmó la opinión asintiendo también.

Guardaron silencio: Ramírez lo aprovechó para repasar lo anotado y Buendía para sacar otro *Ducados* de la pitillera.

Don Felipe llegó al despacho, poco después, mostrándoles su rostro descompuesto.

Ubicado ya en su sillón, tras su escritorio, se llevó repetidas veces un pañuelo a los labios.

—Espero que sabrán disculparme —dijo el párroco visiblemente afectado.

Buendía lo miró, si bien ahora de otra manera. Alejado ya de cualquier signo de acritud.

—Discúlpeme si he llegado a estar algo grosero con usted —se excusó el comisario, mientras posaba los ojos en el escritorio—. Pero, no he tenido otro remedio. Hemos de investigar a fondo todas estas muertes, pues, todavía no sabemos quién es el asesino.

Don Felipe no dijo nada. Siguió apretándose los labios con el pañuelo.

El sargento Ramírez tosió dos veces, cómo preámbulo de sus palabras.

—¿Me permite, comisario? —alegó Ramírez.

Buendía dio su conformidad con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Padre Felipe —el tono utilizado por el sargento fue menos severo que el empleado por el comisario durante su particular interrogatorio—. Perdóneme por preguntárselo otra vez, pero: ¿seguro qué no notó nada extraño en alguno de los hombres del coro?

El padre Felipe negó con la cabeza, incapaz de coordinar palabra alguna y sin retirarse el pañuelo de la boca.

—Pues, nosotros hemos hecho averiguaciones sobre sus diferentes personalidades —dijo el sargento—. Insisto: ¿no percibió grados de nerviosismo o alguien que poseyera un temperamento demasiado agresivo?

El sacerdote tardó algunos segundos en contestar, cómo si necesitara de ese tiempo para coordinar mejor sus pensamientos o tal vez y simplemente para darse un respiro.

—Tengo que decirles otra vez que no —ratificó, ya abrumado don Felipe.

Ramírez maduró un tiempo sus preguntas, siendo observado por Buendía, éste, dentro de una nube muy particular de humo.

—¿Fue usted quién eligió a los componentes del coro? —la agenda de Ramírez se desestabilizó levemente al cruzarse de piernas.

—No —le aclaró el párroco—. Estas personas me fueron enviadas por otro sacerdote, un buen compañero, que disolvió su coro para formar otro con niños solamente.

Buendía que, tamborileaba sobre la mesa con los dedos índice y corazón de su mano izquierda, mientras sujetaba el cigarrillo entre los dedos índice y corazón de su mano derecha, recibió una descarga en su cerebro. Al instante, buscó la mirada de su subordinado hallándola, y la expresión que encontró en ella, fue la misma que él tenía ya dibujado en sus ojos: máxima ansiedad.

—¿Quién es ese sacerdote? —demandó el comisario, ahora con algo de excitación.

Don Felipe se extrañó, ante el cambio de talante experimentado por los policías, y llegó a plantearse: *¿qué habría dicho para semejante transformación?*

—Se llama Teodoro, y es el cura párroco de la iglesia de la *Buena Dicha*.

El comisario agrandó la mirada al escuchar aquel nombre. Nombre maldito para él, que regresaba ahora a su subconsciente. Recuerdo que quiso alejar al instante de su cerebro, dado que Teodoro era un nombre afín a muchas personas.

Movió la cabeza con firmeza, pretendiendo salir del túnel de su pasado que parecía querer abrirse de nuevo. Un túnel tan nocivo como venenoso.

El sargento, entretanto, presionaba la agenda, no así el bolígrafo, que oscilaba entre sus dedos.

—¿Dónde está esa iglesia? —preguntó Ramírez.

—En la calle de *Silva* —respondió don Felipe con diligencia—. Su fachada no es gran cosa, pero, sin embargo, el recinto religioso es muy acogedor.

—¿De qué conoce a ese sacerdote? —preguntó el comisario y estrujó la colilla en el cenicero de la mesa, uniéndose así a otras dos.

—Orientamos a los jóvenes en *Hermandades del Trabajo*, siendo, quizás, sus verdaderos consejeros espirituales. Al mismo tiempo, efectuamos periódicas reuniones pastorales y, de tarde en tarde, alguna excursión que otra. Pero, no sólo nosotros: existe un amplio grupo de sacerdotes que entendemos que la juventud necesita de la palabra de *Dios*.

Ramírez cogió la batuta en aquel orden alternativo de preguntas.

—¿Y hace mucho qué lo conoce? —demandó el sargento.

Don Felipe se lo pensó un instante.

—Pues, desde que llegó a la parroquia que les he citado —su pensamiento arañó su subconsciente, intentando ser lo más exacto posible en su apreciación.

El comisario se agitó en la silla.

—¿Entonces? —requirió Buendía con la voz levemente alterada.

El sacerdote, dubitativo, resopló.

—Hará unos cinco años —dijo finalmente don Felipe—. Teodoro llegó a *Madrid*... creo recordar... en la primavera de mil novecientos sesenta y nueve. Procedía de *Calatañazor*, un pueblo de la provincia de Soria. Es una

persona jovial y al mismo tiempo muy activa que ha recorrido media *España* dándose siempre a los demás. Cayó muy bien dentro del seno parroquial y, tanto mis compañeros de *Sacerdocio* cómo yo mismo, lo hemos acogido con los brazos bien abiertos. Es innovador, cómo ya le comento. Un amante de la música, aparte de un ejemplo para todos. Su apoyo para con los chicos más humildes es encomiable.

Los ojos vivaces de don Felipe brillaron de manera especial a través de sus gafas.

El comisario, entretanto, intentaba moderar su impaciencia...

Buendía siguió preguntando a don Felipe, cómo fórmula ideal para tranquilizar su espíritu.

—¿Sabría algo más sobre este sacerdote? —demandó, mientras balanceaba un pie con nerviosismo.

El párroco hurgó en sus recuerdos.

La luz del exterior se filtraba por las cortinas, accediendo al despacho parroquial, a medida que la mañana progresaba.

Fuera, en la inmensidad silenciosa del templo, la tonalidad anaranjada de las velas y los cirios era lo único con movimiento.

—Poco —contestó al fin el cura párroco, mientras su cerebro viajaba al mundo de los pensamientos—. La verdad, que poco. Recuerdo, eso sí, algún comentario suyo sobre *Andalucía*. Di por hecho que conocía aquella tierra, bien porque hubiera vivido en ella un tiempo o bien porque la amara con desmesura, sin haberla conocido.

Buendía observó a don Felipe con fijeza. Su pie ya no se movía. Tampoco fumaba cigarrillo alguno. Estaba demasiado tenso, cómo lo hace un felino cuando se dispone a abalanzarse sobre su presa.

—¿Qué edad puede tener ese sacerdote? —más que palabras, lo del comisario fueron sonidos entrecortados.

El párroco meditó su respuesta. Ramírez, entretanto, lo seguía anotando todo en su agenda.

—Unos cincuenta y seis o cincuenta y siete años —calibró don Felipe, no demasiado convencido.

Buendía se levantó de la silla, cómo si hubiera un resorte colocado por debajo de ella. El sacerdote y el sargento se extrañaron ante aquella reacción. El comisario caminó por el despacho con los puños cerrados y el desasosiego cómo bandera en su rostro. De repente se detuvo y, tras girarse, regresó a la silla y con ello a la proximidad del párroco y del compañero. Sus ojos destilaban fuego; su cara, igualmente, había acogido un fulgor extraño, cómo si una llama poderosa se hubiera reflejado en ella.

—¡Dígame! —bramó Buendía— ¿Ese sacerdote tiene alguna cicatriz en su rostro?

Don Felipe contrajo la cara. Su palidez pareció aumentarse, aunque

aquello pudo ser sólo una sensación, quizás, el reflejo de la luz al dar de lleno en su faz.

—Sí —dijo finalmente el párroco algo desconcertado—. Pero, ¿cómo lo sabe usted?

Buendía creyó estallar. Nada existía en aquel instante que pudiera mitigar su ansiedad. Ramírez se percató de ello. Buendía, en demasía nervioso, abrió la pitillera y sacó un nuevo *Ducados* que prendió con el mechero, lanzando después y con violencia el humo hacia el espacio. Visualizó el techo de la habitación y, por un instante, sus ojos se humedecieron, aunque aquel detalle pasó inadvertido para las dos personas que lo acompañaban. *En la vida hay que saber esperar* —pensó, razonándolo Buendía—. *Sólo eso*. Desvió la mirada y sus ojos profundizaron en las pupilas de don Felipe, que le observaba a su vez con extrañeza acusada.

—Y, dígame: ¿cómo es esa cicatriz? —demandó el comisario para no significarse demasiado delante del sargento, aunque intuía la respuesta. Es más, habría puesto sus dos manos en el fuego cómo apuesta, pero, supo contenerse y, por simple precaución, efectuó la pregunta.

Lo que su cerebro rumiaba eran pensamientos demasiado personales que no debían trascender. Viajó a su niñez en un instante y con idéntica celeridad regresó a la época actual. Hasta dejó de sentir la molestia permanente de la prótesis en su rodilla.

—Es una cicatriz... a la altura de su ceja derecha.

Nunca unas palabras le desestabilizaron tanto a Buendía y, aunque procuró disimular, no pudo controlar, sin embargo, el movimiento nervioso de sus manos que se entrelazaban una y otra vez, una y otra vez...

—¿Esa cicatriz podría tener alguna característica especial? —al efectuar la pregunta, Buendía tartamudeó.

Don Felipe contrajo su frente y sus ojos parecieron agrandarse, al no llegar a comprender bien el requerimiento.

—No le entiendo —demandó el párroco a continuación.

—¿Qué si la cicatriz acoge alguna forma determinada? —las palabras del comisario salieron entrecortadas de su garganta.

Ramírez quiso entender, a través de su lógica, la reacción tan atípica de su jefe, pero ésta huyó de todo razonamiento, diluyéndose en su propia confusión.

El sacerdote calibró lo que el comisario le decía y, después de que sus neuronas trabajaran a destajo, asintió.

—Sí —ratificó— ahora que lo pienso, puede que tenga usted razón: la cicatriz asemeja una cruz.

Buendía se levantó, cómo si se hallara poseído por una fuerza extraña que manipulara su subconsciente, acercándole de manera peligrosa al mundo de la sinrazón.

Volvió a caminar por el despacho parroquial y, por último y cómo si recordara sus años pugilísticos: soltó un derechazo contra una de las láminas de aluminio de la puerta del armario, que estaba abierta, frente al escritorio. La puerta viajó hacia atrás, hasta que chocó contra la pared, saliendo despedidas del interior del armario, un sinfín de hojas parroquiales, que acabaron esparcidas por el suelo, apreciándose claramente un leve hundimiento en la chapa exterior de la puerta. Ramírez no salía de su asombro, mientras el sacerdote, que se había incorporado, iba recogiendo las hojas del suelo, preguntándose: *¿por qué habría reaccionado de ese modo aquel hombre?*

Buendía, que no sentía dolor en los nudillos de la mano, se quedó parado frente al armario, ajeno al sacerdote y al propio compañero. Su mente, entretanto, enlazaba ideas, agrupaba pensamientos, reunía sensaciones y, sobre todo, sentimientos. Recordaba, y al mismo tiempo y para sus adentros blasfemaba. Sus puños volvieron a crisparse. Fue hacia el escritorio y se sentó en la silla con aire reflexivo. El silencio era eléctrico. Don Felipe regresó igualmente a su sillón, y el sargento hizo cómo que anotaba datos en su agenda, inmerso cómo estaba en un puzle pleno de interrogantes, todos, por supuesto, dirigidos a comprender la reacción tan anómala de su jefe superior.

—Ramírez —la voz del comisario salió con seguridad ahora, alejada del extraño y repentino tartamudeo—. Vaya a la comisaría y hable con quien esté allí al mando. No me importa lo que digan tanto de usted cómo de mí. Oblígueles, si es preciso, a que escolten a las dos mujeres que todavía están con vida. Nosotros le dimos ya importancia a este tema, y sé que habrá tomado las medidas oportunas. ¡No importa! Debemos potenciar este objetivo. ¡Ya está bien de pelear en bandos opuestos! Alegue lo que sea necesario. Este lobo es muy astuto, pero, lo tenemos cada vez más cerca —su pensamiento recaló en la figura de un coadjutor—. No puede volver a atentar bajo ningún concepto.

El sargento asintió, pero, en su rostro se definió un gesto de duda.

—¿Y usted? —demandó Ramírez, mientras cerraba su agenda.

El comisario inspiró, iluminándosele los ojos.

—Yo debo realizar una visita muy especial —mencionó Buendía en tono misterioso.

—¿Dónde? —preguntó Ramírez.

Buendía miró a su subordinado sin contestarle, y lo que éste vio reflejado en sus ojos le estremeció. Nunca había visto a su jefe así. Sintió miedo ante lo que pudiera hacer.

—Y no cree, comisario —le sugirió el sargento en voz baja— que debería usted acompañarme a la comisaría.

—¡No! —replicó Buendía.

Don Felipe, que miraba a uno u otro según se pasaban la palabra, dio un respingo en su asiento, cuando escuchó aquel no tan rotundo y visceral.

—No... Ramírez —repitió el comisario, pero ahora con una mayor suavidad—. Tengo que solventar algo muy importante.

El sargento adoptó un gesto dubitativo, pero, se calló, tras haber comprobado con qué firmeza se había expresado el comisario.

—Ramírez, insisto: haga cuanto le he dicho. Ahora estudiaré la conveniencia o no de ir a interrogar al sacerdote de la iglesia de la *Buena Dicha* —ahí mintió Buendía.

El sargento asintió finalmente.

—Gracias, padre —el tono del comisario se había transformado, igual que su mirada, que ya no enviaba destellos inquisitorios al sacerdote. El párroco se lo agradeció, observándole sin temor ahora—. Y, perdone, insisto, por el mal rato que le hayamos podido causar, pero, toda investigación trae estas cosas, ya que nadie está libre de nada, hasta que no se demuestre su inocencia. ¿Lo entiende?

El sacerdote hizo un gesto bien elocuente con el rostro.

—A veces, es aconsejable sosegar algo el espíritu —manifestó el párroco, mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—Ya, padre... —replicó Buendía— pero, sabe una cosa: los policías ni debemos ni podemos tener espíritus sosegados, pues nuestra profesión es dura y requiere de todo nuestro coraje. Ustedes sí, por el contrario, deben obrar con temple y sosiego. Dejemos, pues, para cada uno lo suyo.

Buendía se incorporó y Ramírez hizo lo propio, así como don Felipe, que a continuación guio a los policías a través del pasillo.

La puerta de la parroquia se cerró, tras una breve despedida.

Ramírez fue hacia su automóvil y Buendía esperó la llegada de un taxi.

Le aguardaba un destino buscado y deseado por él desde hacía muchísimos años. El vehículo público se detuvo cuando llegó a su altura y él pasó a su interior. Se miró en el espejo retrovisor, creyendo reconocer, en el reflejo devuelto, las pupilas infantiles que él atesoró alguna vez.

El sargento, antes de entrar en el *Seat Ochocientos Cincuenta*, observó al comisario, viéndole cómo desaparecía dentro del taxi. Negó varias veces con la cabeza. Algo terrible iba a suceder. Lo presentía. Realmente lo presintió cuando se dio cuenta del cambio sufrido en la mirada de Buendía. Una mirada demasiado turbadora que todavía llevaba prendida en el subconsciente. Se montó en el automóvil y partió, sin más, hacia la comisaría.

En el cerebro de cada policía una idea bien diferente.

*Aquella misma mañana.*

El timbre sonó en el domicilio de Sara y Alfredo. Sara acudió a la llamada y, tras abrir la puerta, se encontró con su hermano, Casandra y Salvador. Les sonrió y les franqueó el paso. Atravesaron el corredor hasta que llegaron al salón donde se detuvieron. Sara se volvió y los miró complacida.

—Alfredo se pondrá muy contento en cuanto os vea —dijo con voz cálida y expresiva—. El pobre no anda demasiado sobrado de moral.

Sara concluyó la frase y clavó la mirada en el suelo.

Quedaban doce minutos para la una del mediodía.

Las persianas del salón estaban a media altura.

No se escuchaba ningún sonido en la vivienda, aunque les llegaba, si bien de forma moderada, el trajín de la calle.

—Hace poco le he escuchado toser —dijo Sara, mientras alzaba la mirada y observaba a su hermano—. El dolor no le deja dormir bien por las noches y, aunque le doy los calmantes que el médico nos indicó, la verdad es que no le hacen gran cosa. Por eso, se pasa casi toda la mañana dando cabezadas.

—No le despiertes entonces —le sugirió Casandra y miró a sus compañeros, quienes asintieron igualmente.

—Vuestra visita le va a venir muy bien —sentenció Sara.

Tras decir esto, Sara pasó al dormitorio, para regresar casi de inmediato al salón.

—Podéis entrar —les indicó.

Ellos así lo hicieron. Sara subió la persiana, y la habitación se llenó de luz.

Alfredo apoyaba la espalda en el cabecero de la cama. Su rostro acogía un rictus de dolor, si bien intentaba disimularlo. Les sonrió.

—¡Qué buen aspecto tienes! —enfaticó Juan, mientras se aproximaba a la cama.

Alfredo asintió con gesto cansado.

—La verdad, que te ves muy bien —apuntó la mejicana por su parte, desdramatizando la situación, mientras lo besaba en la frente.

Salvador se acercó a Alfredo por el otro lado de la cama.

—Sé que estás dolorido —dijo el industrial con voz pausada—. E igualmente sé que lo que más deseas es caminar. No desesperes: todo volverá a ser lo que antes fue.

—Estuve cerca de no contarlo —aseveró Alfredo en voz baja— por eso, me dan lástima las mujeres asesinadas, que no tuvieran tanta suerte. Ese bastardo las destrozó y... bueno, para qué seguir.

—¡Salvador y yo mismo queremos cazar a esa alimaña cueste lo que cueste! —fue Juan quien se expresó con tanta vehemencia, mientras su pensamiento retrocedía a los momentos vividos con anterioridad, donde él sufrió el ataque de aquel homicida sin escrúpulos.

El gesto de Alfredo se hizo sombrío.

—No lo hagas, Juan —le suplicó su cuñado—. Mira lo que me ha sucedido a mí.

—Lo sé, Alfredo —convino Juan circunspecto— pero no puedo permanecer impasible cuando un asesino anda suelto. Voy a plantarle cara a ese canalla.

—Te arrepentirás si así lo haces —cuestionó Sara.

Juan suspiró y miró a Casandra, encontrando determinación en sus ojos

—Ya lo he hablado con Salvador —ratificó Juan—. No se os olvide que ese monstruo ha estado en vuestra casa y a lo mejor quiere repetir.

—¿Cómo pensáis dar con él? —interpeló Alfredo y emitió un suspiro profundo— Es una persona que se mueve sin un patrón establecido. Tampoco elige días concretos para cometer sus asesinatos y, además, no poseemos datos relevantes sobre su persona. Sólo que es de fuerte complexión y que se oculta el rostro con un pasamontañas, además de utilizar guantes de lana, vestirse con vaqueros y protegerse con una pelliza oscura. Mucha gente viste así. Si se quitara el pasamontañas, podría ser cualquiera.

—Ya —los ojos de Juan brillaron—. Yo me topé con él muy cerca del *Puente de Segovia*, cuando acababa de pertrechar su primer asesinato. Después ha vuelto a matar dos veces más, relativamente cerca de esa zona, para alejarse luego de ella y cometer su último crimen por los alrededores del *Barrio de la Concepción*, lugar que conozco muy bien. Precisamente su postrero intento lo ha hecho en dicho barrio. Tengo la sensación de que su próximo ataque lo realizará por las inmediaciones del *Puente de Segovia*,

dado que parece llevar una alternancia algo caprichosa, exenta de lógica alguna.

Alfredo miró a su cuñado. Su gesto desaprobatorio fue elocuente.

—Yo no comparto tu idea —cuestionó Alfredo—. Das palos de ciego y con ellos arrastras a Salvador.

Juan tensó todos y cada uno de los músculos del rostro.

—Presiento que ese degenerado volverá para atacarte —argumentó Juan, visiblemente alterado—. Y voy a defenderte, igual que lo haré con mi hermana, aunque tenga que enfadarme contigo.

Alfredo asintió cabizbajo.

—Cuando te llevé al hospital —rememoró Juan especialmente sensibilizado— no dejé de plantearme, que ojalá hubiera sido yo la persona a la que esa bestia hubiera atacado. Incluso lo grité a viva voz dentro del coche, exigiéndoselo a ese *Dios* que dicen existe, pero, la realidad fue que el bate te golpeó a ti y no a mí.

Alfredo se emocionó levemente y Sara le cogió la mano, mientras Casandra miraba a Juan, y Salvador permanecía callado junto a la cama.

—Yo no te echo la culpa de nada —apuntó Alfredo alicaído—. Nadie me obligó a ir contigo. Yo lo decidí, ¿Y, sabes? Ya soy mayorcito.

—Somos responsables de nuestros actos —terció Juan— pero la amistad crea lazos muy fuertes y éstos nos hacen realizar cosas que a lo mejor no queríamos hacer.

—Yo te acompañé libremente, Juan, y no lo hice por compromiso alguno. Lo hice por obligación, porque nadie puede dormir tranquilo cuando un asesino mata por las noches.

—Por ese motivo —las palabras de Salvador resonaron en la habitación, mientras sus ojos de color miel brillaban de forma muy especial— he querido acompañarle yo ahora, y a mí tampoco me obliga nadie a hacerlo. Si lo hago es porque deseo ayudarle, aunque me reitero: la justicia hay que dejársela a los jueces, mas, por desgracia, el mal vive eternamente haciendo breve al bien. El hombre, en general, no cambia. Permanece inalterable a lo largo de los tiempos, injusto sobre todas las cosas.

—No sé si lo que voy a decir ahora tendrá su importancia o no —puntualizó Alfredo— pero, antes de que el bate me golpeará, pude verlo muy de cerca, demasiado, cómo bien comprenderéis.

Los allí presentes rieron la ocurrencia.

—En el bate había unas letras impresas —dijo Alfredo y esperó la

reacción de los que le escuchaban.

—Pero, ¿cómo no has dicho esto antes? —demandó Juan muy excitado. Alfredo se mordió el labio inferior.

—He estado cómo en una nube —se excusó Alfredo—. Vuestra visita ha hecho que pueda salir de ella. Tantos sedantes...

—¿Y qué letras eran esas? —preguntó Juan alterado.

—Pude distinguir una *C*, una *D* y una *T*, y luego un dibujo, cómo un brazo doblado en ángulo.

Todos se quedaron pensativos. Sara seguía acariciando la mano de Alfredo con gesto cansado.

—¡Eres un genio! —exclamó Juan de improviso y con elocuencia.

Su cuñado se sorprendió por la reacción, igual que los demás.

—No te entiendo —dijo Alfredo mientras elevaba sus cejas.

—El brazo doblado puede hacer alusión, quizás, a un codo —expuso Juan.

Ninguno de ellos entendió lo más mínimo.

Juan sonrió, sin embargo.

—Las letras, *C*, *D* y *T* pueden ser parte de un nombre —expuso Juan con seguridad—. El nombre de una asociación de carpinteros, sastres, fontaneros, serenos y guardias municipales. Personas todas ellas anónimas, dedicadas a sacar a los chicos de las calles, dándoles amparo y estudios, iniciándoles en materias tan complejas como son el *Cálculo*, la *Contabilidad*, los *Idiomas* y la *Cultura General*, haciéndolo, además, de forma altruista. Dan clases nocturnas para ello. Creo que esta asociación que os comento, que al principio tuvo su sede en un local del *Paseo de Extremadura*, se fundó hará unos ocho años, siendo su creador un padre de familia perteneciente al *Opus Dei*. Hace cuatro que se mudaron al *Barrio de Aluche*. Esta asociación que os cito, se denomina *CODASTE*, y su nombre proviene de la pieza de madera de un barco. Pieza gruesa y vertical que une la quilla, aparte de servir cómo apoyo de la popa. Pieza donde se sujeta el timón.

—Sigo sin comprenderte —manifestó Alfredo ciertamente confuso.

Juan asintió varias veces y dijo:

—Aparte de estudiar, los afiliados a esta asociación practican todo tipo de deportes, el béisbol, entre ellos.

Alfredo observaba a su cuñado sin pestañear. Igual que el resto, que sopesaba lo escuchado.

—¡Tú sí que eres un genio! —certificó Alfredo finalmente y con

expresividad.

—¿Y has dicho que esta asociación reside en *Aluche*? —preguntó Casandra con curiosidad.

—Así es.

—Pues, deberíamos ir ahora mismo para allá —aleccionó la mejicana.

—¿Y qué tiene que ver esa asociación con el bate del asesino? —preguntó Sara.

—Creo que allí podrán darnos alguna pista sobre la posible identidad de ese sujeto —razonó Juan—. Dudo que nuestro hombre sea uno de sus socios. Es más, estoy casi convencido de ello. La generosidad y el altruismo nada tienen que ver con la violencia, pero, deduzco, que podrán aportarnos algo más en ese estamento. De todas formas, quién sabe, a lo mejor me equivoco y ese monstruo utiliza las buenas obras cómo una tapadera para sus actos delictivos. Sabemos cómo es su complexión y, por el bate que lleva, podemos deducir que o bien practica el béisbol o a lo mejor es un seguidor de alguno de los equipos que patrocina esta asociación.

—¿Cómo estabas al tanto de esta sociedad? —fue Casandra quien formuló la pregunta ahora.

—Yo me entero de casi todo —argumentó Juan con falsa modestia— cómo buen periodista que me considero.

—¡Serás cabrón! —dijo su cuñado y sonrió.

—Veo que te ha venido muy bien nuestra visita —terció Juan—. Hasta aceptas bromas.

Casandra, Salvador y Juan se despidieron de Alfredo poco después, deseándoles éste mucha suerte en su cometido. Sara, ya en la puerta y preocupada, abrazó a su hermano.

—Ten mucho cuidado —le rogó ella—. Tened mucho cuidado los tres —agregó a continuación— Ese mal nacido no tiene conciencia.

Todos asintieron.

—Lo tendremos —puntualizó Juan finalmente— y tú anima a Alfredo.

Sara cerró la puerta y después se apoyó en ella. Sus temores galopaban en su interior. Su marido se recuperaba del ataque de aquella alimaña, pero: *¿qué depararía el destino a su hermano, Salvador y Casandra?* —meditó.

De improviso, Sara se dio cuenta de que era un punto insignificante dentro de la inmensidad de la casa o, por lo menos, eso le hizo sentir su ánimo.



*Durante aquella misma mañana.*

El taxi le dejó a Ernesto Buendía en la calle de la *Ballesta*, perpendicular con la de *Silva*, donde se levantaba la iglesia de la *Buena Dicha*, cuya fachada, de ladrillos sin estructura, mostraba una clara influencia *neomudejar*. Su cuerpo central se situaba en un segundo plano con respecto a las torres. La unión de líneas curvas con rectas y el tratamiento de los volúmenes, le confería un aire claramente modernista a la iglesia.

Su fachada trasera, localizada en la calle de *Los Libreros*, tenía influencias *neonazaríes*. En la parroquia había una amalgama de estilos: *gótico, mudejar y nazarí*. Parroquia que fue un hospital en mil quinientos noventa y cuatro, erigiéndose cómo recinto religioso en mil novecientos diecisiete.

El comisario llevaba aquellos datos retenidos en el cerebro. Datos que le había pasado Ramírez poco antes de salir de la anterior iglesia, así como llevaba definida otra idea que nada tenía que ver con ésta. Idea que le hacía avanzar cómo si fuera un autómatas. Torpe en los movimientos. Con el rostro y las manos crispadas.

Por ello, no se dio cuenta del portazo que dio al salir del taxi, ni de la posterior mirada asesina del taxista, cómo tampoco percibió el tiempo que invirtió en llegar frente a la puerta de la iglesia. Puerta que franqueó al encontrársela abierta, recibéndole allí todo un mundo de sombras. Un hábitat silencioso, iluminado tan sólo por la luz de algunos cirios, allá, cerca del altar. El comisario quiso acostumbrarse a la falta de claridad. No dejaba de rozar su pistola reglamentaria *Llama Especial*, que llevaba en un costado, enfundada en un cinto de cuero, sin saber muy bien por qué o sabiéndolo a conciencia. Atravesó el pasillo de la nave central y llegó al altar mayor. Escuchó el crepitar de la cera ardiendo de las velas. Se orientó hacia una puerta, al fondo del altar. Se encontró, tras empujarla, en medio de un pasillo tan sombrío como el propio altar, visualizando una escalera en su final y, junto a ella otra puerta, si bien cerrada. Fue hacia ella y, tras detenerse, aguzó el oído. Creyó percibir el rasgueo de las páginas de un libro. Miró su reloj:

pasaban diecisiete minutos de las doce. Abrió la puerta sin previo aviso, encontrándose frente a un sacerdote que, sentado en un sillón, ubicado por detrás del escritorio, leía con detenimiento un pasaje de la *Biblia*. El cura párroco alzó la mirada sorprendido y dejó el *Libro Sagrado* sobre la superficie de la mesa.

El despacho parroquial recibía claridad, merced a la ventana que se localizaba a la espalda del sacerdote.

El comisario no movió ni un solo músculo de la cara. Se quedó petrificado en el umbral. Pensativo al máximo. Poseído por una rabia que empezaba a atormentarle.

Miraba al sacerdote, intentando reconocer en cada rasgo de su rostro, las líneas nunca olvidadas de aquella cara que él buscó durante tanto tiempo; de aquellos ojos que no olvidó, los ojos de un coadjutor que él odió con toda su alma, en la época en que fue un niño y, comprobó horrorizado, lo que un hombre puede hacer a otro niño.

El párroco, entretanto, en aquellos breves segundos, que al comisario le parecieron siglos, mantenía retenida la mirada en las pupilas del policía —sin reconocerlas— que seguía sin hablar, parado en el umbral de la puerta del despacho parroquial, sin dejar de observarle también.

Buendía, en su subconsciente, había retrocedido a mil novecientos treinta y seis. Había llegado, igualmente, a *Lora del Río*, así como a sus doce años, reviviendo unos momentos demasiado dramáticos: recordó un juramento efectuado bajo un sol abrasador y la sangre de una víbora salpicando los dedos de su mano. Y, ahora, precisamente frente a él, estaba el hombre al que él detestó tanto, que conservaba todavía, a pesar de su aspecto envejecido, la mirada de siempre, y que a su vez lo estudiaba con frialdad, intentando diseccionar al intruso que le contemplaba igualmente sin pestañear.

El comisario cerró la puerta tras de sí y cojeando se acercó al escritorio.

—¿Dígame qué desea? —preguntó el religioso, extrañado ante aquella presencia y ante aquel silencio.

Buendía se situó frente al párroco sin dejar de mirarlo, pensando que la providencia o el destino o quién sabe, le había dado la oportunidad siempre deseada: contemplar al protagonista de tus pesadillas de años y más años.

Desaparecido Hipólito Prieto, de quien no volvió a saber nunca nada más, le correspondía a él ejecutar con lo pactado en el juramento. El corazón del comisario se aceleró. Habría sacado la pistola y habría vaciado todo su cargador en aquel cuerpo siempre odiado, pero, supo reprimirse, apretando

para ello los dientes con fuerza. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y, ya y con voz contenida, intentó hablar.

—¿Es usted el padre Teodoro? —preguntó, aun sabiendo la respuesta.

El sacerdote asintió y él, sin hacerlo, se abalanzó sobre su cuello, apretándolo con fuerza hasta privarle del aire, dejándole muerto allí mismo, sobre su escritorio, por mediación de sus propias manos. Aquel pensamiento corroyó sus entrañas, haciéndole aún más daño que las visiones de su infancia, que no dejaban de atormentarle. No supo cómo lo hizo, pero, en aquel momento tan deseado como esperado, pudo más su instinto de policía que la sed de la venganza.

—Verá... soy comisario de policía —argumentó Buendía, intentando no ser traicionado por su nerviosismo, aportando para ello una seguridad improvisada y, un tono en la voz, que a él mismo le sorprendió, pleno de aplomo y seguridad—. Hace poco más de una hora, he estado hablando con un compañero suyo de *Sacerdocio*, el padre Felipe, quien me ha dicho que usted le pidió un favor muy especial: que se hiciera cargo de su coro anterior. ¿Es eso cierto?

El sacerdote Teodoro entornó los ojos y adoptó un gesto circunspecto. No llegó a entender qué posible interés tendría la policía, acerca del coro que él dirigió con anterioridad.

—Sí —contestó Teodoro—. Pero, ¿por qué me hace esa pregunta?

El comisario asintió, mientras las uñas profundizaban cada vez más en la carne.

—Sabe usted... en poco más de un mes se han cometido cuatro asesinatos y todas las víctimas eran mujeres de ese coro. ¿Lo sabía?

Teodoro arrugó la frente y se quedó inmóvil, incapaz de coordinar pensamiento alguno y, menos aún, de moverse. El despacho parroquial acogía a dos personas: una, un depravado pastor de la Iglesia, un sádico, un delator, un asesino...y otra, un agente de la *Ley*, un policía peleado con casi todo el mundo, realmente un apátrida, un perdedor siempre. Un heredero del legado más oscuro y vomitivo de una guerra fratricida. Un niño que vivió en primera persona el odio más visceral de una *España* dividida y, ahora, treinta y ocho años después de aquella barbarie, los dos individuos volvían a encontrarse, pero, lo hacían mayores y especialmente cansados. *Vivir para morir*, calibró Ernesto Buendía con fastidio, mas, se dijo, que quien tenía enfrente no llegaría al lógico final biológico, el que irrumpe con la decrepitud de la carne.

—No. Lo cierto es que no lo sabía, y me he quedado sin aliento — manifestó Teodoro, apoyando la espalda en el sillón, y cerrando momentáneamente los ojos.

Buendía, igual que ya lo hizo con el padre Felipe, intentaba profundizar en el subconsciente de Teodoro, pretendiendo averiguar, a través de sus manifestaciones y ademanes, si aquel depravado podría ser el asesino en serie que él tanto buscaba, basándose ahora y, sobre todo, en que la *hierba mala* sólo engendra actos perversos.

¿Sería Teodoro la bestia que tanto les traía en jaque? —se cuestionó finalmente Buendía.

—¿Me podría decir algo más sobre las personas que componían el coro? —Buendía abandonó sus pensamientos y regresó al momento actual.

El sacerdote abrió los ojos y miró al comisario con detenimiento, quien se apoyaba ahora en la mesa, contemplándole a su vez con odio contenido.

—¿Y qué quiere que le diga?

Buendía inspiró, si bien lo hizo de forma comedida.

—¿Pues, sí llegó a percibir algo extraño en alguno de los varones del coro?

—No —dijo Teodoro convencido—. La verdad es que no noté nada raro durante el tiempo que estuvieron conmigo. ¡Qué barbaridad! Estaba al tanto de los asesinatos, lo que no podía imaginarme, es que las víctimas fueran mujeres de mi coro anterior. Leo poco los periódicos y apenas si veo la televisión. La radio es un mundo casi inexplorado para mí. Me gusta el silencio, para orar en armonía con mi paz interior.

El comisario se cruzó de piernas. Hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta y palpó la pitillera, que sacó a continuación. Se colocó un *Ducados* entre los dedos y después lo encendió. Esta vez no pidió permiso para hacerlo.

—El padre Felipe debería haberme comentado algo de esto —pensó Teodoro en voz alta, claramente extrañado.

Buendía lo miró con evidente frialdad. Él tampoco comprendió la reacción de aquel sacerdote cuando le interrogó, pero, había sacado una conclusión: aquel hombrecillo era una persona de pocas luces.

Se creó una pausa en la conversación, que al comisario se le hizo especialmente larga.

Su conciencia, durante la interrupción, le dijo cosas que no deseaba escuchar, en clara contraposición con su voluntad, que le manifestó otras. En

aquel momento, él era una doble persona. Su juicio y su devoción para con la *Ley*, le impedían hacer cosas que realmente quería ejecutar, pero, su pasado no dejaba de susurrarle al oído, diciéndole, recordándole, casi obligándole a hacer, lo que no tenía más remedio que cumplir. Sus manos se crisparon bajo el escritorio y no dudó. Le afloró un sudor frío que empapó su frente, mientras sus piernas temblaban.

El sacerdote Teodoro, ajeno a aquellos pensamientos, se perdía en sensaciones anteriores, cuando él dirigía el coro que era sometido ahora a juicio, intentando dar con algo anómalo que él hubiera detectado en la conducta de cualquiera de sus componentes. De improviso, Teodoro recordó un detalle, al que no dio demasiada importancia en su momento. El comisario percibió la ligera sacudida, y por un instante dejó de pensar en esa muerte siempre deseada. Alargó la mano y dejó el filtro pestilente del cigarrillo en un cenicero sobre la mesa. Teodoro alzó la mirada, y ésta, poseída por un brillo extraño, observó al comisario, cómo si un rayo pleno de fuerza hubiera surgido desde el interior de su cerebro.

Teodoro acercó las manos entrelazadas al escritorio y con el rostro iluminado afirmó con la cabeza.

—Sí —corroboró después con algo de nerviosismo—. Ahora que lo pienso... una vez sí percibí algo raro.

Buendía le apremió, mediante una contracción del rostro.

—Siga —balbució el policía.

Y aquellos segundos se le hicieron todo un infinito al comisario...

Teodoro, sabedor del protagonismo que tenía y, alejado, muy alejado de la verdadera personalidad de con quien hablaba, adquirió vana importancia en sus torpes gestos, así como en el rebuscado movimiento de sus manos. Su voz se magnificó, acogiendo soltura y elocuencia entonces.

—Aquello fue un detalle casi insignificante, pero...

A la nueva pausa le siguió un movimiento todavía más nervioso del comisario.

—¡Hable! —casi le exigió Buendía.

—Bien... —dijo Teodoro— Hace unos meses tuve que contratar a un ebanista, dado que los bancos de la iglesia requerían de un poquito más de atención, así como los bajos del altar. Un feligrés me habló una vez y, además muy bien, de una asociación que daba trabajo a los desempleados. Una asociación que acogía a gente enviada por *Hermandades del Trabajo*. Jóvenes en su inmensa mayoría, que pasaban más tiempo fuera de sus hogares que dentro. Usted ya me entiende: la lacra del desempleo en los barrios marginales.

El comisario, que no pestañeaba, escuchaba con atención todo lo que le decía aquél que fue siempre su peor enemigo. Su venganza. Su particular venganza debería esperar, ya que su cerebro acogía ahora una sola idea: atrapar al asesino en serie, y si no era Teodoro, de lo que no estaba plenamente convencido aun, a lo mejor este sacerdote del infierno le podría ofrecer nuevas pistas.

Tiempo habría después, para cumplir con un pacto infantil.

—Bueno —prosiguió Teodoro hablando—. El caso fue, que aquella asociación me envió un ebanista. Un hombre de unos cincuenta años que estuvo trabajando en la parroquia durante una semana y, que aprovechó cualquier pausa en sus menesteres, para hacerme todo tipo de preguntas sobre la gente del coro, volviendo a su hermetismo habitual, incluso haciéndose en demasía taciturno, una vez satisfecha su curiosidad. No sé, pero, a lo mejor, esto que le comento sólo son apreciaciones mías.

Teodoro hizo una nueva pausa y el comisario quedó atrapado y sin remedio, en la telaraña invisible de sus propios nervios.

—¡Siga exponiendo! —acució Buendía a Teodoro.

El sacerdote suspiró.

—Nosotros ensayábamos siempre, claro está, en el coro. Pues, bien, lo que le comento ahora, ocurrió unos dos o tres días después de que este hombre comenzara a trabajar en la parroquia. Corregía yo un claro desajuste en las voces femeninas, cuando creí percibir un sonido en la nave central. Me acerqué a la balaustrada para investigar, viendo a ese sujeto que a su vez miraba hacia arriba, justo hacia donde nosotros estábamos. El individuo se desplazó al verme y siguió trabajando con aparente normalidad. Al principio no caí en qué podría hacer allí, pero, cuando me di cuenta de que dos de las mujeres del coro llevaban la falda algo corta, lo comprendí todo. Aquel trabajador intentaba verles la ropa interior. No di mayor trascendencia al hecho, pues, la carne es siempre débil. No sé si esto le aclarará algo.

Buendía se quedó un tiempo dubitativo. Después, sus ojos regresaron a las pupilas del sacerdote.

—¿Sabe usted el nombre de ese sujeto? —demandó Buendía.

—No —contestó Teodoro con rapidez—. Pero, sí puedo facilitarle el nombre de la asociación que me lo envió.

El comisario asintió.

—A esa sociedad se la conoce con el nombre de *CODASTE*. Su sede central, impulsada por el *Opus Dei*, está en *Aluche*. *CODASTE*, cómo le dije ya con anterioridad, está íntimamente relacionada con *Hermandades del Trabajo*.

El comisario achicó la mirada.

—¿Y qué clase de preguntas le efectuó ese individuo? —requirió Buendía con gravedad.

Teodoro, al recordar, se llevó una mano a la barbilla friccionándosela.

—Creo recordar, que iban orientadas hacia la personalidad de los miembros del coro. Qué gustos tenían. Si vivían cerca de esta iglesia. Quién destacaba por su voz... Ya le digo, que me extrañaron tantas preguntas, sobre todo porque provenían de un simple trabajador que, después me aclaró, intentaría hablar personalmente con ellos, por si necesitaban de alguno de sus servicios. Recuerdo, eso sí, que le comenté que todos ellos pertenecían al grupo de *Hermandades del Trabajo*, indicándome él, a su vez, que él provenía del mismo sitio, cosa que yo ya sabía. Aquel hombre se comportaba de un modo extraño, cómo si le interesara en particular alguna persona del coro, bueno, alguna o puede que más de alguna.

—¿Me podría definir cómo es ese sujeto?

—Desde luego no demasiado alto —contestó Teodoro— aunque sí de una gran fortaleza. Sus ojos son negros y su cabello comienza a clarear por la coronilla. Aparte de esto que le indico, una persona normal, de las muchas que uno puede encontrarse por las calles.

El comisario lo meditó un tiempo. Lo de aquel individuo era una posibilidad más que añadir, a las que él barajaba ya en su cerebro.

Buendía no desestimó a Teodoro, cómo al posible asesino que él perseguía. Era cierto que había mostrado un gran aplomo. Incluso algo de indiferencia al hablar sobre el tema. Poco nerviosismo, en general, pero, un embustero lo es siempre y, un hombre inteligente, guarda cómo un tesoro la astucia en su interior.

El comisario esperaba el estudio psicológico de cada uno de los componentes masculinos del coro, trabajo éste encubierto, que había sido encomendado a uno de sus agentes. Trabajo que tardaría un tiempo en recibir. Eran cinco individuos y cualquiera de ellos podía ser el sospechoso. De todas formas, ya había dado orden para que se les hiciera un seguimiento muy especial. Todos ellos, en apariencia, eran personas normales con trabajos normales, pero, él llegaba siempre un poco más allá. Le gustaba profundizar en cada investigación que realizaba, de ahí, las preguntas efectuadas primero al padre Felipe y ahora a Teodoro.

Su pensamiento regresó a la persona que tenía frente a él, quien aguardaba una nueva pregunta, aparentemente ausente, anclada la mirada en la superficie luminosa del escritorio. El cerebro del comisario diseccionó pensamientos, guardando unos, sacando otros. Los que afloraron fueron lúgubres, oscuros, tenebrosos, cómo rayos purulentos de muerte.

La mirada de Buendía se hizo agresiva, manifestándose los recuerdos salvajemente ahora, al dejar aparcada en su cerebro la parte de policía que siempre le acompañaba, adoptando entonces otra personalidad bien diferente, ésta oscura e inmisericorde, que subyacía en lo más profundo de su yo, desde los doce años de edad.

La vorágine del odio y del resentimiento creó un aura especial envolviéndole, no sólo a él, sino también al sacerdote Teodoro. El comisario, en un segundo, se convirtió en un ser vengador. En un *justiciero*. Resonaban en su subconsciente las palabras de su amigo Hipólito Prieto, en aquel juramento parlamentado.

Intuía que su amigo no había sobrevivido a la guerra, por lo tanto a él y sólo a él le correspondía cumplir con lo acordado. En su cerebro ahora la

sangre de una víbora, cómo nexo de unión de una promesa que, treinta y ocho años después, parecía que se llevaría finalmente a cabo. Así, el recuerdo de un reptil acabaría con otro *reptil*, éste peor aún que el propio reptil.

—Me gustaría que me acompañara al altar —susurró el comisario con voz gélida—. He de hacerle algunas preguntas allí.

Teodoro no puso ninguna objeción en aquello. Se incorporaron, y fue el sacerdote quien guio al comisario a través del pasillo. Accedieron al altar mayor, poco después, siendo rodeados por la penumbra. La imagen de un *Cristo* yacente, situado sobre un pedestal de mármol marrón, surgió con luz propia entre las luces y las sombras. Igual que lo hizo el mármol blanco del altar, así como los tres escalones que comunicaban el mismo con la nave central. Igual que los bancos silenciosos distribuidos a lo largo del templo. Igual que los jarrones repletos de flores, que parecían custodiar la zona más cercana al presbiterio. Igual que los cirios y las velas que crepitaban en medio del silencio.

Igual que los cuadros, huérfanos de colores vivos, cómo si la penumbra fuera una constante aplicada a todo templo de *Dios*. Cómo si el recuerdo de la muerte del *Hijo del Hombre* fuera el acontecimiento principal, acontecimiento absoluto, acontecimiento que debería ser recordado sobre todos los demás. Luto y dolor. Oscuridad casi absoluta y silencio. Silencio... premonitorio de muerte...

Teodoro irrumpió en el altar mayor y se giró, aguardando a que el comisario llegara a su lado. Su gesto era displicente, el del policía, por el contrario, tenso.

Los ojos de Buendía daba la sensación anunciaran algo terrible, pero, Teodoro se encontraba ajeno al pensamiento atroz que invadía el cerebro del comisario.

—¿Quiere pedirle algo a *Dios*? —preguntó Buendía con evidente frialdad.

—¿Y qué quiere que le demande? —contestó Teodoro con acusada extrañeza.

La sangre de la víbora extendiéndose ahora por el subconsciente del policía.

—¡El perdón para sus pecados! —explotó Buendía sin poder remediarlo.

—Hijo —utilizó Teodoro un tono casi paternal, propio de su cometido—, todos pecamos...

—Unos más que otros...

—Puede...

Buendía suspiró y desvió la mirada hacia la puerta de la iglesia, deseando que la misma no se abriera.

—¿Es qué no me reconoce?! —dijo el comisario de improviso, fuera ya de sí.

Teodoro frunció el ceño.

—Pues, no. ¿Debería?

El policía asintió, mientras unía los labios, y su deseo estallaba en lo más recóndito de su cerebro.

—¿Por qué no profundiza en mis ojos, tal y cómo yo lo hice al verle? —le sugirió Buendía.

El sacerdote se extrañó ante la pregunta, que no comprendió del todo, pero, aun así y, tal y cómo el comisario le pedía, miró a Buendía un tiempo indefinido, sin apreciar nada de especial en la observación.

La tensión seguía aumentando dentro del despacho parroquial...

—¿Nos conocemos de algo? —demandó Teodoro finalmente.

El rostro del comisario se congestionó. Buendía se llevó la mano al cinto y sacó la pistola *Llama*, apuntando con ella al sacerdote quien, confundido ante la acción, se fijó primero en el arma y después en los ojos de aquel agente de la *Ley*.

—Pero: ¿qué hace hombre de *Dios*?! —enfaticó Teodoro con extrañeza

—¿Lo qué he de hacer!

Teodoro intentaba razonar el comportamiento de aquel policía y, éste, a su vez, poder dominar su dedo índice, que presionaba el gatillo, dispuesto a vaciar todo el cargador de la pistola, sobre el cuerpo de aquel corrupto empleado de *Dios*.

—¿Es qué se ha vuelto loco?! —gritó el párroco, agitando al mismo tiempo los brazos.

El subconsciente de Buendía quedó atrapado ante los recuerdos y, aunque observaba al sacerdote, a quién realmente veía y escuchaba era a su amigo Hipólito Prieto aullando de dolor. Contemplaba, igualmente, los cadáveres de su madre y de su tía, así como el de la maestra Ana Castillo. Cómo también observaba a los feligreses de la iglesia de la *Asunción*, en *Lora del Río*, convecinos de él un tiempo, que fueron fusilados por confiar en su coadjutor, que no fue sino la proyección del rey de lo diabólico.

—¿No me he vuelto loco, cura demencial! —espetó el comisario a viva voz.

Teodoro, acuciado por el nerviosismo, miró a su alrededor, intentando hallar a alguien que pudiera salvarle de aquel demente, mas, la iglesia se encontraba solitaria en aquella hora matinal y, su ama de llaves, o por lo menos él lo pensaba así, llegaría algo más tarde.

Nadie podía ayudarle, pues, para intentar desarmar a ese loco policía que le apuntaba, sin que todavía supiera muy bien por qué. La mirada de Teodoro se centró finalmente en las pupilas algo cansadas del comisario.

Al mismo tiempo y, sin que el policía y el sacerdote repararan en ello, la puerta que daba al coro se fue abriendo con lentitud, surgiendo de allí una figura que, al instante, se unió con las sombras. Una figura que comenzó a espiar a las dos personas que se miraban ahora con crispación.

—Retroceda en el tiempo —dijo el comisario con la mirada fría cómo el acero. La pistola, que no temblaba en su mano, seguía apuntando a aquel *ministro del Señor*— y llegue a su juventud, para recordar a un pueblo maravilloso que fue humillado.

Los ojos de Teodoro se abrieron con desmesura, cómo si aquellas palabras quitaran de raíz las telarañas que proliferaban por su subconsciente, haciéndole llegar a un momento que él quiso olvidar siempre para, de ese modo conseguir, que él no hubiera sido él, que todo cuanto realizó, jamás se hubiera efectuado, que el tiempo vivido no hubiera existido y, finalmente, que lo sucedido hubiera sido el fruto de una pesadilla aterradora.

—Un pueblo pleno de luz —las palabras salían heridas a través de los labios del comisario Buendía— bañado por un río único. Los fantasmas de cinco mil sacrificados vagan todavía errantes por el mundo actual, deseando que, los que fuisteis sus verdugos, terminéis de idéntica forma a cómo ellos acabaron.

Teodoro había comenzado a temblar ante aquellos recuerdos tan venenosos. Temblaba más por ello, que por sentirse realmente encañonado.

Bien cierto fue que nunca quiso enfrentarse con su yo más joven, porque hasta él mismo le tenía miedo, pero, ahora y, por boca de aquel policía, que él no conseguía identificar, retornaba a lo que tanto temió volver.

A lo que él fue una vez y a lo que en verdad siempre fue: un ser despiadado y maligno.

—¿Aún no sabe quién soy? —le preguntó el comisario con vehemencia — ¡Míreme a los ojos y hunda bien sus pupilas en las mías! ¿Quién soy, Teodoro?

El sacerdote resopló y, si bien se esforzó, no logró dar con la identidad de aquél que le encañonaba.

—¡Fue usted un coadjutor mentiroso que se favoreció de su amistad con *Dios*, para engañar a todo aquél que confió en usted! —el policía era ahora un juez implacable— ¡Asesinó en nombre del *Señor* por ello! ¡Violó igualmente en nombre de *Dios*! ¡Sodomizó a un niño también en nombre del *Amor Divino*!

El rostro de Teodoro acogió la lividez más absoluta, volviéndose casi de cera: finalmente regresaba a lo que nunca quiso recordar. Por ese motivo, caía ahora y en picado, sobre la mierda que siempre le rodeó. Si toda persona tiene un momento de arrepentimiento, aquél, quizás, fuera el suyo.

El comisario echó hacia atrás el percutor de la pistola, mientras Teodoro

le observaba con el rostro descompuesto.

—Sí, coadjutor Teodoro: ¡Por su culpa, mi madre y mi tía fueron fusiladas! ¡Usted violó a un niño, y ese niño, que fue mi mejor amigo, juramentó después conmigo! ¡Acordamos, en nuestra más tierna e infeliz infancia, que quien primero diera con su paradero, tendría que matarle... y mire que han pasado años desde entonces! ¿Aún no me reconoce?

Recordar, para Teodoro, era todo un suplicio. En aquel instante se enfrentaba con su destino, evocando su pasado, lo que fue y, quizás, nunca quiso ser, pero, ya no había vuelta para atrás. Alguien del pasado, que estaba en el presente ahora, le juzgaba.

Alguien que le recordaba lo malévolo que fue una vez, y se lo rememoraba precisamente en su iglesia, en aquel mundo especial de recogimiento.

No existía escapatoria para él, y él lo sabía.

—¡Soy Ernesto Buendía, Teodoro! —dijo finalmente el comisario, dándose de ese modo a conocer— El mejor amigo de Hipólito Prieto, aquel niño a quien usted violó. Fui alumno, igualmente, de la maestra Ana Castillo, a quien usted asesinó y, fui también vecino de tantos y tantos otros que murieron fusilados por su culpa, cómo lo fueron mi madre y mi tía. A su vez, soy ese niño que se orinó encima, cuando vio lo que no tuvo que ver. Debería de orinarse usted también ahora encima, para que supiera lo que es sentir un miedo irracional absoluto. Para que supiera, a su vez, el daño que puede provocar un adulto en un niño, cuando el adulto es una bestia sin corazón. Para que comprendiera, igualmente, cómo en ese mismo instante ese niño deja ya de serlo, transformándose entonces en un ser destrozado, en alguien que ya crecerá, llevando siempre consigo, instalado en lo más profundo de su subconsciente, el estigma del horror y del asco más visceral conocido. Sí, coadjutor Teodoro, se está enfrentando al *juicio de Dios*, que tiene un juez inexorable que le condena ahora mismo. Un juez, que es mi propio cerebro, que recuerda las muertes que por su culpa se infligieron. Un juez, que es mi propio cerebro, que evoca, a su vez, a un niño que murió sin morir cuando usted lo mancilló. Un juez, que es mi propio cerebro, que rememora, igualmente, a otro niño que también murió aquel mismo día, cuando observó lo que no debía contemplar. Y, ahora, en este preciso instante de nuestras vidas, ese niño que ya no lo es, le dice que le detesta con toda el alma, y que desea que pague con idéntica moneda todo lo que le hizo pasar a él. ¡Póngase de rodillas!

Teodoro, aterrorizado, aceleró los pensamientos, pretendiendo encontrar un hueco dónde no lo había. Aun así, cómo serpiente venenosa que era, mal disimuló su estado, aparentando una templanza que realmente no tenía.

Su mirada, penetrante ahora, en estado casi hipnótico, quiso profundizar en las pupilas del comisario, intentando desorientarle. Su inteligencia le hizo adivinar los pensamientos de Buendía.

—Si me mata ahora —la voz de Teodoro salió atemperada, aunque su ser convulsionaba por dentro— no sabrá si soy ese asesino que tanto busca y, a la vez, si todo lo que le he contado, no es más que una fabulosa patraña acabada de inventar.

Buendía se descolocó. La mirada de Teodoro, en efecto, llevaba brotes hipnóticos, igual a la flauta del hipnotizador que, con su sonido, consigue sugestionar al áspid terrible.

Ante la duda, ante aquellos ojos, el comisario bajó momentáneamente la guardia: no podía disparar contra ese ser repugnante sin saber sí, cómo Teodoro le decía, él era el asesino en serie. Tenía que saberlo a ciencia cierta antes de...

Aquella vacilación le costó muy cara: Teodoro se abalanzó sobre él y su mano derecha aferró la mano derecha de Buendía que, seguía, no obstante, sujetando la pistola, pero ésta apuntaba ahora hacia la bóveda de la iglesia.

Forcejearon, espiados siempre y desde las sombras por alguien.

Aquel lugar sagrado reunía a dos hombres que no entendían o no se daban cuenta, de que se encontraban dentro de un templo de *Dios*.

Las imágenes, por ello, dio la sensación se horrorizaran ante semejante sacrilegio.

*Aquella misma mañana.  
Casi a la misma hora.*

El *Seiscientos* conducido por Juan dejó atrás una carretera asfaltada en sentido ascendente, llegando frente a un edificio de planta baja y fachada semicircular que destacaba en medio de otros inmuebles de estructuras bien diferentes.

Se bajaron los tres ocupantes del vehículo, contemplando el edificio y sus alrededores. Casandra se dio cuenta de la enorme cantidad de zonas verdes, que se extendían ladera abajo, llegando incluso más allá de lo que su propia visión alcanzaba.

El aire procedente de la serranía era gélido y vulneraba la protección de su cazadora de cuero infringiéndole cierta destemplanza.

El día, que había empezado especialmente luminoso, había tornado ahora a sombrío, amenazado por grupos de nubes que, tras unirse, habían creado un firmamento de tono ceniciento.

Salvador, por su parte, visualizaba la fachada de la *Asociación CODASTE*, así como los terrenos que surgían a su espalda, que contaban con un campo de fútbol, un área dedicada a la práctica del baloncesto y el balonmano y, una pista de atletismo, circundante al propio campo de fútbol, todo ello bien protegido tras una malla metálica de unos tres metros de altura. Cuatro torretas, cargadas de focos, se localizaban por encima del campo de fútbol y podrían alcanzar fácilmente los treinta metros de altura.

Un hombre, vestido con un mono azul de trabajo, cuidaba en aquel instante de la instalación, ajeno a su presencia. Aparte de él, a nadie más observaron por las cercanías de la asociación.

Juan cerró el coche y, sin pensárselo dos veces, se encaminó hacia la puerta acristalada que la sociedad tenía como entrada, siguiéndole Salvador y Casandra. Dentro del edificio, se encontraron en medio de un vestíbulo que se ramificaba en dos direcciones opuestas. A su derecha escucharon, si bien de manera contenida, el tecleo de una máquina de escribir, observando, al mismo tiempo, cómo se filtraba un destello de claridad por el resquicio de

una puerta entreabierta. En su rótulo leyeron: *Secretaría*. Juan tocó con los nudillos en ella.

—Pase —una voz jovial emergió desde el interior del habitáculo.

Los tres accedieron al despacho, hallándose dentro de una estancia algo reducida. Un individuo de unos cuarenta años, anclado tras un escritorio, los miró con cierta curiosidad. Su expresión pecaba de ingenua, debido, quizás, a un exceso de timidez, y padecía una alopecia considerable. Unas gafas metálicas, con cristales de aumento, empequeñecían aún más sus ojos castaños. Su color de piel era sonrosado. A primera vista tuvieron la impresión de que era un sujeto de corta estatura.

Una *Olivetti 68* ocupaba buena parte de la superficie del escritorio, igual que un montón de cuartillas, ya redactadas.

A la espalda del individuo, observaron una fotografía enmarcada del *Papa Pablo VI*.

—Bien...en qué puedo ayudarles —dijo el secretario, iluminándosele el rostro.

Juan inició la conversación, sintiéndose incómodo dentro de aquel espacio tan pequeño.

—Verá usted... —dijo Juan con aire circunspecto— Somos periodistas, y queremos realizar un reportaje sobre esta asociación —mintió Juan, pero no del todo—. Trabajamos para el diario *El Sueño*, y queremos que nuestros lectores sepan algo más sobre la gran labor que se lleva aquí a cabo.

El secretario asintió.

—Pues... les agradezco enormemente su interés —manifestó el hombre con marcada expresividad—. Es cierto que llevamos algunos años intentando dar esperanza a estas personas. Créanme si les digo, que las cosas están cada vez peor. Pocas ofertas de trabajo y demasiada delincuencia: la droga es un caballo de batalla con el que hemos de pelear duramente y, aunque las *Fuerzas del Orden Público* nos ayudan, lo cierto es que intentamos que todo desarraigado se sienta un ser especial dentro de aquí. Somos una familia, bueno, mejor decir una gran familia, que ayuda a todo aquél que lo necesita. Y no sólo a la juventud, sino también a personas mayores. Hombres que perdieron su trabajo o nunca lo tuvieron. A todos los amparamos, inculcándoles una vida sana, que es el mejor remedio para combatir la soledad y, aquí, cómo me imagino que ya lo habrán podido observar, les hemos construido campos para la práctica de cualquier deporte. También y, en las aulas que se extienden a lo largo del pasillo, impartimos materias bien

diferentes, pero, todo esfuerzo es poco, cuando se pretende lograr que estas personas se sientan mejor aquí que en su propia casa.

El hombre guardó momentáneamente silencio.

—Me presentaré —dijo y miró con fijeza a las tres personas que a su vez le observaban—. Me llamo Jorge Tapia y me ocupo de la secretaría de esta asociación, si bien lo hago de forma altruista, cómo lo hacemos todos los que estamos aquí. Para esta tarea única de crear un mundo donde antes no había nada, nos ayudan un montón de personas que, desinteresadamente también, nos aportan sus limosnas. Gracias a ello, la *Asociación CODASTE* es algo más que un sueño hoy en día.

Jorge Tapia se calló brevemente y Juan lo aprovechó para decirle:

—Nos gustaría que nos enseñara todo lo que esta asociación comprende y, no sólo sus despachos, sino también sus instalaciones deportivas. Yo seré quien realice las fotografías del reportaje. Mi compañera Casandra —hizo Juan un movimiento con la cabeza para presentársela— es adjunta a la redacción y, quien está a su lado, Salvador —sonrió Juan— es uno de nuestros mejores redactores. Yo me llamo Juan y, digamos que estoy al mando de ellos, aunque esto se lo digo muy bajito, para que ellos no se enteren.

Jorge Tapia sonrió ante el comentario, igual que lo hicieron Salvador y Casandra.

El secretario se incorporó y comenzó a mostrarles todo lo que era *CODASTE*. Anduvieron por diferentes estancias, tras dejar atrás la secretaría, guiados siempre por el servicial empleado.

Jorge Tapia resultó ser un guía excepcional que les habló de las labores realizadas tiempo atrás, que seguían llevándose hacia adelante.

Juan sacó su cámara *Yashica GSN 35* de la mochila que llevaba cruzada en bandolera sobre el pecho, y disparó fotografía tras fotografía.

Finalmente salieron al exterior, mostrándoles Jorge Tapia el complejo de las instalaciones deportivas, que Juan fotografió igualmente.

Situada en una zona poco populosa del *Barrio de Aluche*, la *Asociación CODASTE* era un remanso de paz. Un paraje bello y casi solitario ubicado en la parte más alta de un cerro.

Tras poco más de media hora, periodo en que el secretario contestó a todas y cada una de las preguntas que Juan le formuló, llegaron al punto de partida, es decir, a la puerta principal de la asociación, parándose allí mismo. Todo lo que Juan había preguntado, efectuado, eso sí, con suma habilidad, no

les había servido realmente de mucho. Juan se interesó por las personas que conformaban aquella sociedad, llegando incluso a preguntar por sus variadas profesiones. También, por el tipo de jóvenes que acudían pidiendo ayuda. Con astucia, Juan llevó al secretario al terreno de lo deportivo, interesándose en especial por la práctica del béisbol. Jorge Tapia les argumentó que, si bien este deporte era minoritario todavía, allí, sin embargo, había calado muy hondo, incluso *CODASTE* contaba con tres categorías que competían a nivel nacional. Juan aprovechó la introducción, para requerir algo de información sobre los bates, interesándose por saber si eran para uso exclusivo de los practicantes del béisbol, habiéndole respondido el secretario que no, que se vendían a todo aquél que los quisiera comprar. Igual que se hacía con el resto del material deportivo. Les había informado, a su vez, que las prendas las confeccionaban los propios miembros de la asociación, y que el dinero que se recaudaba se invertía con posterioridad en la propia *CODASTE*, bien para la compra de libros o bien para arreglar cualquier tipo de desperfectos que pudieran sufrir sus instalaciones deportivas. Tras hacerle varias fotografías a Jorge Tapia, precisamente delante de la puerta de la asociación, Juan creyó oportuno retirarse.

El secretario, durante el recorrido por el complejo de la asociación, les mostró una sala ocupada por trofeos deportivos, aparte de por un número considerable de fotografías de los jugadores en sus diferentes especialidades. Tras fijarse con detenimiento en ellas, Juan no encontró ningún parecido con aquél casi desconocido que le había atacado ya dos veces. Era cierto que no vio su rostro, pero, sí observó sus ojos, y a través de ellos su mirada. Las fotografías que visualizó, claro, no le dejaron ver el brillo maligno de una mirada, de ahí, de lo infructuoso de su búsqueda. Tendría que toparse una vez más con ese inhumano, si es que ese sujeto frecuentaba la asociación, para entonces intentar reconocerlo.

El cielo oscurecía y, las nubes, agrupadas ya, creaban un manto sombrío sobre la ciudad, mientras el frío progresaba.

—Bien, señores... —dijo Jorge Tapia con cordialidad— Deseo que haya sido de su agrado todo cuanto hayan visto. Lo que sí quisiera matizarles, es que esta organización no busca ni ha buscado nunca beneficio alguno. Quiero que esto se diga claramente en su periódico. Sólo queremos ayudar a todo aquél que lo necesite. Tan sólo eso.

Juan asintió y, por pura inercia, miró hacia la derecha, observando entonces, casi oculta entre un grupo de castaños, la silueta de un extraño

edificio en forma de uve.

—¿Qué es eso? —preguntó Juan al secretario, indicándoselo al mismo tiempo con la mano.

Jorge Tapia desvió la mirada hacia dónde Juan le señalaba.

—¡Ah! Es nuestra capilla —le aclaró el hombre con una pizca de orgullo.

Juan la visualizó entonces con fijeza, atacado por una súbita curiosidad.

—¿Podríamos verla? —demandó Juan después.

—Claro que sí —aprobó Jorge Tapia con resolución—. No hay problema en ello.

El secretario echó a caminar, siguiéndole los tres. Al pronto llegaban frente a la puerta del recinto religioso entrando ya en su interior. El habitáculo era amplio y por encima del altar destacaba un crucifijo de hierro sin *Cristo* alguno en él.

Un individuo manipulaba en la madera de uno de los bancos de la nave central.

Un hombre que con anterioridad había girado la cabeza, justo cuando escuchó abrirse la puerta de la capilla.

Un sujeto que, vestido con un mono de trabajo, volvió su cuerpo con diligencia, dando así la espalda a los recién llegados.

Juan, observador siempre, creyó notar algo raro en aquel comportamiento, pero, siguió pendiente de las palabras que le dirigía Jorge Tapia, quien les mostraba al mismo tiempo el interior del templo.

Juan percibió que, mientras ellos se acercaban hacia donde estaba el sujeto, éste, trabajando en apariencia, se iba aproximando a su vez, hacia la puerta de salida del edificio en forma de uve.

Jorge Tapia les estuvo hablando un tiempo de cómo se había construido aquel lugar de *Dios*. De la cantidad de limosnas que fueron necesarias para su edificación, y de cómo servía para unirse con el *Señor* cada domingo.

Entretanto, el operario, que seguía con la tarea de escabullirse con lentitud hacia el exterior, se hallaba cada vez más cerca de él. Finalmente dejó el templo, dándose cuenta Juan de ello, quien movió entonces la cabeza en sentido negativo.

Algo no le cuadraba en el comportamiento de aquel hombre. Quizás fuera la penumbra del lugar o puede que el hábitat en sí mismo o quizás el aluvión de palabras que no dejaba de soltar el secretario, pero, fuera lo que fuese, Juan no respondió cómo debía. Se quedó pensativo, sin coordinar

ninguna idea en su cerebro.

El desconocido, ya en la calle, echó a correr, desplazándose a lo largo de un sendero sinuoso, hasta que salió a la carretera asfaltada. Avanzaba con diligencia, mirando de vez en cuando para atrás. Entonces, corría más deprisa. Se detuvo cómo a unos trescientos metros del complejo de la *Asociación CODASTE*, junto a una parada de autobús. Jadeante y sudoroso se sacó un pañuelo del bolsillo del mono azul, secándose acto seguido la frente con él. El autobús llegó poco después y él lo cogió. Se situó en la parte de atrás del transporte público y siguió pendiente de todo lo que se cocía cerca de la asociación. Su mirada se cargó de odio y rencor, según se fue alejando de la silueta de la capilla. Y, fue precisamente en aquel instante, cuando tomó una decisión: sus puños se crisparon. Después se giró y miró al conductor. Su mente elaboraba un plan...

Juan pareció salir de aquel ensimismamiento tan extraño, por lo que cortó con un gesto de la mano a Jorge Tapia, quien se quedó azarado ante ese acto tan vehemente. Allí, cerca del altar, las cuatro personas asemejaban sombras embozadas, meras figuras abstractas que fueran acariciadas, si bien débilmente, por el matiz amarillo anaranjado de los cirios y las velas del altar.

—Disculpe si he estado algo brusco con usted —se excusó Juan—. Pero, he de hacerle una pregunta muy especial.

Jorge Tapia lo miró con curiosidad. Igual que lo hicieron Casandra y Salvador, quienes no entendían el comportamiento de su compañero.

—Cuando hemos entrado, una persona recubría con chapas de madera las caras y los cantos de algunos de los bancos. ¿Sabe quién es? —demandó Juan con acusado nerviosismo.

El secretario no dudó. El brillo de la seguridad en su respuesta, se instaló de forma clara en sus ojos.

—Es uno de nuestros mejores empleados—manifestó con orgullo el secretario—. Especializado cómo ebanista, pero que puede realizar cualquier otro trabajo a la perfección.

—¿Cómo se llama?

Jorge Tapia asintió, mientras su frente se arrugaba.

—Nunca nos lo dijo —les aclaró el secretario—. Es un hombre muy reservado que a veces puede pecar de huraño. Pero, ojo, muy buena gente, que lo uno no quita lo otro, pues cada uno somos de una manera. Cuando llegó a *CODASTE*, procedente de *Hermandades del Trabajo*, le abrimos los brazos, cómo lo hacemos con todos los que nos piden su ayuda. No nos dijo su nombre y nosotros se lo respetamos. Eso sí, al poco de llegar, le pusimos el apodo de “*el ungüento amarillo*”, pues hace bien todo lo que realiza. Por cierto: ¿por qué me lo pregunta?

Juan entrecerró los ojos.

—¿Tendría su dirección? —demandó Juan a su vez.

El secretario asintió.

—Ve, eso sí puedo facilitárselo —dijo— porque ese dato se lo pedimos a todos. Más que nada por ellos mismos, ya que en muchas ocasiones hemos de avisarles, cuando surge alguna tarea imprevista que está bien remunerada.

Acompañenme, que voy a dárselo.

Salieron de la capilla y regresaron a la secretaría. Ya allí, Jorge Tapia sacó una agenda del cajoncito de su escritorio abriéndola. En ella venían consignados una gran cantidad de nombres y datos. Tras ojearla un tiempo, el secretario escribió en una cuartilla el domicilio del sujeto en cuestión y después se la entregó a Juan, quien la leyó a continuación. Sus ojos se agrandaron y aprobó con cierta seriedad. Casandra y Salvador percibieron el leve cambio en su mirada, pero, por prudencia, no le hicieron pregunta alguna. Ya tendrían tiempo después para ello, una vez que se quedaran solos.

Juan quiso disfrazar aquel primer gesto de sorpresa.

—Le comentaré —exageró Juan al hablar— que me ha parecido extraordinaria la concentración de ese hombre trabajando —mintió Juan ahora—. He querido entrevistarle, pero, cómo ha salido tan rápidamente de la capilla no me ha dado tiempo a ello. He pensado que, para completar esta entrevista, sería muy interesante hablar con alguna de las personas que trabajan aquí. Pero, no importa: iré a su domicilio y allí la remataré.

Jorge Tapia lo entendió todo por fin, no así Salvador y Casandra, quienes necesitaban de una explicación, quizás, un poco más convincente.

Ya en la calle, se despidieron del secretario, saludándole efusivamente. Aquel buen hombre les había dado cordialidad y ellos se lo agradecían de ese modo.

Quedaron en avisarle, cuando se publicara la entrevista —una nueva mentira—. Y así y sin más, fueron hacia el *Seiscientos*, saliendo poco después de las cercanías de la *Asociación CODASTE*, justo cuando el firmamento era cruzado por un relámpago destellante. Una tormenta ponía su puesta de escena en aquel momento, teniendo como protagonista principal a la luz. Un nuevo relámpago atravesó el cielo sombrío y, al poco, comenzó a nevar, cubriéndose paulatinamente todo lugar con un manto blanco.

Juan conducía concentrado. Casandra iba en el asiento contiguo, guardando siempre un prudente silencio y, Salvador, ubicado en el asiento de atrás, observaba, con aire reflexivo, la caída parsimoniosa de los copos sobre el asfalto.

Casandra carraspeó levemente.

—¿Por qué mostraste tanto interés sobre la personalidad de aquel trabajador? —argumentó ella finalmente, rompiendo así con el silencio, mientras lo miraba con dulzura.

—Un bate nos ha llevado hasta la *Asociación CODASTE* —contestó

Juan y su voz arrastró un cargado matiz de deducción—. Aquí, fue la mirada sagaz de un periodista que, aparte de llevarse un golpe muy fuerte, observó unas letras grabadas en el bate. Esa cualidad maravillosa que Alfredo posee y que le ha llevado a ser un periodista extraordinario, fue la que nos condujo hasta este lugar, situado en el *Barrio de Aluche*. Bien...

Salvador apartó la mirada de la ventanilla, y el paisaje que había contemplado hasta entonces, pasó, a partir de ahí, a un segundo plano, pues, lo que captaba ahora su atención eran las palabras de Juan. Casandra, por su parte, observaba también al periodista, mientras él conducía.

—Yo no creo en nada —el pensamiento de Juan flotó al exterior— ni siquiera en *Dios*. Pienso que es la suerte quien mueve sus piezas y éstas te dan o te quitan. También, cómo no, el destino juega un papel preponderante en toda existencia. Por ello sé, que hace sólo unos momentos, dentro de la capilla, la suerte o el destino o lo que deseáis pensar, ha querido premiar de alguna manera nuestro esfuerzo.

El silencio fue la respuesta a su exposición. Un silencio de no comprender nada. Por eso, tanto Casandra como Salvador deseaban que Juan prosiguiera hablando, cosa que hizo a continuación:

—Había un trabajador dentro del recinto religioso cuando hemos entrado en él. Nada raro, pues, en esa observación, pero, lo que sí me extrañó después, fue su comportamiento. Rehuyó mirarnos en todo momento, cómo si nos hubiera visto ya al entrar y deseara permanecer en el anonimato. Nos dio siempre la espalda y, simulando trabajar, se fue desplazando hasta la puerta sin volverse una sola vez. Era de complexión fuerte...

Casandra separó los labios y Salvador se echó hacia delante, apoyándose en el respaldo de la joven.

—¿Pretendes decirnos que ese hombre puede ser nuestro *hombre*? —fue ella quien preguntó, ahora con cierta ansiedad.

—Pues, podría ser, en efecto —sentenció Juan.

—¿Y cómo no hiciste nada en la capilla? —demandó Casandra extrañada.

—Para eso no tengo una contestación válida —dijo Juan afectado—. Me bloqueé, simplemente..

—Bueno: lo que has denominado suerte o destino —quien tomó ahora la palabra fue Salvador— podría tener, quizás, otra acepción.

Juan le miró por el espejo retrovisor.

—¿Cuál? —preguntó el periodista.

—Ayuda divina —contestó Salvador firmemente convencido.

—¡Ya! —replicó Juan.

—Que no creas en ella, no significa que no exista —precisó Salvador.

Juan meneó la cabeza.

—No estoy ahora para discernir qué es cierto de lo que no lo es. Nunca creí en *Dios*, pues, no puede existir un *Dios* que permita tantas calamidades.

—Hay otros mundos dentro de éste —racionalizó Salvador—. Planteamientos diferentes y cometidos distintos. *Dios* puede ser algo impensable, un *Todo* y un *Nada* a la vez si no creemos en *Él*. Pero, sí es cierto, que cada individuo lleva una parte de *Él* en su interior. Verdaderamente... somos alientos de *Él*.

—Salvador, no insistas: —dijo Juan— mi cabeza no está ahora para semejantes planteamientos. Mi padre murió por culpa de una guerra. Pude sentir su sufrimiento a diario y cómo intentaba sonreír, cuando, la verdad, estaba muerto por dentro. Fue un perdedor y, quizás por ello, yo me sentí también otro perdedor. Crecí bajo el estigma del derrotado, como tantos otros que vivieron la pesadilla de una guerra cruel. Heredé de mi padre esa castración y no quiero pensar en nada más. Las guerras son siempre inhumanas, pues, aparte de matar físicamente, destruyen el alma. ¿Tú crees que si existiera un *Dios*, permitiría tanta atrocidad?

Salvador miró a Juan y, éste a su vez a él, si bien fugazmente por el espejo retrovisor.

—¿Y tú crees que *Dios* no ha renegado una y otra vez de los hombres? ¿Por qué *Dios* ha de controlar las conductas de todo aquel que nace? ¿Acaso no es mejor pensar que *Dios* pueda nutrirse de los bondadosos de corazón y es a ellos a quien se entrega de verdad, aunque su amplia mano intente abarcar y proteger a todo ser humano?

—Bueno, y, ¿puede saberse a cuento de qué esta conversación? —manifestó Juan algo irritado— ¡Vamos a la caza de un asesino en serie y ése debe ser nuestro único y principal objetivo!

—Haces mal en pensar, que la suerte o el destino puedan ser los que muevan el mundo —concluyó Salvador la conversación retornando a su posición anterior, volviendo a visualizar el paisaje ya nevado por la ventanilla.

Cassandra, entretanto, miraba el salpicadero del coche con aire ausente, preguntándose un sinfín de veces, por la personalidad de aquel industrial, diciéndose que, un hombre que habla así, poco o nada tiene que ver con un

personaje de negocios, y eso nadie podría rebatírsele

—Entonces: ¿dónde vamos ahora es al domicilio de ese trabajador? — fue Casandra quien lanzó la pregunta.

Juan asintió.

—¿Y si ese hombre fuera el asesino, no tienes miedo de volverte a enfrentar con él? —demandó nuevamente Casandra.

Juan negó con la cabeza y le aclaró:

—Si fuera la persona que buscamos, descuida, no vacilaré. Tengo una cita pendiente con ese anormal, y nada me impedirá que vaya contra él.

—¿Y no sería más conveniente, insisto, que avisáramos a la policía y fueran ellos los que le detuvieran? —preguntó Casandra por tercera vez.

—Ese sujeto me ha reconocido —expuso Juan— y puede que quiera escapar o, peor aún, que pretenda eliminarnos. No sé si será consciente de que lo estamos siguiendo, pero, si así fuera, estoy convencido que querrá poner tierra de por medio y, quiero ser yo quien vengue, no sólo la muerte de esas cuatro infortunadas, sino también los ataques que realizó contra mi hermana y Alfredo.

—La venganza no lleva a ningún lado —cuestionó Salvador.

—Pues, para mí es lo más importante ahora —convino Juan.

Se estableció una tregua en la conversación, mientras el *Seiscientos* se aproximaba a su destino.

El cielo vomitaba oscuridad y ésta, a su vez —cómo si se tratara de un parto especial— frágiles copos blancos.

*Aquella misma mañana.*

El sujeto que había huido de la *Asociación CODASTE* llegó a las inmediaciones de su domicilio, tras haberse bajado del autobús.

El cielo seguía llorando nieve.

El individuo avanzó con paso firme a pesar de la nevada. La calle *Aniceto Marinas*, paralela a la *Ribera del Manzanares* por donde caminaba ahora, aparecía poco frecuentada. Apenas si se cruzó con dos o tres personas durante su corto trayecto.

El hombre llegó frente a un portal, abriéndolo después con algo de agitación. Subió por las escaleras hasta que llegó a su vivienda. Ya dentro, fue al dormitorio y, tras abrir un armario, se hizo con varios objetos que dejó sobre la cama. Después se desplazó a la cocina, y de la nevera cogió una botella de leche que fue bebiendo a sorbos. Con posterioridad se hizo con una bolsa de patatas fritas, que tomó de una alacena y, con ella ya en la mano, fue hacia el salón, situándose frente a la única ventana, que daba a la *Ribera del Manzanares*. Su privilegiada posición le permitía contemplar buena parte de la calle. Se quitó el mono de trabajo, que colocó sobre una silla, ubicándose finalmente en un sillón.

Sólo tenía que esperar...

*Poco después.*

Juan, Casandra y Salvador llegaron a la *Ribera del Manzanares* cerca de las dos y media de la tarde.

Ya no nevaba, pero un viento frío azotaba todos los aledaños.

El cielo, de color malva ahora, acechaba con descargar más nieve.

Juan aparcó el *Seiscientos* frente al número cincuenta y uno de la *Ribera*, bajándose los tres del automóvil. Las señas facilitadas por Jorge Tapia eran irrefutables: aquélla era la calle consignada y aquél el número indicado.

Juan relejó la nota una vez más, corroborando todos sus datos. La planta tercera y la letra C de puerta, fueron las señas que completaron el domicilio del posible asesino.

Juan miró hacia arriba y el sujeto, que a su vez les observaba, se echó hacia atrás, dejando la cercanía de la ventana. Tiró la bolsa de patatas, ya vacía, al suelo, y dejó la botella de leche, igualmente vacía, sobre la mesa del salón, yendo a continuación hacia el dormitorio, de donde cogió los objetos que descansaban sobre el lecho.

Regresó al salón y miró de nuevo por la ventana, sólo que ahora con un mayor disimulo: ya no estaban los que le perseguían en la calle. Se cubrió con la pelliza que se hallaba en el respaldo de una silla y, tras coger un llavero, abrió la puerta del domicilio, cerrándola después. Subió un único piso por los escalones, quedándose agazapado en el rellano de la escalera, pudiendo así observar, a través de su hueco, los pisos inferiores. Gracias a su posición se enteró de cómo pasaban al inmueble los que iban tras él —supuso que algún vecino les habría facilitado la entrada— y de, cómo con posterioridad, un ascensor se detenía en la tercera planta, saliendo de su interior las tres personas que se situaban frente a la puerta de su piso. Él, entretanto, seguía en la misma posición, observándoles, si bien de espaldas. Vio cómo llamaban a su puerta.

Juan pulsó el timbre por enésima vez. Acto seguido, miró con gesto escéptico a sus dos compañeros. Finalmente, se pegó a la puerta y aguzó el oído. Negó después con la cabeza.

—Me parece que hemos llegado o demasiado tarde o demasiado pronto —apreció Juan e hizo un gesto desdeñoso— ¿Y si violentáramos la puerta? —cuestionó a continuación.

—Me parece que has visto demasiadas películas de policías y ladrones —objetó Casandra—. Aparte: ¿y si estuviera dentro y no quisiera abrirnos?

—Tengo el palpito de que ése no es el caso —vaticinó Juan.

Salvador se encogió de hombros y deshizo la tímida sonrisa que se había instalado en sus labios, ante el comentario anterior de Casandra.

—Pues, algo tenemos que hacer —puntualizó Juan— cuando nos encontramos tan cerca de nuestro objetivo. Si es que finalmente éste es nuestro objetivo.

—Quizás, tener paciencia para saber esperar —indicó Casandra.

Salvador asintió y Juan se quedó pensativo.

—Creo que deberíamos regresar a la calle —expuso Juan finalmente— y ocultarnos en algún portal cercano, para ver si este individuo llega.

—Me parece una idea muy buena —secundó Casandra la propuesta.

Salvador lo aprobó igualmente mediante un gesto.

Tras bajar por las escaleras salieron al exterior, siendo azotados sus rostros por el viento frío reinante.

El sujeto dejó entonces su escondite improvisado y accedió nuevamente a su piso, desplazándose con cautela hacia la ventana, para mirar hacia la calle con discreción.

Abajo, las tres personas que habían estado situadas frente a su puerta, deliberaban ahora, saliéndoles el vaho por la boca y la nariz.

Las pupilas del individuo acogieron una mayor frialdad, cuando observaron cómo el grupito se emboscaba dos portales más arriba. No dudó. Bajó por las escaleras y llegó al portal, saliendo poco después a la calle con especial cuidado.

La claridad menguaba al ir avanzando la tarde, pero, aún era demasiado pronto cómo para aprovecharse de las sombras de la noche. Por ello, se ciñó todo lo que pudo a la fachada del inmueble, y avanzó con lentitud hasta que dejó atrás el edificio. Después y, cómo una fiera adiestrada para el seguimiento de animales indefensos, se guareció tras uno de los árboles, obteniendo así una posición privilegiada, desde la que podía observar a los que a su vez le esperaban, sin que ellos repararan en su presencia. Y fue de aquella manera tan particular cómo, tras haberse sentido perseguido un tiempo, pudo reírse ahora, produciéndole aquella risa un gran bienestar. Sólo

tenía que dejar que el tiempo pasara.

Razonó que los *cazadores* terminarían dejando su particular *coto de caza*, en cuanto se cansaran de esperar. Entonces él, la presa en teoría, sería el nuevo *cazador*.

Miró el cielo, creyendo adivinar una descarga inminente de nieve y, cómo si aquella mirada fuera una señal, los copos empezaron a caer con diligencia desde el firmamento ensombrecido.

*Quince minutos después.*

Un taxi se detuvo relativamente cerca del inmueble del sospechoso.

Tenía que andar con pies de plomo.

Tras bajarse del servicio público, el comisario Buendía caminó un centenar de metros, hasta que dio con el número cincuenta y uno de la calle. Miró hacia lo alto, teniendo como punto de referencia: la tercera planta del edificio.

El comisario se mordió un labio, y ya decidido y cojeando de manera ostensible, fue hacia el portal del sospechoso. Presionó sobre varios botones del portero electrónico y alguien finalmente le facilitó la entrada al inmueble.

Buendía, entonces, realizó los mismos movimientos que ya efectuaran Juan y sus dos compañeros. Nadie atendió a su llamada, cuando pulsó con insistencia en el timbre de la puerta del individuo, mientras sujetaba su pistola *Llama* con la otra mano. Después, asqueado, meditó lo qué haría a continuación.

Decidió que lo mejor era esperar, por si el sujeto regresaba a su domicilio.

Estaba al tanto de que el sospechoso era una persona corpulenta y de unos cincuenta o cincuenta y cinco años de edad. Ese dato se lo había facilitado Teodoro, mintiéndole quizás. Contaba con dos paquetes de tabaco rubio, así como con una pitillera atestada de *Ducados*. Inconscientemente se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta: la pitillera ya no estaba allí. Se sorprendió. Pensó que la habría ubicado en otro bolsillo de la chaqueta, así que la buscó, sin ningún resultado. Hurgó entonces en los bolsillos del pantalón, sin encontrarla tampoco. Emitió un quejido de fastidio. La había perdido, de eso estaba seguro y, aunque sólo fuera un objeto, la tenía un gran cariño. Fue hacia el ascensor con rabia, pasando a su interior. Antes de salir a la calle, se miró en uno de los espejos del vestíbulo, viéndose especialmente demacrado. No hizo demasiado caso al reflejo. Estaba acostumbrado a pelear cada noche contra el insomnio.

Abrió la puerta cojeando y miró a ambos lados de la calle. Nadie pasaba

por las cercanías del portal.

Bajó el único peldaño de mármol blanco y cogió la misma dirección que antes tomaran Casandra, Juan y Salvador, sólo que él se detuvo un portal antes.

Movió los pies entumecidos y encendió un cigarrillo rubio.

Rumió para sus adentros, diciéndose si todo aquello, no sería más que una nueva pista falsa, pero, aunque así fuera, tenía que comprobarlo. Desechó y, ya definitivamente, llamar a nadie más.

La tarde fue avanzando con lentitud enfermiza, tanto para Buendía cómo para Juan y sus dos amigos.

El individuo, oculto siempre, se sentía dueño de la situación y no tenía frío a pesar de hallarse a la intemperie.

Aguantaba con estoicismo aquel pequeño diluvio blanco.

Cerca de las cinco, con la penumbra extendiéndose desde las alturas, el grupo de Juan dejó finalmente su escondite. Sus rostros eran fiel reflejo de aburrimiento y cansancio. Habían perdido buena parte del día sin obtener ningún premio. Resignados, decidieron tomarse un café, antes de regresar al *Seiscientos*.

No nevaba ahora, y el frío, en clara progresión, transformaba los copos de nieve caídos en pistas peligrosas de hielo.

Juan, Casandra y Salvador se encaminaron hacia una cafetería cercana, aproximándose de ese modo y, sin saberlo, al lugar donde estaba emboscado el individuo. Apenas les separaban veinte metros del sospechoso, cuando éste se escoró ligeramente, camuflado cómo estaba, ubicado siempre por detrás del árbol que le servía cómo refugio.

El comisario Buendía, entretanto y por su parte, había aplastado la enésima colilla con el zapato. En el portal y, formando un círculo amplió, se veía infinidad de ellas.

Buendía se tocó varias veces en la cabeza con nerviosismo.

La rodilla le dolía, tanto por el frío cómo por las largas horas que llevaba ya en pie.

Iba a salir del portal, cuando creyó observar, no demasiado lejos de allí, a alguien que parecía ocultarse tras el tronco grueso de un árbol.

Alguien que, en apariencia, se dedicaba a espiar a otras personas que andaban muy cerca de su entorno.

Su instinto le avisó, sintiéndose invadido por un frío repentino, que nada tuvo que ver con el ambiental. Creyó intuir quién era aquel sujeto.

Salió del portal con algo de precipitación y, tras echarse la mano al cinto, sacó su pistola *Llama*. Avanzó muy despacio, cojeando siempre, cobijándose al amparo de las primeras sombras, sin dejar de observar al sujeto. Incluso llegó a colocarse casi a su misma altura, si bien a su espalda, mientras visualizaba todos y cada uno de sus movimientos. Aquello era cómo una partida de ajedrez demasiado compleja. El desconocido, cuya morfología era parecida a la del padre Teodoro, quizás algo más bajo o él tuvo aquella apreciación, se situó a su vez a la espalda de las otras tres personas que seguían caminando despreocupadamente, para avanzar entonces y con cautela

hacia ellas.

Lo que vino a continuación fue, quizás, el momento culminante de su dilatada carrera como policía. El combate de boxeo ficticio más largo y más duro de todos cuantos libró. Se movió con precaución por ello, con la pistola siempre en la mano, mientras el desconocido, por su parte, continuaba progresando hacia sus presas.

El lugar, nevado y solitario, era ese tablero igualmente ficticio de aquella partida también ficticia de ajedrez, donde las piezas, en este caso: él, el posible asesino y las supuestas víctimas, jugaban una partida en demasía compleja sin saber que lo hacían, moviéndose a impulsos de sus propios sentimientos. Él, el *caballo*, avanzaba cojeando, mientras el presunto asesino, el *alfil*, lo hacía en ángulo, y las presumibles víctimas, en este caso los *peones*, iban en línea recta, ajenas al movimiento sinuoso de aquel *alfil* macabro.

A Buendía le pareció aquello una jugada cruel del destino.

Juan, Casandra y Salvador arribaban a uno de los puentes que unían las dos orillas, la *Ribera del Manzanares* con la calle de *Aniceto Marinas*. El puente, absorbido ya por la penumbra, iluminado únicamente por la luz de dos farolas de estampa muy antigua, le dio a Casandra la sensación, de que fuera el esqueleto ennegrecido de un dinosaurio, si bien aquello fue sólo una impresión, motivada, quizás, por la soledad del lugar, por la oscuridad o por la propia construcción del puente en sí. Le pareció igualmente a la joven mejicana que los cercanos sauces llorones la observaban también.

Llegaban hablando, cerca ya del *Seiscientos* y con la seguridad de haber estado perdiendo el tiempo, en su viaje hacia la cafetería.

—¿Sabéis qué pensaba? —preguntó Juan de improviso.

Los dos negaron con la cabeza.

—Que cuando parece que todo está perdido —reflexionó Juan—. Cuando creemos que nada tiene valor, algo sucede que te hace pensar lo contrario. En mi caso particular equilibrio la balanza de mi vida con haberos conocido. La amistad es algo muy peculiar que suele moverse por afinidades o idealismos, pero, la amistad verdadera, la que permanece inalterable al paso del tiempo, es muy difícil de conseguir. Sois mis guardianes y así os siento.

Casandra le cogió del brazo. Salvador sonrió tibiamente, y sus pupilas transparentes acogieron un brillo especial.

—¿Sabes qué concluí tu retrato? —dijo la joven mejicana dirigiéndose a Salvador.

—¿Quedaste satisfecha con él? —le preguntó a su vez el empresario.

—Sí —manifestó Casandra feliz—. Es una de mis mejores obras y no está bien que yo lo diga, pero, sí, tus facciones han quedado muy conseguidas. Muchas noches me quedo observándolo, cuando desaparecen los ruidos de la calle y puede pensarse en paz. Percibo la serenidad de tu mirada. Me asusto un poco entonces, si te soy sincera, pues, es cómo si el cuadro tuviera vida propia, cómo si tus ojos me miraran, diciéndome un montón de cosas.

Juan miró a Salvador y, cómo éste se quedaba callado, comentó entonces:

—¿Y no será que te estás enamorando de Salvador? —argumentó Juan con algo de celos.

—Juan, por favor: ¡qué cosas dices! —enfaticó Casandra— Yo veo a Salvador y, eso es cierto, cómo a alguien muy especial, pero, de ahí a estar enamorada de él, va todo un abismo.

—Querida Casandra —la voz de Salvador sonó cómo un susurro en el inicio del puente—. Tú eres un espíritu sensible que lo captas casi todo. Eres pura bondad.

—Cuánto más os conozco —ahora fue Juan quien habló— menos os conozco. Casi siempre he estado rodeado por personas demasiado aburridas, con poca vida interior, pero vosotros me aportáis sensaciones bien diferentes. Fui un perdedor hasta que os he conocido.

—Te creíste un perdedor —le rectificó Salvador— aunque nunca lo fuiste.

—Sé tan poco de ti —cuestionó Juan dirigiéndose al empresario.

—A veces bastan unas cuantas horas —reflexionó Salvador— para conocer a alguien en profundidad y, a veces ni una vida entera es suficiente, para saber cómo es quien está a tu lado. Si eres puro de corazón, esa cualidad te abrirá cualquier puerta.

—Sabes tanto —dijo Juan con franqueza— que parece que hubieras vivido toda una eternidad.

—Saber cómo compendio de estudios, quizás, no valga para mucho —argumentó Salvador—. Sabe más quien más razona, quien entiende mejor, quien comprende mejor...

—Deseo ver tu cuadro —recalcó Juan—. Quiero comprobar si es cierto todo lo que Casandra dice de él. A lo mejor ha sido tu yo interior el que ha quedado reflejado en el lienzo.

—Pues... tienes mi permiso —contestó Salvador.

Finalmente llegaron al puente cuando comenzaba a nevar otra vez.

La estructura de hierro se fue cubriendo con rapidez con una lámina blanca, transformándose su fisonomía por completo.

El individuo que se había ido acercando de manera progresiva al grupo de Juan, mientras ellos hablaban, se situó a tan sólo dos metros de ellos, siempre a su espalda, sin que ellos lo notaran.

Profundizaron en el puente.

El hombre sacó un objeto del interior de la pelliza y lo elevó, yendo a continuación hacia ellos.

El comisario, ubicado a su vez a la espalda del sujeto, supo que llegaba el momento de intervenir, así que corrió cómo mejor pudo y tal y cómo su rodilla maltrecha se lo permitió.

Entretanto, la silueta algo borrosa de un individuo se cernía sobre Juan y sus dos amigos.

Cassandra lo presintió, pero, aquella sensación le llegó demasiado tarde. Eso sí, ladeó la cabeza y miró hacia atrás y, ese movimiento le salvó la vida, pues, un bate que iba directo hacia su cráneo, le rozó levemente en el hombro.

Aun así, Cassandra gritó de dolor y cayó al suelo. El hombre no dudó y alzó un nuevo objeto: una cruz, que destelló en la noche.

Salvador y Juan, que se habían girado sorprendidos ante el grito emitido por Cassandra, se encontraron con la crudeza de la escena. Fue Salvador quien actuó con mayor rapidez, interponiéndose entre la joven y el desconocido y, recibiendo por lo tanto, el impacto de la cruz en su costado izquierdo. El sujeto, enfurecido, quiso rematar al industrial con el bate y, Juan, que se disponía a lanzarse contra él se detuvo, al ver cómo alguien entraba en el puente cojeando. Alguien que apuntaba con un arma al sujeto, que todavía no había reparado en su presencia.

—¡Suelta lo que tienes en las manos o disparo! —bramó Buendía, sin dejar de encañonar al hombre.

El desconocido detuvo su ataque homicida.

Cassandra, dolorida, se hallaba tirada en el suelo todavía, muy cerca del individuo y a la vez de Salvador, que sangraba por la herida.

—¡He dicho que tires lo que tienes en las manos! —vociferó Buendía, apuntando siempre al desconocido que se ocultaba el rostro con un pasamontañas— ¡¿Es qué no me has oído, hijo de puta?!

El hombre, de espaldas al comisario, no se movió, mientras Juan, que lo tenía frente a él, lo miraba con odio.

—¡Tira el bate y la cruz al suelo, joder! —gritó de nuevo el policía.

El sujeto se volvió con lentitud, con las manos en alto, pudiendo el comisario así visualizar el destello demencial de sus pupilas a través de los orificios del pasamontañas.

La nieve caía con menos fuerza ahora y permitía, por lo tanto, que los allí presentes se observaran con claridad. El desconocido, por ese motivo, profundizó un tiempo en las pupilas de Buendía, mientras éste seguía muy pendiente de cualquiera de sus posibles movimientos.

Cassandra quiso ayudar a Salvador, pero le molestaba todavía el hombro. Salvador, por su parte, se desangraba sin que, de momento, nadie pudiera ayudarle, presentando ya su rostro una lividez preocupante. Juan seguía inmóvil, observando a la joven y a su amigo y, al mismo tiempo, al criminal y al recién llegado. Demasiada tensión acumulada cómo para intentar cualquier movimiento.

El individuo, que seguía mirando al comisario, bajó los brazos hasta dejarlos unidos al cuerpo.

—¿Es qué no entiendes lo que digo?! —le abroncó Buendía— ¡Suelta las armas! ¡Tíralas al suelo de una jodida vez, y quítate el pasamontañas!

El enmascarado dejó caer el bate finalmente, no así la cruz, que siguió en su mano. Tampoco se quitó el pasamontañas...

*Unas horas antes: por la mañana.*

El comisario Buendía y Teodoro seguían forcejeando, intentando desequilibrarse el uno al otro.

La fuerza del policía inclinó finalmente la balanza a su favor. Un fuerte empujón dio con el sacerdote en el suelo. La pistola seguía firme en la mano del comisario.

Teodoro, jadeante, alzó la mirada y sus ojos se clavaron en la mano ejecutora.

—¡Tumbese y ponga las manos en cruz! —gritó Buendía con ira.

El sacerdote así lo hizo.

Por detrás de ellos dos y, por delante a su vez de la puerta de acceso al coro, una figura seguía oculta entre las sombras, aprovechándose de la oscuridad e intentando al mismo tiempo, no perderse ni un detalle de lo que allí acontecía.

—¡Separe también las piernas!

Teodoro cumplió con la orden.

—¡Arrepiéntase de sus pecados! —vociferó Buendía, fuera ya de sí.

Teodoro lo miró fijamente y su mirada llegó hasta los ojos de Buendía, quien creyó ver en ella las pupilas destellantes del mismísimo demonio.

El comisario dudó y pensó que aquel mal hombre bien podría dar un salto y hacerse, en un único y demencial segundo, con el mando de la situación.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal: aquel sacerdote llevaba en sus pupilas el aliento de *Lucifer*.

—¿Eres el asesino que buscamos? —la pregunta que Buendía efectuó llegó hasta los oídos de Teodoro, quien entonces esbozó una sonrisa maligna. Sus ojos centellaron y su cuerpo se tensó a pesar de estar tumbado.

El comisario visualizó el reflejo malévolamente instalado en la mirada de Teodoro.

Su mano comenzó a temblar y la pistola a su vez con ella...



*Una hora después.*

Un taxi dejó al comisario Ernesto Buendía en la calle de *Islas Filipinas*, relativamente cerca del edificio de cuatro plantas de *Hermandades del Trabajo*.

Buendía optó finalmente por aquel lugar, al ser algo más impersonal que la *Asociación CODASTE*, donde, quizás, le habrían preguntado más de la cuenta.

El policía no reparó en la majestuosidad de la fachada, ni siquiera en su colorido brillante, una amalgama de tonos verdes y marrones que realizaba las innumerables ventanas de aluminio, así como tampoco en el grupo de enredaderas que, serpenteando desde los jardines adyacentes, ascendía hasta la puerta principal, buscando dónde afianzarse, para, de esa forma tan sutil, intentar alcanzar el cielo.

El comisario subió con increíble celeridad los ocho peldaños que separaban el edificio de la calle, a pesar de su cojera.

El inmueble era en aquel instante un hervidero de personas.

Tras preguntar en información a una señorita, derivó hacia uno de los ascensores. El aparato lo dejó en la cuarta planta, donde accedió a uno de los despachos allí ubicados, para recabar determinados datos en él.

Una secretaria se los facilitó, tras mostrarle él la correspondiente acreditación.

Tampoco pudo hacerse con el nombre del ebanista enviado a la *Asociación CODASTE* —quien estaba inscrito con el apodo de *Señor X*— pero, sí poseían su domicilio.

Minutos después, Buendía salía del edificio mal disimulando una sonrisa de satisfacción. Ya en la calle, esperó la llegada de un nuevo taxi. Cómo punto de destino ahora: la *Ribera del Manzanares*. Destino al que deseaba llegar cuanto antes, pues, podía tener una cita pendiente con un asesino en serie o puede que no. Un asesino que por supuesto no esperaba su llegada. No tenía tiempo, por ello, para avisar a ninguno de sus subordinados. Ni siquiera a Ramírez, que en ese momento debería andar por la comisaría, pidiendo en

su nombre protección para las dos mujeres del coro que todavía podían contarle. A él le quedaba, aparte, la obligación moral de dar con ese depredador. Un depredador a quien seguía desde hacía tiempo. Si es que él era, finalmente, tal depredador. Rozó otra vez y de manera inconsciente su pistola *Llama* reglamentaria. Le dolía la rodilla, ahora, quizás, más que nunca. Pero él no hizo caso al dolor, dado que imperaba arribar con prontitud a su destino. Destino tan esperado cómo inevitable.

*Aquel mismo día: últimos estertores de la tarde.*

Buendía seguía esperando a que el encapuchado le hiciera caso, pero, tal cosa no llegaba a suceder.

Entretanto, los allí presentes pensaban que en algún momento el uno iría contra el otro, pero, por el contrario, aquella intensidad se reducía a una contemplación mutua, a un estudio analítico de la fisonomía de cada uno. Daba la sensación, de que ambas personas no deseaban originar el siguiente paso, puede que porque se dieran cuenta de que enfrente tenían a un temible adversario.

El Tiempo pareció detenerse ante aquel estudio tan concienzudo...

*Aquel mismo día: por la mañana.*

—¡Contesta! —bramó Buendía— ¿Eres el asesino que buscamos?

Teodoro seguía mirando al comisario con odio. Sus ojos proyectaban un extraño reflejo rojo, cómo si sus pupilas refulgieran desde el mismo averno. Su cuerpo, le dio la sensación al comisario, podría proyectarse hacia él en cualquier momento.

—¡Di! —exclamó una vez más Buendía.

Teodoro emitió una casi imperceptible sonrisa, que acogió un rictus diabólico.

—¡Nunca lo sabrás! —exclamó el sacerdote e intentó incorporarse.

Cuatro detonaciones sonaron, una tras otra, con intervalos de breves segundos.

Los gritos de dolor de Teodoro parecieron magnificarse dentro del silencio del templo.

La figura, que seguía escondida, amparada en el mundo de la oscuridad, se llevó las manos al rostro y, pudo contener, si bien con gran dificultad, un grito de horror.

Sonó un quinto disparo y un nuevo alarido se escuchó.

Después... se hizo un silencio mortificante.

Buendía miró hacia el altar, encontrando allí lo que buscaba. Retrocedió varios metros y de su superficie de mármol cogió una cruz de plata. Con ella ya en la mano, fue de nuevo hacia Teodoro, que gemía lastimosamente. Se arrodilló junto a él, dejando a un lado y a una prudente distancia, tanto la pistola cómo la cruz. De un tirón le bajó los pantalones.

Lo mismo hizo con la ropa interior.

A continuación, le giró el cuerpo sin ningún miramiento.

Alzó la cruz y, acto seguido, se oyó un quejido desgarrador.

El comisario se incorporó y miró a Teodoro con desprecio. Le colocó de lado, ayudándose para ello con un pie.

Los ojos de Teodoro, apagados ahora, intentaron seguir la figura ciertamente ya confusa de Ernesto Buendía y, sus oídos, sin la agudeza de

antes, creyeron adivinar el sonido del percutor de la pistola.

La expresión de un horror infinito que las pupilas del sacerdote le enviaron, fue lo último que el policía retuvo de él en su cerebro ya que, un instante después, sonaron seis detonaciones más, que impactaron en la cabeza de Teodoro. Los sesos del sacerdote salieron de su caja craneal y descendieron por su rostro sanguinolento, uniéndose de ese modo a la sangre que le cubría ya por completo. Sangre que fluía por los orificios que el párroco presentaba en las manos y en los pies, así como en el costado derecho, a semejanza de las heridas que recibiera aquel *Hombre* que sufrió por la *Humanidad*, aquel *Hombre* al que se le llamó el *Hijo de Dios*.

Teodoro había pagado así, de aquella forma tan cruenta, su servicio erróneo hacia el *Señor*. Teodoro, reflejo maligno del demonio, fue castigado de manera similar a cómo lo fuera el verdadero *Hijo de la Luz*. Y, en efecto y tal y cómo Ramírez le dijera, él acababa de ejecutar el famoso: ojo por ojo. Él, precisamente un ateo.

El comisario se quedó observando el cadáver del sacerdote Teodoro un tiempo indefinido.

Finalmente había cumplido con el pacto y él, que nunca creyó en nada, llegó a pensar que, a lo mejor, el espíritu de su buen amigo, allá donde estuviera, se lo agradecería. Sonrió con amargura y, tras echar un último vistazo, fue hacia la salida. Su ropa estaba ensangrentada, así como sus manos, por lo que se desplazó hasta una de las cortinas laterales, donde se limpió. A continuación inspiró, creyendo percibir cómo salía de su interior la imagen de un niño de doce años, acompañada por otra, ésta algo más gruesa que aquella, ascendiendo ya las dos hacia el firmamento cogidas de la mano.

A Buendía, sin desearlo, se le humedecieron los ojos.

Salió de la parroquia con paso vacilante, regresando su cerebro al momento actual, ya que éste requería de toda su sangre fría: un asesino en serie, quizás, podía seguir todavía suelto, dato éste que no había podido solventar, al negarse Teodoro a hablar.

La luminosidad de la calle le hizo cerrar momentáneamente los párpados, según iba hacia la caza de un taxi. Su abrigo, bien abotonado, ocultaba su traje manchado de sangre. Debería seguir así, por cuanto su próximo destino sería la sede de *Hermandades del Trabajo*.

Tuvo la extraña sensación, de que la fachada de la iglesia de la *Buena Dicha* le despedía, según se iba alejando de ella. Fue entonces y sólo entonces, cuando la figura que había permanecido todo el tiempo oculta en la

oscuridad se movió: Amparo, la madre de Azucena, se acercó con cautela al cadáver destrozado del sacerdote Teodoro. Ya a su lado, lo miró con resentimiento, antes de lanzarle un escupitinajo, que dio de lleno en su rostro tumefacto.

Aquel desconocido le había ahorrado su particular venganza. Su hija sería la siguiente, a quien iba a dolerle la cara una buena temporada. Amparo fue al despacho parroquial y desde allí efectuó una llamada telefónica. La policía llegaría en breve efectuándole un sinfín de preguntas, no en balde ella y sólo ella era quien había visto la consumación de aquel crimen tan despiadado.

*Unas horas más tarde.  
Casi anocheciendo.*

Buendía llevaba tantas jornadas detrás de un asesino en serie. Detrás de un sádico violento. Detrás de un ser tan peligroso cómo dañino. Detrás de un perturbado que violaba, asesinaba y traspasaba a sus víctimas con una cruz y, ahora, precisamente ahora, lo tenía frente a él.

Deseaba que ese ser monstruoso dejara su anonimato y él pudiera saber de su identidad, pero, el sujeto no estaba por la labor. Seguía sin tirar la cruz y sin darse a conocer.

El comisario resopló. Mantenía encañonado al individuo, mientras Casandra, si bien dolorida, apretaba la herida de Salvador con una de sus manos. El empresario, por su parte, tenía cada vez peor aspecto y, sus ojos, siempre vivaces, aparecían sin brillo ahora. Juan, tan pálido como Salvador, permanecía en pie y a su lado, intentando comprender la situación que mantenían aquellos dos hombres.

El puente era en aquel instante un escenario solitario, alejado de personas y ruidos.

El crepúsculo llegaba con timidez, arrastrando las tinieblas amenazadoras.

—¿Por qué has asesinado a esas pobres cuatro mujeres? —rompió Buendía con aquel silencio tan largo, intentando ganar tiempo y a la vez encontrar un momento, en que el encapuchado se distrajera... para, entonces...

El desconocido movió levemente la cabeza y pareció que su pensamiento atrapara sus recuerdos.

—La muerte, en sí misma, es una mujer —dijo al fin el sujeto con voz cavernosa—. Seis es el número del demonio. Seis mujeres. Seis demonios... ¡No voy a admitir —bramó en tono muy agresivo ahora— que alguien quiera impedir que yo haga justicia! ¡Ni siquiera tú! —ahí miró a Buendía— ¡Tengo que eliminar a dos demonios más!

—¡No te muevas y tira de una vez la cruz al suelo! —gritó el comisario,

apuntando al desconocido, ahora con más firmeza.

El hombre lo miró fríamente... y todo sucedió con demasiada velocidad.

El desconocido se abalanzó sobre Casandra, empuñando la cruz, mientras Buendía le disparaba, sin saber si daba en el blanco. Salvador se incorporó, si bien con gesto de dolor, situándose otra vez entre el encapuchado y la joven y, recibiendo de esa forma, el nuevo impacto de la cruz en su tórax. El hombre y Salvador se trastabillaron a causa del impulso, acercándose hacia el pretil del puente, precipitándose finalmente en las frías aguas cenagosas, tras haber impactado con él. Casandra gritó, mientras Juan veía cómo dos cuerpos desaparecían en el río. No dudó. Se quitó los zapatos y el gabán y a continuación saltó al agua. Aquella nueva caída fue acompañada por otro grito de Casandra.

El comisario se aproximó al pretil y observó la superficie del río. Casandra, fuera de sí, quiso tirarse también, pero, Buendía se lo impidió sujetándola por un brazo.

—¡Es qué se ha vuelto loca, señorita! —terció el policía.

Casandra pretendió zafarse de la presión sin conseguirlo. Lloró finalmente, presa del nerviosismo.

Buendía seguía muy pendiente del río, esperando a que alguien se asomara a su superficie.

Casandra, por su parte, sollozaba, apoyada como estaba en el hombro del comisario, que a su vez se lamentaba por lo ocurrido. Era cierto, quizás, que había conseguido acabar con el asesino en serie, pero, también lo era, que esa muerte había arrastrado otra, ésta completamente innecesaria.

Por fin, una persona emergió desde el fondo de las aguas. Alguien que, nadando, se acercó con evidente dificultad hacia la orilla.

La oscuridad no ayudó demasiado a la hora de reconocerle.

Buendía cogió de nuevo su *Llama*, por si acaso.

El salvado de las aguas llegó junto al comisario y Casandra —que se habían acercado a la orilla— completamente exhausto, dejándose caer sobre el barro. Ella sollozó al reconocerlo.

Juan recuperó poco a poco la respiración, tumbado cómo estaba boca arriba.

Casandra se abalanzó sobre él y lo abrazó.

El comisario, en pie y junto a ellos, se guardó la pistola y permaneció varado en la propia rigidez de su cuerpo. Miró de nuevo hacia el río. Nadie más salió de su seno. Suspiró y valoró el sacrificio de aquel desconocido que

se había comportado como todo un héroe. Héroe desinteresado que había pagado con su vida por la heroicidad de sus actos.

Casandra lloraba abrazada a Juan, que empezaba a recuperarse.

El periodista sabía que acababa de perder a un buen amigo, y eso le produjo una gran desidia.

Salvador había dado su vida al ayudar a Casandra, y él se sentía en cierto modo culpable, dado que no se enfrentó al asesino, porque Salvador se le anticipó.

Se escucharon ululares de sirenas, que fueron acercándose hacia el escenario de aquella desgracia. Buendía pensó que algún vecino, al oír los disparos, habría avisado a la policía. Sólo tenía que esperar a que sus compañeros llegaran. Después le tocaría el turno a la *Brigada Especial*, para que intentara sacar del fondo del río los cuerpos de los dos desaparecidos.

Algo se había roto en el interior de Ernesto Buendía, algo que le hacía sentirse vacío. Haber cumplido con el pacto le había dejado realmente extenuado, y haber acabado con el asesino en serie le había dejado igualmente sin habla. Cómo si encontrarse con su pasado le hubiera borrado a él del *Tiempo*: él ya no era él o por lo menos eso sentía él. Lo que hubiera hecho hasta aquel preciso instante no le había valido para nada. Los fantasmas de su pasado corroían sus entrañas diciéndole que, en efecto, había cumplido con un acuerdo, pero, al realizarlo, era tan malvado cómo el mismo ser al que había ejecutado.

Los ojos de Buendía se humedecieron.

El sonido de las sirenas se fue haciendo cada vez más notorio.

Casandra y Juan siguieron abrazados en el suelo. Juan tiritando de frío y ella de puro miedo.

*Media hora más tarde.*

Alguien braceaba con suavidad, sumergiéndose de vez en cuando su cuerpo dentro de las aguas del río *Manzanares*. Alguien que había conseguido alejarse del puente donde cayó, manteniendo la respiración por debajo de la superficie durante un tiempo considerable.

La oscuridad le ayudó a la hora de no ser visualizado. Igual que su fortaleza, que le hizo resistir ante la escasez de oxígeno, aun cuando sus pulmones hubieran estado a punto de estallar.

El sujeto giró la cabeza y su mirada se proyectó hacia el puente, que se distinguía en la lejanía. Puente donde seguía habiendo movimiento de personas. Puente al que iban llegando diferentes vehículos policiales. Se volvió nuevamente y siguió nadando hasta que alcanzó la orilla. La contraria a la que a Juan le sirvió para salir del río.

Cansado, se quedó quieto, tumbado sobre la tierra húmeda. Su respiración se fue normalizando. Estaba empapado, y la humedad se le introducía muy adentro provocándole escalofríos.

Supo qué debía moverse. Lo primero que hizo fue quitarse el pasamontañas de la cabeza y lanzarlo al agua. Después se incorporó con lentitud procurando no ser visualizado, aun cuando la distancia era considerable. En la caída había perdido la cruz, y eso le disgustó, pero, pensar que había logrado escapar sin que le reconocieran le subió la moral.

El disparo de Buendía ni siquiera le rozó. Volvería a ser el *justiciero* de las noches, y algunas mujeres no estarían tranquilas mientras él fuera en su búsqueda. Todo comenzó un día, lejano ya en el tiempo, cercano en su memoria, cuando llegó junto a su padre, Aurelio, el sepulturero de *Lora del Río*, a la casa donde vivía la maestra Ana Castillo. Iban a pedirle agua, pues la jornada estaba siendo agotadora, dado que el odio sembraba de cadáveres los caminos y senderos de la población. Ellos los recogían, depositándolos con posterioridad en la carga del camión que les servía para tales menesteres. Aquella jornada parecía no acabar nunca. Se encontraron con que la puerta de la vivienda estaba abierta. Vocearon el nombre de la maestra, pero, al no

obtener respuesta entraron en la casa, encontrándose con lo que ya habían visto Ernesto, Hipólito y Tobías. Su padre no resistió ver tanta violencia y lloró. Él, sin embargo, quedó atrapado por la desnudez de Ana Castillo, que aparecía violentada con una cruz que le desgarraba el sexo. Entendió equivocadamente entonces que, aquella feligresa tan devota, visitante asidua de la parroquia de don Malaquías, había sido castigada por su religiosidad, de ahí, que a partir de aquel instante, su inestable mente de doce años, atacada por la crueldad extrema de una guerra, catalogara a cualquier mujer que mantuviera un contacto demasiado personal con lo eclesiástico, cómo a un ser diabólico que debería ser exterminado. Después de la guerra dejó *Lora del Río* junto a su familia, estableciéndose en *Sevilla*, ciudad donde residieron muchos años, llevando hacia adelante un negocio de pompas fúnebres. Finalmente, ya de adulto y ante la escasez de trabajo, decidió partir hacia la capital. *Madrid* le recibió y fue allí donde aprendió variados oficios, especializándose cómo ebanista. Contuvo aquel impulso homicida durante buena parte de su vida, incluso tuvo alguna que otra novia, pero todas terminaron alejándose de él, ante su compleja y extraña personalidad.

Y fue precisamente en una parroquia donde sus demonios se manifestaron, los mismos que llevaba en su cerebro desde su infancia.

De adolescente se interesó vivamente por el *Antiguo y el Nuevo Testamento*, así como por la *Biblia*. Esas lecturas le descubrieron a otras mujeres que hallaron también la muerte, recogidas en los *Libros Sagrados*, cómo, por ejemplo: la esposa de *Lot*, o *Jezabel*, mujer de *Acab*, rey de *Israel*, que cayó de forma extraña por una ventana del palacio, siendo después devorada por los perros o *Masfa*, hija de *Jefté*, que prometió a *Yahvé* un sacrificio y finalmente tuvo que entregar a su propia hija, que todavía no había conocido varón. Todas esas mujeres vinculadas a libros religiosos. Todas ellas muertas...

En el coro del padre Teodoro, que él no reconoció, había seis mujeres. Seis mujeres cómo auténtico reclamo del *averno*. Seis, en efecto, y él sabía, por la lectura de la *Biblia*, de la importancia de dicho número. Pero, lo que realmente motivó que su obsesión se canalizara y acogiera el rumbo de la violencia, fue que una de esas mujeres se pareciera enormemente a Ana Castillo. Fue verla y regresar a su pasado, a aquella sensación profundamente irracional que le produjo visualizar el cuerpo desnudo de la maestra asaeteado. Después se enteró de su nombre: se llamaba Pilar Vergara. Era maestra y daba clases de *Religión* en un colegio regentado por madres

carmelitas, ubicado en la calle de *Sagasta*. Ya no tuvo dudas. Aquella sería su misión: acabar con aquellas seis mujeres que, a posteriori, fueron destinadas a otra parroquia, para formar parte del coro dirigido por don Felipe, pero, que él ya no perdió su pista.

Echó a caminar ligeramente encorvado, aprovechándose de las sombras y de lo solitario del paraje.

Distinguió, si bien algo retirada, una fogata, dándole la sensación de que, varias personas intentaban calentarse del frío, emplazadas cómo estaban por debajo de otro puente.

Hacia allí encaminó sus pasos.

Diez minutos después accedía a otro de los puentes con los que contaba la *Avenida del Manzanares*.

Tres indigentes, sentados en torno al fuego, intentaban calentarse. Levantaron sus miradas al verle llegar.

Él asintió varias veces y, frotándose las manos, les dio a entender que él tenía también frío.

Los mendigos le escrutaron, dándose cuenta de que estaba empapado.

Uno de ellos, el más viejo, delgado y con barba desaliñada, le conminó, mediante un gesto, a que se les acercara.

No intercambiaron ninguna palabra.

El sujeto fue entrando poco a poco en calor. La ropa, igualmente, se le fue secando con lentitud.

La noche seguía avanzando.

Desde muy lejos llegaban sonidos de sirenas.

Ninguno de los desahuciados se interesó lo más mínimo por ellas. De cada noche hacían un reto, intentado evitar la *Ley de Vagos y Maleantes* impuesta por *Franco*.

El individuo, por el contrario, sí estuvo muy atento, pero, procuró que nadie se diera cuenta de ello.

—Mala noche para caerse al río —argumentó el mendigo más viejo.

El hombre esbozó una sonrisa pero no le contestó.

El harapiento entrecerró los ojos y volvió a escrutar al sujeto. Después, miró hacia el puente lejano y sus ojos se achicaron. Lo mismo sucedió con los otros mendigos.

Uno de ellos, puede que el más joven, de unos cuarenta años, más bien grueso y con escasez de cabello, le extendió una mano al desconocido, ofreciéndole una botella con vino.

El hombre la cogió y se la llevó hacia los labios, echándose un buen trago.

A posteriori, se secó la boca con la mano y se la devolvió al indigente.

Ya no hablaron.

Pasado un tiempo, volcaron más leña en el fuego avivándose éste.

El individuo sopesó lo tardío de la hora, así como su propio aspecto, y les lanzó una pregunta:

—¿Podría pasar aquí la noche? —dijo.

Los tres mendigos se miraron y el más viejo, que era quien parecía liderar el grupito, asintió.

Cubrieron sus cuerpos con unas mantas viejas, menos el individuo, que no tuvo más remedio que dormir a la intemperie, si bien pegado al fuego.

El frío aumentaba.

El silencio se hizo protagonista.

La luna, en lo alto del cielo, pareció custodiarles.

De madrugada, el mendigo de mayor edad abrió los ojos y se acercó a sus dos compañeros, despertándoles mediante un puntapié. Se incorporaron y miraron al recién llegado que dormía. Se le aproximaron con sigilo, sacaron sendas navajas y se las clavaron infinidad de veces, tanto en la cara cómo en el cuerpo. El sujeto no pudo gritar, porque la muerte le pilló casi dormido. Le registraron de arriba abajo cogiéndole la cartera. Se repartieron el dinero allí contenido. El documento nacional de identidad del desconocido fue visualizado por el desarrapado más viejo, por simple curiosidad. Vio la fotografía del individuo, así como leyó su nombre y apellidos. Se llamaba Nicomedes Álvarez Mendieta. El mendigo se acercó al fuego donde tiró el documento, que al instante fue consumido por las llamas. Se hicieron igualmente con su reloj. Le quitaron los zapatos, así como los pantalones y la pelliza. También los guantes. Lo que no les valió fue igualmente al fuego. Cogieron los sacos de esparto donde dormían cada noche, llenándolos con piedras de tamaño mediano que tomaron de los alrededores. Cerraron los sacos con parte de las cuerdas que les servían para tender la ropa, ya lavada en el río, y las sobrantes las utilizaron para atar esos mismos sacos al cuerpo del difunto. Una vez hecho esto, llevaron el cadáver hacia la orilla con algo de dificultad, tirándolo ya en el río completamente desnudo. El cuerpo del desconocido tardó muy poco en hundirse. La policía tendría serias dificultades para intentar averiguar su identidad, cuando lo encontraran, sí es que eso sucedía alguna vez.

Limpiaron el área manchada con sangre y, concluido el trabajo, regresaron a la cercanía del fuego, cobijándose en la calidez de sus mantas.

Conciliaron el sueño, tras haberse hecho con aquel pequeño botín.

Cuando el alba llegara, buscarían un nuevo hábitat, por supuesto alejado de donde estaban ahora.

En la distancia, en el otro puente, ya sólo existía frío y soledad.

*Madrid* estaba ya muy cerca de inaugurar una jornada más.

*Aquella misma noche.*

El comisario Buendía saludó al agente de servicio a la entrada de la comisaría, sólo unos momentos antes de pasar a su interior. Avanzó demasiado pensativo por el pasillo solitario y mecánicamente fue hacia su despacho abriendo su puerta. Conectó la luz, haciéndose el espacio más nítido ante sus ojos. Se sentó en el sillón con gesto cansado y a continuación se inclinó sobre el escritorio, llevándose las manos a la cara.

Lo que acababa de vivir le había marcado a fuego. Ya nada sería igual. En aquel puente, maldito ya para él, había dejado a una brigada especial de submarinistas, quienes habían estado sondeando el lecho fangoso del río durante más de dos horas, sin ningún resultado. Buendía optó por dejar la zona cerca ya de las nueve y media, indicando se le avisara cuando se diera con los cadáveres. Antes de salir hacia la comisaría, Buendía dialogó un tiempo con Juan y Casandra, y mediante aquella conversación se enteró de lo que le había sucedido a Juan y, así mismo, a Alfredo y a su mujer. Juan le apuntó, igualmente, que él mismo se personó una vez en la comisaría que Buendía dirigía, cuando asesinaron a la segunda víctima, habiendo hablado allí con un hombre parco en carnes y tremendamente deductivo. Buendía supo a quién se refería. El comisario les sugirió a Casandra y a Juan que se marcharan a sus domicilios, indicándoles que se les avisaría por la mañana para que fueran a testificar en la comisaría.

Y así fue, cómo poco después, la pareja se fue difuminando en la lejanía, absorbida por la penumbra, envuelta por el viento ululante que desplazaba con violencia las ramas de los árboles. Y así fue, a su vez, cómo Buendía se quedó observando su marcha con el alma contraída.

El comisario dejó que su cerebro se librara de aquellos pensamientos tan negativos, regresando al momento que ahora vivía, encontrándose especialmente solo en su despacho. *Despacho igual de vacío que su propia vida*, meditó, porque: *Nada es igual a un segundo antes*, trascendió, después. Todo lo que pudiera haber hecho con anterioridad, fue realizado con un único propósito. Propósito que quedó juramentado mediante un pacto, cuando él

tenía sólo doce años. Pacto realizado con la sangre de una culebra. El comisario, de manera consciente o no, había seguido todos los pasos estipulados en tan particular contrato. Pasos que le habían llevado al final hacia la persona que fue su verdugo mental en su pasado. Ese degenerado que él había matado y que a su vez había cometido un acto carnal deleznable sobre su amigo Hipólito Prieto. Se dio cuenta que todo había terminado, cuando eliminó a su enemigo. *Muerto el perro se acabó la rabia*, recordó Buendía con tristeza aquel refrán tan conocido. Pero, ahora, al ya no existir la persona sobre la que había basado su existencia solitaria, resultaba que se había quedado huérfano de ideales, falto del empuje necesario, llegando finalmente a la conclusión, de que al matar a Teodoro, él mismo se había transformado en un ser tan horrible y tan brutal como aquél. Recordó con qué sangre fría disparó sobre su cuerpo. Y él, un agente de la *Ley*, era tan delincuente cómo el peor de los delincuentes. Sabía que estaba a punto de recibir la visita de los *otros*. De los que llevaban el caso. Personas que le habían apartado a él y a su equipo del mismo.

Estaba al tanto, igualmente, que no habría más que reproches hacia su persona, a pesar de que él hubiera acabado con la vida del asesino en serie, pero, también sabía, que una orden ha de acatarse siempre, y él, durante aquel proceso, se lo había pasado todo por el *forro de sus cojones*, alejándose precisamente de lo que tenía que defender: la *Ley* y sus normas. Un policía debe respetar los rangos y él no lo había hecho, habiéndose comportado como cualquier fuera de la *Ley* y, aunque finalmente había solucionado el *affaire*, lo había hecho sin la aprobación de sus superiores y, peor aún, cuando estaba apartado del caso e igualmente suspendido de empleo y sueldo por un mes. Entendía que no sería demasiado agradable lo que llegaría a continuación.

Creyó escuchar unos pasos por el corredor cercano.

No le tembló el pulso ni el corazón se le aceleró, es más, sacó un cigarrillo rubio de la cajetilla con displicencia y lo encendió con idéntica tranquilidad. Se arrellanó en el sillón y alargó las piernas. A continuación, exhaló el humo y aguardó...

Alguien se detuvo junto al umbral de la puerta entreabierta: Fulgencio Ramírez le observó con gesto desolado. Excesivamente pálido su rostro. Desmadejado su cuerpo por entero. Con la camisa por fuera del pantalón y la chaqueta doblada de cualquier manera en la mano.

Buendía lo miró con extrañeza.

—Pero, pase Ramírez —le indicó el comisario—. No se quede en la

puerta.

El sargento así lo hizo y fue hacia el escritorio, sentándose frente al comisario.

Buendía se dio cuenta de su mal aspecto.

Ramírez mantuvo la mirada baja en todo momento, incapaz de dirigirla hacia su superior.

—Ramírez, parece usted un cadáver andante —ironizó Buendía.

El sargento no hizo nada para salir de su mutismo.

—¡Ramírez!: ¡Qué coño le sucede!

Fulgencio miró finalmente a Buendía y su mirada fue triste, melancólica, apagada...

—Comisario —dijo y su voz fue un fiel reflejo de su semblante—. Lo que tengo que decirle es largo y complicado: han asesinado al cura párroco de la iglesia de la *Buena Dicha*.

Buendía tembló, pero, quiso disimularlo dando una profunda calada al cigarrillo. Evitó enfrentarse con los ojos de su subordinado y aparentó una sorpresa rebuscada y, realmente no supo, si engañó al sargento con aquella teatralidad moderada.

—Tuve que ir allí —prosiguió Ramírez con su exposición— y ahora le explicaré por qué, encontrándome ante una escena macabra. En efecto, habían asesinado al sacerdote y lo habían hecho, además, de una manera brutal. Lo primero que pensé fue en la extraña coincidencia de que aquel religioso fuera el mismo a quien quería usted entrevistar, sacerdote del que nos habló el padre Felipe.

Buendía asintió, mientras el corazón le latía con más fuerza.

—Sí —intentó el comisario ocultar con un manto ficticio de serenidad, el fuego que le carcomía por dentro—. Es cierto. Pero, recuerde que le comenté, que antes tenía que hacer una visita muy especial. ¡Qué barbaridad! Efectivamente, cuando usted se marchó hacia la comisaría, opté por dirigirme a *Hermandades del Trabajo*, para repasar allí fichas y fotografías —mintió Buendía con descaro—. Por cierto, miré cientos de ellas, centrándome sobre todo en las de los miembros que cantaban en los coros. Sí, ya sé que usted dedicó buena parte de su tiempo a estos mismos menesteres, pero, algo me decía que debía profundizar más en ello. Sabrá disculparme...

El comisario se detuvo momentáneamente cómo si necesitara de esa pausa para reordenar pensamientos.

—Por desgracia —prosiguió Buendía hablando— no descubrí nada

relevante tras aquella búsqueda exhaustiva. Entonces, me ayudó la casualidad, pues, en una rápida revisión, di con un sujeto que fue enviado a una asociación llamada *CODASTE* y, desde ahí, derivado posteriormente a la iglesia de la *Buena Dicha*. Ahí fue, cuando algo se removió en mi cerebro. Lo positivo de *Hermandades del Trabajo* es que lo anota todo con esmerada meticulosidad y, eso, que es importante para ellos, también lo ha sido ahora para nosotros, porque así hemos encontrado al individuo que perseguíamos.

El comisario achicó la mirada, mientras los ojos de Ramírez lo escrutaban.

—Todo empezó a cuadrar en mi cerebro —continuó el comisario hablando—. Pregunté por el domicilio de ese trabajador y ellos me lo facilitaron. Lo demás, creo que ya lo sabe usted, pues, se lo habrán comunicado por radio. Créame si le digo, que todo esto ha sido una terrible pesadilla.

Ramírez escuchaba al comisario, procurando no perder la calma. Asentía de vez en cuando, intentando ser impenetrable. Buendía, por el contrario, no dejaba de fumar.

—Ya... —terció Ramírez y miró al comisario de soslayo— Pues... cómo le decía: llegué a la comisaría, tal y cómo usted me ordenó. Allí hablé con Sánchez, que se encontraba al mando de la misma en aquel momento. No sé si lo conocerá usted, pues pertenece al equipo que nos sustituyó.

Buendía negó con la cabeza.

—Bueno... —siguió Ramírez hablando— Le contaré, que le puse al corriente de todo cuanto usted me pidió. Él me escuchó, y me dijo que hablaría con quien debía hablar. Que no me preocupara por este asunto, porque el mismo estaba ya en buenas manos. Que yo me hallaba suspendido de empleo y sueldo, y que realmente no sabía qué hacía allí. Que debía irme de la comisaría al instante, pues no quería tener líos con sus superiores. Que le dijera a usted que se olvidara de esta investigación y de una vez por todas. Salía yo evidentemente escaldado del despacho, cuando su teléfono sonó. Sánchez lo cogió y al pronto me abordó, pidiéndome el favor de que me acercara a la iglesia de la *Buena Dicha*, cómo acabo de comentarle, e investigara un asesinato que acababa de perpetrarse allí mismo.

El sargento efectuó un nuevo paréntesis, mientras era ahora Buendía quien le miraba directamente a los ojos.

—Me pidió tal prebenda —avanzó Ramírez con su exposición— alegando que, si bien yo me encontraba retirado del servicio activo, él no

tenía a nadie en aquel instante con mayor competencia que yo. Eso, claro, me halagó, qué quiere que le diga. Me comentó, así mismo, que ese caso nada tenía que ver con el que me acarreó la suspensión. Por ello, me rogó le hiciera aquel servicio, para compensar de alguna manera mi visita a la comisaría.

Buendía escuchaba a Ramírez con atención, mientras el humo del cigarrillo invadía el espacio.

—Bien... cómo le decía: —reanudó el sargento la narración— Cuando llegué al altar mayor me encontré con que el sacerdote tenía las manos y los pies perforados por el impacto de varios proyectiles. Aparte, existía un quinto orificio en su costado derecho. La cabeza y, cómo consecuencia el rostro, estaba igualmente destrozada con múltiples impactos de bala. El cuerpo se hallaba rodeado por una gran cantidad de sangre, pero, lo que más me desagradó, comisario, fue verle el recto atravesado con una cruz. Al principio llegué a pensar que aquel crimen tenía la huella de nuestro asesino en serie, pero, enseguida desestimé esa idea, por cuanto se salía de su particular *modus operandi*. Aquel asesinato lo había cometido otra persona. En la parroquia fui atendido por la mujer que se encarga de su acondicionamiento y limpieza, quien me aclaró, que ella fue la que llamó a la policía ya, que por lo visto, había presenciado el asesinato.

A Buendía se le demudó el rostro. Su faz se tensó igualmente. Apagó la colilla en el cenicero y, acto seguido, encendió un nuevo cigarrillo. Soltó el humo en la habitación, mientras sus ojos acogían el brillo del miedo.

—Esa mujer me contó —ahí el sargento hizo una pausa— lo que el asesino le hizo al sacerdote y, cómo ella se sintió impotente por no poder ayudarlo, pues, me dijo, que se quedó bloqueada por el miedo. Le pregunté, si reconocería a ese hombre si volvía a verlo, y ella me dijo que no, que todo estaba demasiado oscuro y, aparte, ella se hallaba algo retirada de la escena del crimen. Además, me hizo partícipe de su miopía, dándose el caso de que no llevaba las gafas puestas en aquel momento. Le insistí sobre el aspecto del asesino y ella me aseguró que, desde luego, no era una persona joven. Finalizaba el interrogatorio, cuando me hizo un comentario que, pienso, podría ayudarnos a localizar a ese individuo.

Buendía se acercó al escritorio y se puso a jugar con el mechero. Estaba a punto de orinarse encima. Regresaban los miedos irracionales a su cerebro, los que le causaban una micción involuntaria de pequeño. Se movió con nerviosismo en el sillón, juntó las piernas y sólo así pudo contener el primer impulso.

—¿Y qué dijo esa mujer, que piensa podría ayudarnos?

Ramírez no le contestó, prefirió dar un sinfín de rodeos en su cerebro intentando evitarlo. Él, cómo hombre analítico que era, razonaba y, hasta la exageración, todo lo que la limpiadora le había contado, intentando hallar un hueco por donde escaparse de la pregunta, pero, fue incapaz de encontrarlo. Participaba en una nueva partida de ajedrez. Una partida ficticia que él desarrollaba contra él mismo, dándose cuenta de cómo en aquel tablero, igualmente imaginario, creado además por su propia mente, las piezas que le combatían, le daban finalmente un jaque mate irremediable. Tragó saliva y quiso mirar a todas partes, evitando así la mirada, ahora inquisitoria, de su superior. No tuvo más remedio que claudicar, admitiendo lo que cuesta a veces decir la verdad, cuando sabes que ésta puede herir a quien tanto aprecias. Se encontró, pues, en un callejón de difícil salida y optó por la franqueza, sobre todo para no traicionarse a sí mismo.

—Me dijo que el asesino... cojeaba.

Los ojos del comisario se cerraron casi imperceptiblemente. Acababa de recibir un *crochet* en plena mandíbula, que había acusado notablemente. Estaba *grogui* por ello y muy cerca de que sus hipotéticos preparadores arrojaran la toalla a la lona, cómo señal inequívoca de haber perdido la pelea por *nocaut*...

Intentó *levantarse* Buendía, a pesar de todo.

—¿Y? —balbució el comisario.

—No. Nada...

Buendía se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, intentando hacerse con su pitillera, recordando entonces que la había extraviado. Hizo un gesto desaprobatorio con el rostro.

—¡Me cago en todo! —blasfemó el comisario a continuación, fuera ya de sí.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ramírez extrañado.

—¡Qué he perdido mi pitillera y, ahora, joder, me apetece fumar un *Ducados!*

El comisario y el sargento estaban el uno frente al otro, dentro de un despacho pestilente.

La noche avanzaba, mientras los dos policías mantenían aquella reunión tan extraña. Uno de ellos hablaba, el otro escuchaba, pero, ni uno ni otro estaban siendo sinceros con quien tenían enfrente. Uno por prudencia, otro por miedo. Uno por amistad, otro por rabia e impotencia.

El habitáculo parecía un confesionario muy particular, donde dos policías intentaban llegar hasta el final de una verdad demasiado triste.

Desde fuera les llegaba el sonido del tráfico, si bien escaso en aquella hora, así como las voces cercanas de otros compañeros.

La comisaría era para ellos su mundo. Un mundo difícil y peligroso a la vez, que requería de hombres audaces. Y allí estaban los dos: uno frente al otro. Dos camaradas. Dos casi amigos...

Ramírez, algo más pálido ahora que cuando llegó al despacho, se llevó la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta, de dónde sacó un objeto que dejó sobre la superficie del escritorio. Objeto que Buendía vio con claridad: se trataba de una pitillera plateada con dos letras grabadas en ella: la *E* y la *B*.

Las manos del comisario comenzaron a temblar y al instante dejó de sobar el mechero, mientras un tic nervioso prendía en su ojo derecho. Comenzaron a temblarle igualmente las piernas, en realidad todo su cuerpo tembló, y ahora fue él quien no quiso mirar a su subordinado. Sus ojos recorrieron el despacho, no quedándose fijos en ningún punto. Le invadió un

sudor frío. Finalmente observó a Ramírez, lívido, tenso, crispado, y aquella mirada, que no olvidaría ya el sargento, llevó: tristeza, desencanto, pena, dolor, arrepentimiento, odio y asco, todo bien unido en un puzle demasiado enrevesado.

—¿Es ésta su pitillera, comisario? —el corazón del sargento Ramírez se partió en dos mitades al formular la pregunta, pero, él era el juez en aquel momento, y el comisario, para su desgracia, el presunto culpable. Por ese motivo, no le tembló la voz al efectuarla.

Buendía lo miró con ojos enrojecidos. Ya no temblaba. Sus manos acariciaban la pitillera, igual que una madre puede hacerlo con su hijo, dando la sensación de encontrarse fuera de todo, de lo bueno y de lo malo.

El comisario abrió la pitillera con tranquilidad y, tras sacar un *Ducados* de ella, lo prendió con idéntica serenidad. Chupó el cigarrillo con vehemencia, introduciéndose el humo bien adentro, cómo auténtica necesidad primaria, cómo droga muy especial, que debería servirle para seguir viviendo.

Ramírez, triste por él, le contemplaba en silencio, observando su particular agonía, cómo se hundía con lentitud su ser que, cómo un barco a la deriva, hiciera agua por todas partes. El comisario fue siempre un espejo donde mirarse. Un hombre trabajador que se forjó así mismo. Un modelo a seguir. Buendía: *el policía cojo pero largo*. Una buena persona, en definitiva, pero, ahora que lo tenía frente a él y comprobaba su autodestrucción, no hacía más que sentir lástima por aquella persona que él respetó tanto.

—Sí, Ramírez, sí —si alguna vez su voz no fue su voz, fue precisamente en aquel instante—. Ésta es mi pitillera —lo confirmó Buendía mediante un susurro que viajó libre por el espacio, llegando de manera casi imperceptible a los oídos de Ramírez, quien al escucharlo, estuvo ya seguro de lo que no quiso estar seguro— ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque la encontré en...

Buendía alzó una de sus manos y con ese movimiento detuvo al sargento, que ya no siguió hablando.

—No hace falta que me diga dónde. Usted y yo ya lo sabemos.

Ramírez asintió y bajó la mirada al suelo. Buendía quiso mantener la gallardía, a pesar de que le delataran sus pupilas irritadas.

—Hoy he matado a dos personas, Ramírez —se sinceró Buendía, y su voz fue un lamento triste que, sin embargo, deseó transmitir serenidad—. Una de ellas, el maldito asesino en serie.

El sargento escuchaba a su superior con detenimiento, hundido tanto o

más que él mismo.

—Otra, una bestia, un mal nacido, un cura inhumano que mató o hizo matar a muchos inocentes —el rostro del comisario se había encendido al recordar—. Un servidor de *Dios* con sotana que en realidad fue un empleado del *Demonio*.

El sargento se apoyó en el escritorio y siguió muy pendiente de todo lo que le contaba el comisario y, según se iba enterando de ello, su gesto se iba transformando, pasando de sorpresa a incredulidad y, finalmente, a rabia contenida. El comisario le puso al tanto de todo lo que le aconteció en la *Guerra Civil*. De todo lo malo que hizo aquel empleado de *Dios*.

Había pasado más de una hora y Buendía seguía hablándole a Ramírez.

Tras, tan dilatada exposición, el comisario recuperó ante los ojos de su subordinado buena parte del crédito perdido, volviendo entonces a ser el policía honesto y voluntarioso que siempre fue. Nunca pensó Ramírez que Buendía atesorase un pasado tan turbio. Pasado que le golpeaba ahora, además, de lleno, desestabilizándole y haciéndole caer. Por el contrario, tanto su familia cómo él mismo, durante aquel periodo tan cruento, no llegaron a vivir semejantes desgracias. Sufrieron, pero pudieron subsistir, durante aquellos tres fatídicos años.

Después de aquella confesión, se creó un silencio largo y dramático en el despacho, donde apenas si llegaba ya el sonido del tráfico o las voces de los compañeros.

La comisaría era ahora un punto de reflexión para ambos.

Buendía permanecía sereno, mientras Ramírez lo miraba apenado.

—Comisario... usted ha hecho lo que tenía que hacer —dijo el sargento plenamente convencido—. Ni más, ni menos.

Buendía le observó y sus pupilas negras, apagadas ahora, intentaron trasladar a su cerebro la sincera mirada de su subordinado, así como sus palabras para que, ya allí, tanto una como otras mereciesen la aprobación de aquel comentario.

—¿Usted cree?

Ramírez asintió.

—Sí —corroboró después.

—¿Está seguro de ello?

—Sí.

—¿Habría hecho usted lo mismo, si le hubiera pasado todo eso?

El sargento inspiró.

—Probablemente sí.

—Luego no está totalmente convencido de ello.

—Comisario, pienso que yo habría hecho también lo mismo.

Buendía resopló.

—¡Soy la *Ley*, Ramírez, la *Ley*, y la *Ley* debe juzgar y no tomarse la justicia por su mano, y eso bien lo sabe usted!

Ramírez asintió afligido y puntualizó:

—A veces y, sin desearlo, comisario, uno mismo tiene que convertirse en juez.

—¡Es muy duro, Ramírez, vivir toda la existencia angustiado, pero, es peor vivir cuando se sabe que has destrozado lo que debía conservarse! ¡Soy policía, Ramírez, policía, cómo usted, y esta palabra engloba cosas únicas! ¡Estoy educado para defender, para proteger, y no para ser el verdugo de nadie!

—Cuando vivimos dentro de una obsesión, señor comisario, es muy difícil intentar mantenerse sereno.

Buendía dejó que el *Ducados* se consumiera en el cenicero y el humo fue ascendiendo progresivamente hasta el techo. El comisario permaneció callado un tiempo.

—Por mi parte, señor comisario —dijo Ramírez en voz muy baja— yo no he descubierto nada que pueda inculparle. La pitillera obra ya en su poder. Mi investigación nada dirá sobre una posible vinculación de usted con el crimen de ese sacerdote. Piense que quien mata a una bestia hace lo debido, y creo que ese debería ser su postrero análisis. Usted se ha adelantado al juez que juzgaría a ese depravado y, al mismo tiempo, a los presos que darían buena cuenta de él, pues, ya sabe usted la ley que impera en las cárceles en lo tocante a los violadores, más, cuando se trata sobre niños indefensos.

Ahora quien inspiró fue Buendía.

—Déjeme sólo, Ramírez, por favor, y le agradezco lo que acaba de decirme, pero, nada podrá quitarme ya de la cabeza, que he matado a un ser indefenso y, menos aún, que con ello he destrozado todo cuanto creía y defendía.

El sargento se incorporó y observó a Buendía un tiempo, dándose cuenta de cómo sus ojos volvían a enrojecerse. Fue hacia la puerta, que él mismo había cerrado con antelación y agarró su picaporte. Se volvió y contempló la silueta del comisario, que le pareció fantasmal entonces, similar a la de un espectro, sin brillo ni relieve alguno.

Buendía apoyaba la cabeza en el pecho, cómo un toro a punto de ser ajusticiado.

—Jamás diré la verdad sobre lo sucedido en aquella iglesia, delo usted por hecho. Usted acabó con un mal hombre, con un degenerado que utilizó a la religión cómo tapadera para desarrollar sus más bajos instintos. No se apene por ello.

Las palabras de su subordinado le llegaron a Buendía con claridad, pero no se inmutó.

Ramírez abrió la puerta finalmente y salió al pasillo y poco después a la calle, donde le recibió el viento frío de la noche abofeteándole en el rostro. Empezó a caminar con semblante serio, razonando lo que le había dicho el comisario. Buendía había matado a un asesino en serie e igualmente había acabado con un sacerdote sádico, lascivo y criminal. Realmente, había eliminado en un único día y de una sola tacada a dos alimañas peligrosas. Sus pasos le fueron alejando de la comisaría y acercándole, al mismo tiempo, a los márgenes del río *Manzanares*.

La noche, particularmente fría, penetraba en su cuerpo cómo agujas bien afiladas.

Había dejado de nevar y las estrellas parecían querer brillar con más fulgor de lo habitual, arriba, ubicadas en el firmamento.

El sargento iba meditabundo, con las manos resguardadas en los bolsillos de la gabardina, alejándose cada vez más de su centro de trabajo.

El comisario Buendía, todavía en su despacho, irguió la cabeza. Su rostro reflejaba amargura y desolación. Supo qué debía hacer. Garabateó con prisas unas palabras en una nota. Después, abrió el segundo cajoncito del escritorio de dónde sacó su pistola. No dudó. Echó el percutor atrás. Abrió la boca y metió el cañón dentro de ella. Su cerebro viajó hacia su pasado, unos segundos antes de apretar el gatillo, encontrándose entonces con el rostro infantil de un niño de doce años, el suyo. Escuchó a su madre, diciéndole que fuera al pozo a por agua y, cómo no, vio a su tía sonriéndole.

Oyó, claro que la oyó, la voz autoritaria de su padre, reprimiendo una de sus múltiples travesuras. Su amado padre, que lo cogió después en los brazos, dándole un beso muy largo. Creyó percibir las teclas del piano que tocaba la maestra Ana Castillo e incluso llegó a ver su rostro sonriéndole igualmente. Intuyó, claro que lo intuyó, la faz mofletuda de su gran amigo Hipólito Prieto y, los cuerpos, sencillamente maravillosos, de dos adolescentes desnudas bañándose en una laguna. Finalmente percibió, con gran desolación, cómo se

empapaba su pantalón, sólo unas décimas de segundo antes de que presionara el gatillo de su pistola.

El sargento Ramírez creyó escuchar el sonido de una detonación, que pensó salía de la propia comisaría. Giró su cuerpo y miró hacia atrás, hacia el edificio, algo ya lejano policial. Lo que percibió fue un silencio demasiado profundo. Nada extraño, pues, por los alrededores del perímetro policial. Su mente viajó fugazmente hacia la figura del comisario, pero, razonó enseguida, cómo siempre lo hacía, diciéndose que aquel hombre era un valiente y los valientes no claudicaban jamás. Por ello, desestimó aquel pensamiento tan negativo, diciéndose que: *¿Cómo iba a suicidarse aquél al que todos llamaban: el comisario cojo pero largo?* No dio mayor trascendencia al sonido percibido, entendiendo que lo que había escuchado bien pudo ser un trueno y, aunque el cielo se encontraba exento de nubes, aquella época del año —volvió a razonarlo— era propicia para crear una tormenta en muy poco tiempo. Se subió la solapa de la gabardina y, tras visualizar el firmamento, optó por apretar el paso, haciéndolo siempre en paralelo a la propia corriente del río. Su *Seat Ochocientos Cincuenta* de color verde aceituna le esperaba aparcado muy cerca de la *Estación del Norte*. Debería darse prisa —razonó de nuevo— pues no llevaba paraguas y, apostó, a seguro, a qué nevaría en breve.

No en balde, él nunca equivocaba un razonamiento.

*Aquella misma noche.*

Casandra salió de la cocina con un café bien cargado que dio a Juan quien, sentado en un sillón, intentaba recuperarse del frío pasado, cuando tuvo que zambullirse en las gélidas aguas del río.

Poco antes, un coche policial les había dejado en el portal del piso alquilado de la mejicana y, Juan, tras haberse duchado, había entrado en barrena, asemejando ahora un espectro de sí mismo. Estaba demasiado callado, en exceso concentrado, profundamente tocado, intentando mantenerse arriba, pero, era consciente de que se hallaba moralmente destrozado. Nunca tuvo que intentar salvar la vida de nadie y, que no hubiera logrado rescatar a Salvador de las aguas verde oscuras de aquel río, le irritaba sobremanera, habiéndole dejado trastornado al mismo tiempo. Salvador le dejó una huella imborrable. Una persona que da su vida por los demás merece todo el respeto, meditaba Juan, y Salvador la había entregado generosamente por Casandra, que se encontraba igual de afectada por lo ocurrido.

Atender a Juan le ayudaba a no pensar demasiado en ello, pero, lo trascendido era tan importante y a la vez tan dramático, que los dos estaban subyugados ante la pérdida irreparable de Salvador.

Juan sujetó el vaso y suspiró. Bebió un sorbo del café, ladeó después la cabeza y finalmente miró por la ventana: la noche, que tornaba a brumosa, iba agrupando nubes grises con lentitud.

Casandra se ubicó a su lado, en uno de los brazos del sillón, visualizando desde allí la fachada del teatro *Monumental*, ahora sin las luces multicolores de sus múltiples bombillas. Contempló, igualmente, la calle solitaria, así como las fachadas de los edificios de enfrente, vacías de luces también, cómo no, los árboles —huérfanos de hojas ahora— que se proyectaban, calle abajo calle arriba, alineados de manera casi marcial.

—Parece que se está formando una neblina muy densa —dijo Casandra, temblándole la voz

Juan percibió la inseguridad de sus palabras, pero, no quiso darle mayor

trascendencia. Un comentario más, pensó enseguida, utilizado con cierta frecuencia cuando no se sabe de qué hablar. Pero, Juan, siempre sagaz, intuyó que aquellas palabras encerraban algo más, algo demasiado oscuro que no quiso plantearse, por cuanto la noche había sido ya demasiado trágica, demasiado complicada, cómo para que él, ahora, intentara profundizar en otras cuestiones que, a lo mejor, terminaban por desestabilizarlo todavía más, y él andaba en exceso vulnerable, cómo para recibir noticias que le angustiaran, noticias que, de seguro, destrozarían aún más su corazón.

Juan dejó de mirar por la ventana y observó a Casandra con algo de aprehensión. La joven le contemplaba a su vez, diciéndole más con los ojos que con las propias palabras.

—¿Has querido insinuar algo con ese comentario? —demandó Juan finalmente y con voz trémula, imposible de seguir con aquella duda que le ahogaba.

—No deseo hacerte daño, Juan, pero, tengo que marcharme —su voz fue un puro lamento.

Juan dejó la taza, ya vacía, sobre la mesita cercana, sin levantarse del sillón.

—¿Cómo qué te vas? —preguntó con incredulidad.

—Todo tiene su momento —dijo ella con tristeza—. Y el mío, parece que ha llegado a su fin.

Juan abrió los ojos con desmesura y la aferró con sus dos manos. El rostro de Casandra había perdido algo de colorido y presentaba ahora un rictus amargo.

—No te entiendo —balbució él.

Casandra lo miró con ternura, con amor, cómo se mira a la persona por la que sientes algo especial.

—Juan, yo no soy quien crees que soy —dijo ella algo aturdida—. Todo es muy complejo y no sé si serás capaz de entender lo que voy a decirte ahora.

—Inténtalo, te lo ruego —le apremió él con claro nerviosismo.

El salón recibía de rebote la luz del tubo fluorescente de la cocina, tono vahído que creaba sombras al extenderse. La luz amarillenta de las farolas entraba igualmente en el habitáculo por la ventana, uniéndose ambos destellos para formar un matiz demasiado tenue.

—Lo que creéis que es realmente no es —aseveró Casandra—. Veis pero no veis en verdad. Vivís en este mundo creyendo que es de una manera, pero,

querido Juan, vuestro mundo es muy diferente a cómo pensáis que es. Todo esto que te digo parece un galimatías, pero, te aseguro que es completamente cierto. Ocupáis este planeta azul, creyendo que es único, pero, resulta que existen infinidad de mundos azules e infinidad de galaxias azules muy diferentes a las vuestras, donde también existe vida inteligente. Si te dijera que yo no soy cómo tú me ves no me creerías, pero, Juan, yo no soy así. Tampoco me llamo Casandra, y si supieras cuál es mi nombre verdadero y tuvieras que pronunciarlo, sé que te costaría hacerlo, pues, suena cómo un chasquido. Juan, soy un ente de luz sin forma ni cuerpo. Pura energía que, eso sí, puede transformarse en un cuerpo sólido a voluntad, adoptando entonces la forma que más se desee. Te tranquilizaré diciéndote, que soy luz o energía femenina.

Juan no daba crédito a lo que Casandra le decía, pareciéndole que se hubiera vuelto loca, quizás, lo meditó, lo que a él le sucedía era producto de una pesadilla, motivada por todo lo que les había pasado sólo unas horas antes. Sí, eso debía ser, o a lo mejor lo provocaba una fiebre excesiva, una calentura repentina que le privaba hasta de la razón. Escuchaba a Casandra, que permanecía a su lado, pero, al mismo tiempo pensaba que él no se hallaba allí. Qué aquello no era verdadero. Quizás, sólo una ilusión o puede que un espejismo inducido por sus alterados sentidos. Deseaba escapar de aquella situación, pero, por más que lo intentaba, no lograba ejecutar el milagro de la traslación, irse de un lugar a otro y, menos aún conseguía que Casandra se callara y, que todo lo que le estuviera diciendo, fuera producto de su, ahora, perturbada imaginación.

—Juan, en vuestro planeta existen fuerzas ocultas —siguió Casandra atormentándole con su inexplicable razonamiento—. Seres que viven siempre. Entes del bien y del mal en lucha permanente unos contra otros. Fuerzas malignas, que denomináis demonios o diablos y, otras fuerzas, ajenas por completo a éstas y que luchan permanentemente contra ellas, a quienes llamáis ángeles, querubines o seres de luz. Yo soy precisamente, querido Juan, una de éstas últimas. Ahora te preguntará: ¿qué hago aquí ayudándote? La respuesta es bien sencilla: desde siempre hemos intentado que los hombres sean entes puros de corazón, alejándoles de otros seres, éstos instruidos únicamente para el mal. Por eso, nosotros, los *guardianes* o cómo quieras llamarnos, estamos siempre en su contra y, si ellos crean seres vengativos y crueles, nosotros producimos entes puros de corazones puros. Hace miles de años y durante cuatro décadas un pueblo vagó errante por el

desierto. Buscaba una tierra prometida que finalmente encontró. Aquella gente recibió unas enseñanzas durante tan largo periodo y, lo más importante, se les instaló en su cerebro y en su alma el más genuino de los sentimientos: ser noble. Luchar para hacer el bien. Ayudar al prójimo respetándolo. Y así es desde el principio de la vida. Tu padre, Juan, fue un ser noble que siempre fue ayudado por un *ser de luz*, aunque él no lo viera. Tu abuelo, igualmente, fue otro ser puro, cómo tu bisabuelo, todos ayudados a su vez por *seres de luz*. Ya ves, ésta, toda una larga cadena de sucesión. Te sorprenderías si llegaras a conocer hasta dónde llega tu árbol genealógico.

Cassandra asintió dos veces y después miró fugazmente hacia la calle.

—Sois, los que así sois —la voz de ella era armoniosa, cálida, lejana y cercana a la vez— el ejército más poderoso que tiene este planeta que no utiliza armamento alguno, pues vuestras armas son la nobleza y la pureza del alma.

Juan la miraba con confusión. La había estado escuchando en silencio y, ahora, la verdad, no sabía qué decirle. No había logrado entender la mayoría de las cosas que le había comentado Cassandra, aunque todas habían sido realmente hermosas, pero, su raciocinio no comprendía aquel aluvión de ideas nuevas y, sobre todo, aquel torrente de sentimientos que comenzaba a expandirse por el interior de su cerebro. Intentaba acercarse al lugar donde ya estaba ella, pero, resultaba que ella se hallaba demasiado lejos de él, quizás, porque ella era muy superior a él en comprensión y en entendimiento.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él, absorbido por la duda.

—Mejor no te lo digo, para que no te asustes —contestó ella y sonrió.

—¿Por qué me elegiste a mí? —demandó Juan claramente perdido.

—Siempre he estado junto a ti, aunque no pudieras verme. Más de una vez te he ayudado a salir de algún problema. Estaba en tu alumbramiento y sigo ahora junto a ti y seguiré estando siempre a tu lado. Soy quien ha de velar para que no te suceda nada malo. *Nosotros* no elegimos: estamos dónde debemos estar cuándo hemos de estar.

—¿Y qué tengo yo de especial para que te hayas hecho corpórea ante mí?

Los ojos de Cassandra brillaron.

—Pasabas por un mal momento, Juan —le puntualizó ella—. Si hubiera tardado en llegar, quizás, habríamos perdido a un ser noble. La amargura y el resentimiento te llevaban hacia un camino equivocado, y un ser de luz ha de ser siempre de luz.

—Lo que vivo ahora me parece un sueño, desde luego algo irreal.

—Por eso te decía al principio, Juan, que los humanos vivís dentro de un mundo muy limitado, donde todo tiene que ser tal y cómo tiene que ser. Si se os saca de vuestras limitadas coordenadas mentales os estrelláis.

—No sé —dudó Juan—. Estoy hecho un lío. Primero he perdido a un gran amigo y ahora...

—Juan... Salvador tampoco era quien tú crees que era —dijo ella con cierto misterio.

Juan la miró confuso. De repente, se le habían roto todos los esquemas en el cerebro y ahora se encontraba desnudo de ideas.

—Creo que lo percibí nada más verle —expresó Casandra—. Algo había en él que le hacía ser diferente a los demás. Enseguida supe que no era uno de los vuestros. Era un ser perfecto, pura luminosidad. Cuando salvó esta materia que rodea ahora a mi energía, dando incluso su vida por ello, intuí que nada malo podía sucederle. Desapareció simplemente en el fondo del río y sé, que aunque se intentara localizar su cuerpo una y otra vez, éste jamás aparecería.

—¿Estoy perdiendo la razón acaso? —preguntó Juan abrumado—  
¿Quién era entonces Salvador?

—A ciencia cierta no lo sé —reflexionó ella—. Lo único que puedo aclararte es que era un ser noble que vino también para ayudarte.

Juan se removió en el sillón. El salón era un mundo terrenal, plácido ahora y demasiado silencioso, donde él intentaba comprender una conversación que se salía de los cauces de la normalidad de su cerebro, órgano que intentaba a su vez razonar todo cuanto la joven decía, si bien sin conseguirlo...

—¿Por qué me elegisteis a mí, si yo no tengo nada de especial, ni tampoco llevo una existencia demasiado trágica? —dijo Juan con evidente desesperación.

—Eres un ser puro, Juan, vuelvo a repetírtelo. ¿Tan poca importancia te das que dudas si eres merecedor de algo? ¿Es qué no te ha valido todo lo que te dijimos Salvador y yo misma en cuanto a tu autoestima?

Juan lo reflexionó.

—Entonces: ¿a Salvador no le ha sucedido nada? —preguntó Juan entristecido.

—Nada de lo que puedas pensar o razonar —le aclaró ella—. Creo que él es también pura energía y la energía no sufre. Llevamos, eso sí, un cuerpo cómo envoltorio que efectivamente padece y, con el que incluso podemos llegar a sentir, pero, cuerpo que desaparece finalmente, una vez que nos hemos desprendido de él.

—¿Quiere eso decir que lo que sentiste por mí no fue verdadero? —demandó Juan visiblemente afectado.

—No. Eso no es así, querido Juan —le dijo Casandra con dulzura—. Yo siento con este cuerpo, hasta puedo llegar a amar con él, cómo si yo fuera realmente la persona que tú ves, porque ahora mismo pienso y razono cómo humana. De hecho, dentro de este cuerpo pierdo buena parte de mis vivencias anteriores, cómo si, en efecto, fuera sólo una mujer. Es más, dudo de todo y creo que no existe lo que sé existe. Por eso, cuando nos vimos por primera vez, te dije que no debías caer en el error de enamorarte de mí. No soy cómo tú, pero, eso no quiere decir que no haya sentido nada por ti durante el tiempo que he sido Casandra. Claro que me he enamorado de ti, Juan, pues eso es muy fácil de hacer. Tienes que aprender a verte cómo realmente eres, sólo así llegarás a sentirte bien, a estar verdaderamente a gusto contigo mismo. Nunca desees ser diferente y acéptate con tus virtudes y defectos.

Juan le cogió una mano y ella se apartó de él incorporándose al instante.

—Juan, ha llegado mi momento...

El periodista comprobó, a través de la ventana, cómo la bruma se iba adueñando de la calle, formando una cortina casi impenetrable de niebla que, descendiendo, lo envolvía ya casi todo.

—Llegaste con la niebla —dijo él turbado— y, por lo que veo, parece que te vas también con ella.

—Llegué con tu niebla, Juan, y me voy con tu cielo claramente despejado.

Juan quiso abrazarla y Casandra lo retiró azarada.

—Juan, te dejo el retrato de Salvador —dijo ella, mientras giraba la cabeza y observaba el lienzo hecho al empresario. Retrato que se hallaba situado en una de las esquinas del salón—. Así tendrás un recuerdo suyo.

Juan negó con la cabeza y dijo:

—No puedo creer que todo esto sea cierto. Entonces: ¿inventaste que estudiabas en *Bellas Artes*, incluso que seas mejicana, incluso también que un jardinero te advirtió que encontrarías aquí a alguien que cambiaría tu vida por completo?

—He intentado aclarártelo, Juan, pues no te he mentado en nada. Hay vivencias que se incrustan dentro del propio *Tiempo* haciéndose reales entonces. Vivencias que, una vez pasadas, desaparecen en el *Tiempo*, cómo si no hubieran existido.

Juan se encogió de hombros.

—¿Y por qué tenías que ser mejicana?

—*México* es un país único y maravilloso. Cuna de civilizaciones. Con un pasado glorioso. Nación en la que habitaron pueblos venidos de estrellas lejanas. Razas, como la *azteca* o la *maya* o tantas otras que vivieron en sus fértiles valles o en sus montañas casi inaccesibles. ¡Qué mejor que definirme cómo una mujer mejicana!

Juan asintió, pero, en su rostro quedó prendido el reflejo de una amargura absoluta.

—Entonces: ¿lo nuestro nunca existió?

—Juan, te repito una vez más: yo te he llegado a amar tanto o incluso más de lo que tú hayas llegado a amarme. No busques explicaciones lógicas para esto. Tu yo, lo que vive en tu interior, lo que vosotros llamáis alma, es algo etéreo, pero, puede sentirse a través suya y llegar así a lo que yo soy: pura luz, pura energía. Cuando hicimos el amor, Juan, en esa mañana única y maravillosa, no sólo unimos nuestros cuerpos, también enlazamos nuestras energías. No realizamos un simple acto de amor, lo nuestro llegó más allá, ya que nos entregamos con nuestra esencia, con lo que siempre seremos.

Casandra recorrió con la mirada cada rincón del piso, queriéndose llevar bien grabado en su cerebro todo lo que su lado humano percibía. Después

observó a Juan y sus ojos se iluminaron.

—¡Recuérdame siempre! —le dijo ella con calidez.

A Juan se le humedecieron los ojos y se desplazó de su lado para que ella no lo percibiera, acercándose a la puerta principal.

—¡Coge el retrato! —le indicó Casandra— No se te olvide.

Juan asintió y se desplazó haciéndose con él. Salieron del piso. Les recibió una calle brumosa, solitaria y tremendamente gris. Casandra cruzó de acera, deteniéndose en el mismo punto donde Juan la encontró. Él fue tras ella. Ella lo miró y él quiso desaparecer.

—Recuerda —le susurró Casandra con su voz cálida y juvenil—. Estaré siempre contigo, aunque no puedas verme. Llegaré con la brisa o puede que con una ola que besa con serenidad una playa o quizás con un atardecer anacarado o simplemente con un amanecer radiante. Vendré entre olores a jazmín o a rosas o a lo mejor reflejada en una mirada dulce o puede que en un beso apasionado. En cualquier sensación, Juan, que te nuble los sentidos, pero, para bien. Yo soy quien vela por ti desde siempre. No lo olvides nunca.

Casandra se calló y se separó de Juan.

La niebla se iba haciendo cada vez más compacta, más temible...

Casandra quedó envuelta dentro de aquella neblina extraña, desapareciendo su cuerpo casi al instante. Juan quiso gritar e ir hacia ella, para de ese modo impedir que ella saliera de su vida, pero, lo que ella le había dicho, sólo unos momentos antes, resonaba todavía con fuerza en su memoria. Se quedó quieto entonces, paralizado ante su propia angustia, deseando que ella no se fuera nunca, mas, aquella niebla, tan obstinada y odiosa la ocultaba ya casi por completo.

Casandra, en el último segundo, lo miró cómo nunca lo hubiera mirado nadie.

—¡Te quiero! —grito él.

Ella sonrió con amargura.

—Y yo a ti, Juan —susurró—. Y yo a ti...

La niebla la ocultó por entero, desapareciendo así de la vista de Juan, que entonces sí fue hacia donde ella había estado, sólo unos segundos antes, con el fin de sujetarla y suplicarle que no se marchara. Abrazó al aire. Sólo a eso.

La niebla se disipó con increíble celeridad, cómo si aquel escenario natural se hubiera preparado únicamente para aquella ausencia. Cómo si la niebla pudiera tener pensamiento propio y por sí misma decidiera qué debía y no debía hacerse. El lugar donde Casandra había estado se hallaba vacío

ahora.

Juan no pudo más y rompió a llorar. Después, desvió la mirada hacia la ventana del piso donde Casandra había vivido: ella ya no estaba allí, situada por detrás del cristal de la ventana del salón. No podía ver, por tanto, su rostro único.

Aturdido y pesaroso echó a caminar, llegando al poco a la calle de *Carretas*, con el retrato de Salvador debajo del brazo. Aquél, su único y preciado botín que guardaría ya para siempre, igual que sus recuerdos, para él, ahora, lo más hermoso jamás vivido.

En poco más de un mes había conocido a dos personas bien diferentes. Personas o lo que quiera que fueran que le habían ayudado. Ahora había perdido a las dos, pero, nadie le arrancarían sus recuerdos.

La calle de *Carretas* terminó difuminando su figura.

La noche, cada vez más gélida, amenazaba con una nueva tormenta.

*A la mañana siguiente.*

Juan recibió una llamada telefónica que le sobresaltó despertándole.

Eran las nueve y cinco de la mañana.

Recordó, al momento, que casi no había pegado ojo en lo poco de noche que intentó dormir. Qué llegó a su domicilio de madrugada, tras haber deambulado por diferentes calles y barrios, llevando siempre bajo el brazo el retrato de Salvador. Qué la noche se le hizo demasiado larga. Qué intentaba abrir una lata de cerveza, cuando el teléfono sonó. Qué miró su reloj, comprobando cómo pasaban veinte minutos de las dos. Qué antes de descolgarlo se preguntó: *¿quién le llamaría a esas horas?* Qué escuchó la voz preocupada de su hermana al otro lado del hilo telefónico, a quien le puso al corriente de lo que le había pasado, omitiendo, claro, lo de Casandra y Salvador.

Qué referente a Casandra se inventó una historia claramente rocambolesca, diciéndole que la joven —agobiada ante el cariz de los acontecimientos— se había marchado de improviso y, tras alquilar un coche, había puesto tierra de por medio hasta que todo se calmara. Por lo visto, deseaba reunirse con un familiar, un primo lejano suyo —creyó él entender— que residía temporalmente en *Barcelona*. Ella regresaría pasado un tiempo, pero, no sabía cuándo. Qué informó también a su hermana de la caída de Salvador en el río y, que aunque él hizo todo lo humanamente posible para rescatarlo con vida, al final no dio con él. Qué le comentó, igualmente, que un policía apareció casi milagrosamente en el puente, cuando tanto él, como Casandra y Salvador, estaban en peligro de muerte, acabando dicho policía con el asesino que él tanto odiaba. Qué Sara lo escuchó todo, percibiendo él en todo momento su respiración agitada. Qué él le dijo que intentara descansar, que se encontraba bien, sólo que algo fatigado. Qué todo regresaba a la normalidad y que se preocupara por atender a Alfredo, a quien le envió un abrazo. Qué Sara, ya más tranquila, colgó el teléfono. Y qué, después y a lo largo de lo que quedaba de noche, bebió más de la cuenta. Qué creyó haberse quedado traspuesto, viendo la puesta de escena del alba, durmiendo a

partir de ahí a entrevelas, tumbado en el sofá y sin haberse quitado los zapatos siquiera.

Todo aquello recordó Juan, mientras el teléfono sonaba machacona e insistentemente.

Juan se pasó la mano por el cabello rasurado y, tras bostezar, se incorporó del sofá, yendo con parsimonia hacia donde estaba el teléfono, para descolgarlo finalmente.

—Humm... ¿Sí? —dijo todavía adormecido.

—¡Juan, soy José Calzado! —aquella voz terminó por despertarle— Quiero que vengas ahora para mi despacho, porque tengo que decirte algo personalmente.

—De acuerdo —contestó él, sin saber muy bien qué decía—. Ahora voy para allá.

—Perfecto.

Un sonido largo e indefinido le indicó a Juan que José Calzado había cortado la comunicación. Colgó él también y se quedó pensativo. *¿A cuento de qué aquella llamada?* —se cuestionó— *¿Qué tripa se le había roto a aquél que le había despedido?* —volvió a cuestionarse.

Bostezó y fue al baño.

Quince minutos después salió del aseo perfectamente arreglado. Lo único que delataba la larga vigilia eran las ojeras y la expresión cansada de sus ojos. No probó bocado antes de salir. Pensó que cerca del periódico se tomaría un café bien cargado. Fue al dormitorio y eligió un traje de tono gris. Con él ya puesto fue al salón. Entonces lo vio: allí, frente a él y emplazado sobre un sillón, estaba el retrato de medio cuerpo de Salvador que Casandra había pintado. Se le acercó y lo visualizó un tiempo. Era cierto: Casandra había realizado una obra magnífica, y tal y cómo ella misma le había apuntado, no parecía un retrato sino una fotografía. Las pupilas de color miel de Salvador se incrustaron muy adentro de su sensibilidad, recordándole lo acontecido la tarde noche anterior.

Sacudió la cabeza, pretendiendo huir de tales pensamientos y, fue entonces, cuando reparó en las dos manchas de color rojo que aparecían impresas sobre el lienzo, localizadas a la altura del costado izquierdo y sobre el pecho de Salvador.

Cogió el cuadro y lo miró en profundidad: la pigmentación estaba fresca todavía, como si acabara de impregnarse en el retrato. Juan no recordó haber visto aquellas dos manchas la noche anterior aunque, claro, estaba demasiado

bebido cómo para haberse dado cuenta de ello. Deslizó el dedo índice de su mano derecha sobre el fluido extraño. Era gelatinoso, cómo sangre coagulada. ¡Su cuerpo recibió una sacudida que lo desestabilizó! ¡Sacudida que le enviaron a la vez el cerebro y los sentimientos! Olió lo que tenía entre los dedos. ¡Una nueva sacudida, ésta más fuerte que la anterior, revolvió todo su ser! ¡Lo que acababa de tocar y oler era sangre!

*¿Cómo era posible aquello?* —se cuestionó así mismo.

Dejó el cuadro de Salvador en el sillón y lo observó de nuevo, sólo que esta vez lo hizo horrorizado. *¿Qué le estaba sucediendo?*, pensó, fuera de sí.

Fue hacia el aseo y se lavó la mano con la que había tocado la sustancia.

Se miró en el espejo: su aspecto denotaba agotamiento. Sus ojos acogían miedo.

Salió del piso sobrecogido, no sin antes haber echado un último vistazo al cuadro: Salvador le observaba desde allí con la mirada sosegada.

Bajó las escaleras obviando el ascensor y cuando llegó a la calle, no dejó de correr hasta que vio el *Seiscientos* aparcado tres portales más arriba. Pasó a su interior y, tras arrancarlo, salió de allí a toda velocidad.

Media hora más tarde, Juan aparcó el automóvil frente a la fachada del edificio del periódico *El Sueño*, enfilando con posterioridad hacia la puerta principal del inmueble, para traspasarla a continuación con exhalación. Subió por las escaleras, hasta que llegó a la quinta planta, situándose frente a la puerta del despacho de José Calzado. Aporreó con los nudillos en ella.

—¡Adelante! —la voz del director le llegó con claridad.

Juan abrió la puerta y pasó al interior del despacho, encontrándose con José Calzado quien le sonrió, parapetado cómo estaba tras el escritorio.

—Me alegro de volverte a ver, Juan —enfaticó el director con sinceridad.

Juan fue hacia el escritorio sin contestarle, sentándose en una silla frente a él. José Calzado lo miró extrañado.

—Parece como si te persiguiera alguien —dijo—. Vienes desencajado.

Juan resopló y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. José Calzado aguardó un tiempo a que Juan recuperara el resuello.

—Creo que es la primera vez que llegas al periódico con tanta prontitud —puntualizó el director con gracia intentando tranquilizarle, cosa que no consiguió.

Juan, por el contrario, siguió igual de tenso.

—Bueno, hombre, relájate, que los nervios no llevan a ninguna parte —siguió José Calzado con la tarea de distender la conversación.

Juan, entre tanto, observaba al director pero no le escuchaba. Su cerebro andaba anclado en el retrato de Salvador y, en las extrañas manchas allí impregnadas, cómo reflejo de las heridas que el empresario recibió con la cruz de aquel malnacido.

—Mira, Juan, Alfredo me ha llamado, poniéndome al corriente de todo lo que te sucedió anoche. Verás...

José Calzado buscó el modo con qué conseguir, que aquél que tenía ahora frente a él y que él había despedido, no se sintiera ofendido por lo que quería decirle ahora. Por ello, se removió con inquietud en el sillón y, tras una ligera vacilación, se decidió finalmente a hablar:

—Dice un refrán: *Qué rectificar es cosa de sabios*. Bueno, deseo que vuelvas al periódico. Con ello no me retracto de mi decisión anterior, pues,

andabas perdido y no cumplías con tu trabajo.

Juan se alejó del mundo de los pensamientos extraños creados por él mismo, por lo que de su subconsciente salió aquel miedo irracional, el originado al recordar el roce cálido de aquella sustancia, que él entendió podría ser sangre. Entonces, percibió lo que José Calzado le decía, aprobando o no según el caso.

—Deseo darte otra oportunidad —dijo el director—. Y, créeme, no lo hago por tu cuñado y, menos aún, porque me sienta en deuda contigo. Lo hago simplemente, porque creo que a toda persona ha de dársele otra alternativa. Lo hago, también, porque veo que has empezado a ser el que una vez fuiste: un periodista brillante con un futuro prometedor. Tu constancia para dar con el asesino en serie ha sido realmente encomiable, querido Juan, y ésa es la labor de un periodista: *dejarse la piel detrás de cada noticia*.

Juan observaba a José Calzado y, creía intuir que, por primera vez en mucho tiempo, le valoraba. Eso le llenó de orgullo: quería dejar de ser un periodista mediocre y recomendado para ser, a partir de ahí, un periodista que trabajara únicamente por sus propios méritos.

Juan asintió y dio su aprobación sin haber hablado todavía.

A José Calzado se le abillantaron los ojos.

—Juan, voy a pedirte dos cosas: primera, debes cubrir, ampliándola, la noticia de anoche. Tú la has vivido en primera persona. Escribe un buen artículo sobre ella, pero hazlo de manera sobria y no para la galería. Somos un periódico serio, bien lo sabes. Ah, lo otro: acaban de informarme que anoche se ha suicidado un policía en una comisaría. Por lo visto se ha volado la cabeza. Investígalo también, ¿vale? Y un último apunte, éste de menor importancia: desplázate a la *Ermita de San Antonio de la Florida*. Parece ser que han devuelto la imagen que sustrajeron un día de allí. Te acordarás de ello, puesto que tú fuiste quien cubrió la noticia. Bueno...al final han sido tres y no dos las peticiones que te hago. Quiero que salgan en los rotativos de esta misma tarde. ¿De acuerdo?

Juan asintió.

José Calzado se incorporó del sillón y Juan lo hizo de la silla. El director y el periodista estrecharon sus manos y aquel apretón selló cualquier desavenencia anterior.

Según se iba desplazando Juan hacia la puerta, José Calzado regresaba a la comodidad de su sillón, descolgando el teléfono a continuación. Antes de llamar, alzó la mirada y preguntó:

—Por cierto, Juan: ¿qué te sucedía al llegar?

Juan se giró y, con las manos en los bolsillos del pantalón, le contestó:

—Cosas mías....

José Calzado enarcó las cejas, asintió, y marcó un número determinado en el aparato.

Juan salió finalmente del despacho y, tras cerrar la puerta, se quedó pensativo un instante. Volvía a ser un miembro activo del periódico y se sintió feliz por ello. Su pensamiento fue hacia el rostro de Casandra e igualmente hacia la faz de Salvador, preguntándose: *¿qué tanto por ciento se llevarían ellos dos en aquella su nueva acogida laboral?* Alfredo, por supuesto, también se hizo con la parte correspondiente de aquello, pero, de lo que sí estuvo seguro Juan, es que a partir de ahí, él sería ya un ser de luz. Él, que un día fuera el genuino *Rey de las sombras*, ahora era un hombre bien diferente.

Ya en la calle, Juan miró hacia todos lados: infinidad de personas transitaban por las aceras; incontables automóviles rodaban por el asfalto; se escuchaban sonidos; todo eran prisas, cómo no, embotellamientos y estrés; por supuesto que se sintió invadido por el humo contaminante de las calefacciones, que llegaba hasta lo más alto, incluso le hacían daño los rugidos de los cláxones que sonaban con molesta asiduidad. Todo aquello, todo aquel conjunto de cosas, era *Madrid* en su estado más puro, pensó, razonándolo.

Y así, encogido por el frío, asaeteado por el viento inmisericorde que vulneraba la tela de su gabán, se fue con paso decidido hacia el *Seiscientos* para, salir poco después, hacia la glorieta de *San Antonio de la Florida*, lugar donde se ubicaba la *Ermita de San Antonio*.

La vida de un periodista era un ir y venir constante —trascendió—. Él había llevado aquel ritmo tiempo atrás, pero, hoy se sentía excesivamente agotado. Lo que le había sucedido, tan sólo unas horas antes, había dejado su impronta y aún no se había recuperado de tanta tensión. Había perdido a dos grandes amigos en un corto periodo de tiempo. Igualmente había visto cosas demasiado increíbles. Y así y, según se aproximaba a la *Avenida de Valladolid*, tras haber bajado por la *Ciudad Universitaria*, cerca ya de su nuevo punto de destino, conduciendo el *Seiscientos*, movió la cabeza, intentando despertar de aquel sueño tan extraño, pero, lo que vivía no era un sueño, pues, los automóviles eran reales, así como lo eran las personas y los edificios, que le pareció le miraran ahora con agrado. Todo, en efecto, era

real y bien real.

La luz matinal le dio la sensación fuera más brillante también.

Nunca olvidaría aquel mes de diciembre de mil novecientos setenta y tres, cómo tampoco olvidaría aquel mes de enero de mil novecientos setenta y cuatro. Dos meses invernales que le habían traído sensaciones nuevas. Dos meses que le habían devuelto la seguridad en sí mismo. Dos meses en que llegó a conocer el amor más profundo y, cómo éste, puede diluirse en un solo instante, a pesar de amar y ser amado. Dos meses que le habían enseñado que la amistad tiene que escribirse con letras mayúsculas, cuando quien la da es sincero.

Dos meses que le habían ratificado que la fuerza de la sangre es un impulso que hace girar voluntades. Siempre supo que amó a su hermana, pero, ahora la valoraba todavía más. Alfredo entró dentro de aquella vorágine de pensamientos, brillando con luz propia. Fueron algo más que amigos y, ahora, pasados equívocos y frustraciones, volvían a serlo, y lo mejor de todo es que lo serían siempre.

Dos meses en que volvió a recuperar su trabajo y sobre todo su credibilidad.

Dos meses, en fin, en demasía complicados, pero finalmente satisfactorios.

Al aparcar el automóvil frente a la *Ermita de San Antonio* —eligió primero aquel lugar sin saber muy bien por qué— inspiró en profundidad. Tuvo la extraña sensación de intuir a una presencia incorpórea junto a él, cómo si Casandra estuviera a su lado, pero, no fue capaz de discernir, si sólo fue una sensación o, quizás, la constatación definitiva de que, ella o la fuerza que ella fuera, estaría siempre ya con él.

Las nubes, que la noche anterior amenazaran con tormenta, se habían alejado de la ciudad, así como el frío, que parecía haber menguado igualmente.

Juan Márquez Luelmo pensó que, a partir de ahí, comenzaba una nueva etapa de su vida. Recorrió con la mirada la glorieta de *San Antonio de la Florida* y se acercó a la ermita, empujando su puerta que, por cierto, estaba abierta. Nadie le recibió dentro.

El cura párroco salió poco después al altar y, al observarle, se le aproximó. Don Anastasio le miró sin reconocerle.

Juan le sonrió abiertamente.

—Padre Anastasio —dijo el periodista con cordialidad—. No sé si se

acordará usted de mí. Trabajo en un periódico. Me recibió hace poco más de un mes y estuvimos charlando.

El sacerdote empequeñeció los ojos, revolviendo sus neuronas. Negó finalmente con la cabeza.

—Sí, padre —insistió Juan—. Le entrevisté cuando les robaron una imagen de la parroquia.

El sacerdote asintió sin demasiado convencimiento, pero, al instante subió las cejas y sus ojos brillaron al recordarle.

—¡Ay, discúlpeme usted! —se excusó el párroco— Éste es el gran problema de la edad: la memoria... que a veces se pierde. ¡Pero, por favor, acompañeme al despacho! Vengo de ultimar algunas cosillas en la sacristía y, la verdad, no esperaba la visita de nadie. Mi compañero, el padre Teófilo, se ha tenido que ausentar por unos días. Problemas de salud de un familiar. Eso sí que es preocupante, ¿verdad? La salud. Sin ella no somos nada. Pero, bueno, que me enrollo cómo una persiana. Usted dirá: qué viejo más pesado y, es que mi buen amigo, las personas que vivimos casi permanentemente en soledad o hablamos solos o cuando estamos con alguien lo acribillamos a palabras.

Juan sonrió.

El sacerdote se situó por delante de él guiándole al despacho parroquial, entrando en él tras empujar su puerta. Juan le siguió.

El párroco le hizo un gesto con la mano para que se sentara, ubicándose Juan en una silla junto a la mesa escritorio y el religioso en un sillón tapizado de color carne.

—Bueno, joven... soy todo oídos.

Juan carraspeó ligeramente.

—Me han informado, padre... que la imagen que se llevaron les ha sido ya devuelta.

El sacerdote agrandó la mirada.

—¡Caramba, hijo! —enfaticó el padre— ¡Qué barbaridad! ¡Usted sí que es un buen periodista! Se ha enterado de algo que sucedió ayer mismo y, que no hemos comentado todavía con nadie, bueno, sí, con el quiosquero. Me deja usted de piedra. Creo recordar, ya le digo que mi memoria no es muy buena, que cuando nos la robaron, bueno, mejor decir cuando se nos extravió, usted llegó también casi al momento. Desde luego que tienen que andar muy contentos con usted en el periódico. Por cierto, ¿cuál es?

—*El Sueño.*

—¡Ah, no lo conozco! Intentaré comprarlo todos los días.

—Pues, yo que se lo agradezco, padre.

—A ver: ¿por dónde iba? Ah, sí, bueno... la imagen. Gracias a *Dios* que no ha sufrido ningún destrozo. Quien nos la robara, ¡vaya, otra vez!, quiero decir que, quien se la encontrara, desde luego que la ha cuidado muy bien. Me siento orgulloso de que luzca de nuevo en nuestra *Ermita*. La he rezado tanto cuando estaba, que al no tenerla me sentía vacío y, créame, que me acercaba al lugar donde siempre se halló y, aunque allí sólo hubiera un hueco, la rezaba cómo si realmente estuviera. A veces y, se lo comento porque me parece usted un buen chico, hasta he llorado por su ausencia. ¡Esos bandidos que me la quitaron! ¡Diantre, otra vez!, pero, es que cuando me enervo, se me olvida que soy un sacerdote. Qué *Dios* me perdone, si he estado a punto de blasfemar. Pero, bueno... cómo le decía... la imagen ha regresado, y hemos de darle infinitas gracias al *Señor* por ello.

—Padre, aproximadamente: ¿sobre qué hora la volvió a encontrar?

El cura párroco lo meditó un tiempo.

—Pues... fue ayer por la tarde —contestó el sacerdote con algo de duda — y sería sobre las siete y media. Sí. Más o menos... Había rezado mi rosario y fui a la Sacristía para apuntar... bueno, ese tipo de cosas administrativas que se llevan en una iglesia, pero, que no vienen a cuento ahora. Bien... por dónde iba... ah, sí... después de que acabé con mis tareas burocráticas quise ir de nuevo al altar, para dejar allí unas rosas blancas que la nueva ama de llaves me había traído. Por cierto: ¿recordará usted el terrible suceso acaecido con la anterior?

Juan asintió.

—¡Pobre mujer! Terminar de esa manera. ¡Y es que el diablo está siempre alerta! Hay que tener siempre cuidado con él, pues, a veces se disfraza de asesino o de violador o de perverso y cruel sátiro. Bueno, que me pierdo otra vez... Colocaba, ya le digo, las rosas en los jarrones a lo largo del altar, cuando y, todavía no sé muy bien por qué, sentí un escalofrío en mi interior. Giré la cabeza muy despacio, cómo si presintiera a alguien por detrás de mí, y entonces: ¡Sucedió el milagro! ¡Allí estaba la imagen de mi *Cristo*, precisamente frente a mí y en la misma posición a cómo yo la tenía colocada, como si nunca se hubiera ido de allí, cómo si no me la hubieran robado! ¡Uf! Quiero decir: cómo si no se me hubiera perdido. Tengo que comentarle que me acerqué a ella y lloré. Me arrodillé delante del *Cristo* y estuve así mucho tiempo. A veces los milagros se producen y, para quienes les cueste creer en

ellos, estas cosas, me parece a mí, pueden ayudarles a pensar que la fe mueve montañas. ¿No piensa usted así?

—No sé, padre, no soy creyente.

—¡Ay, hijo, con la cara de buena persona que tiene usted y no ser creyente! Bueno, a lo mejor es que es usted todavía muy joven y tiene que madurar.

Juan lo reflexionó un segundo.

—Padre, ¿podría ver la imagen? —demandó a continuación.

El cura párroco se irguió y su rostro expelió luz.

—¡Claro, hijo! —contestó el sacerdote con expresividad.

Juan se levantó a su vez de la silla.

—¿Me gustaría realizar algunas fotografías, incluso con usted delante?

—Hijo, la Naturaleza compensó en mi caso otorgándome bondad, creo, pero, negándome y, de eso estoy completamente seguro, algún atributo físico. Haga usted las fotografías que necesite, pero, hágaselas al *Cristo*, *Él* sí que es *Hermoso*.

Juan sonrió y le agradeció la deferencia al sacerdote mediante un gesto.

El párroco y el periodista dejaron atrás el despacho parroquial, saliendo muy cerca del altar mayor.

—Hay poca luz aquí, ¿quiere que le encienda las lámparas del techo? —preguntó el sacerdote con suma amabilidad.

—Se lo agradecería enormemente, padre.

El párroco se orientó hacia su derecha y apretó un interruptor situado justo por detrás de unas cortinas. La ermita quedó bañada entonces con una luz radiante, proveniente de tres *arañas* de gran tamaño, ubicadas en la parte más alta de la bóveda. A continuación, el sacerdote le llevó hasta donde estaba la imagen sustraída, deteniéndose junto a ella. Juan sacó la cámara fotográfica de la mochila y ajustó el teleobjetivo en ella. El párroco, callado y a su lado, estaba más pendiente del *Cristo* que de lo que hacía el periodista. Juan se echó hacia atrás, para buscar un buen encuadre con ello. Enfocó el rostro del *Cristo*. Centró la imagen, y la faz del *Señor* quedó perfectamente definida bajo la lente de la cámara.

Juan comenzó a temblar. Miró otra vez el rostro de la imagen a través del objetivo, ahora con un mayor detenimiento. Nervioso, desencajado, con el pulso claramente acelerado, apartó la cámara de la cara y se quedó inmóvil, con la mirada retenida en las pupilas de la imagen de aquel *Cristo*. No articuló palabra alguna, en realidad no existía nada que pudiera decir en aquel

instante. Todo su ser temblaba. Se acercó a la imagen del *Cristo* con la mano perpendicular al cuerpo, que sujetaba la cámara ahora con flacidez. Sus ojos profundizaron en los del *Cristo*, intentando encontrar alguna explicación lógica.

El sacerdote, a su lado, veía aquella demostración de fe o por lo menos él pensaba aquello, sintiéndose reconfortado porque alguien, que antes le había comentado que no era creyente, al ver la imagen de ese *Cristo* se comportara de semejante manera. Se emocionó él a su vez y, comenzó a orar, mientras Juan, en pie y junto al *Cristo*, seguía con la mirada retenida en *Él*, incapaz de apartarla de aquellos ojos. Juan se arrodilló finalmente, tal y como el párroco lo hizo con anterioridad, y bajó la cabeza apoyándola en el pecho. Él, un periodista, había ido a cubrir la noticia de la devolución de una imagen y, cuando realizaba el reportaje, la imagen le enviaba, a través de sus pupilas, el reflejo de una mirada conocida por él, o él, en aquella locura transitoria, así creyó entenderlo. Una mirada que llegó a admirar. ¡El rostro de la imagen era el rostro de Salvador! ¡Salvador, su amigo, era el *Cristo* de aquella iglesia!

Recordó entonces la fugaz visita que él realizara a aquella parroquia y, aquel acto, igualmente fugaz de fe, cuando se arrodilló ante un *Cristo*, al que ni siquiera llegó a visualizar.

Ahora y, por más que pretendiera racionalizarlo, sólo podía admirar aquellas pupilas de color de miel y, si la emoción le había podido en aquella primera visión, más le pudo constatar que, a las heridas propias que aquel *Cristo* presentaba en la cruz, localizadas en los pies, las manos y el costado derecho, había que añadirle ahora otras dos más, ubicadas en el costado izquierdo y en el tórax. La sangre que vio impregnada en el lienzo de Salvador era la sangre tallada del *Cristo* de aquella imagen y, las heridas visualizadas, igualmente, en el retrato del empresario, eran las mismas heridas que el *Cristo* presentaba ahora en su cuerpo de madera. Las heridas que aquella bestia infligió a su amigo Salvador.

Juan seguía arrodillado en el suelo, mientras el sacerdote rezaba en silencio por aquella reconversión. Si él fue siempre un pastor de la iglesia muy activo, a partir de ahora lo sería todavía más, no en balde había asistido al milagro de una reconversión y, todo, por haber visualizado la imagen de un *Cristo*. ¡*No esperaba ver nada más sublime ya en su vida!* —meditó el sacerdote, inmensamente feliz.

Juan siguió en idéntica postura. El sacerdote siempre a su lado.

La iglesia bañada en luz. Un mundo espiritual y único donde la fe lo es

todo.

Había pasado una semana desde que Juan viviera aquellos momentos tan impredecibles, tan impactantes, tan sublimes...

Durante ese periodo de tiempo se había sentido particularmente vulnerable.

En su momento llamó a José Calzado, comunicándole que había cubierto los reportajes por él solicitados, y que a primera hora de la tarde se los enviaría por mensajería. Que le disculpara, pero necesitaba de un periodo de reflexión.

José Calzado lo entendió y le concedió aquella tregua consigo mismo.

Juan recordaba, cómo si lo tuviera marcado a fuego en el cerebro, cómo, tras salir demudado de la parroquia, tuvo que personarse en la comisaría donde un policía se había quitado la vida, quedándose contrito al enterarse de su identidad.

Su cuñado igualmente le informó, dos días después y por teléfono, que el infortunado policía había sido, a su vez, el autor de un crimen despiadado perpetrado sobre un sacerdote. Una nota expiatoria, redactada a mano por el suicida, aclaró aquella muerte. *Más de lo mismo*, se dijo Juan.

Verdaderamente lo que le sucedía parecía espantosamente irreal, cómo si hubiera sido creado por una mano invisible que moviera a su antojo a las personas y a las situaciones, aunque lo acontecido estuviera íntimamente relacionado, tanto, cómo para no pensar que allí había algo más que pura casualidad: Casandra, Salvador, un policía que, tras salvarles, mata al asesino en serie, cuya identidad no pudo desvelarse al no encontrarse su cuerpo, y que después se quita la vida. Todo ello introducido en una espiral de circunstancias. Todo, a la vez, alejándole y acercándole de él mismo. Y, ahora, siete días después, regresaba su yo externo, para encontrarse de nuevo con su yo más profundo, que nunca sería ya el mismo, aunque una placenta imaginaria se empeñara en retenerlo, a pesar, evidentemente, de su clara oposición.

Salió convencido a la calle de que debía normalizar su vida y, tras montarse en el *Seiscientos*, enfiló hacia la vivienda de su hermana, atravesando para ello un *Madrid* caótico.

Sara lo abrazó con fuerza, poco después y, Alfredo, que leía un ejemplar

de *El Sueño*, lo miró con complacencia, sentado como estaba en su sillón. Juan le propuso a Sara que le dejara sacar a Alfredo a la calle. Aquella sería la primera vez desde que su cuñado recibiera aquel golpe tan salvaje. Sara aceptó finalmente, aunque no demasiado convencida, saliéndose así Juan con la suya.

El día había amanecido especialmente lúcido.

Juan, ya en la calle, alzó la mirada y, tras despedirse de Sara con un gesto de la mano, que les observaba desde la ventana del salón, ayudó a Alfredo a entrar en el *Seiscientos*.

La nitidez del cielo se reflejaba en los cristales de las ventanas de los edificios cercanos, enviando por su parte aquel destello hacia la ventana de la vivienda de Sara.

Alfredo, ya en el vehículo, aguardó a que Juan plegara la sillita de ruedas y pasara, igualmente, dentro del automóvil.

—¿A dónde me llevas? —demandó Alfredo con curiosidad.

—Paciencia, amigo, paciencia —le contestó Juan con el rostro inescrutable.

Tras atravesar innumerables atascos, se fueron acercando al perímetro de la *Ciudad Universitaria*.

Alfredo no llegaba a comprender el posible sentido de aquel viaje.

—¿Vamos a la Universidad? —preguntó con extrañeza.

Juan no le contestó.

—¿Y qué quieres hacer allí? —cuestionó Alfredo.

Juan siguió con su mutismo, así que Alfredo se encogió de hombros y optó por no hacerle más preguntas.

Finalmente llegaron al recinto universitario.

Juan salió del vehículo y desplegó la sillita. A continuación, ayudó a Alfredo a salir y le ubicó en la silla. A posteriori, fue hacia una explanada, próxima a la *Facultad de Ciencias de la Información*. Buscó su centro y se detuvo para mirar a su alrededor.

Alfredo le observó con extrañeza: todavía no sabía qué hacían allí.

—¿Me puedes explicar esto? —preguntó Alfredo a continuación y con cierta inquietud.

Juan, por respuesta, le envió una sonrisa cargada de misterio, mientras sus ojos acogían un brillo especial.

—Tus dudas se te aclararán ahora mismo —sentenció Juan enigmáticamente quien, acto seguido, se aferró a los manillares de la silla y,

sin pensárselo, empezó a correr. Su cuñado se agarró cómo mejor pudo a la sillita, observándole con gesto asustado.

—¿¡Es qué te has vuelto loco!?! —le gritó Alfredo, mientras se sentía zarandeado en aquella carrera, para él tan demencial.

Un grupo de estudiantes, que se hallaba relativamente cerca de ellos, sonreían ante lo curioso de la situación.

—¡¡Para!! —bramó Alfredo desencajado, pendiente del movimiento irregular de la silla.

Juan sonreía, mientras no dejaba de correr, empujando al mismo tiempo la silla.

Alfredo, por su parte, estaba al borde de un ataque de ansiedad.

—¡Libertad! —gritó Juan de improviso— ¡Libertad de expresión! —volvió a gritar.

Juan seguía corriendo, acercando así a su cuñado hacia lo que ellos fueron un día, desarrollándolo, además, en el mismo lugar dónde se conocieron y, dónde al mismo tiempo, llegaron a forjar un sentimiento único, que habría de unirles para siempre: el sentido más absoluto que encierra la palabra *LIBERTAD*. Palabra que ellos repetían ahora —pues Alfredo se había unido a su cuñado en tan loable cometido— uniéndoseles, al mismo tiempo, un coro de estudiantes, si bien imaginario, cómo una antorcha siempre encendida, en la que debería reflejarse el resto de la juventud.

—¡¡*Libertad de expresión!!* —enfaticaron los dos de nuevo.

Juan y Alfredo fueron absorbidos por la inmensidad del campus universitario, igual que sucedió con sus voces, que se alejaron con ellos.

Los estudiantes prosiguieron con sus quehaceres diarios.

La vida, a su vez, con su ritmo cotidiano.

Juan siguió gritando y, a pleno pulmón, las consignas de su cercano pasado, bañado por la luz de un día especialmente sereno.

Juan había vivido una experiencia única: Casandra y Salvador vivirían ya siempre en él.

Y así, ubicado dentro de aquella maraña de sensaciones, sintiendo a la existencia rugir, Juan entendió al fin, que en la vida todo son reflejos.

Reflejos de lo que se quiso ser y no se fue.

Reflejos de lo que se fue y no se quiso ser.

Pero, él, ahora, en aquel preciso instante de su existencia, podía presumir de ser, precisamente, la persona que siempre quiso ser: un periodista libre e independiente que luchaba a muerte por conseguir una *España* libre e

igualmente independiente.

# Epílogo

*Miércoles. Veintitrés de enero de 1974.*

El silencio acompañaba a Fulgencio Ramírez, según se dirigía hacia el nicho donde estaba enterrado el cuerpo de Ernesto Buendía.

El cementerio de *San Isidro*, ubicado sobre las laderas de un montículo conocido como el *Cerro de las Ánimas*, le veía avanzar.

Ramírez no prestaba demasiada atención a las esculturas ni a los panteones, ni siquiera a las personas que de vez en cuando se cruzaban con él.

Su pensamiento andaba recalado en el triste funeral que recibió su jefe, camarada y amigo.

Los rayos de sol que, planeaban sobre las copas de los cipreses, extendiéndose con posterioridad hacia los panteones, cruces, lápidas y nichos, nada tenían que ver con el cielo, uniformemente gris, que acompañó a la despedida de Ernesto Buendía.

En ella, pocos compañeros, ningún familiar y una señora muy mayor, vecina de Buendía, que no cesó de gimotear durante todo el entierro. El triste final del comisario, que a su suicidio unió haber asesinado a un sacerdote, hizo que el acto se minimizara que, de no haber sido así, hubiera congregado a un mayor número de personas.

Era cierto que sólo había pasado una semana entre un día y otro, pero, la climatología había cambiado de manera radical y, ahora Ramírez, sentía sobre su demacrado y ojeroso rostro, la azulada tonalidad de una mañana, si bien algo fría.

Ramírez llegó junto al nicho del comisario. La lápida mostraba su nombre y dos apellidos e igualmente dos fechas: la de su nacimiento y la de su óbito. Aparte de tres letras esculpidas sobre el frío mármol: *D.E.P.* Escaso bagaje éste para resumir toda una vida.

El sargento le habló a Buendía durante un tiempo, si bien a través del subconsciente. Después oró, rogando a ese *Ser Supremo* le acogiera en su seno.

Finalmente sacó un objeto de uno de los bolsillos de la gabardina. Objeto

que depositó junto a la lápida de Buendía, situada a escasos centímetros del suelo. Objeto apropiado por él, cuando se certificó la muerte del policía y se supo que no existía ningún familiar, directo o indirecto, a quien poder entregarle sus efectos personales. Ramírez, presto, se hizo con él: la pitillera plateada del comisario, con sus iniciales grabadas en ella, se quedó con Buendía para toda la eternidad.

El sargento se giró y empezó a alejarse del lugar donde Buendía viviría su último sueño.

Una mujer, situada frente a la lápida de un nicho, cercana a la del comisario, hablaba. Fulgencio no vio a nadie que la acompañara.

Ramírez la miró, no extrañándose ante la situación. Tendría unos cincuenta años. Era más bien bajita y entrada en carnes. Vestía de luto riguroso. Cuando llegó a su altura, la mujer ladeó la cabeza y lo miró. Sus ojos reflejaban desolación y amargura. No existía color en su rostro, que mostraba que el tiempo se había cebado en exceso con él.

—No fue un mal hombre —dijo la mujer, cómo si se aprovechara de la presencia de Ramírez, para sacar, por medio de palabras, su infinita tristeza, su gran desolación—. No llegué a conocerle y eso que estuvimos casados más de veinte años...

Fulgencio se quedó a su lado. Era un hombre bueno, eminentemente comprensivo. Sabía que la soledad es dañina cuando no permite soltar lo que tanto ahoga. Posicionado en ángulo con respecto a la mujer. Con las manos en los bolsillos de la gabardina y el cuello bien hundido en la solapa de la prenda, respetaba aquel momento de dolor, dedicado a él, aun cuando él sabía que lo que la mujer hacía era pensar y manifestarse en voz alta, sin fijarse demasiado en la persona que la acompañaba.

El frío seguía atacando sin piedad.

—Tenía una pena muy profunda —siguió hablando la mujer—. Algo que nunca me dijo. Hablaba poco y estaba siempre bebido, pero, nunca fue violento. Le conocí en Zamora, aunque él no era de allí, pero, yo sí. Me impresionó su bondad, su generosidad y me casé con él.

La mujer se calló momentáneamente. Abstrajo la mirada y su pensamiento retrocedió. Ramírez noto cómo, por unos instantes, su mirada se brillantó. Después ella suspiró y pareció regresar de aquel viaje a su pasado.

—Era un hombre que recorrió media *España*. Un actor de un gran talento, con una imaginación desbordante, pero, con escasa fortuna. Estuvo en varias compañías teatrales de aficionados, pero nunca dio el salto. Me

llevó a un sinfín de ciudades. Cómo si no estuviera a gusto en ningún sitio o, quizás, buscara algo. Nunca supe del porqué de ese ir constante, y tampoco de la extraña fijación de visitar iglesias. Visitarlas sólo, porque no era creyente. Recalamos finalmente en *Madrid*. Entre medias nacieron nuestros dos hijos...

La mujer volvió a hacer una pausa. Sus ojos se humedecieron.

Fulgencio seguía junto a esa desconocida, que le abría su alma cómo si se conocieran de toda la vida. Empezaba a notar cierta destemplanza.

Aparte de ellos dos, no había nadie más por los alrededores.

De vez en cuando se escuchaba el melodioso canto de un mirlo.

Los cipreses seguían custodiándoles.

—Mis hijos han querido olvidarse de él. Yo no, y vengo con frecuencia al cementerio. Aquí converso con él...

A la mujer se le instaló un nudo en la garganta, que le impidió seguir hablando. Estuvo a punto de llorar, pero, supo contenerse. Sus manos estaban tan férreamente unidas que parecían una sola. Giró la cabeza y observó a Ramírez. Su mirada, cargada de dolor, embargó al policía.

—Murió de cirrosis, en medio de la calle. Su cuerpo dijo basta y estalló.

La mujer movió la cabeza cómo signo de negación.

—Y ahora estoy tan sola...

Ramírez inspiró. Dudó entre abrazarla o no y, tras esa vacilación, se quedó quieto, rígido cómo estaba, aterido por entero, abrumado por las palabras de esa desconocida que le había hecho semejante confesión.

La mujer regresó a su abstracción. Pareció que, tras su exposición, ya sólo le quedara hablar en silencio con aquel que fue su esposo. Y eso hizo...

Ramírez supo que su misión, si es que podía catalogarse de aquel modo, había concluido. Se fijó entonces en la lápida y leyó lo allí consignado:

*HIPÓLITO PRIETO ALVAREZ.*

*12-6-1924*

*14-5-1970*

*“Tu esposa e hijos no te olvidan”*

*D.E.P.*

Asintió dos veces y se fue alejando de la mujer, con la tristeza reflejada

en el rostro...

Era como si el destino o quizás la vida o puede que la casualidad, hubieran querido que los cuerpos de Ernesto Buendía e Hipólito Prieto estuvieran muy cerca el uno del otro en su último momento. Amigos inseparables en la vida y amigos inseparables, igualmente, en la muerte.

El sargento visualizó otras lápidas y constató que la muerte no entendía ni de sexo ni de edades.

Ramírez agachó la cabeza y se dirigió hacia la salida.

Al poco, su figura quedó atrapada por el juego de luces y sombras creado por los cipreses.

La mañana seguía siendo especialmente fría.

## *Nota del autor*

La *Asociación CODASTE* existe desde 1966. Hoy en día sigue haciendo esa labor tan humana de ayudar y enseñar al mismo tiempo.

El *Madrid* que se refleja en la novela es la proyección de mis recuerdos. De 31 años vividos en sus entrañas. La ciudad donde nací. Yo he pateado las calles por las que se desarrolla la obra, en la época citada. Algunos lugares han cambiado muy poco en estos 45 años. Siguen siendo especialmente sombríos por las noches.

*Lora del Río* es una localidad maravillosa, que he tenido el gusto de visitar.

Para elaborar el matiz psicológico de un asesino en serie leí determinados libros sobre esos desequilibrados sujetos, llegando a la conclusión, de que la mayoría de ellos son enfermos patológicos que arrastran traumas de la infancia.

Cualquier guerra deja huellas trágicas en los niños que las sufren.

Y esas vivencias son llevadas por esas pequeñas víctimas hacia su madurez.

Creo firmemente en ese lado invisible que pienso nos ayuda, pero, todo lado positivo arrastra uno negativo... El *Bien* y el *Mal* enfrentados siempre.

*Sevilla*, 15 de enero de 2018

— Índice —

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)

[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)  
[43](#)  
[44](#)  
[45](#)  
[46](#)  
[47](#)  
[48](#)  
[49](#)  
[50](#)  
[51](#)  
[52](#)  
[53](#)  
[54](#)  
[55](#)  
[56](#)  
[57](#)  
[58](#)  
[59](#)  
[60](#)  
[61](#)  
[62](#)  
[63](#)  
[64](#)  
[65](#)  
[//66](#)  
[67](#)  
[68](#)  
[69](#)  
[70](#)  
[71](#)

[72](#)  
[73](#)  
[74](#)  
[75](#)  
[76](#)  
[77](#)  
[78](#)  
[79](#)  
[80](#)  
[81](#)  
[82](#)  
[83](#)  
[84](#)  
[85](#)  
[86](#)  
[87](#)  
[88](#)  
[89](#)  
[90](#)  
[91](#)  
[92](#)  
[93](#)  
[94](#)  
[95](#)  
[96](#)  
[97](#)  
[98](#)  
[99](#)  
[100](#)  
[101](#)  
[102](#)  
[103](#)  
[104](#)  
[105](#)  
[106](#)  
[107](#)  
[108](#)

[109](#)

[110](#)

[111](#)

[112](#)

[113](#)

[114](#)

[115](#)

[116](#)

[117](#)

[118](#)

[119](#)

[120](#)

[121](#)

[122](#)

[123](#)

[\*Epílogo\*](#)

[\*Nota del autor\*](#)

[\*Índice\*](#)